



CORAZÓN

Remendado

TARINA DEATON

CORAZÓN REMENDADO

TARINA DEATON

OTRAS OBRAS DE TARINA DEATON

CORAZÓN PARTIDO

CORAZÓN CERADO

Copyright © 2019 por Tarina Deaton

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, negocios, lugares, eventos, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o eventos reales es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, a excepción del uso de citas breves en una reseña del libro.

Traducción por Natalia Steckel

Cubierto por Lori Jackson @Lori LovesBooks Jackson

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Acerca del Autor](#)

[Otras Obras de Tarina Deaton](#)

CAPÍTULO 1

Ufff. ¿Cuántas veces le había dicho que no estacionara en la cochera abierta? Era su casa. Era su cochera. ¿Cuán difícil era de entender?

Bree detuvo su vehículo utilitario junto al sendero de entrada, lo que le dejaba a Chad espacio suficiente para salir marcha atrás. Dejó caer la cabeza sobre el volante y la golpeó un par de veces contra este. Había algo bueno en que él se presentara de imprevisto: no tendría que llamarlo para decirle: “Debemos hablar”.

Solo ella podía pasar de planear romper la relación con un tipo a haberse comprometido con este mismo un mes atrás. Levantó la cabeza y suspiró.

Es tiempo de actuar como adulta, Marks.

Apagó el motor, tomó el bolso del asiento del acompañante y se bajó. Se desvió por el jardín para recoger la revista local antes de subir fatigosamente los escalones del porche. ¡Qué extraño!: la puerta principal estaba sin llave. ¿Por qué él había abierto la puerta principal si había estacionado al costado de la casa? ¿Por qué, simplemente, no había utilizado la puerta lateral?

Bree se tropezó y se golpeó la cadera contra la mesita del recibidor.

¡Auch! Maldición.

Bajó la mirada para ver con qué se había tropezado: esos no eran sus zapatos de bailarina exótica. Aun si tuviera un par de zapatos con plataforma y tacón de aguja de quince centímetros, esos eran tres números más pequeños. ¿Qué demonios sucedía?

—¿Chad? —Dejó el bolso sobre la mesita y cruzó el recibidor hasta el espacio abierto que incluía la sala de estar, la cocina y la barra de desayuno. El saco de Chad estaba colgado sobre el respaldo de una de las banquetas de la cocina. Dobló a la izquierda y caminó por el corto pasillo hasta las

habitaciones. Justo fuera de su dormitorio, oyó la voz de él: “Oh, nena”, seguido de un gemido agudo.

Juro que, si está teniendo sexo con una cualquiera en mi cama, se lo cortaré.

Bree cerró los ojos y respiró profundo, intentando calmar su ira a medida que iba creciendo en su pecho. Cerraba y abría los puños al ritmo de los gemidos y gruñidos que se oían por la puerta entreabierta. Sacudía las manos para liberar tensión, cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo.

“El naranja del uniforme carcelario no es tu color. El naranja carcelario no es tu color”, murmuró.

Bree abrió la puerta y se encontró con Chad metido entre un par de piernas. Apoyó el hombro sobre la jamba de la puerta y se cruzó de brazos. Sacó fuerzas de una fuente de calma en su interior.

—Hola, Chad, cariño. ¿Estás ocupado?

Chad gateó hasta quedar arrodillado. Tenía los ojos muy abiertos. Se envolvió la parte inferior del cuerpo con la sábana y dejó expuesta a la mujer que estaba debajo de él.

—¡Bree! ¡Maldición! ¿Qué haces en casa? Llegas temprano. Esto no es lo que parece.

—En primer lugar, vivo aquí, considerando que esta es mi casa, y todo eso. Y, en segundo lugar, ¿de verdad vas a usar eso de “Esto no es lo que parece”? ¿Resbalaste y caíste, y esta adorable mujer tuvo lo amabilidad de atraparte con su vagina?

La joven se irguió sobre los codos y se apartó el pelo rubio del rostro.

—Dijiste que no estabas casado.

—Oh, no lo estamos —aclaró Brianna—. Tienes dos segundos para salir de mi casa antes de que busque mi arma.

—¿Qué?! ¿Él o yo? —preguntó la rubia mientras se sentaba.

—Oh, ambos. Definitivamente, no quiero que te quedes a conversar después de que te encontré acostada con mi novio. —Desvió la mirada penetrante hacia Chad—. Ah, aguarda. Ahora estamos comprometidos.

—Bree, cariño. —El imbécil saltó en un pie, luchando por subirse el pantalón—. Esto no significa nada. Ella es solo una chica que conocí en un bar la semana pasada. No es nadie.

—¡Desgraciado! —La rubia se deslizó fuera de la cama y recogió sus calzas estampadas del suelo—. No creas una palabra de lo que dice. Hace meses que tenemos sexo. Aunque ahora entiendo por qué siempre teníamos que

ir a mi casa.

Terminó de vestirse y caminó hacia Bree.

—Lo siento. No sabía que estaba comprometido. No habría... —Sus ojos brillaron cuando miró a Bree y se pasó la mano por la mejilla—. No soy ese tipo de chica.

Sí, claro. Maldición. Eso no era justo. No se sabía qué mentiras Chad le había contado a esa mujer. Ella parecía arrepentida. Incluso avergonzada. Sería fácil culparla por el error de Chad. Bree se pasó la mano por el rostro y luchó contra la necesidad de atacarla.

—No te preocupes: sé de quién es la culpa.

La rubia asintió y pasó a su lado. Bree regresó su atención a Chad.

—Fuera... de aquí.

Tenía la camisa abierta, y una media se asomaba por uno de los bolsillos.

—Bree, por favor. Lo siento. De verdad no quería hacerlo. Es solo que ha sido muy estresante con algunas cosas del trabajo, y tú no quieres poner la fecha de la boda.

Ella se alejó del marco de la puerta, esforzándose por controlar su reacción mientras la ira hervía en su interior.

—¿Es una broma? No te atrevas a culpar al estrés, maldita sea... —Lo enfatizó dibujando comillas en el aire— o a mí por que no tengo apuro por casarme. Esto es solo tu responsabilidad.

—Tienes razón. Lo sé, tienes razón. —Chad se acercó a Bree—. Te amo tanto, Bree... Te veo alejarte y...

—¿Y decides acostarte con una chica en mi cama para llamar mi atención? ¿Y qué diablos haces aquí? ¿Cómo se te ocurrió traer a alguien aquí?

—Cariño, no fue así. Vine para prepararte la cena y para sorprenderte. Ella me siguió y no pude lograr que se fuera.

Ella señaló la cama.

—¿Y esta fue la mejor manera que se te ocurrió de hacer que se fuera?

—Eso era lo que ella quería, y supuse que sería más fácil echarla antes de que volvieras, pero saliste antes del trabajo. —Intentó abrazar a Brianna.

Ella retrocedió.

—No me toques. Ya no tienes ese derecho. No bromeaba cuando te dije que te largaras. Te enviaré a tu casa cualquier porquería que tengas aquí. No quiero verte. No quiero saber de ti. Nosotros... ya... ¡terminamos!

Chad suspiró.

—La abuela estará muy decepcionada.

Ella necesitó todas sus fuerzas para no golpearlo.

—Eres un maldito imbécil. ¿En serio? ¿Me echarás en cara lo de mi abuela de ochenta y cinco años? Créeme: le parecerá bien que te haya sacado a patadas cuando sepa la razón.

—¿Se lo dirás? —El tono de Chad se tiñó de pánico a medida que se sonrojaba.

¿Siempre había sido tan estúpido y ella lo ignoraba, o esto era una novedad? ¿Cómo había llegado hasta ese punto? ¿Por qué había permitido que durase tanto? Habló lentamente.

—Sí, Chad. Le contaré a mi familia por qué rompí el compromiso. Terminamos aquí.

Bree salió furiosa de la habitación y recorrió el corto pasillo hasta la cocina, donde arrancó el saco del respaldo de la banqueta. Tomó los zapatos de él por la parte del talón, abrió la puerta, salió al porche amplio (que abarcaba todo el frente de la casa) y arrojó todo al sendero de entrada.

—¡Bree! ¡Ese abrigo cuesta ochocientos dólares! —Chad bajó los escalones corriendo para recoger sus cosas.

—Bueno, eso me parece ridículo. —Bree regresó adentro furiosa, dio un portazo y cerró con llave.

Se apoyó contra la puerta y respiró varias veces para tranquilizarse.

—Maldito desgraciado estúpido. —Tomó el bolso de la mesa y revolvió hasta encontrar el móvil. Mientras murmuraba insultos, marcó el número a medida que caminaba hasta la sala. Denise atendió al sonar el timbre por segunda vez.

—¿Qué tal, chica?

Bree abrió el gabinete de la esquina: vacío.

—¿Tienes alcohol?

—Tal vez. ¿Qué necesitas?

—Vodka. O whisky. Ambos, si tienes.

—Eh... ¿debo llevar una pala también?

Brianna soltó una breve carcajada.

—No. Evité hacer algo que me llevara a la cárcel. Solo ven cuando puedas y te contaré.

—Amiga, debes darme una pista. Nunca tomas bebidas blancas.

—Ah, no. Querrás oír esto en persona. —El estante para vinos también estaba vacío—. ¿Dónde está el vino? ¿Por qué ni siquiera tengo vino?

—Estoy casi segura de que lo bebimos la semana pasada. Estoy saliendo.

No abras el enjuague bucal antes de que llegue. —Cortó.

¿Dónde demonios están Charlie y Polly?

Apoyó el teléfono sobre la mesada y abrió una de las puertas ventana. Los dos perros llegaron corriendo desde el amplio jardín. Bree se sentó en una de las tumbonas sobre el deck y se recostó con una pierna a cada lado del largo asiento y con los pies en el suelo. Polly saltó sobre la tumbona, se echó con la cabeza sobre la cadera de Bree y la miró. Ella le acarició las orejas.

—Bueno. Eso fue una porquería. —Polly levantó la cabeza—. Sé lo que piensas: debería haber terminado con él hace mucho tiempo. —Polly volvió a apoyar la cabeza sobre la cadera de Bree y resopló—. En especial porque a él jamás le agradaron tú y Charlie. Debería haber sido toda la advertencia que necesitaba.

Charlie saltó las escaleras del deck. Apoyó las patas delanteras sobre el apoyabrazos de la tumbona e intentó lamer el cuello de Bree.

—¡Puaj! Asqueroso. Detente. —Bree lo quitó de la tumbona—. No se sabe qué anduviste comiendo por ahí. ¿Dónde está tu pelota? ¡Ve a buscar tu pelota!

Charlie bajó del deck en busca de una de las tantas pelotas de tenis que había en el patio. Ella estuvo arrojándosela hasta que el animal se echó a la sombra de una magnolia, que su abuelo había plantado cuando había construido esa casa para la abuela de Bree.

Soltó un suspiro y se levantó de la tumbona. Los perros la siguieron mientras regresaba al interior hasta su habitación. Se paró en el umbral y suspiró. No quería tocar las sábanas, pero no había manera de que volviera a usarlas en toda su vida. Sería más tarde. Después de beber unos tragos y de revisar si Amazon vendía ropa de protección contra residuos tóxicos, se cambió la bata de trabajo por una remera, y las calzas de yoga por unos vaqueros cortados. De regreso en la cocina, se sirvió un vaso de agua y se aseguró de que los cuencos de los perros estuvieran llenos.

La puerta lateral se abrió y se cerró.

—¿Estás aquí?

—En la cocina.

Denise entró por una esquina con una botella de Absolut con sabor a mandarina, y con una botella de whisky irlandés Jameson.

—No estaba segura de qué tenías ganas de beber.

—Bueno, no tengo jugo de arándanos para el vodka, así que whisky.

Denise apoyó ambas botellas sobre la mesada.

—¿Lo mezclas con soda o con Bailey's?

—Es una noche del estilo “mezcla alcohol con más alcohol”.

—Claro. Entonces, ¿qué sucedió? ¿Y por qué está tu auto frente a la casa en lugar de al costado? —Denise acomodó su largo pelo color miel en un rodete y lo sujetó con una hebilla.

—Chad. Chad es lo que ocurrió. —Bree no dejó detalle de lado mientras servía las bebidas. Para el tercer trago, había puesto a Denise al día con pelos y señales.

—Tengo que preguntar otra vez porque me cuesta entenderlo: ¿en tu cama? —inquirió Denise mientras se acomodaban en la sala.

—Sí.

—Qué imbécil. ¿Qué problema había con su casa?

—No tengo idea. Dijo que había venido para sorprenderme; ella lo siguió, y una cosa llevó a la otra.

—¿Cómo diablos una cosa llevó a la otra? —Denise levantó el tono—. ¿Y cómo ella no se dio cuenta de que una mujer vive aquí? Esta casa, ciertamente, no se ve como el hogar de un soltero.

—Quién sabe. Tal vez él le dijo que la había mandado a decorar. No encuentro las fuerzas para que me importe en este momento.

—¿Qué aspecto tenía? Por favor, dime que no se parecía a ti.

Brianna observó el bucle de pelo largo caoba oscuro con el que jugaba entre sus dedos.

—No. Era baja. Baja como los Oompa Loompa de *Charlie y la fábrica de chocolate*. Apenas me llegaba a los hombros. Pelo rubio teñido y pechos operados.

Denise la miró, incrédula.

—¿Es una suposición o viste más de lo que necesitabas ver?

—Oh, cielos. Ella no tenía vergüenza. Chad se envolvió con la sábana como si fuera Julio César en los idus de marzo y la dejó a ella como Dios la trajo al mundo. Nadie tiene pechos tan firmes, a menos que tengan una estructura que los sostengan. Esa chica tiene más plástico que una fábrica de Hasbro.

Denise se rio con tanta fuerza que casi se cayó del sofá.

—Oh, cielos, detente. Todo lo que me imagino son sus pechos con forma de camiones de juguete.

La risa de Denise era contagiosa, y Bree se le unió. Luego, Denise resopló, y ambas se descontrolaron por reír tanto.

—La peor parte es que tuvieron sexo sobre mi juego de sábanas favorito.

—La carcajada de Bree se transformó en una risita—. Tendré que comprar un colchón nuevo.

—¿De verdad quemaste las sábanas?

Bree dejó caer la cabeza sobre el respaldo del sofá.

—Ufff. Apenas podía mirar la cama cuando me cambié la ropa. Necesitaré un traje para residuos tóxicos para deshacerme de eso.

Denise sonrió antes de preguntar:

—¿Cómo te sientes, de verdad?

—Debería haber tomado otra decisión hace mucho tiempo. Demonios, jamás debería haber aceptado su propuesta de casamiento. —Bree volvió a levantar la cabeza.

—Era difícil decir que no cuando te tomó por sorpresa en la gran fiesta de cumpleaños de tu abuela, frente a todos tus amigos y familiares. Lo que no comprendo es por qué no terminaste con él antes de eso. —Denise levantó las cejas al observar a Bree por encima de los anteojos.

—Honestamente, tampoco lo sé. ¿Pereza? —Sacudió la cabeza—. Hace tiempo que estaba intentando encontrar un modo de terminar sin ser una completa desgraciada. —Bree suspiró y bebió un trago—. No quería montar una escena en el cumpleaños de la abuela.

—¿De verdad crees que a ella le hubiese importado?

—No —admitió Bree—. Pero entré en pánico cuando él se arrodilló. Además, me había llevado en su auto.

—Emmm... ya veo que eso podría haber sido un problema.

—Sí. Ni siquiera estoy dolida. Estoy condenadamente furiosa. Es tan desconsiderado... En serio... ¿Quién hace una porquería así?

—Emmm, un imbécil narcisista.

—Es cierto. —Bree terminó el resto de su bebida—. No haremos esto. Me rehúso a quedarme sentada a darle vueltas a lo imbécil que es él. Salgamos.

—¿Salir adónde? Son las once, y no vine vestida para salir a ahogar tus penas. Me vestí para enterrar un cuerpo en el jardín.

Bree observó sus vaqueros cortados y su remera.

—Iremos a The Deck. No hace falta cambiarnos. Y jamás enterraría un cuerpo en mi propio jardín. Eso es pedir que te atrapen.

—¿El bar de motociclistas? ¿Estás loca? Apuñalan a alguien cada noche.

—No seas melodramática. Seguro que es noche por medio.

—¡Ja, ja! No es el punto.

—Vamos. Mi antiguo jefe solía ir allí y siempre intentaba que fuera con él.

Decía que era un buen lugar para relajarse y para pasar el tiempo.

—Te decía eso porque intentaba meterse en tu cama.

—Sí, bueno, no puedo refutar eso. Ponte los zapatos: conseguiré un uber.

—Bien. —Denise soltó un suspiro de disgusto, pero tomó los zapatos—.

¿Quién sabe?, tal vez encontrarás al amor de tu vida esta noche.

Bree se puso de pie y señaló a Denise.

—No me traigas mala suerte.

CAPÍTULO 2

Jase colocó el freno de mano de su camioneta y apagó el motor. Suspiró y dirigió su mirada hacia The Deck.

Demonios, habían pasado meses desde que había estado por allí. Quizás casi un año. No quería estar allí ahora, pero Brandon le había pedido que fuera a celebrar con él su baja del servicio activo del Ejército. La promesa que se había hecho a sí mismo chocaba con su deseo de estar en cualquier parte, excepto allí. Pero un amigo llamaba, y él contestaba. Aunque fuera para ir a un bar.

Empujó la puerta con el hombro para abrirla y luego la cerró de un golpe. Oprimió el botón de cierre en el llavero remoto por encima de su hombro. La grava crujía bajo sus botas a medida que cruzaba el estacionamiento. Subió los escalones de a dos y abrió la puerta de golpe.

Nate se levantó de la banqueta alta con una sonrisa.

—Jase, mi amigo. —Le estrechó la mano y le dio una palmada en el hombro—. Hacía una eternidad que no te veía. ¿Dónde te habías escondido?

Jase sonrió para ocultar la mueca por el golpe que había recibido.

—Ponía mi empresa en marcha. Me mantenía alejado de los problemas.

Nate se sentó al borde de la banqueta, con un pie sobre el piso.

—Oí algo al respecto. ¿Aún buscas tipos que te ayuden durante los viajes?

—Sí. Cuando estés interesado, avísame.

—Te llamaré la semana que viene. Tenemos licencia pronto, antes de salir el mes que viene.

—¿Adónde van esta vez?

Nate se puso de pie e hizo un gesto de asentimiento más allá de Jase. Este se apartó mientras un hombre y dos mujeres, todos vestidos con ropa de

motociclista, le mostraban su identificación. Nate las verificó y se las devolvió.

—Pasen una buena noche, amigos. —Volvió a sentarse en la banqueta—. El CDA. Rotación de seis meses.

El Cuerno de África.

—Maldición, hombre. Cuídate.

—Es más fácil en África que en Afganistán.

—Sí. Te dejo volver al trabajo.

Nate volvió a ponerse de pie y tomó la identificación que alguien le entregaba.

—Fue bueno verte otra vez.

Jase lo saludó con la mano y se dirigió al interior del bar. Observó la multitud, en busca de Brandon y de Gary. El bar no estaba del todo lleno todavía. Fue sencillo distinguir a Brandon, Gary, Evan y Nick parados alrededor de un par de mesas, en el centro del salón. Ayudó que fuera uno de los pocos grupos que no estaban vestidos con ropa de motociclista. Brandon advirtió su presencia y levantó una mano. Jase le devolvió el saludo y señaló la barra.

Apoyó un pie sobre el caño de una banqueta y esperó a que Brian lo viera.

—¡Por todos los cielos! Jase, ¿dónde te habías escondido? —Estiró la mano. Jase se la estrechó.

—En el bosque. ¿Cómo has estado?

—Viviendo la vida. ¿Qué te sirvo?

—Killian's. De barril.

—Claro. —Brian golpeó la barra y se apartó.

Jase giró sobre la banqueta y observó a la clientela. Reconoció algunos rostros. Recordó menos nombres. Se dio cuenta al instante: no extrañaba el lugar para nada.

Una ráfaga de pelo rubio captó su visión periférica y volteó. Unos vaqueros ajustados y un top cortado mostraban todos sus atributos y no dejaban nada librado a la imaginación. Ellos habían pasado unas noches calientes e intensas cuando él solía vivir de fiesta. Maldición. ¿Cuál era su nombre? Algo que terminaba con Y. Quizás con I. Solo se le ocurrían nombres de estríper.

Ella buscó el camino hasta quedar entre las piernas de él.

—Jase, ¿dónde has estado? —Hizo un mohín con sus labios rojos mientras recorría el pecho de Jase con las manos.

—Una pregunta popular esta noche. —Mantuvo las manos sobre sus muslos. No tenía deseos de alentarla. Literalmente, ninguno.

—Te extrañé. —Sus uñas largas, pintadas para combinar con los labios, se clavaron en su tetilla.

Él se arqueó y cubrió el pecho con la palma de una mano para quitar la de ella. Ciertamente. Le gustaba pellizcar.

—Jase —lo llamó Brian.

Gracias a Dios.

—Lamento oír eso. —Colocó las manos sobre las caderas de ella y la alejó lo suficiente para poder girar sobre la banqueta.

Se puso de pie y sacó la cartera del bolsillo trasero del pantalón.

Brian hizo un gesto para detenerlo.

—Yo invito la primera ronda. Bienvenido a la civilización otra vez.

—Gracias. —Sacó la tarjeta de crédito y la dejó sobre la barra—. Abriré una cuenta, de todos modos. Incluye las bebidas de Brandon. —Una mano pequeña recorrió su espalda de arriba abajo, y sintió los pechos oprimidos sobre su costado.

Aún no había reacción. Si no se hubiese masturbado en la ducha aquella mañana, habría pensado que le sucedía algo malo. Se alejó de sus caricias y se dio vuelta.

—Fue bueno verte otra vez. —Levantó el vaso y se alejó.

—¿Qué?

Dudaba de que algún tipo la hubiera dejado plantada alguna vez, pero él ya no andaba con cualquiera. Cruzó el salón, sintiendo el peso de su mirada durante todo el tiempo. *¿Mandy? ¿Candy? ¿Cindy, pero con I? ¿Cuál demonios era su nombre?*

Apoyó el vaso sobre la mesa, y Brandon lo abrazó dándole palmadas en la espalda.

—Me alegra que hayas venido.

—Felicidades. —Jase le devolvió las palmadas.

—Veo que Tiffany te encontró. —Brandon señaló hacia la barra con la barbilla.

Tiffany. Echó un vistazo por encima del hombro. Ella frotaba el pecho de otro tipo sentado frente a ella, como lo había hecho con Jase. Levantó la vista, encontró a Jase y se lamió los labios. Él le dio la espalda.

—Sí. Me encontró.

—Amigo, en cuanto nos sentamos, vino a preguntar por ti. Es como si

tuviera un radar o algo.

Jase sonrió.

—¿Te quedas, o solo pasaste un momento? —preguntó Evan.

—Me quedo.

Brandon levantó la botella vacía para llamar la atención de la camarera.

—¿Vas a beber, o solo te quedarás con ese vaso?

—Es tu noche. Si quieres beber, beberé contigo.

La camarera se detuvo frente a la mesa, con bandeja y anotador preparados. Sacó una lapicera, que estaba enganchada en el pelo atado en una cola de caballo.

—¿Listos para otra ronda?

Brandon le sonrió.

—Así es. Otra para todos.

Ella miró la mesa y tomó nota. Señaló el vaso de Jase.

—¿Quieres otra?

—Por favor. —Se acercó para hablarle al oído—. Le di mi tarjeta a Brian. Coloca las primeras rondas en mi cuenta.

—Claro. —Volvió a colocar la lapicera en el pelo y puso los vasos vacíos sobre la bandeja—. Ya regreso, muchachos.

—¿Conducirás? —inquirió Nick.

Jase sacudió la cabeza.

—Tomaré un taxi hasta lo de Chris. Sigue estando de viaje.

—Le mandé un mensaje de texto para decirle que estaríamos aquí. No me respondió —comentó Brandon.

—Aún le quedan un par de semanas antes de volver.

—Qué lástima. Quería volver a verlo. —Gary codeó a Carlos—. Oye, ¿qué estás mirando?



EL AIRE sofocante del verano las envolvió cuando bajaron del auto frente al bar. Bree subió al deck amplio, cubierto de madera, por el cual llevaba su nombre el bar. Grupos pequeños y parejas pasaban el rato junto a la baranda de madera. Denise abrió una de las puertas dobles, se apartó para que saliera una pareja y cruzó el umbral. Se detuvieron apenas entraron y le mostraron su identificación al portero. Él las miró de arriba abajo con expresión

inescrutable.

Bree se miró los pies y luego observó al portero.

—¿Qué? —preguntó Bree.

Él sonrió con suficiencia y les devolvió las identificaciones.

—Diviértanse.

Denise guardó la identificación en el bolsillo trasero.

—¿Qué fue eso?

—No tengo idea.

The Deck tenía una apariencia de granero viejo: todo abierto, con mucha madera y aserrín en el suelo. A la derecha de donde estaban paradas, había una barra en forma de U para que los clientes vieran los televisores ubicados contra la pared. A la izquierda, había una zona con mesas y sillas para el restaurante, que estaba cerrado. La mitad trasera del local estaba prácticamente abierta, con mesas redondas altas y banquetas ubicadas a un lado del salón, mientras que al otro había una segunda barra. Unas puertas grandes, como de cochera, daban al deck en la parte trasera del edificio; un amplio patio cercado hacía que el local pareciera aún más grande.

—¿Barra delantera o trasera? —consultó Denise.

Bree miró hacia la derecha. Casi todas las banquetas estaban ocupadas.

—Vamos atrás.

Se abrió paso entre la multitud vestida con tela de vaquero y cuero. A cada rato sacudía un pie para quitarse el aserrín que se le metía en las sandalias finitas.

Denise se acercó a su oído para que la oyera por encima de la música de rock.

—Parece que no nos llegó la notificación sobre el código de vestimenta.

—¿Quieres decir que no estás suscripta al boletín de las damas del cuero? —inquirió Bree por encima del hombro.

—Tan solo imagina cuántas vacas tuvieron que morir para obtener todo el cuero que esta gente tiene puesto. No estamos para nada vestidas de forma apropiada.

—Supongo que es mejor que estar demasiado arregladas.

—Probablemente.

Bree se detuvo en seco; Denise se chocó con ella.

Santa calentura, Batman.

—Oh, cielos. Acabo de mojar la ropa interior. —Bree codeó a Denise y ladeó la cabeza en la dirección en la que miraba.

—Por todos los santos, ese hombre es un orgasmo andante. ¿Cuán alto crees que es?

Bree recorrió con la mirada desde la amplitud del pecho musculoso hacia las caderas sin una gota de grasa, los vaqueros holgados, hasta las botas gastadas.

—No lo sé... ¿Un metro noventa? ¿Uno noventa y cinco, quizás?

—Podrías usar tacos y no tendrías que preocuparte por estirarte para besarlo.

—Estoy bastante segura de que esa es una de las razones por las que iba a terminar con Chad. Todos mis tacos son de diez centímetros.

—Al igual que Chad.

—Con erección. —Bree despegó la mirada del orgasmo andante. Las amigas se miraron por un momento y soltaron una carcajada.

—Oh, cielos, me muero de la risa. —Denise se limpió las lágrimas de los ojos.

Bree la tomó de la mano.

—Vamos, bebamos algo.

—Tú pagas, para que sepas.

—¿Cómo que yo pago? Yo soy la que tiene que comprar un colchón nuevo —planteó Bree.

—Primero, porque estás forrada. Segundo, porque nos hiciste salir mal vestidas, pero te concedo el punto. Yo invito la primera ronda.

—Qué amable de tu parte —señaló Bree.



CARLOS HIZO un gesto con la cabeza hacia la puerta.

—Miren.

Dos mujeres estaban paradas en la parte delantera del bar, con la cabeza hacia atrás, riendo y sosteniéndose una a la otra. Se destacaban por su ropa informal, como si le dieran poca importancia a su apariencia. La pelirroja llamó la atención de Jase. Su sonrisa brillaba, llena de alegría. Llena de vida. Ellas se abrieron camino entre la multitud hacia la barra. Cuando llegaron, ella subió una pierna y apoyó el pie sobre el barral, cerca del piso. Él llegó a ver las largas piernas y el trasero redondeado antes de que alguien se cruzara en el camino.

El deseo que le había faltado antes se hizo notar. No. No le sucedía nada malo.

Evan emitió un largo silbido por lo bajo.

—Maldición. No se ven chicas como esas por aquí. Las pido para mí.

—Ni lo sueñes. —Jase apoyó el vaso con fuerza y se dirigió a la barra.



ELLAS SE ACERCARON A LA BARRA, y Denise levantó una mano, con la tarjeta de crédito entre los dedos. El barman se inclinó sobre la barra para acortar la distancia.

—Señoritas, ¿qué puedo hacer por ustedes esta noche?

—Dos vodkas con arándanos y lima, por favor —pidió Denise.

—Claro. —Le guiñó un ojo y se alejó.

—Es atractivo —señaló Bree.

—Y conquistador.

—Seguro que sirve para las propinas.

—Yo tengo propina para darle. —Denise levantó las cejas varias veces.

—Estoy segura de que él también tiene algo para darte, si sabes a lo que me refiero.

—Qué bien. —Denise levantó la mano, y Bree se la chocó—. Por fortuna, tu mente es tan sucia como la mía.

El atractivo barman regresó con las bebidas.

—Agrégalas a mi cuenta, Brian —Se oyó decir a una voz grave.

A Bree se le pararon los pelos de la nuca, y un escalofrío recorrió su espalda. *Por favor, que sea el orgasmo andante.* No podía tener esa suerte.

El barman asintió.

—No hay problema, Jase.

Bree y Denise se miraron con los ojos bien grandes mientras tomaban sus vasos y giraban hacia... Sí, podía tener esa suerte. Se encontraron con un torso bien definido y con unos bíceps que estiraban la tela de una remera azul desteñido. La mirada de Bree subió, y subió, pasando por una barba recortada, que rodeaba unos labios carnosos, una nariz apenas torcida, hasta los ojos color miel del orgasmo andante.

Gauu. De cerca está aun mejor.

Bree bebió un sorbo de su bebida e imaginó que pasaba sus manos por el

pelo oscuro y enrulado de él.

—Señoritas, no las había visto antes por aquí.

Bree se ahogó con el líquido. *Pasó por el tubo incorrecto.*

—¿En serio? —se esforzó por decir, a pesar de la quemazón—. ¿Te decidiste por lo de “¿Vienen seguido por aquí?”?

El dios del sexo sonrió.

—Bueno, no era mi intención pero, si funciona...

Maldición, esa sonrisa. Ella cambió el peso de su cuerpo en un esfuerzo por aplacar las punzadas que sentía entre las piernas.

—Soy Jase —se presentó—. ¿Esperan a alguien, o son solo ustedes dos? —Miró directamente a Bree, con una sonrisa insinuante en los labios.

¿Cuál fue la pregunta? Se había quedado mirando su boca. La veía moverse. Imaginaba chupar ese labio inferior carnoso.

—Solo nosotras —respondió Denise—. Decisión de último momento. Como ves, no conocíamos el código de vestimenta.

—¿Código de vestimenta? —Jase volvió su atención hacia Denise.

Bree giró los hombros y se despejó de la neblina de lujuria que nublaba su mente.

—Creo que se refiere al hecho de que no vestimos nada de cuero. —Hizo un gesto con la mano—. Chiste interno.

—Ah, sí. A los motociclistas les gusta el cuero. Como no esperan a nadie, ¿les gustaría unirse a mí y mis amigos?

Bree echó un vistazo a Denise, quien se encogió ligeramente de hombros.

—Claro, ¿por qué no?

—Soy Bree, por cierto. Ella es Denise. —La señaló con el vaso.

—Encantado. Síganme. —Le tomó la mano libre a Bree y las guio hacia el grupo de hombres con los que había estado cuando recién las habían visto. Bree se volvió hacia Denise y articuló: “Oh, por Dios” mientras él las guiaba hacia un par de mesas, ubicadas contra la pared del fondo. Todos eran atractivos, corpulentos y rondaban el metro noventa de altura. Era como una sesión de fotos para un calendario de chicos ardientes, solo que con más ropa. Jase presentó a Bree y a Denise a los muchachos, que estaban parados alrededor de las dos mesas.

—¿Esto es un viernes normal para ustedes? —inquirió Denise.

Nate apoyó un brazo tatuado sobre la mesa y se dirigió a ella:

—Brandon está celebrando su baja del servicio activo del Ejército.

Gary se asomó detrás de él.

—Estamos aquí la mayoría de los viernes.

Bree se mordió el labio, mientras observaba la gesticulación sutil de los dos hombres que luchaban por captar la atención de Denise. Eso sería interesante. Una mano se deslizó por la parte baja de su espalda, y un cuerpo sensual se acercó por el costado. Ella apenas le llegaba a la barbilla. Acostumbrada a tener la misma altura que la mayoría de los hombres, si no más, pararse junto a Jase la hacía sentir... diminuta.

—¿Quieres otro trago? —preguntó él.

Ella miró el vaso casi vacío.

—Creo que cambiaré por cerveza. Ya bebimos unos cuantos. —Levantó la vista y lo observó por entre las pestañas. El nerviosismo se agitaba en su estómago.

Cielos, es sensual.

¿Cuándo fue la última vez que un tipo había coqueteado con ella?
¿Coqueteado de verdad, y no simplemente tirado los tejos?

La camarera se acercó, y Jase agregó una cerveza a la orden.

—¿En serio nunca oíste sobre Papa's Pizza? —La pregunta de Denise atrajo su atención.

—¿Qué hay sobre Papa's Pizza? —inquirió ella.

Denise señaló a dos de los hombres.

—Estuvieron en Victory alrededor de la misma época que nosotras.

—¿De verdad?

—La única pizzería era ese lugar desagradable dentro de la tienda de provisiones. ¿Estás segura de que era en Camp Victory? —consultó Gary.

—Lo juro. —Denise levantó la mano, con la palma hacia adelante—. Íbamos a almorzar todos los domingos. Masa gruesa y trabajada a mano, revoleada por el aire.

—¿Dónde en Victory? —la desafió Brandon.

Cuando Jase rozó el costado del cuello de Bree y corrió un mechón de pelo de su hombro, perdió interés en la conversación. Un escalofrío le recorrió la piel por donde pasaban los dedos de él. Estaba comenzando a ser una sensación familiar. Él había encontrado pequeñas maneras de tocarla desde que la había tomado de la mano en la barra. Una mano acariciaba la curva de su cadera. Se acercaba a susurrarle al oído. Cada toque se sentía como una marca en su piel. La dejaba excitada. Necesitada.

—Bromeas —expresó Evan.

Bree volvió a prestar atención al grupo.

—¿Qué sucede?

—La pelea con los ciudadanos tercermundistas detrás del comedor —explicó Denise.

—Ah, sí —acordó Bree—. Fue como salido de una película: ollas, cuchillos, cadenas y tubos de metal. Lo único que faltaba era *Beat It*, de Michael Jackson, de fondo.

—¿De verdad? —preguntó Jase.

—Sí. A los de seguridad les tomó cerca de una hora poder terminarla —agregó Denise—. Dos tipos terminaron muertos.

Bree apoyó el vaso sobre la mesa.

—Disculpen. Debo ir al baño. ¿Tú tienes que ir? —le consultó a Denise.

—Estoy bien. A menos que necesites que te lleve.

—Enorme cartel de neón. Creo que puedo encontrarlo.

Una rubia con un top que mostraba demasiado escote salía del baño cuando ella empujó la puerta. Miró a Bree de arriba abajo e hizo una mueca.

Ay, por favor.

Se lavó las manos y se acomodó un mechón de pelo suelto detrás de la oreja. Tenía las mejillas sonrojadas, y sus ojos brillaban. Podría haber sido el alcohol, pero era más probable que fuera el sensual juego previo que se había dado desde que Jase la había sacado de la barra. Solía evitar que los desconocidos la tocaran. Los abrazos y las caricias estaban reservados para amigos y familiares, pero algo en el toque de Jase activaba todos los nervios de su cuerpo. Cada roce de sus dedos había provocado escalofríos en su espalda y le había erizado la piel. Lo disfrutaría. ¿Cuándo había sido la última vez que una simple caricia había provocado que el deseo se acumulara bajo su panza? *No desde antes de Afganistán.*

Bree se quitó ese pensamiento de la cabeza. Esa noche no era una noche para aquellos pensamientos.

Salió del baño después de haberse secado las manos. Jase la detuvo en el pasillo de camino al salón. La llevó a quedar de espaldas contra la pared y apoyó los antebrazos apenas por encima de la cabeza de ella. La tenía atrapada, pero se mantenía alejado. Se inclinó y rozó sus labios con los de ella. Luego se detuvo.

¿Estaba pidiendo permiso? Bree lo tomó de las caderas y enganchó los dedos medios en las presillas de sus vaqueros. Se mordió el borde del labio.

—Estuviste mordéndote el labio toda la noche, Bree. Es mi turno. —La mirada de Bree pasó de la boca de él hasta sus ojos llenos de deseo, justo

antes de que Jase le lamiera el labio inferior. Ella sacó los dedos de las presillas y se acercó más. Deslizó una mano por su espalda y la otra por la cabeza, pasando los dedos por el pelo. Jase la envolvió en sus brazos, se inclinó y la levantó hasta que ella quedó en puntas de pie. La empujó contra la pared y sus cuerpos estaban tan apretados que Bree podía sentir la presión de la entrepierna de Jase sobre su abdomen. El beso se volvió carnal, y las lenguas bailaban un tango íntimo mientras su respiración se agitaba. ¿Alguna vez la habían besado con tanto calor... con tanta pasión... con tanto deseo?

Alguien se aclaró la garganta, y el hechizo se rompió. Jase se alejó lentamente y succionó el labio inferior de ella a medida que levantaba la cabeza. Quedaron mirándose por otro momento antes de darse vuelta para ver a Denise parada a unos metros, tratando de mirar hacia cualquier otro lado, excepto a ellos.

—Hola, cariño. —Bree alejó a Jase en un intento por crear algo de distancia entre ellos. Él se rehusaba a soltarla, pero aflojó el agarre firme que ejercía sobre ella.

—Lamento interrumpir. ¿Tienes un momento?

—Claro. —Bree miró a Jase—. Te veo en la mesa.

Jase la observó, aún sosteniéndola de la nuca.

—Sí.

Se inclinó y le dio un beso rápido e intenso antes de hacer un gesto con la cabeza hacia Denise y dejarlas en el pasillo.

—Cielo santo, eso fue ardiente, y ni siquiera fui la que recibió el beso — señaló Denise—. No sé si chocarte la mano o echarte agua fría.

—No es necesario. Mi ropa interior ya está empapada. —Bree se apantalló el rostro con las manos—. ¿Estoy colorada? Me siento sonrojada. ¿Estoy sonrojada?

—Estás bien, hermosa como siempre —le aseguró Denise—. Me voy a casa.

—Ah, está bien. Déjame avisarle a Jase que nos vamos. —No había pensado en qué sucedería al final de la noche. Quizás podría... No. No sería una mala amiga.

Denise sacudió la cabeza.

—Ah, no. No, no, no. Tú te irás a casa con el orgasmo andante. No sería una buena compañera de batalla si te arrastrara fuera de aquí porque estoy agotada y mañana tengo que madrugar.

—Nuestro trato es que venimos juntas y nos vamos juntas.

—Esta noche no. Esta noche tú te vas a casa con el chico ardiente y compensas por todo el sexo aburrido que has tenido durante el último año.

Bree se mordió el labio inferior mientras luchaba con su indecisión. Realmente, quería irse a casa con Jase. Ese beso... Sentía calor en las puntas de las orejas al recordarlo. Con Chad, los besos se habían vuelto... superficiales. Si aquel beso con Jase era una pista, el sexo sería fenomenal.

—¿Estás segura? —inquirió.

—Cariño, estoy segura. Parecía que iban a hacerlo contra la pared, frente a todo el bar.

—No fue para tanto.

—Oh, claro que sí. Y fue ardiente.

—Como sea. —Entrelazó el brazo con el de Denise y regresaron al salón—. Déjame asegurarme de que Jase está de acuerdo con llevarme a casa antes de que te vayas.

Denise dejó de caminar e hizo detener a Bree.

—¿Qué? —inquirió Bree.

Denise ladeó la cabeza y la observó.

—Bromeas, ¿verdad?

—¿Qué? No quiero ser presuntuosa.

Denise revoleó los ojos y caminó directamente hacia Jase.

—Me voy. Bree se queda. Si juegas con ella, iré tras de ti, te destrozaré en mi picadora de carne industrial y alimentaré a mis perros. La Policía tendrá que rebuscar en sus excrementos para identificar tu ADN. ¿Estamos de acuerdo?

Jase la miró perplejo.

—Sí, estamos de acuerdo.

—Bien. —Denise se volvió hacia Bree y la abrazó—. Haz todo lo que haría yo si un tipo como ese me mirara como él te mira a ti.

Bree sonrió y susurró:

—Eres especial.

—Tú lo eres más.

Bree observó a Denise dirigirse a la puerta.

Cuando se dio vuelta, encontró la mirada penetrante de Jase.

—¿Quieres irte de aquí? —propuso él.

—Sí.

—Bien.

CAPÍTULO 3

Jase la tomó de la mano y la guio hasta la puerta principal. Mientras se iban, saludó con la cabeza a sus amigos. Al salir, encontraron un taxi estacionado frente al bar.

—Qué suerte —comentó Bree.

Jase mostró una sonrisa de medio lado mientras abría la puerta de atrás.

—Lo llamé mientras hablabas con tu amiga.

—¿Quién es el presuntuoso ahora? —murmuró Bree mientras se deslizaba por el asiento.

—¿Qué?

—Nada importante.

Jase le dio la dirección al conductor mientras se acomodaba junto a Bree. Cerró la puerta y la miró con una ceja levantada.

—¿Qué? —Bree jaló la tela de su remera antes de acomodar un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Demasiado lejos, querido. —Él pasó el brazo por la cintura de ella y la atrajo hasta que casi la sentó en su regazo. Pasó la otra mano por el pelo, a la altura de la nuca, y agarró varios mechones mientras acercaba su boca a la de ella. El beso continuó desde donde habían quedado en el bar. Su lengua invadió la boca de Bree. Los dientes mordisqueaban su labio inferior. Ella gimió, intentando acercarse todo lo que el espacio reducido del asiento trasero podía permitirle. Encontró el borde de la remera de él y deslizó la mano por su espalda. Músculos duros bajo una piel suave. Arqueó los dedos y clavó las uñas. Él reaccionó con un gruñido y le levantó la pierna por encima de la suya. El beso sabía a eternidad y terminó en un instante.

El conductor se aclaró la garganta.

—Llegamos.

Bree se alejó con un pequeño grito ahogado. Había olvidado dónde estaban. Encontró la mirada de Jase y se mojó los labios. Él observó su boca antes de sacar la cartera del bolsillo trasero para pagarle al conductor. Tomó la mano de Bree, abrió la puerta y la ayudó a bajar.

—Gracias —le dijo Bree al conductor mientras se bajaba.

Jase la llevó hasta la puerta de una casa en los suburbios, que se veía igual al resto de las casas en la cuadra. Abrió la puerta y arrojó las llaves sobre la mesita a la derecha de la entrada. Bree echó un vistazo a la pequeña sala de estar mientras Jase cerraba la puerta. Se quitó las sandalias por costumbre y dejó sus llaves sobre la mesa.

—¿Quier...? —Dio un grito ahogado cuando Jase puso sus manos al costado de sus muslos, la levantó y la colocó contra la pared junto a la puerta, lo que la obligó a agarrarse de sus hombros para mantener el equilibrio.

—Rodéame con las piernas —pidió él.

Así lo hizo y sintió las manos de él deslizarse por el borde de los shorts hasta hundir los dedos en la parte carnosa de su trasero.

Bree unió sus labios con los de él en un beso con la boca abierta, que la dejó sin aire. Hubo un momento de ingravidez cuando Jase la alejó de la puerta y la llevó por un pasillo corto hasta una habitación. Emitió un breve grito en cuanto Jase la dejó caer en la cama. La risa que le siguió fue interrumpida cuando Jase encontró su boca de nuevo. Ella gimió cuando él frotó su erección contra su entrepierna. La fricción provocó pulsaciones a lo largo de sus piernas. Enganchó una rodilla a la cadera de él, buscando aún más contacto. Jase tocó el borde de su remera con las manos.

Bree levantó los brazos para que se la quitara. Él oprimió la boca sobre su cuello. Enganchó los dedos en las tiras del sostén. De un tirón expuso sus pechos. Abandonó la boca de ella y succionó uno de sus pezones mientras buscaba la parte trasera del sostén.

—Broche delantero —indicó ella, agitada.

—Hazlo. —Movió la boca hacia el otro pecho.

Bree desabrochó el sostén y dejó que cayera sobre la cama. Alcanzó la remera de él y lo ayudó a quitársela. En cuanto se liberó de esta, Jase regresó su atención a los pezones. Bree arqueó la espalda y pasó las manos sobre los hombros y espaldas bien definidos, recorriendo cada centímetro de piel que podía encontrar. Acarició mechones de pelo y resopló entre dientes cuando él le hizo doler al succionarle el pezón.

—¿Demasiado? —consultó él, mirándola.

—Un poco.

—Seré más suave. Un poco. —Lamió el pezón dolorido, y ella gimió ante la sensación. Nunca antes habían jugado con sus pezones, pero la boca y lengua de él eran mágicas. Él volvió hacia el otro lado y arañó con los dientes su piel sensible. Bree volvió a gemir a medida que el cosquilleo en sus pezones viajaba a su ya palpitante clítoris. Le clavó las uñas en los hombros y onduló las caderas, intentando conseguir más fricción donde realmente la quería.

—Paciencia. Ya llegaré allí. —Movié la boca hacia el estómago de ella dejando una estela de fuego mientras con las manos llegó al botón del short.

—Al diablo con la paciencia. —Bree continuaba moviendo sus caderas de forma rítmica.

Jase sonrió.

—Quise quitarte estos shorts desde que te subiste al taxi. —Bajó el cierre y los deslizó por sus caderas y muslos, junto con la ropa interior. Bree sacudió las piernas en cuanto él le dio espacio. Jase acomodó los hombros entre los muslos de ella, lo que la forzó a separar las piernas. Su aliento cálido llegó a su clítoris antes de que le tocara la punta con la lengua.

—¿En serio? —protestó Bree con frustración—. Quiero llegar.

—Oh, llegarás. Llegarás en mi rostro. Luego llegarás con mi pene mientras lo entierro bien dentro de tu preciosa vagina.

—Oh, cielos. —Levantó la cabeza para observar su propio cuerpo hasta llegar a él. Los músculos de su torso se tensaron ante la vista de la cabeza de él hundida entre sus piernas—. ¿Vas a penetrarme o hablarás hasta que me muera?

Jase levantó la cabeza desde su ubicación entre sus muslos.

—Encontraré algo más útil para que haga esa boquita sucia; sigue así.

Lo observó mientras él extendía la lengua, apenas tocando la punta del clítoris, sin dejar de mirarla. Bree volvió a apoyar la cabeza y meció las caderas, lo que forzó el contacto que ella quería. Al parecer, era lo que Jase también quería. Finalmente, cubrió su vagina sensibilizada, dando vueltas con la lengua alrededor del clítoris. La barba corta le hacía cosquillas en la suave piel de la entrepierna, lo que sumaba a la sensación que le provocaban su boca y su lengua. Bree sintió el orgasmo que se acumulaba en la zona de los abdominales.

—Oh, cielos, justo ahí. Por favor, no te detengas. Estoy llegando.

Se sacudió cuando Jase le introdujo dos dedos, los giró una y otra vez, y los arqueó levemente cuando los retiró. El orgasmo de Bree la recorrió por completo. Sujetó a Jase del pelo y lo forzó a que acercara más la boca. Con la otra mano utilizó la pared para que le diera el impulso que necesitaba. No podía controlar la respuesta de su cuerpo. Esa necesidad primitiva la hacía contonear las caderas. Todo su cuerpo se estremeció cuando sintió que él se alejaba con una última y larga lamida.

Jase continuó penetrándola con los dedos para prolongar su orgasmo. Con los ojos entrecerrados, lo vio abrir la envoltura de un preservativo con los dientes. De alguna manera se las arregló para colocárselo antes de quitar los dedos. Vaya talento. Alineó la cabeza del pene con los abdominales de ella y empujó en un movimiento fuerte. Se estiró y la llenó con todo su grosor. Inspiró profundo. Era casi doloroso. Si no hubiera tenido un orgasmo, ni estuviera tan mojada, podría haberle dolido. En lugar de eso, se sintió simplemente exquisito.

—Maldición, estás tensa. Y mojada —masculló él—. Te siento latir a mi alrededor. Necesito que dejes de hacerlo, cariño, o no duraré mucho tiempo.

Bree continuaba respirando de manera agitada. El grueso pene que la penetraba, la estiraba, le había provocado un miniorgasmo. Hubiera jurado que él era el que latía.

—En este momento, no tengo ningún control, ya que creo que aún estoy teniendo un orgasmo.

—Bueno, veamos si podemos asegurarnos de que lo tengas. —Jase se incorporó y se sentó sobre los talones. Atrajo las piernas de Bree sobre sus muslos mientras separaba un poco las rodillas. Bree dio un grito ahogado ante la nueva posición. Él la tomó de las caderas, retrocedió, arremetió y llegó hasta el fondo. Mucho más profundo de lo que Bree había sentido alguna vez. Movimientos largos y duros; salía casi por completo antes de volver a entrar del todo.

—Maldición, cariño, estás condenadamente ardiente en esta posición. No duraré mucho más. Juega con tus pechos. Pellizca tus pezones para que queden duros. —Bree jugó con estos—. Sí, así.

Era casi demasiado. Estaba al borde de otro orgasmo. ¿Otra vez? ¿Era posible?

—Estoy cerca —advirtió él—. Quiero que llegues otra vez. —Jase colocó el pulgar sobre el clítoris de Bree y frotó las terminaciones nerviosas.

—Maldición. —Ella hundió los dedos en los muslos de él y los utilizó

para sentir aún más el pene de Jase a medida que la penetraba. Echó la cabeza hacia atrás y soltó un grito cuando su segundo orgasmo completo la recorrió íntegra. Sentía un hormigueo en los dedos y en los labios, como si él le hubiera dado una descarga eléctrica.

Jase se colocó encima de Bree y apoyó las manos a cada lado de ella. Ella envolvió las caderas de él con sus piernas. Jase gruñía mientras la penetraba con dureza, ya sin controlar el ritmo ni velocidad de sus movimientos. Un último movimiento, y gritó. Se quedó en lo profundo de su interior. Se echó hacia adelante y descansó la cabeza sobre el cuello de Bree mientras su cuerpo temblaba. Con la boca rozó la piel sensible bajo la oreja de ella. Descargas eléctricas continuaban recorriendo el cuerpo de Bree, al ritmo de los latidos de su corazón. O de la erección palpitante de él; no estaba segura. Bree le pasó las manos por el pelo, sin poder abrir los ojos.

Jase levantó demasiado pronto la cabeza para mirarla.

—Debo quitarme el preservativo, nena.

—Está bien —murmuró Bree. Gimió un poco cuando él se retiró. Él lamió el canal entre sus pechos y se levantó de la cama. Ella emitió un suave gruñido, se puso de costado y ahuecó la almohada que tenía bajo la cabeza. Estaba casi dormida cuando sintió que Jase regresaba a la cama y la atraía hacia él.



UN LIGERO DOLOR de cabeza la despertó. La hundió más en la almohada. ¿Por qué las sábanas eran tan ásperas? Abrió un ojo y levantó la cabeza adolorida para ver la tela azul que la cubría. Esas no eran sus sábanas. Giró y vio el cuerpo desnudo y musculoso de Jase, recostado boca abajo junto a ella.

El recuerdo de la noche anterior la asaltó. *Maldición. Esto será extraño.* ¿Cuándo fue la última vez que había tenido sexo ocasional? Demonios, en aquella época, era piloto durante su primer servicio en la Fuerza Aérea. Echó un vistazo al reloj: apenas pasadas las seis de la mañana. Maldito reloj interno: es fin de semana.

Volvió a observar a Jase. Realmente era apetecible. Tenía los brazos bajo la almohada, y su rostro miraba hacia el otro lado. La sábana le llegaba a la parte baja de la espalda, lo que dejaba expuesta la amplitud de su espalda y los tatuajes que la cubrían. Aun dormido, tenía los músculos bien definidos.

Una leve variación de bronceado en sus brazos y en su cuello sugería que pasaba mucho tiempo al aire libre, ya fuera con remera o sin nada. ¿Mencionó a qué se dedicaba anoche? No podía recordarlo. La neblina de la lujuria debió haber sido muy espesa.

Pasó el dedo por una cita tatuada en el costado izquierdo de las costillas: “Porque aquel que hoy vierta su sangre conmigo será mi hermano”. Sonrió. Shakespeare. *Enrique V*. En el hombro izquierdo se veía la parte superior de la Cruz de Batalla (un rifle colocado sobre un par de botas de combate, con un casco en la otra punta). Ella se mordió el labio. Había visto una así muchas veces en la vida real. Toda la parte superior de la espalda estaba cubierta con una imagen grande, en blanco y negro, con escenas de una batalla de la época moderna. Hermosa, casi de calidad fotográfica. Frunció el ceño mientras pasaba el dedo por una cicatriz irregular de cinco centímetros, justo debajo de la imagen.

Jase se movió levemente; acomodó la cabeza sobre la almohada y soltó un pequeño suspiro. Ella retiró la mano y contuvo la respiración. Giró en la cama, se deslizó hasta el borde y, con suerte, hasta donde estaba su ropa. Jase la había arrojado hacia atrás después de habérsela quitado. Apretó los muslos cuando recordó cómo Jase la había desnudado. Tal vez debería quedarse y ver si estaba dispuesto a otra ronda.

No, eso llevaría al momento incómodo de fingir que lo ocurrido no había sido una aventura de una noche. Sería mejor irse mientras estaba dormido y evitar todo ese cliché.

Bree recogió la ropa del piso y se vistió. Verificó los bolsillos del short y vio que su tarjeta de débito y el teléfono continuaban en el bolsillo trasero. Abrió una aplicación de taxis y pidió una camioneta. Agradeció en silencio al inventor del GPS porque no tenía la menor idea de dónde estaba. Abrió la puerta del dormitorio sin hacer ruido y caminó en puntas de pie por el pasillo corto hasta la sala de estar. Las sandalias y las llaves aún estaban donde las había dejado.

—No lo hagas. —Se oyó una voz grave desde el sillón.

Bree dio un salto y apenas logró evitar un grito.

—Por todos los cielos —susurró. Echó un vistazo y vio a un tipo acostado en el sillón, cubierto por una manta a cuadros, con los ojos cerrados. Le parecía conocido. ¿Había estado en el bar la noche anterior? No había formado parte del grupo; eso lo tenía claro.

—¿Que no haga qué? —susurró ella.

—No te vayas sin despertarlo para decirle que te vas.

—Está dormido, y debo ir a trabajar.

—No está tan dormido, créeme. No estará muy feliz cuando se despierte y descubra que te escabulliste. —Abrió los ojos y la miró—. Despiértalo; te llevará a casa.

—No tiene auto.

El hombre volvió a centrar la cabeza sobre la almohada y cerró los ojos.

—Anoche conduje su camioneta hasta aquí. Despiértalo.

—De verdad, no puedo esperar. Ya llamé un taxi para que pase a buscarme.

—No digas que no te lo advertí.

¿Qué? Bree arrugó el rostro en dirección a él.

—De acuerdo. Me lo advertiste. Adiós.

—Sí.

Bree dobló la esquina y aguardó allí el taxi por si Jase se levantaba y salía a buscarla. Le quedaban unas horas antes de tener que ir a la comunidad de retiro, donde trabajaba como voluntaria. Quizás podría dormir un par de horas más antes de comenzar su día. Le hizo señas al taxi que venía por la calle.

Le dio la dirección al conductor y apoyó la cabeza sobre el respaldo del asiento. Mientras miraba por la ventanilla, sin ver el paisaje, pensó en la noche anterior. En cómo Jase la había besado. Tocado. En la forma en que ella había respondido. Se mordió la cutícula del pulgar. Al menos podría haberle dejado su número de teléfono. Tal vez podría... Miró por la ventana trasera. No. Era mejor así. Una lástima, en verdad, porque Jase era alguien a quien podía acostumbrarse.

CAPÍTULO 4

El vago aroma a jazmín y a vainilla permanecía en las sábanas, y a Jase le hacía recordar a la mujer que estaba en la cama con él. Activó su erección matutina y se dispuso a responder. Acomodó las caderas y se puso de costado. Deslizó la mano por las sábanas y siguió deslizándola hasta encontrar nada más que una cama vacía. Abrió los ojos.

Debía estar en el baño. Si tenía la boca tan seca como él, probablemente necesitaba agua. Se colocó de espaldas y dobló la almohada debajo de su cabeza. Le daría unos minutos, pero tenía planes para ese cuerpo voluptuoso. La risa de ella resonaba en su mente y llevaba otra ola de sangre a su pene erecto. Lo frotó para liberar algo de presión. Demonios, esa mujer lo tenía alterado. No había llevado a una chica a casa en más de un año. El par de mujeres con las que había salido en aquella época no habían durado más de unos pocos meses. Aun entonces nunca se había despertado deseándolas. Maldición, nunca se había despertado con ellas.

Pero Bree... Cada imbécil del bar había mirado a ella y su amiga con fines sexuales apenas ellas habían puesto un pie en el lugar. Era difícil no verlas, vestidas con vaqueros cortos y remeras. No eran las típicas chicas motociclistas ni las fanáticas de los militares que deambulaban por The Deck en busca de emociones rápidas. El beso en aquel pasillo le había hecho sentir algo por primera vez en mucho tiempo. Apenas se había contenido de tener sexo en el taxi. Lo único que lo había detenido era el público. Si hubiese estado lo suficientemente sobrio como para haber conducido, no hubieran pasado de la cabina de su camioneta.

Ese había sido uno de los orgasmos más intensos que había tenido. Su pelo castaño rojizo, enredado entre los dedos de él, había quedado extendido en la

cama, y él había estado listo para hacerlo de nuevo. Gruñó al recordar su sabor cuando llegó al orgasmo en su boca.

¿Qué demonios la demoraba tanto? Se levantó, se colocó la ropa interior y se dirigió hasta el baño oscuro y vacío.

¿Dónde está?

Jase fue hasta la sala en penumbras. Los zapatos y las llaves no estaban.

—¿Qué diablos...?

—Se fue, amigo —anunció Chris mientras se incorporaba en el sillón y se frotaba los ojos con las palmas antes de pasarse las manos varias veces por la cabeza—. Se fue hace como una hora.

—¿No intentaste detenerla?

—A menos que la derribara y que la atara de pies y manos hasta que te levantasas, ¿qué querías que hiciera?

—Despertarme.

—¿Por qué estabas dormido? Con un trasero así en mi cama, no hubiera estado durmiendo.

—No hables así. Tu casa estaba más cerca.

—¿No querías esperar la media hora de viaje hasta la tuya?

—No.

—Me lo imaginaba. Lava mis sábanas. —Se levantó y fue hacia la cocina.

—Sí, de acuerdo. Pensé que estarías ausente una semana más. —Jase se dejó caer en el sillón reclinable.

—Conseguimos resolverlo. Terminé antes.

—¿Atrapaste a los malos?

—Siempre.

Jase se quedó observando el ventilador de techo mientras giraba en un círculo lento e hipnótico.

—Maldición. Debo ir a buscar mi camioneta.

—Uno de los muchachos me dejó en el bar. Brandon mencionó que tomaste un taxi, así que conduje tu camioneta.

—Te lo agradezco.

Chris hizo una pausa en el proceso de colocar café en la cafetera.

—¿Conseguiste su número de teléfono?

—Maldición. No. —Jase se pasó las manos por el rostro, frotó la barba y se las llevó al pelo.

—¿Conseguiste su nombre?

Jase apoyó las manos sobre los apoyabrazos y lo miró con furia.

—Sí, imbécil, conseguí su nombre.

—¿Su nombre completo? —indagó Chris.

Si Chris no fuera tan buen amigo, le sacaría esa sonrisa burlona a golpes.

—Lo mencionó en algún momento.

—Pero no lo recuerdas. —Comenzó a reír—. Estás frito, entonces.

—Llamaré a Tim y veré si puede hacer algo.

—¿De verdad llamarás a tu hermano para rastrear a una chica? Debió haber sido un buen revolcón.

—Creo que nunca me descargué con tanta fuerza en mi vida. —Se ajustó la ropa interior cuando su cuerpo respondió al recuerdo—. Y no vuelvas a hablar de ella como un revolcón.

—Dije: “Buen revolcón”. —Jase gruñó—. Cálmate, amigo, solo bromeo contigo. Aunque debió ser una montada épica para que hayas quedado tan prendado por una chica que desapareció a la mañana siguiente. Hacía tiempo que no era tu modo de actuar esto de llevar a casa una mujer a la que acabas de conocer en un bar. —Sacó unos huevos de la heladera antes de volver a mirar a Jase.

—Diablos, no sé qué demonios fue. Solo fue... diferente. El modo en que ella se comportó anoche. Tú sabes cómo somos, en especial cuando bebemos. Gritones y ofensivos.

—Te refieres a borrachos imbéciles.

—Sí, básicamente. Ella y su amiga ni pestañearon. Se acomodaron a la situación. No toleró las estupideces de nadie. —Jase dejó que su voz se apagara mientras apoyaba la cabeza sobre el respaldo del sillón—. Cielos, sueno como una chica.

—Sigue así y haré que te retiren tu credencial de hombre —advirtió Chris, señalándolo con la espátula—. ¿De verdad quieres encontrarla?

—Oye, acabo de decir que estoy dispuesto a llamar a mi hermano y a soportar toda la basura que me dirá por pedirle un favor. Sí, quiero encontrarla.

—Bueno, tal vez pueda ayudarte.

—¿Cómo? —Jase se levantó para servirse café.

—Me pareció conocida.

Jase cerró la puerta de la alacena con fuerza.

—¿En qué sentido?

—No dormí con ella si eso es lo que piensas. Me pareció conocida. ¿De alguna misión, quizás? Ya lo recordaré.

Jase asintió levemente.

—¿Necesitas ayuda con la clase de hoy o te irás a casa a enfurruñarte y a echar de menos a tu chica? —continuó Chris.

—Imbécil.

Chris sonrió con satisfacción.

—¿Eso es un sí?

—Sí.

—Solo lo comprobaba. ¿Quieres unos huevos?

—Claro. —Jase se dirigió al dormitorio—. Me daré una ducha.

—Pon mis sábanas a lavar, maldito —gritó Chris mientras Jase caminaba.



JASE APILÓ las pacas de heno utilizadas detrás de las dianas, en su propiedad de cuatro hectáreas, cerca de Haven Springs, unos treinta kilómetros al sur de Raleigh, Carolina del Norte.

—Hoy tendremos un participante extra —le comentó a Chris.

—¿Incorporación de último momento?

—Sí. Uno de los muchachos que se había anotado llamó y preguntó si podía traer a un amigo.

—¿Estás de acuerdo con eso? ¿Ya pasó la revisión?

Jase suspiró.

—No. Me dijo que entregó toda la documentación y que está esperando la firma del psiquiatra. De todas formas, utilizaremos puntas romas hoy.

—Igual sangras como un desgraciado si un tipo te clava una flecha —señaló Chris.

—Lo sé, pero no puedo rechazar a un hombre.

Chris levantó la barbilla.

—Sí.

Trabajaron juntos sin decir más. Jase valoraba la voluntad de Chris de ayudarlo con las clases de arquería. La mayoría de los voluntarios estaban dispuestos a ayudar en las excursiones porque tenían la oportunidad de ir a cazar o a pescar, pero no les gustaba la parte mundana del negocio. Tal vez, si consiguiera la financiación, podría contratar algunas personas para que lo ayudaran de manera regular.

—Ya vienen las camionetas —anunció Chris.

Ambos se presentaron ante cada uno de los hombres, a medida que llegaban. Ryan se presentó como el participante adicional.

—Entiendes que deberás compartir el equipo con tu amigo, ¿verdad? Suelo limitar la cantidad de participantes a seis para las clases de principiantes.

—No hay problema. Y, en verdad, te agradezco que me hayas hecho un lugar. El médico del Departamento de Asuntos Veteranos dijo que enviarían mi documentación por fax a tu oficina el miércoles a más tardar.

—Estaré atento.

Se acercaron al resto del grupo, y Jase comenzó con la clase:

—Bien, empecemos. Bienvenidos a V. E. T. Adventures. Esto es una introducción al uso de arco y flecha para cazar, de modo que, cuando puedan ir a una excursión de caza, puedan conseguir una presa. Chris me ayudará a demostrar lo básico: actitud, postura correcta, apuntar y tirar. Todos aquí pasaron por el entrenamiento en armas de combate, así que todo debería sonarles familiar. ¿Alguna pregunta antes de comenzar?

—¿Por qué arco y flecha en lugar de un rifle? —consultó Robert, uno de los estudiantes.

—En realidad, se trata de preferencias. Creo que un arco requiere de mayor habilidad, más paciencia y más concentración. Es mucho más difícil matar un ciervo con arco y flecha que con un rifle. ¿Algo más?

Cuando nadie respondió, Jase los llevó hasta las pequeñas mesas armadas a unos veinticinco metros de las dianas. Les mostró las diferentes partes del arco antes de que Chris demostrara la postura adecuada.

Jase se paró junto a él para ajustar el brazo del arco.

—Oye, ya conseguiste lo tuyo anoche —señaló Chris.

—Cállate, imbécil.

El grupo pasó la siguiente hora intentando darles a las dianas clavadas a las pacas de heno. Jase estaba atento a cuando los participantes se frustraran. Un muchacho, amputado por debajo de la rodilla, parecía ser el que peor la llevaba.

—Oye, ¿cuál era tu nombre? —inquirió Jase.

—Rob. —Bajó los brazos, sin soltar el arco ni la flecha.

—Está bien, Rob, dime qué te está desestabilizando.

—Todo. Mi equilibrio está mal y está desestabilizando todo lo demás.

—¿Hace cuánto que tienes la prótesis? —indagó Jase. No tenía pelos en la lengua. Ignorar algo feo no lo hacía menos feo.

—Me colocaron la definitiva hace un mes —contestó Rob.

—¿Y cuánto tiempo te llevó aprender a caminar después de que la herida había cicatrizado?

—Demonios, estuve en rehabilitación durante dieciocho meses.

—Bien. Te llevó dieciocho meses aprender a caminar otra vez, por lo que no aprenderás arquería en una hora. Es una habilidad nueva. Llevará práctica, al igual que todo. No te frustres. Si lo haces, solo lo complicarás más. ¿Dónde prestaste servicio?

—Marines.

—De acuerdo, entonces, esto te sonará familiar: “Lento es suave, y suave es rápido”.

Rob sonrió con satisfacción.

—Sí, es familiar.

—Es el mismo principio. Concéntrate. Encuentra tu equilibrio. Toma tu tiempo.

Rob cerró los ojos, respiró profundo y exhaló. Jase retrocedió para darle espacio. Rob cambió su peso entre la prótesis y la pierna, buscando su centro de gravedad. Levantó los brazos y estiró la cuerda. Jase pudo ver el momento, en cuanto Rob terminó de exhalar, cuando lanzó la flecha. Esta voló hacia adelante y se clavó en el anillo externo de la diana con un golpe seco.

Palmeó a Rob en el hombro.

—Buen trabajo, amigo.

—Gracias. —Rob tomó otra flecha, con una pequeña sonrisa en el rostro. Jase siguió caminando y dejó a Rob con su victoria. Por pequeña que fuera, para muchos hombres, esas pequeñas victorias eran lo que, en algunos días, los hacía seguir adelante.

Para el final de la clase, cada estudiante le daba a la diana cuatro de cada cinco veces. No fue hasta que estaban guardando el equipo que se dio cuenta de que Ryan, el participante extra, no había utilizado el protector de brazo.

Jase tomó la muñeca de Ryan y la dio vuelta para observar el antebrazo. Notó las cicatrices que iban desde la mano hasta el bíceps.

—Cielos, tu brazo estará negro mañana. Ya se está amoratando. ¿Por qué no dijiste algo?

Ryan pasó los dedos por el antebrazo mientras Jase le soltaba la muñeca.

—No tengo mucha sensibilidad entre el codo y la muñeca por las cicatrices. Honestamente, no sabía lo que sucedía.

—Lo siento. Si lo hubiera sabido, habría hecho algo.

—De verdad, no es problema. Aunque es probable que mi fisioterapeuta me regañe en grande mañana.

—¿Es un desgraciado? —preguntó Jase.

Ryan rio.

—Es mujer y es preciosa. Por lo general, es muy amable, pero la vi enfrentar a hombres que no estaban cumpliendo con el programa. Me asusta un poco. Solía ir en misiones con tipos de Operaciones Especiales y no tolera las estupideces de nadie.

Jase sonrió.

—Bueno, si te da muchos problemas, dale mi número y enfrentaré la peor parte por ti.

—¡Ja! No creas que no lo haré. No bromeaba cuando dije que ella me asustaba.

Después de que los estudiantes se fueron, Jase y Chris regresaron las pacas de heno al cobertizo de metal, colocaron los equipos en los estantes y cerraron con llave. Chris se despidió para regresar a su casa, y Jase se dirigió a la suya, al otro lado de la propiedad.

Apagó el motor y se quedó en la camioneta. Aun durante la clase, no podía quitar a Bree de su mente. Cada brisa parecía llevarle su perfume, el único rastro que había dejado. Golpeteó el móvil sobre el muslo, pensando en llamar a su hermano, un policía de Haven Springs. Se sentía un poco estúpido al respecto. Podía imaginarse la conversación: “Oye, hermano, ¿podrías emitir una orden de búsqueda para una mujer a la que llevé a casa anoche? Solo tengo su nombre de pila”. Su hermano jamás lo dejaría superar la vergüenza. Además, ¿qué podría decirle Jase realmente? Sabía su nombre, sabía que era un apodo de Brianna. Sabía que tenía pelo largo y rojizo, que se sentía como seda al pasarle los dedos. Sabía que sus ojos color zafiro brillaban cuando reía y que se oscurecían cuando se excitaba.

Golpeó el volante. Maldición. No podía creer que simplemente se hubiera ido esa mañana. Arrancó las llaves del encendido y cerró la puerta de un golpe. No tenía nada que darle a su hermano. Nada.

CAPÍTULO 5

Bree emitió un pequeño gemido y giró las caderas. Gimoteó tratando de lograr la consumación. Sonó la alarma y abrió los ojos de golpe. Su excitación se desvaneció junto con el sueño erótico, que atormentaba los límites de su subconsciente.

¡Maldición!

Silenció la alarma y gruñó. El orgasmo no consumado aún persistía, la dejaba inquieta, frustrada y extremadamente gruñona. Había soñado con Jase cada noche, durante la última semana, y siempre se despertaba antes del clímax. No podía quitárselo de la mente. Para empeorar las cosas, el recuerdo de su boca al recorrer su cuerpo la invadía de repente y la hacía sonrojarse y excitarse. Los pacientes le veían las mejillas sonrojadas y le preguntaban si se sentía bien. Pensó en conducir hasta la casa de él, pero no quería ser esa clase de chica. ¿Cuán vergonzoso sería si se presentara allí y él no se acordara? ¿O si estuviera con otra mujer?

El teléfono sonó sobre la mesa de luz. Lo miró con furia. Chad le había enviado mensajes de texto cada mañana desde que lo había echado. “Lo siento. Por favor, perdóname. No quise lastimarte. Te extrañé”. Borró el mensaje sin leerlo. *Demasiado tarde, desgraciado.*

Con un gruñido, se levantó y se preparó para ir a trabajar. Una hora más tarde, entró a la clínica de fisioterapia.

Su primer paciente del día ya estaba en la sala de espera.

—Buenos días, Ryan. Estaré contigo en unos minutos.

—No hay problema, Doc. Puede demorar el maltrato todo lo que necesite

—respondió con una sonrisa.

Bree revoleó los ojos ante la exageración.

—No seas tan infantil.

Guardó el bolso en el casillero y encendió la computadora para ver si había tenido cambios en su cronograma. Una de las citas de la tarde había cancelado, pero el lugar ya había sido tomado por alguien que había llamado por teléfono. Suspiró y enderezó el cuello. Había demasiados pacientes, pero no suficientes proveedores.

Abrió el historial de Ryan para revisarlo. Heridas considerables en el costado izquierdo durante un ataque con un artefacto explosivo improvisado en Irak, que le había dejado el brazo casi mutilado. Los cirujanos habían logrado salvárselo, pero el daño al músculo y tejido subyacentes limitaban su rango de movimiento. Bree leyó sus notas de la sesión anterior, ocurrida dos semanas atrás: su plan de tratamiento estaba bien encaminado.

Tomó el teléfono y marcó el interno de su asistente.

—Cindy, ¿puedes pedirle a Ryan que pase?

—Claro, doctora Marks.

—Gracias. —Colgó y cubrió la camilla con una sábana nueva.

—Hola, Ryan. Ya sabes cómo es.

—¿Sabe, Doc?, sería agradable que por una vez me hiciera acostar por otra razón que no sea torturarme.

Bree palmeó la cabeza de Ryan.

—Ah... Qué dulce que creas poder manejarme.

Ryan rio.

—Veamos si podemos trabajar con ese tejido cicatrizal y aumentar tu rango de movimiento. —Le dio vuelta el brazo, con la palma hacia arriba—. ¿Qué diablos es esto? —Rozó con el pulgar el moretón violeta y negro que cubría la mayor parte del interior del antebrazo.

—Ah, eso. Arquería.

—Ah, eso —repitió ella—. Necesito más detalles. No puedo trabajar en tu brazo con esa clase de moretones.

—¿Por qué? No es como si pudiera sentirlo.

Bree suspiró por la desesperación.

—Tal vez no puedas sentir debido al daño del nervio, pero lo que hago aún afecta el músculo subyacente y la fascia. Es un moretón muy grande, lo que significa que hubo mucho traumatismo en la zona. ¿Qué estabas haciendo?

Ryan se sentó.

—Un amigo me invitó a participar de una clase de arquería para veteranos heridos. Es parte de un curso preparatorio para una excursión de caza con arco

y flecha. Me apunté a último momento, por lo que no tenían suficientes protectores para brazo para todos. El tipo que organiza los cursos me regañó bastante, si eso la hace sentir mejor.

Bree lo miró por un momento. Podría gritarle por haber sido descuidado, pero eso solo lo bloquearía. Ella dependía de la comunicación con sus pacientes para determinar su nivel de dolor y el tratamiento apropiado. Y no quería disuadirlo de hacer algo que disfrutaba.

—¿Te gustó?

—¿Disparar con arco? Sí, estuvo bien. Diferente de disparar con rifle, ¿sabe? Se necesita mayor concentración.

—¿Pudiste estirar el brazo del todo o tuviste que compensar de otro modo?

—No pude estirarlo por completo. Tuve que inclinar el codo y trabar los músculos de alrededor para mantener estable el arco. Fue incómodo.

Bree asintió.

—Vuelve a acostarte; seré amable hoy.

—Gracias. Lo siento, Doc. Incluso le dije al hombre que usted me gritaría cuando lo viera.

—¿Te irás de excursión pronto?

—No estoy seguro. Mi amigo se va en unas dos semanas. Las excursiones son de jueves a domingo, por lo que tengo que ver si puedo faltar al trabajo.

—¿Cómo se llama la empresa?

—Vet Adventures. Organizan excursiones de caza, pesca y campamento. Uno de los muchachos que la manejan explicó que el objetivo principal es que los participantes puedan volver a salir y a ser parte de un equipo otra vez, aunque sea por unos pocos días.

—Parece un buen programa. —Con el pulgar palpó el interior del codo en busca de nudos en el tejido.

Él hizo una mueca cuando ella oprimió un punto particularmente sensible, pero no mostró ninguna otra reacción.

—Creo que eso es una de las cosas que extraño más del Ejército, ¿sabe?

—¿Qué cosa?

Él giró la cabeza para observar cómo ella trabajaba en su brazo.

—La camaradería. Estar con un grupo de tipos que te entienden. No hacen preguntas estúpidas ni quieren saber a cuántos malos mataste. Simplemente lo entienden.

Bree mostró una pequeña sonrisa. Ella lo entendía. Era una de las razones

por las que había solicitado empleo solo en hospitales militares después de haber terminado su carrera.

Al final de la sesión, le dio a Ryan una lista de ejercicios para hacer en su casa, que ayudarían a fortalecer los músculos del hombro.

—¿Me haces un favor? Ten más cuidado la próxima vez. Pide algo para protegerte el brazo.

—Lo haré. Gracias, Doc. La veré en dos semanas.



COMIÓ un poco de ensalada de espinacas antes de escribir “Vet Adventures” en el buscador de internet. El primer enlace era un sitio web de Veteran Excursion Team (V. E. T.) Adventures, que daba una dirección en Carolina del Norte. Hizo clic en el enlace y buscó la página de contacto. Tomó el teléfono y marcó el número que allí figuraba. Oyó un tono como si el tubo no estuviese bien colgado. Intentaría de nuevo más tarde. Quizás se dieran cuenta de que estaba mal colgado.

—¿Doctora Marks? —llamó Cindy golpeando la puerta de su oficina.

—Casi termino de comer. ¿Ya llegó el señor Barns?

—Acaban de llamar de Urgencias. El señor Barns fue ingresado hace poco y, cuando lo buscaron en sistema, vieron que hoy tenía una cita.

—¿Dijeron por qué estaba en Urgencias?

Cindy hizo una mueca.

—Se cayó y se rompió la otra cadera.

La expresión de Bree se ensombreció.

—Por favor, dime que estás bromeando. —Cindy sacudió la cabeza. Arrojó el tenedor al contenedor de plástico casi vacío—. ¿Por qué nadie me escucha? Les dije a él y a su esposa que, si continuaba excediéndose, volvería a caerse.

—Además, su cita de las cuatro tuvo que reprogramarla.

Si salía después de la cita de las tres, podría llegar a V. E. T. Adventures antes de que cerraran. Verificaría el horario antes de salir, solo para asegurarse.

—Bloquea ese horario, por favor. Haré unos recados esta tarde.

—Claro. Y Chad llamó cuatro veces hoy. No dejó mensaje —agregó Cindy.

—¿Está llamando a mi número directo o a la línea principal?

—A la línea principal.

Bree se frotó el rostro con ambas manos. Le había dicho que no la llamara al trabajo, a menos que fuera una emergencia. Él lo sabía. Iba a tener que abrir una puerta en su muro de silencio para mandarlo al diablo y decirle que la dejara en paz.

—¿Sabes si podemos bloquear números en los teléfonos de la oficina?

—No lo sé. Puedo averiguar. —Ella se retorció las manos y cambió el peso del cuerpo—. ¿Puedo preguntar?

—Lo descubrí engañándome.

—Ah... Eso... ¿Qué diablos...? Qué porquería. Especialmente hacérselo a alguien tan buena como usted.

—Gracias, es muy amable de tu parte —expresó Bree.

—Llamaré a TI y veré si se pueden bloquear números.

—Gracias. Lo manejaré si no se puede, pero quiero evitar hablarle si no es necesario.

—Lo comprendo. —Cindy regresó a la recepción.

Como tenía algo de tiempo libre, Bree intentó volver a llamar a V. E. T. Adventures. El mismo tono. El sitio web solo brindaba información básica. Copió el correo electrónico y envió un mensaje donde se presentaba y solicitaba información sobre los servicios ofrecidos. Algunos de sus pacientes disfrutarían de las cosas que la empresa organizaba. Durante las sesiones, muchos de ellos rememoraban su época en el servicio. Extrañaban la hermandad de los militares. Si esa empresa podía darles un poco de esa sensación, les enviaría todos los pacientes que pudieran recibir. Cielos, hasta haría una donación.

Intentó llamar una vez más, pero obtuvo el mismo resultado. ¿Qué más daba?, estaba de camino a su casa. Podría conducir hasta allí después de la última sesión.



BREE ESTACIONÓ FRENTE a un centro comercial corriente, donde V. E. T. Adventures tenía el local de la esquina. Abrió la puerta de vidrio y entró a la pequeña recepción. Parecía la sala de espera de un dentista.

Una mujer mayor, con un peinado un poco inflado, levantó la vista de la

computadora.

—Hola, bienvenida a V. E. T. Adventures. ¿En qué puedo ayudarte? — preguntó con un fuerte timbre nasal de Carolina del Norte.

—Eh, hola. Soy Brianna Marks. Soy fisioterapeuta en la Unidad Wounded Warrior, en Fort Bragg. Uno de mis pacientes mencionó este lugar, y esperaba obtener más información; tal vez establecer algún sistema de referidos para algunos de los veteranos con quienes trabajo.

—Oh, cariño, eso es maravilloso. Jason, el dueño, está en una conferencia telefónica en este momento y tiene otra reunión después de eso. Permíteme ver el horario para decirte cuándo está disponible.

—Eso sería genial, gracias. —Bree sacó una tarjeta de presentación y se la entregó a la señora—. No escuché su nombre.

—¡Oh, cielos! ¿Dónde están mis modales? Soy Carol. Me encargo de las citas y de atender el teléfono. —Extendió una mano bien arreglada.

Bree sonrió ante el encanto sureño de Carol y le estrechó la mano.

—Ah, hablando de atender teléfonos, creo que el suyo debe estar mal colgado. Intenté llamar un par de veces, pero me dio un tono raro.

Carol miró el teléfono sobre el escritorio y acomodó el tubo.

—Bueno, caramba. ¿Hace cuánto que está así? Con razón estuvo tranquilo todo el día. Gracias.

—Por nada.

—Bien, déjame ver... ¿Cómo está tu cronograma?

Bree sacó el móvil del bolso y abrió la aplicación del calendario.

—Tengo tiempo libre el martes por la mañana.

—¿A las nueve estaría bien?

—Perfecto. —Bree agregó la información al calendario y guardó el móvil en su bolsillo trasero—. Gracias por su ayuda. Fue un placer conocerla.

—Lo mismo digo, cariño. Le daré la información a Jason en cuanto se desocupe.

—Que tenga buenas tardes.

Bree tenía la mano sobre la manija de la puerta cuando la oficina a su izquierda se abrió. Vio a Jase salir, con la atención en unos papeles que llevaba en las manos.

—Señora Carol, ¿podría...? —La voz de Jase se apagó cuando levantó la vista y vio a Bree parada en la puerta.

Maldición. Jase. Jason. Jase. Demonios.

Bree lo observó con los ojos bien abiertos mientras le entregaba los

papeles a Carol y caminaba hacia ella. Ella dio un paso atrás, pero demasiado tarde.

—No esta vez. —Jase se inclinó, apoyó el hombro contra el estómago de ella y la levantó como si fuera un bombero. Se dio vuelta y regresó a la oficina.

—¡Jason Michael Larken! ¡Tu madre te educó mejor que eso! —gritó Carol. Bree levantó la cabeza y vio a Carol rodear el escritorio, pararse con los puños sobre la cadera y dar un pisotón. Si no estuviera conmocionada por haber sido arrojada sobre un hombro para llevarla como si fuera la conquista de un cavernícola, podría haberse reído ante la escena de la amable señora sureña.

Jase cerró la puerta de la oficina de un golpe, giró y levantó a Bree lo suficiente para pasar un brazo por debajo de su trasero y apoyarla contra la pared. Apoyó la otra mano en la nuca y le agarró un mechón de pelo.

Bree no sabía si asustarse o excitarse; quizás un poco de las dos. Bueno, quizás mucho de las dos. Contoneó las caderas, intentando apoyar los pies en el piso.

—Bájame —le exigió.

Jase apoyó su pelvis contra la de ella para detener sus movimientos.

—Quédate quieta —le ordenó—. Tienes suerte de que no te doble sobre el escritorio para darle palmadas a ese lindo trasero tuyo por haberme abandonado.

—Claro que no. —Continuó luchando, pero su mente y su cuerpo la traicionaron. La imagen que le metió en la cabeza aumentó su excitación a velocidad Mach. Sus piernas se sacudieron, y él presionó sus cuerpos para unirlos a más no poder. Ella cedió y, en lugar de dejar que sus piernas colgaran sin sentido, le envolvió las caderas a él.

—¿Sí? —Jase respiraba en su cuello mientras mecía las caderas entre las piernas de ella—. ¿Te gusta la idea? Te lo hubiese hecho el sábado por la mañana. Darte palmadas en tu rosado trasero y después besado cada centímetro de tu sedoso cuerpo. Pero te fuiste. Sin dejar tu número telefónico. ¿Por qué te fuiste, Bree?

Las palabras de Jase convirtieron la sangre de ella en lava fundida. Bree arqueó el cuello y le dejó lugar a él para que recorriera su parte sensible del cuello con los dientes. Ella era insensible a todo, excepto al orgasmo que había estado acumulándose durante casi una semana por soñar con él. ¿Y él quería que pensara? ¿Ahora?

Jase dejó de mover las caderas y usó la mano que tenía en la nuca para obligar a Bree a mirarlo. Su propia mirada era intensa y desafiante.

—Contéstame, Bree.

—Yo no hago eso. No me voy con cualquier tipo. Fue incómodo.

Jase comenzó a mover las caderas otra vez, frotando la costura de sus vaqueros contra la entrepierna de ella, lo que siguió aumentando la fricción.

—¿Esto se siente incómodo? —le preguntó en voz baja.

—No —susurró ella con una exhalación, esforzándose por cabalgar en sus caderas.

—¿Tendrás un orgasmo por mí, Bree? —murmuró cerca de sus labios.

Ella se sentía como una adolescente excitada, frotándose con el novio en el sillón de sus padres. Excepto que estaba contra la pared y tenía las piernas alrededor de la esbelta cintura de Jase. Sí, tendría un orgasmo.

Jase le comió la boca. Su lengua la invadió, y gimió cuando el orgasmo explotó en todo su cuerpo. *Por fin*. Apretó las piernas alrededor de la cintura de Jase y las caderas se ajustaron contra las de él. El beso —profundo, exigente— continuó por lo que parecieron horas, pero tal vez no hubiera pasado un minuto antes de que Jase se alejara lo suficiente para mirarla a los ojos.

Antes de que pudiera decir algo, sonó un timbre sobre el escritorio, y la voz de Carol se oyó por el intercomunicador en un susurro fingido.

—Jason Larken, no sé qué le estás haciendo a esa pobre chica, y no quiero saberlo, pero detente ahora mismo y trae tu trasero aquí porque tu cita de las cuatro y treinta ya llegó.

Bree apretó los labios para reprimir la risa ante un Jase de un metro noventa y cinco que soportaba el regaño de la diminuta Carol.

—No es gracioso.

Bree sonrió.

—Un poco sí.

—Esta conversación no terminó —afirmó Jase.

—En realidad, no tuvimos ninguna conversación. Solo me amenazaste con darme palmadas y me provocaste un orgasmo.

Él levantó una ceja.

—¿Me comprendiste?

Ella entrecerró los ojos, renuente a darle la satisfacción de una respuesta.

Él sonrió con superioridad.

—Tuvimos una conversación —agregó.

Bree revoleó los ojos y comenzó a contonearse en serio, intentando bajarse.

—Bájame, capitán Cavernícola.

La sonrisa se transformó en risa y se alejó de la pared.

—Te bajo solo porque no tengo tiempo de doblarte sobre el escritorio.

Le soltó las piernas y la mantuvo cerca de él mientras sus pies finalmente tocaban el piso.

Ella no podía creer que él la había frotado en su oficina y ahora actuaba como si le hubiese hecho un favor al bajarla. Lo miró con furia, lo que provocó que él ampliara la sonrisa. Jase se inclinó para besarla, pero ella giró la cabeza en señal de irritación. No volvería a ceder. La raspó con los dientes a lo largo del cuello, donde había quedado su boca. Bree lo agarró de los bíceps y ladeó la cabeza para darle más acceso. Maldito cuerpo traidor.

—Sí, me comprendiste —señaló él con una sonrisa de satisfacción.

Bree gruñó y giró para irse. *Cerdo engreído*. ¿Por qué tenía que ser tan sensual?

Jase la tomó de la remera y la atrajo hacia él.

—Aguarda a que termine la reunión. Ni siquiera pienses en volver a irte.

Bree levantó levemente la barbilla ante la advertencia.

—Tomaré eso como tu acuerdo de esperarme. —Le dio un beso corto detrás de la oreja.

Estiró el brazo para abrir la puerta de la oficina y le dio un sutil empujón a Bree para que caminara delante de él.

Bree salió a la recepción y miró a Carol, que estaba sentada detrás del escritorio. Esta le guiñó un ojo.

—Señora Carol, asegúrese de que Bree esté cómoda hasta que termine con la reunión. —Jase dirigió su atención al hombre mayor, que estaba en la sala de espera—. Richard, pasa. Es bueno verte otra vez. —Mantuvo la puerta abierta para dejar entrar al hombre. Antes de pasar él, señaló a Bree como gesto de advertencia. Entró y cerró la puerta.

Bree miró a Carol.

—¿Siempre es tan mandón?

—Oh, cariño, no tienes ni idea. Ese muchacho usa traje de mandón desde que apenas levantaba dos palmos del suelo.

Bree no pudo evitar sonreír.

—¿Lo conoce desde hace tanto?

—Ah, sí. Él y mi hijo eran mejores amigos desde que estaban en pañales.

—La mirada de Carol se volvió melancólica.

Bree vio la bandera doblada sobre el estante, por encima del hombro de Carol.

—Lamento su pérdida.

—Gracias, querida. Fue hace unos años, pero aún lo extraño cada día. — Mostró una pequeña sonrisa y luego dominó sus emociones—. Ahora, si vas a huir, debes huir.

Bree levantó las cejas.

—¿No intentará retenerme aquí?

—Brianna, cariño, la persecución no será divertida para ninguno de los dos si tú no huyes.

Bree sonrió lentamente; de verdad le agradaba Carol.

—Gracias, señora Carol.

—Te veré más tarde —respondió Carol con un guiño.



JASE SALIÓ de la oficina hasta una recepción vacía. Impaciente, acompañó a Richard hasta la puerta antes de dirigirse a Carol.

—Por favor, dígame que está en el baño —exigió.

—Jason Larken, no uses ese tono de voz conmigo —lo regañó Carol por segunda vez en el día.

Jase bajó la cabeza como solía hacer cuando lo retaba de chico.

—Sí, señora Carol.

—Ahora bien —continuó ella—. No podía atarla de pies y manos para retenerla, ¿verdad?

Jase levantó las manos.

—¿Qué tienen en contra de atarla de pies y manos? Supongo que no mencionó por qué había venido.

—Bueno, supongo que quería hablar con alguien sobre establecer un sistema de referidos para algunos de sus pacientes. Es fisioterapeuta.

—Supongo que no habrá dejado su información de contacto, ¿o sí?

—Supongo que podría tener su tarjeta de presentación justo aquí, sobre mi escritorio —indicó Carol con una sonrisa diabólica.

Jase sonrió y tomó la tarjeta de la mano estirada de ella: Brianna Marks, fisioterapeuta. Y tenía su número de móvil. Su sonrisa se amplió.

—La adoro, señora Carol.

—Yo también, Jason. Ve a por ella.

Jase sacó el móvil y llamó a su hermano.

—Hola, ¿puedes hacerme un favor?

CAPÍTULO 6

Bree estacionó al costado de la pequeña casa estilo rancho, que sus abuelos habían construido al principio de su matrimonio. Allí habían criado a sus hijos y, más tarde, a ella. Cuando el abuelo falleció, su abuela se mudó a una comunidad de retiro y le cedió la casa a Bree, junto con el terreno de seis mil metros cuadrados que aún poseían.

Bree entró por el lavadero, junto a la cocina, y dejó el bolso sobre la mesada. Los perros arañaron las puertas ventana de la sala, que daban al patio. Tomó una cerveza del refrigerador en su camino a permitirles la entrada. Sintió vidrio crujir bajo sus pies cuando cruzó el umbral hacia la sala.

—¿Qué demonios...? —Miró hacia abajo. Una fotografía enmarcada se había caído de la pared, y el vidrio se había destrozado sobre el piso—. Maldición. ¿Cómo sucedió esto? —Se detuvo antes de avanzar más hacia la sala. Había más fotos tiradas en una pila sobre el piso. Miró a su alrededor. Solo las fotos donde estaban ella y Chad se habían caído... o las habían tirado.

Se dio vuelta y quedó paralizada. La puerta principal estaba apenas abierta. Casi nunca utilizaba la entrada del frente. Podría vivir en el campo, pero siempre se aseguraba de cerrar con llave antes de irse.

¿Por qué están los perros afuera? Deberían estar adentro, donde solían tener espacio suficiente para moverse con libertad.

Prestó atención.

—¿Chad?

Volvió sobre sus pasos hasta la cocina para tomar el móvil del bolso y llamó al 911.

—911. ¿Cuál es su emergencia?

—Soy Brianna Marks. Estoy en Lakeview Drive 5335. Alguien entró a mi

casa.

—Señora, ¿cree que esa persona sigue adentro?

—No lo sé. No pasé de la sala de estar.

—Señora, por su seguridad, salga de la casa. ¿Hay algún lugar seguro adonde pueda ir? Un vecino, por ejemplo.

—En realidad, no; estoy en las afueras.

—¿Tiene un vehículo que funcione, donde pueda encerrarse?

—Sí, puedo hacer eso.

—Bien, señora, una unidad policial está en camino. Me quedaré en línea con usted hasta que llegue.

—No, gracias, estoy bien. Tendré el teléfono a mano.

—Señora, debería quedarse en línea hasta que llegue la Policía.

—Estaré bien. Aguardaré afuera.

Oyó a la operadora suspirar.

—Vuelva a llamar si nos necesita.

—Gracias. —Bree cortó. Una mano la tomó del brazo. Soltó un grito, tiró del brazo con violencia y giró. Apoyó una rodilla en el suelo al tiempo que giraba y daba un puñetazo a su atacante en la entrepierna.

—Maldición, Bree —murmuró Jase entre dientes mientras caía de rodillas.

Ella se llevó las manos a la boca y abrió los ojos como platos ante la vista de Jase torcido en el piso.

—Oh, cielos. —Apoyó la otra rodilla—. Lo siento mucho. ¿Estás bien?

Él apoyó la cabeza sobre el hombro de ella y se retorció.

—Demonios, no. ¿Por qué diablos hiciste eso?

Ella le pasó la mano por el pelo, acariciándolo, e intentó no sonreír. No debería reírse. Se sentía mal, pero un poco se lo merecía por haberse acercado a hurtadillas.

—Creí que eras quien sea que se metió en mi casa.

—¿Qué demonios quieres decir con que alguien se metió en tu casa?

—Alguien se metió en mi casa —repitió—. ¿Qué otra explicación necesitas?

—¿Llamaste a la Policía?

—Sí, llamé a la Policía. Una unidad está en camino.

Él retiró la cabeza de su hombro.

—¿Por qué sigues dentro de la casa?

—Estaba por salir cuando me agarraste.

—Bueno, vamos —ordenó mientras se incorporaba lentamente.

Bree revoleó los ojos. ¿Podía ser más mandón? Ella lo guio hasta la salida principal.

Un auto de sheriff se detuvo en la entrada mientras ellos bajaban los escalones del porche, y una patrulla de Haven Springs paró detrás. Un agente uniformado se bajó de cada auto. Ella estaba en jurisdicción del condado, así que, ¿por qué la Policía de Haven Springs había enviado un patrullero?

—¿Qué haces aquí? —espetó Jase.

Bree lo miró de reojo, mientras él observaba al agente de Haven Springs rodear el capó del auto. *¿Quién le habla así a un policía?*

—La misma dirección que me pediste buscar hace treinta minutos entra al sistema por un allanamiento de morada ¿y tú no crees que me voy a presentar? —planteó el agente de Haven Springs a medida que se acercaba al sendero de entrada.

—No fui yo, imbécil. Llegué después de que ella llamara a la Policía.

—¿Es cierto eso, señora? —El ayudante del sheriff se les unió.

—Sí —respondió Bree.

—¿Por qué cojeas? —inquirió el agente.

—Choqué con algo —contestó Jase.

—¿Con qué?

—Con mi puño, por haberme dado un susto de muerte —intervino Bree.

El agente echó la cabeza hacia atrás y rio. El ayudante tosió en la mano.

—No es gracioso, hombre —refunfuñó Jase.

Bree por fin notó las similitudes entre el agente y Jase: misma altura y contextura, rasgos similares, pero con algunas diferencias.

—¿Son parientes?

—Jason es mi hermano menor. Soy Tim.

Bree estrechó su mano.

—Bree. ¿Siempre das direcciones de mujeres a cualquiera que te lo pida?

—Eh, ¿no?

—¿Me preguntas si lo haces todo el tiempo, o me dices que no lo haces?

—¿Te digo que no lo hago todo el tiempo?

—Sigues contestando en forma de pregunta. ¿Parezco conductora de Jeopardy?

—¿Divulgó información personal de alguien? —indagó el ayudante.

Jase miró a Bree.

—Sabes que podría haberte encontrado en Internet, ¿verdad?

—Sabes que ese no es el punto, ¿verdad?

Jase le guiñó un ojo. Ella revoleó los ojos otra vez. Si seguía haciendo eso, le daría dolor de cabeza.

El ayudante dio un paso adelante, con la mano extendida.

—Señora, soy el ayudante Grant. ¿Estaría bien si doy un vistazo por su casa?

Cielos, se veía muy joven. ¿Tenía edad suficiente para ser policía? Probablemente acabara de salir de la Academia. Era solo un allanamiento de morada; no era como si estuviese investigando un homicidio.

—Adelante. La puerta está abierta —indicó ella—. Maldición, debo llamar a un cerrajero.

Sacó el móvil y abrió la aplicación de Internet.

—¿Quiere que vaya con usted? —consultó Tim.

El ayudante Grant levantó una mano.

—No, yo me ocupo.

Lo vieron entrar a la casa.

—¿Notaste que faltara algo? —inquirió Tim.

—No, pero no presté atención a todo y jamás pasé de la sala de estar —respondió Bree.

—¿Por qué crees que alguien entró a la casa?

—La puerta principal estaba abierta, y hay algunas fotos que parecen haber sido arrojadas al piso —explicó ella.

—¿Solo rompieron algunas fotos? —indagó Tim.

—Sí, únicamente aquellas en las que estamos mi ex y yo. —Miró de reojo a Jase para juzgar su reacción.

—¿Hace cuánto que terminaron?

Bree hizo una mueca de vergüenza y echó otro vistazo a Jase.

—Hace poco más de una semana.

Él levantó una ceja, pero no dijo nada.

—¿Fue una ruptura amigable? —continuó indagando Tim.

—Eh, no. De ninguna manera fue amigable.

—¿Te amenazó? —preguntó Jase en un tono bajo y controlado.

Bree dejó escapar una breve risa.

—No, yo fui la de las amenazas. Lo encontré teniendo sexo con una barbie viviente en mi cama y le dije que, si no se iba de mi casa, le dispararía.

—¿Tienes un arma? —inquirió Tim.

—Sí, tengo un arma. Está en una caja de seguridad, con cerradura

biométrica y clave de seis dígitos. Nadie la abrirá, excepto yo.

Tim silbó impresionado.

—Me gustaría ver esa caja de seguridad.

Bree sonrió.

—Es increíble por donde se la mire.

—Señora —llamó el ayudante desde el porche—. No hay nadie en la casa. Puede entrar y verificar si falta algo.

Bree regresó a la puerta principal. Entraron al vestíbulo y cruzaron la sala de estar hasta donde esperaba el ayudante.

—¿Le importaría asegurarse de que estén todas sus cosas de valor: computadoras, laptops, joyería? —le pidió el ayudante Grant.

—Todo lo de valor está en la habitación que uso como oficina —explicó Bree.

—También hay un desorden importante en el dormitorio.

—¿Qué clase de desorden?

—Parece que alguien destrozó la cama.

Jase retuvo a Bree de la mano.

—Aguarda. Iré contigo.

Los tres la siguieron a la habitación.

Plumas. Plumas por todos lados. El edredón estaba deshecho, al igual que las almohadas y el colchón.

—Supongo, por la falta de sangre, que nadie sacrificó una gallina aquí —comentó Jase.

—Edredón.

—¿No dan calor en verano?

—No tanto como crees.

—Si ya terminaron de jugar a ser Martha Stewart, ¿quieres verificar la caja de seguridad? —pidió Tim.

—No la tocaron —contestó Bree.

—No puedes saberlo hasta que no lo verifiques —machoexplicó Tim.

—Considerando que puedo verla desde donde estoy parada, en realidad, sí puedo saberlo.

—¿La caja está en tu habitación?

—A plena vista. —Bree caminó hacia el espejo de cuerpo entero, ubicado contra la pared del fondo, junto al vestidor. Encontró el teclado en el borde superior del espejo e ingresó la clave; luego, apoyó la mano en la esquina superior derecha del espejo. Con un zumbido de partes que se movían y un

clic, el espejo se abrió sobre una bisagra, y aparecieron tres rifles y dos pistolas.

—Están todas las armas. —Se dio vuelta y quedó frente a tres hombres estupefactos, parados en el umbral del dormitorio.

—Impresionante. —El ayudante observó con ojos bien abiertos la caja de seguridad de última generación antes de reaccionar—. Eh... señora, necesito pedirle alguna información para escribir el informe, si no le molesta.

—Claro. Podemos ir a la cocina si le parece.

—La veré allí.

—No hay problema. —Bree volteó hacia la caja de seguridad, cerró la puerta espejada e ingresó la clave. Cuando volvió a girar, estaba sola con Jase.

—¿Crees que fue tu ex? —preguntó él.

Ella caminó hacia donde estaba parado. No podía descifrar su expresión. ¿Estaba molesto por la idea de que ella tuviera un ex reciente? ¿Creía que lo de él había sido por despecho y que era la razón por la que ella se había ido? Deseaba que él le revelara algo.

—No lo creo. No parece algo que él haría. Enviarme una docena de rosas cuando sabe que no me gustan o algún regalo exagerado, seguro, pero esto es ira. Personal. Y creo que es un poco extraño que no hayan tocado nada más. —Bree cruzó los brazos, como abrazándose, mientras observaba la cama—. Quien sea que haya hecho esto, ingresó a mi espacio personal y lo atacó. Es escalofriante.

Jase cerró la distancia entre ellos y la envolvió en sus brazos.

—¿No te gustan las rosas?

—Las odio. Demasiado cliché.

—¿Cuál es tu flor favorita? —inquirió mientras le frotaba la espalda en círculos.

—Las calas. —Apoyó el rostro sobre el cuello de él. Le gustaba ese aspecto de Jase. Le recordaba al hombre que había conocido en el bar. Dulce. Atento. Sus manos en la espalda la calmaban de la misma manera en que ella acariciaba a los perros para tranquilizarse cuando estaba angustiada.

Jase inclinó la cabeza y le susurró al oído.

—No sabes lo excitante que es que tengas armas. Y esa caja de seguridad es impresionante.

Y allí estaba el tipo al que había conocido esa tarde. Bree sonrió, aún apoyada en su cuello, y aspiró el aroma de la loción para después de afeitarse.

que había quedado en su piel.

—No te entusiasmes mucho. No he disparado desde antes que mi abuelo falleciera; era algo que hacíamos juntos.

—Igual, es excitante. —Bajó la mano hasta el trasero de ella. Bree ladeó la cabeza y abrió la boca sobre el cuello de él.

—¿Piensan venir algún día? —gritó Tim desde el pasillo.

—Me encantaría que la gente dejara de interrumpir cuando las cosas están poniéndose interesantes —gruñó Jase.

Bree sonrió.

—Vamos. Debo entrar a los perros. —Se retiró un poco y lo miró. Se puso en puntas de pie y lo besó. La barba le hizo cosquillas—. Gracias.

Jase le rodeó el rostro con ambas manos y profundizó el beso. Recorrió su boca con la lengua antes de levantar la cabeza.

—Por nada. —Y otra vez la dulzura.

Caminaron por el pasillo hasta la sala de estar abierta hacia la cocina. El ayudante Grant estaba sentado en la barra. Tim se había acomodado en la pequeña mesa de la cocina, junto al desayunador.

—Señora Marks... —comenzó a decir el ayudante.

—Doctora Marks —corrigió Jase.

El ayudante lo miró y luego volvió la mirada a Bree.

—Bree está bien —señaló ella. Tomó un vaso de la alacena y se sirvió agua de la jarra que estaba sobre la mesada.

—Sí, señora. ¿A qué hora se fue de casa hoy?

—A las siete. Minutos más, minutos menos.

—¿Es su horario habitual de salida?

—Sí.

—No hay señales de que hayan forzado las cerraduras. ¿Está segura de que cerró con llave antes de irse?

—Sí. Siempre verifico la puerta principal y salgo por el lavadero.

—¿Quién más tiene llave de la casa? —indagó Grant.

—Mi abuela, mi mejor amiga y mi ex. Lo siento, estoy siendo descortés, ¿alguien quiere beber algo?

El ayudante sacudió la cabeza. Tim y Jase lo imitaron cuando ella los miró.

—¿Nadie más tiene llave? ¿Ni personal doméstico ni cuidadores de perros?

—No, no uso ninguno de los dos servicios. ¿Está bien si traigo los

colchones de los perros aquí y los hago entrar? No quiero que anden por la sala hasta que pueda limpiar los vidrios —planteó ella.

El ayudante del sheriff asintió mientras tomaba notas en su libreta. Ella sacó los colchones de la sala y los colocó contra la pared del fondo de la cocina.

—¿Su ex la amenazó de alguna manera? —preguntó el ayudante.

Ella abrió la puerta trasera y dejó entrar a los perros.

—No que yo sepa, pero estuve borrando mensajes sin oírlos ni leerlos. — Al presentir el nivel elevado de ansiedad de Bree, Polly se sentó a sus pies y lloriqueó. Bree le acarició las orejas y cerró la puerta. El pitbull movió la cola entusiasmado mientras iba directamente hacia Jase, quien ahora estaba sentado con Tim en la mesa de la cocina.

—¿Cómo perdió la pata? —consultó Jase.

Bree levantó la vista mientras les servía comida y vio a Jase acariciando a Charlie.

—Lo atropelló un auto. Lo encontré al costado de la ruta y lo llevé al veterinario. No llevaba chip y nadie vino a reclamarlo, así que me lo quedé.

—Señora, ¿hay alguien que pueda tener algún rencor contra usted o contra su ex? —inquirió el ayudante y logró recuperar la atención de Bree.

—Mi ex, tal vez, contra mí. Lo descubrí engañándome. Estoy bastante seguro de que no fue la única vez. —Sacudió la cabeza y murmuró—: imbécil.

—¿Conocía a la mujer con la que lo atrapó?

Bree sacudió la cabeza.

—Jamás la había visto y no me molesté en presentaciones.

—¿Le dijo algo ella? ¿La amenazó a usted o a su ex?

—Principalmente, lo llamó: “Desgraciado”. Parecía más avergonzada que otra cosa. Me dijo que lo lamentaba y se fue tan rápido como pudo.

Después de haber escrito varias notas, cerró la libreta y la guardó en el bolsillo de la camisa.

—Creo que tengo todo lo que necesito. Puede solicitar una copia del informe dentro de una semana para el seguro.

—Gracias, ayudante Grant. Valoro que haya venido.

—No es necesario, señora. Solo hago mi trabajo.

Bree lo acompañó a la puerta y le estrechó la mano antes de que se fuera. Cuando ella regresó a la cocina, Tim le sonrió mientras Jase la miraba con furia.

—¿Qué? —preguntó Bree.

—No te quedarás aquí. Empaca un bolso con ropa para unos días — ordenó Jase.

—¿Por qué?

—No te quedarás aquí.

—Eso ya lo dijiste. Estaré bien. Dormiré en la habitación de huéspedes hasta que pueda limpiar mi habitación.

Él se cruzó de brazos y se reclinó en la silla.

—No. No dormirás en la habitación de huéspedes. No hasta que cambies las cerraduras e instales una alarma.

—Eso es ridículo. —Bree colocó las manos sobre las caderas—. Las cerraduras están intactas, y la instalación de un sistema de alarma tardaría días. No me quedaré tanto tiempo en un hotel, en especial con mis perros, y Denise vive en un monoambiente sobre la perrera, así que queda descartado.

—Te quedarás conmigo.

—No.

—Sí. Lo harás.

Ella levantó las manos.

—¿Por qué insistes con esto? —Dentro de su vista periférica, vio que Tim intentaba ocultar una sonrisa mientras los veía discutir.

Jase se inclinó hacia adelante y apoyó los codos sobre las rodillas. Entrecerró los ojos.

—Porque alguien entró a tu casa, destrozó tu cama y destruyó selectivamente las fotos tuyas y de tu ex. Como bien dijiste, esto fue personal. No estás segura aquí sola.

Ella contuvo la respiración cuando recordó la imagen de la cama destruida. Por escalofriante que fuese, podía cuidarse sola.

—Tengo un arma, y los perros me alertarán si alguien entra.

—No si están afuera. —Jase se puso de pie y avanzó unos pasos hacia ella. Bree se cruzó de brazos y alzó un poco la cabeza para poder mirarlo a los ojos.

—No dejes los perros afuera; siempre están en la casa, a menos que deban salir. —Bree estaba empezando a molestarse por las presiones de Jase sobre el tema. Esa era su casa, maldición. No la sacarían de allí con miedo.

—Hoy no lo estaban —señaló Jase.

—Estaban cuando me fui.

—Aguarda. ¿Qué? —intervino Tim. Ya no intentaba ocultar una sonrisa: tenía el ceño fruncido.

Bree lo miró.

—Dejé a los perros adentro esta mañana, como siempre lo hago.

—¿Los sacaste cuando llamaste a la Policía?

—No. Estaban afuera cuando llegué a casa. Supuse que había venido Chad, que los había sacado mientras estaba aquí y que luego se había olvidado de ellos. No es su mayor simpatizante.

—Pero no lo sabes con seguridad —planteó Jase.

Bree miró a Jase y a Tim, ambos con expresiones serias.

—No —aseguró en voz baja.

—Son perros amistosos. —Tim rascó a Charlie detrás de las orejas—. Cualquiera pudo haberlos sacado por la puerta trasera para mantenerlos fuera del camino mientras estaba en tu casa.

El pecho de Bree se tensó ante la insinuación de Tim. Jase aprovechó para la estocada final.

—Les podría haber hecho algo más para sacárselos de encima.

Fue la amenaza a los perros lo que llevó a Bree a aceptar ir a lo de Jase. Podría haberlos llevado a casa de Denise y haberse quedado en un hotel, pero prefería tenerlos cerca, y Jase le ofrecía una solución. Tal vez no era la mejor solución pero, después de lo ocurrido en la oficina y, más tarde, en el dormitorio, una parte de ella quería saber más sobre ese hombre que podía ser exigente y sensual, dulce y atento. Solo que todavía no estaba dispuesta a examinar esa parte de ella.



JASE RECORRIÓ la casa y se aseguró de que todas las puertas y ventanas estuvieran cerradas. Examinó las cerraduras en las puertas delantera y trasera. No parecía que alguien hubiera forzado la entrada. El fin de semana compraría un par de cerrojos de seguridad en la ferretería y cambiaría las cerraduras, aunque a ella le gustara o no.

Tomó la escoba y la pala de entre el lavarropas y el secarropas en el lavadero, y levantó la mayoría de los vidrios en la sala. Observó una de las fotos de Bree con el ex. El tipo era pulcro: camisa blanca, saco color canela y peinado a la moda. Tenía un brazo alrededor de Bree como si ella fuera un premio. Ella parecía tiesa e incómoda, con los brazos frente a ella y los codos pegados a los lados; con una bebida en la mano al frente, como si fuera un

escudo. Llevaba un vestido negro, sin mangas, y ceñido al cuerpo. Era hermosa. Colocó la foto sobre la mesita de centro, junto con las otras.

Se acercó hasta la biblioteca y observó las otras fotos, desparramadas en los estantes. Ella y una señora mayor. Ella y Denise. Fotos de ella con batas de trabajo y con distintos uniformes de la Fuerza Aérea, incluida una de ella y de Denise con el equipo completo: casco, chaleco antibalas, cargadas con armas y municiones. Era como mirar a una persona diferente: abierta y amigable, sonriente y risueña. Jase aún no sabía cómo era el asunto con el ex, pero estaba bastante seguro de que no tenía nada de que preocuparse.

Se dio vuelta cuando Bree apareció por el pasillo con un bolso marinero colgado del hombro.

—¿Es todo lo que llevarás? —inquirió él.

Ella miró el bolso.

—Uso bata para el trabajo, así que solo necesito unas pocas mudas de ropa para la semana. Necesito llevar las camas, los cuencos y la comida de Charlie y de Polly.

—¿Por qué no tomas la comida y los cuencos mientras coloco las camas en mi camioneta?

Agarró la correa del bolso para quitarlo del hombro de Bree y luego recogió las camas de los perros. Salió por el lavadero y puso todo en la parte trasera de la camioneta. Para cuando regresó al interior de la casa, Bree había llevado un pequeño contenedor hasta el lavadero. Él lo levantó y marcó el camino. Observó con cuidado mientras Bree cerraba la puerta y se aseguró de oír que el cerrojo trababa en su lugar.

Cargó a Bree y a los perros, y condujo durante veinte minutos hasta su casa. Resultó que prácticamente eran vecinos. Desde que la había convencido de dejar su auto en la casa, ella estaba atrapada. Él ya pensaba en la noche que estaba por venir. De ninguna manera se escabulliría por la mañana. Además, contestaría algunas preguntas. Como, por ejemplo, por qué diablos se fue a casa con él el día en que había terminado con su novio.

Jase se detuvo frente a su garaje, apagó el motor y miró a Bree. Ella no había hablado mucho durante el viaje, excepto para preguntar cuán lejos vivía.

—¿Dónde estamos? —preguntó Bree.

—En mi casa.

—Aquí no es donde me llevaste la semana pasada.

—Esa era la casa de mi amigo Chris. Se suponía que estaba fuera de la ciudad.

—¿Era el tipo del sofá?

—Sí.

—Bueno, eso es incómodo.

—No te preocupes. Por lo demás, ¿estás bien?

—¿Además de estar mortificada por haber tenido sexo contigo en la cama de tu amigo y de estar abrumada por todo lo que tengo que hacer este fin de semana? Claro. Estoy estupenda.

—Lavé las sábanas. No puedo volver en el tiempo y traerte aquí. ¿Qué debes hacer este fin de semana?

—Bueno, debo trabajar por la mañana, así que deberás llevarme hasta donde quedó mi auto. —Su mirada era penetrante—. Luego debo comprar un colchón nuevo y limpiar mi casa, arreglar un horario para que el cerrajero cambie las cerraduras y llamar a una empresa de alarmas. No parece una lista larga, pero todo lleva tiempo.

—Mi horario es flexible, así que puedo cambiar las cerraduras y esperar a la empresa de alarmas si tú tienes que trabajar. Ya lo resolveremos — prometió.

CAPÍTULO 7

Ya lo resolveremos.

Chad le hubiera dicho que no se estresara, que ella ya lo resolvería y le habría dejado todo a ella sola. La habría ayudado si se lo hubiese pedido, claro, pero no se habría ofrecido. No habría preguntado qué podría hacer para facilitarle las cosas a ella. Bree había esperado demasiado tiempo para terminar con él.

—¿Estás lista para entrar? —preguntó Jase.

—¿Estás de acuerdo con que entren los perros?

Jase miró por encima del hombro a los dos perros, que jadeaban en el asiento trasero. Charlie inclinó la cabeza hacia adelante y lamió el rostro de Jase.

—Sí. Está bien.

Bree rio, abrió la puerta y bajó. Descargaron la camioneta y dejaron bajar a los perros. Inmediatamente olfatearon los alrededores e hicieron sus necesidades antes de seguir a los humanos al interior.

Jase la guio hacia una entrada techada, que conectaba una casa de estilo colonial con el garaje mucho más moderno para dos vehículos. Un pequeño porche daba a un desayunador con una salamandra antigua ubicada en un rincón.

—¿Utilizas eso? —inquirió Bree mirando la salamandra.

Jase dirigió su mirada hacia el mismo lado.

—A veces, durante el invierno. Mi habitación está justo arriba de nosotros, y la chimenea sube por la pared, así que la utilizo como calefacción en lugar de encender el termostato.

—¿Eso no hace que el resto de la casa esté un poco fría?

—En realidad, no uso el resto de la casa. Hay dos chimeneas más si las necesito. Corto suficiente leña para que me dure todo el invierno. No es como si viviera en el norte y luchara con temperaturas bajo cero.

—Tienes razón.

—Vamos. Acomodemos a tus perros y comencemos a preparar la cena. Subiré el resto de tus cosas en un momento. ¿La sala está bien para ponerles las camas?

—Donde sea que pasemos más tiempo estará bien.

—Puedes echar un vistazo al resto. —Jase llevó las camas de los perros por un pasillo corto y desapareció en una esquina.

Bree miró a su alrededor. La cocina en forma de U se abría hacia el área de desayuno. En lugar de seguir a Jase, cruzó la puerta a su izquierda, que daba al comedor. Unos gabinetes empotrados ocupaban dos esquinas de la habitación. A juzgar por la fina capa de polvo sobre la mesa, Bree supuso que Jase comía en la cocina. Unas puertas dobles a la derecha daban al vestíbulo. Al otro lado de este, había un salón formal con una de las chimeneas que Jase había mencionado. Por unas puertas corredizas, a la derecha del salón, se llegaba a una sala de estar, donde Jase había acomodado las camas de los perros en un rincón, junto a la segunda chimenea. Un dibujo grande enmarcado estaba colgado sobre la repisa de madera negra de la chimenea.

Bree observó el cuadro. Era el mismo dibujo que él tenía tatuado en la espalda. Un collage en blanco y negro de escenas de batalla. Parecía dibujado con lápiz o con carboncillo. El detalle era exquisito.

Al fondo de la sala, un pasillo corto daba a un baño completo y a un dormitorio, que Jase usaba como gimnasio. A la derecha, unas escaleras conducían al segundo piso. Continuó caminando hacia la derecha, pasando las escaleras, y se encontró de nuevo con el desayunador y con la cocina. Jase estaba sacando comida del refrigerador, y ella pudo oler un salteado de cebollas y pimientos sobre la cocina.

—¿Fajitas está bien? —consultó Jase cuando notó que ella había regresado a la cocina.

—Suenan bien. ¿Cortaste esas cebollas mientras yo daba una vuelta? ¿Eres un mago culinario?

Jase sonrió.

—Todo lo contrario. Odio cortar cebollas, así que las compro ya cortadas.

—Ajá. Supongo que tienes cerveza.

Él señaló el refrigerador con una cuchara de madera.

—Sí, tengo cerveza. Sírvete.

—¿Quieres una?

—Claro.

Bree tomó un par de botellas del refrigerador y abrió una para Jase.

—¿Quieres ayuda?

—Lo tengo controlado. Siéntate y relájate.

Ella se sentó a la mesa y observó a Jase moverse por la cocina. Su trasero llenaba bien los vaqueros, en especial cuando se agachó para sacar otra sartén de un gabinete inferior.

—¿Cuán vieja es esta casa? —inquirió Bree, intentando distraerse.

—Los registros dicen que es de principios de 1920. Se hicieron algunas renovaciones entre fines de los setenta y principios de los ochenta, pero estaba en bastante mal estado cuando la compré.

—Iba a preguntar si algo era original. El ladrillo en el salón es espléndido —opinó.

El sonido del chisporroteo cuando la carne tocó la sartén caliente invadió la cocina.

—Mi mejor amigo, Tony, y yo pasamos poco más de un año haciendo renovaciones después de haberla comprado —explicó él—. Ambos habíamos dejado el servicio activo y solo queríamos relajarnos un poco. Tener un lugar lejos de la gente.

—¿Cuánto terreno tienes? —indagó ella.

—Casi cuatro hectáreas.

—Eso te aleja bastante de las personas.

—Tony no se adaptó tan bien después de la baja —contó él. Jase la miró, con algo en los ojos. Una mirada afligida. Una mirada que ella había visto en muchos de sus pacientes. Hombres que habían visto demasiado, que habían hecho demasiado, y que habían sacrificado más de lo que cualquiera debería tener que sacrificar. Una mirada que había visto en su propio espejo.

—Como sea, desarmamos el lugar, de arriba abajo —continuó—. Un par de tipos, a los que conocíamos del servicio, hicieron el trabajo eléctrico y la plomería, pero el resto lo hicimos nosotros.

—Hicieron un trabajo excelente. Me gusta que hayas mantenido la estructura original, con todas las habitaciones, y que no hayas intentado transformarlo en un concepto abierto —señaló ella.

Jase removió la carne en la sartén de hierro fundido antes de mirar a Bree.

—Tu casa está diseñada con un concepto abierto.

—Solo para la sala y la cocina. La renové después de que mi abuela me la cedió. Hice la demolición yo misma, pero un contratista hizo el resto. Hice poner ventanales en el comedor, el desayunador, y abrí la cocina, que antes era diminuta. Uní las dos habitaciones de atrás para hacer el dormitorio principal y le agregué un baño privado.

—Fue bueno de parte de tu abuela haberte cedido la casa —comentó él.

—Debió haber sido demasiado para ella después del fallecimiento de mi abuelo.

—¿Dónde está ella ahora? —Sacó la carne de la sartén.

—En una comunidad de retiro, en Haven Springs —respondió Bree.

—Está cerca, entonces.

—Ah, sí, la veo todos los sábados. Trabajo como voluntaria allí. ¿Qué hay de tu familia? ¿Son de aquí? Aparte de Tim.

—Lo eran —contestó él—. Mis padres se jubilaron y se mudaron a Wilmington hace un par de años. Tengo una hermana en Colorado. —Señaló un cajón frente a la cocina—. ¿Puedes sacar los cubiertos de ese cajón y algunos platos? La cena estará lista en unos minutos.

Bree sacó cubiertos y platos, tomó servilletas de papel y puso la mesa. Jase colocó una fuente con carne y verduras sobre la mesa. Charlie y Polly se trasladaron desde donde estaban sentados junto a la cocina, mientras observaban a Jase preparar la cena, hasta debajo de la mesa, en el caso improbable de que algo de comida cayera al suelo.

—Se quedarán en las camas si te molestan —propuso Bree.

—Está bien así.

Bree sonrió. Era tan diferente a Chad... Odiaba cuando Charlie y Polly se sentaban debajo de la mesa y siempre insistía en que ella los pusiera en los caniles cada vez que iba a cenar.

Jase y Bree se sentaron a la mesa y se sirvieron la comida. Ella esparció crema agria sobre una tortilla.

—¿Quién hizo el dibujo que está sobre la chimenea del salón?

—Tony lo hizo.

—Es precioso. Es muy talentoso.

—Sí, lo era.

Bree dudó por un momento; no estaba segura de si quería hacer la próxima pregunta.

—¿Qué le sucedió a Tony?

Jase hizo una pausa en la acción de llevarse un tenedor con comida a la

boca. Lo apoyó en el plato y se reclinó en la silla.

—No tienes que decírmelo —ofreció Bree.

—Trastorno de Estrés Postraumático.

Bree apoyó la tortilla y el cuchillo.

—Fue realmente grave. No le gustaba hacer terapia. Odiaba los medicamentos que le daban. Decía que lo hacían sentir desorientado; entonces, no los tomaba más de dos días seguidos. Un médico le recetó pastillas para dormir, pero no le gustaban porque no lo ayudaban a dormir. Él solo deambulaba como un zombi, y los días pasaban. Unas dos semanas después de que terminamos la casa, por lo menos las cosas más importantes, se tomó un frasco entero y lo bajó con una botella de whisky.

Hizo una pausa, mientras miraba el plato y removía la comida con el tenedor.

—El único momento en que reconocía al tipo con el que había crecido era cuando íbamos a cazar o a pescar. Decía que el tiempo que pasaba en el bosque era el único momento en el que encontraba paz. El único momento en que su mente y su alma estaban tranquilas. —Jase tragó saliva; se le acumulaba más de lo necesario. Tomó la botella de cerveza y bebió un largo trago, como si quisiera digerir así el amargo recuerdo—. Como sea —continuó, apoyando la cerveza y regresando a la comida—. Comencé con V. E. T. Adventures unos meses después. Supuse que, si Tony podía encontrar paz en los bosques, otros también podrían hacerlo. Desde entonces, estuve desarrollándola con una promoción de boca en boca.

Miró a Bree, con expresión de valentía, pero ella podía ver la agonía que él ocultaba en el interior. Ella estiró el brazo y apoyó los dedos sobre la palma de él, que estaba sobre la mesa. Él cerró la mano con tanta fuerza que los dedos de ella quedaron apretujados. Le acarició los dedos con el pulgar, tratando de hacer algo por calmarle su dolor. No tenía palabras que pudieran borrar el sufrimiento ni expresar su empatía, así que no dijo nada. Terminaron de cenar en silencio, perdidos en sus propios pensamientos, pero no se soltaron la mano.

Después de la cena, Bree ayudó a Jase a vaciar los platos para colocarlos en el lavaplatos, y luego alimentó a los perros. Una vez que todo estuvo guardado, Jase le tomó la mano y la llevó por la puerta principal hasta el porche cubierto. La subió a una hamaca grande de cuerda y la mantuvo cerca. La rodeó con un brazo y colocó el otro detrás de su cabeza. Bree apoyó su cabeza sobre el hombro de él y la inclinó un poco para mirar a Jase, quien le

devolvió la mirada.

—¿Lista para terminar la conversación que teníamos en la oficina? — preguntó él.

—¿Y si digo que no?

—Lo hacemos igual. —Bree arrugó el rostro y lo miró con furia. Jase le besó la punta de la nariz—. Eres adorable, pero igual hablaremos.

—Bien. —Soltó un suspiro de disgusto—. ¿Qué quieres saber?

—Qué tan terminada está tu relación con tu ex, para empezar.

Bree giró la cabeza y se acomodó en el hueco del hombro de Jase, frotó el rostro contra la remera y volvió a suspirar.

—Primero, no estaría aquí si no estuviese completamente terminado —le respondió con firmeza—. Segundo, debería haber terminado hace mucho tiempo. Estaba más enojada por tener que comprar sábanas nuevas y por tener que hacerme análisis que por el hecho de que estaba engañándome. La verdad es que nunca debería haber aceptado casarme con él.

—¿Estaban comprometidos?

Ella volvió a levantar la cabeza.

—Sí.

—¿Durante cuánto tiempo?

—¿Comprometidos? Menos de un mes.

Jase frunció los labios.

—¿Cuánto tiempo estuvieron juntos antes de eso?

—Ocho o nueve meses, supongo.

—¿Por qué aceptaste cuando te lo pidió?

Ella volvió a acomodarse en el hueco del hombro.

—Se declaró en la fiesta de mi abuela, cuando cumplió ochenta y cinco años. Hizo todo el discurso y se puso de rodillas frente a todos. Me agarró desprevenida. No quería avergonzarlo ni pasar vergüenza yo misma frente a familias y a amigos.

—Cielos, eso es...

—¿Engañoso? —sugirió ella.

—Iba a decir que era la maniobra de un imbécil, pero nos quedaremos con “engañoso”. ¿Por qué continuaste con el compromiso?

Bree dibujó un pequeño círculo sobre la remera tirante de él.

—En realidad, no lo vi más de un par de veces entre la declaración y el día en que lo atrapé.

Él le acarició el hombro de arriba abajo con los dedos.

—¿Nunca pusieron una fecha?

—No. Él quería hacerlo. Yo no veía la urgencia. Cuanto más presionaba él, más me resistía yo.

—¿Por qué?

—¿Por qué presionaba él o por qué lo dilataba yo?

—Ambos —contestó él.

—Dinero.

—Tendrás que decirme algo más que eso, querida.

—Buenooo... Hay una estipulación en el testamento de mi abuelo que establece que no recibiré mi herencia completa hasta que me case.

—Eso es un poco anticuado —señaló Jase.

—Fue idea de mi abuela. Ella se enamoró de mi abuelo cuando tenía quince años y se casó a los diecisiete. Quería el mismo cuento de hadas para mí. Y sí... Ella es un poco anticuada para algunas cosas.

—¿De cuánto dinero estamos hablando?

Bree dudó. Odiaba decirle a la gente cuánto valía. Su actitud cambiaba en cuanto se enteraba de que era rica. Las personas a las que consideraba sus amigas comenzaban a ignorarla, haciendo suposiciones sobre ella porque tenía dinero, o empezaban a adularla.

Jase la oprimió levemente.

—Ahora me da un poco de temor saberlo. Si no quieres decírmelo, no tienes que hacerlo.

Bree se mordió el labio inferior; luego decidió confiar en su instinto y confiar en Jase.

—¿Cuánto recibiré? Un poco más de cinco millones de dólares —respondió en voz baja.

Él soltó un silbido.

—Demonios, cariño, estás forrada. ¿Y no recibes nada hasta que des el sí?

—Recibo una parte de los intereses a modo de salario para vivir.

—¿Tan siquiera quiero saber? —preguntó Jase en broma.

—Es más de lo que necesito para vivir y más que suficiente para vivir sin trabajar —explicó.

—¿Qué hizo tu abuelo? ¿Ganar la lotería?

—Fue criptógrafo y estadístico durante la Segunda Guerra Mundial. Luego, al dejar el Ejército, diseñó programas de criptografía para la CIA. Después de retirarse de la CIA, vendió varios programas a empresas tecnológicas de renombre. —Sonrió—. Cuando digo que era inteligente, me refiero a un nivel

de CI de genio. Analizaba datos durante horas, solo por diversión. Justo antes de que se desplomara el mercado en el 2008, él retiró todo su dinero. La gente le dijo que estaba loco, pero él solo respondió: “Observen y verán”. Reinvirtió todo después de la crisis y, un par de años más tarde, triplicó su inversión. Activó todas las alarmas de la SEC, pero se guardó todos sus datos, tablas y gráficos. Le ofrecieron un empleo —contó con una pequeña sonrisa—. Para entonces, ya le habían diagnosticado un cáncer terminal. Creó el fideicomiso justo después de enterarse.

—Lo extrañas.

—Sí.

Jase la oprimió de nuevo.

—¿Qué pasa si no te casas? —consultó.

—Bueno, mi abuelo no era tan anticuado como mi abuela. Puedo dejarles todo a los hijos que tenga, o puede sumarse al fondo de donaciones que le pedí crear con la mayor parte del dinero.

—¿Cinco millones no era la mayor parte del dinero?

—No, era alrededor de la quinta parte.

—Cielo santo. ¿Y no recibes nada hasta que des el sí?

—Exacto.

—¿Y estás de acuerdo con eso?

—Claro, ¿por qué no? —Ella se encogió de hombros—. La verdad es que no tengo que trabajar si no quiero hacerlo. El interés es más que suficiente para vivir, en especial aquí, en Carolina del Norte.

—¿Cuántos años tienes? —inquirió él.

—Sabes que es descortés preguntarle la edad a una dama —planteó Bree mirándolo a los ojos. Él solo le dio otro apretón—. Treinta y dos. ¿Y tú? ¿Eres todo un anciano? ¿La barba te cubre todas las arrugas de tu rostro?

—Treinta y cuatro, sabelotodo.

Bree sonrió antes de volver a colocar la cabeza sobre su pecho.

—¿Lo de la semana pasada fue por despecho? —indagó él.

—No. —Ella sintió que Jase liberaba la respiración, como si hubiera estado conteniéndola mientras aguardaba su respuesta—. No tenía intención de acostarme con nadie el viernes. Solo no quería quedarme sentada en casa bebiendo y quejándome sobre lo desgraciado que era Chad. Ni siquiera recuerdo la última vez que tuve sexo casual.

—Entonces, ¿por qué te fuiste? Ni siquiera me diste una oportunidad.

—Tú no pareces el tipo de hombre al que le falte compañía femenina. No

quise que fuera una situación incómoda en la que tú fingieras que me llamarías y yo fingiera creer que lo harías. Era más fácil irme y no lidiar con todo eso.

—No he sido un monje. —La rodeó con el otro brazo y se movió, de modo que quedasen cara a cara—. Pero no he llevado a una chica a casa conmigo en más tiempo del que puedo recordar. Me desperté con tu perfume en la nariz y el sabor a ti en mi boca —señaló él mientras acariciaba con la nariz el costado del cuello de Bree—. Me enfadé cuando desperté y tú no estabas.

Movió una mano por debajo de la remera de ella. El cálido aire nocturno acarició el estómago de Bree a medida que él exponía su piel de camino a sus pechos.

Por un instante ella se quedó sin aliento. Sus palabras, combinadas con sus caricias, alimentaban el fuego lento del deseo.

—Quiero probar otra vez, Bree. —Jase recorrió el labio inferior de ella con la lengua antes de aprovechar su boca abierta para adentrarse y enredar su lengua con la de ella. Recorrió el costado de Bree con la mano, pasando por la cadera, hasta llegar al muslo. Atrajo la pierna sobre la cintura de él y apoyó toda su rigidez sobre los abdominales de ella. Sin nadie que los interrumpiera, sus manos se movían con libertad: levantaban remeras, desabrochaban botones y erizaban la piel.

Jase intentó poner a Bree debajo de él, olvidando que estaban en una hamaca, y casi los tira a los dos. Estiró un brazo para impedir la caída, pero el impulso lo arrojó de la hamaca hacia el piso de madera del porche. Bree lo miró con los ojos bien abiertos.

—¿Estás bien?

—Sí —respondió Jase mientras se ponía de pie.

Bree soltó una carcajada profunda mientras se reacomodaba en el centro de la hamaca.

—No fue tan gracioso —se quejó él.

—Sí, lo fue —replicó ella entre risas.

—Se terminó.

Bree emitió un chillido cuando Jase se inclinó y la levantó de nuevo para colgarla sobre el hombro.

—¿Otra vez con lo del cavernícola?

—Yo, Tarzán; tú, Jane. —Abrió la puerta y se dirigió a las escaleras del fondo, que daban al primer piso, aún sin explorar.

Bree se sostuvo con fuerza de la cintura de él mientras la subía; tenía una vista precaria de los escalones de madera.

Jase dobló a la izquierda al llegar al descanso y siguió hasta la cama extragrande. La arrojó con suavidad a la cama y se paró delante de ella mientras Bree se quitaba el pelo del rostro. Jase estiró las manos por detrás de la cabeza y tiró de la remera para quitársela; la arrojó al otro lado de la habitación.

Bree recorrió con la mirada el pecho y estómago bien esculpidos. Advirtió los tatuajes sobre el pecho, que no había visto la última vez que él había estado desnudo. Jase cambió el peso del cuerpo para quitarse las botas con los pies, y ella se mojó los labios mientras él bajaba lentamente el cierre del pantalón desabrochado. La expectativa podría haberla matado mientras aguardaba a que él lo deslizara por las caderas. Se detuvo con los pulgares enganchados a los costados del calzoncillo.

Ella lo miró a los ojos.

—¿Te gusta lo que ves?

Ella sonrió, recordando su frase de conquista en el bar.

—Eso es tan malo como lo de “¿Vienen seguido por aquí?”.

—¿Qué puedo decir? Me gustan los clásicos. —Pasó los dedos por debajo del elástico de la ropa interior y provocó a Bree, permitiéndole dar un vistazo a un vello corto y negro.

—¿Te los quitarás? —preguntó ella con un tono de desafío en la voz—. ¿O necesitas ayuda?

Jase alejó las manos de las caderas.

—Creo que necesito ayuda.

Bree se sentó y se deslizó hasta el borde de la cama.

—Veamos qué tenemos.

Sujetó las costuras externas del vaquero, a la altura de la rodilla y tiró fuerte para quitarlos por completo de las caderas, pero dejó la ropa interior en su lugar.

Bree tragó con fuerza. Guau. Su impresionante erección estiraba los límites de la ropa interior.

No encajaremos.

—Vamos a encajar, cariño —señaló Jase, divertido.

—Maldición. ¿Lo dije en voz alta? —Se llevó ambas manos al rostro.

—Sí, lo dijiste en voz alta. —Le retiró las manos del rostro y terminó de quitarse los pantalones. Se inclinó sobre Bree y volvió a acostarla. La acomodó para que le quedara la cabeza sobre la almohada; colocó los brazos a cada lado de ella y apoyó su pelvis entre las caderas de ella—. ¿Te olvidas

de que ya encajamos una vez?

Ella sintió como si su rostro se incendiara.

—La última vez no me tomé el tiempo para mirar. Eres muy, emmm... proporcionado. —Cielos, eso fue patético. Prácticamente acababa de decirle que había olvidado haber tenido sexo con él. Si la cama pudiese tragarla en ese momento, estaría eternamente agradecida.

Jase dejó caer la cabeza sobre el cuello de Bree y rio.

—Espero que haya sido un cumplido.

La barba le hacía cosquillas mientras hablaba, lo que provocaba pequeños impulsos eléctricos en la piel de Bree. Ella le pasó las manos por los tríceps, por encima de los hombros; una siguió hasta el pelo, mientras la otra continuó por el costado y alrededor de su trasero bien definido. Tal vez no necesitaba que la cama la tragara, después de todo.

—Sí, fue un cumplido. —Rozó el cuello de Jase con la nariz e inhaló su loción para después de afeitarse.

—¿Se te pasaron los nervios? —Jase recorrió suavemente su cuello con la lengua.

—Gran parte —suspiró—. Estás muy bien dotado.

Ella lo sintió sonreír cerca del cuello.

—No te preocupes. Me ocuparé de que estés lista para mí.

—¿Cómo planeas hacerlo? —inquirió con un tono de desafío de vuelta en la voz.

—Primero lo primero: debemos quitarte esa ropa. —Jase se incorporó de manera que quedó a horcajadas sobre los muslos de ella. Enredó los dedos en el borde de la remera de Bree y, lentamente, se la sacó por encima de la cabeza para luego arrojarla hacia atrás, por encima del hombro. Pasó los dedos por el encaje del sostén—. Me gusta —expresó en voz baja—. ¿Adelante o atrás?

—¿Qué cosa?

—El broche. ¿Adelante o atrás esta vez?

—Atrás. —Arqueó la espalda, empujando los pechos hacia las manos de él, con el pretexto de darle lugar para desabrocharlo.

Él desabrochó el sostén y liberó los breteles por los hombros, exponiendo sus pechos centímetro a centímetro. Se corrió más abajo y quitó rápidamente los shorts, lo que dejó a la vista la ropa interior de encaje, del tamaño de un bikini. Jase bajó la boca hasta el fino algodón y lamió su clítoris por encima de la tela. Bree gimió ante el contacto.

—Esto —expresó él mientras le quitaba la ropa interior—. Esto es lo que soñé.

Bree jadeó al oír las palabras. Su aliento cálido acariciaba sus partes más íntimas.

—Dulce. Jugoso. Un paraíso en mi lengua —agregó.

Colocó las piernas de Bree sobre sus hombros mientras ella le acariciaba el pelo con los dedos y los enredaba entre los rulos. Esa vez, Jase no hizo bromas. Hundió los dedos en la carne suave de los muslos mientras su lengua rotaba y se movía rápidamente. Se movía rápidamente y rotaba. Pareció como si el orgasmo de Bree explotara en solo segundos.

Jase se quitó la ropa interior y se colocó un preservativo. Apoyó el pene en la entrada húmeda de Bree cuando ella lo tomó de las caderas.

—¡Aguarda! —exclamó ella.

—¿Qué? ¿Qué pasó? —La preocupación le hizo fruncir el ceño.

—Quiero chupártelo primero. —Le mordió el borde de la barbilla.

—Maldición, mujer, pensé que te había lastimado. —Jase empujó con fuerza en el calor resbaladizo de Bree—. La próxima vez. Antes de que explotes en mi cara en diez segundos.

—No fue tan rápido —protestó ella. Se estiró y la llenó con todo su grosor. Levemente incómodo, pero maravilloso al mismo tiempo. Ella lo envolvió con las piernas alrededor de la cintura e inclinó las caderas para recibirlo con mayor profundidad.

Jase se retiró y volvió a arremeter.

—Lo conté. Fue tan rápido la vez anterior que quise ver si era algo único o si siempre reaccionabas así.

—¿Estás contando esta vez? —preguntó ella, meciéndose con él, avance tras avance, golpe tras golpe. Cada vez que él avanzaba, le acariciaba el clítoris. Adelante y atrás. Nunca era suficiente contacto como para llevarla más allá del límite, pero lo justo para volver a despertar su excitación lentamente. Si tan solo prolongara el contacto con su clítoris, podría llegar hasta el final. Bree pasó una mano por debajo del brazo de él, hasta la espalda. Con la otra llegó más abajo, oprimiendo y liberando su trasero al ritmo de la penetración. Animándolo.

—Cariño, estoy haciendo todo lo posible por no descargar me antes de que tengas otro orgasmo.

—Eso será pronto.

—Menos mal. —Rotó las caderas mientras estaba dentro de ella y frotó su

clítoris al penetrarla hacia abajo.

—Justo ahí. Así. —Volvió a hacerlo y ella se desarmó en sus brazos, hundiendo las uñas en su espalda y trasero, y mordiéndole el hombro.

Jase echó la cabeza hacia atrás y gritó su propio placer. Empujó con fuerza una vez más, dos, y se quedó adentro la tercera. Apoyó casi todo su peso sobre ella, con la respiración agitada, mientras le recorría el cuello con la boca. Levantó la cabeza para mirarla.

—¿Lo haces a propósito?

—¿Qué cosa?

—Latir alrededor de mi pene.

—Es la réplica —explicó mientras le lamía la base del cuello.

—Va a excitarme otra vez —planteó él.

—De acuerdo.

Jase gruñó, lo que provocó que Bree sonriera contra su cuello.

—Debo quitarme el preservativo.

—Está bien —susurró ella, reticente a soltarlo.

Él oprimió los labios con firmeza contra los de ella mientras separaba suavemente su cuerpo. Cuando regresó del baño, Bree estaba acurrucada bajo las sábanas, a punto de quedarse dormida.

La cama se movió cuando Jase retiró la sábana de su lado para acostarse, lo cual la sacó del entresueño. Jase la acercó hacia él, apoyando su frente sobre la espalda de ella mientras le besaba el hombro y hundía la cabeza en la base de su cuello. Un suspiro le acarició el cuello a Bree, y el peso de él se notó sobre su espalda. Jamás lo habría tomado por un hombre cariñoso, al que le gustara acurrucarse. Sonrió, dejó que sus ojos se cerraran y se rindió al sueño.

CAPÍTULO 8

— ¡ABAJO! ¡ABAJO!

El fuerte sonido de las M4 recibió la respuesta del martilleo bajo de los AK-47. Bree observó la ruta delante de ella, en busca de placas de presión o de pavimento desparejo, que pudieran indicar la presencia de un aparato secundario. Levantó la cabeza por encima del capó del Humvee, del lado del conductor, para estudiar las posiciones de los insurgentes.

— ¡Cúbranme!

— ¡Maldición, Marks, regresa tu trasero aquí! ¡Demonios! ¡Cúbranla!

¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos! Corriendo agazapada, con el arma hacia abajo, Bree se desplazó a toda velocidad a través del espacio abierto... Un perfecto objetivo en movimiento para el enemigo. Las balas rebotaban sobre el hormigón irregular. Se deslizó sobre las rodillas detrás del paragolpes trasero del Humvee que se había llevado la peor parte de la explosión, lo que desgarró el plástico duro de las rodilleras. Una bala dio en la esquina del metal destrozado y no le dio a ella por unos milímetros. Bree se encogió cuando pequeños trozos de metralla le dieron en el rostro. Se colgó la M4 en la espalda y tiró de la manija de la puerta de noventa kilos. El lado del acompañante había soportado la violencia de la explosión, y la puerta se abrió sin resistencia. Levantó la vista para evaluar al soldado que estaba sentado detrás del conductor. La sangre se derramaba por el frente del rostro mientras él forcejeaba con el cinturón de seguridad.

— Aguarda. Te sacaré de ahí.

Él giró la cabeza. El costado derecho de su rostro había desaparecido. No había nada, excepto un agujero.

— Ayúdame, Bree.

Ella se puso de pie y dio un paso atrás, observando la carnicería frente a ella.

—No me dejes aquí, Bree.

Ella sacudió la cabeza y dio otro paso atrás. Un puño se cerró sobre la manga de su uniforme y la jaló.

—¿Qué demonios crees que haces, Marks?

¡Bum!

Una bala atravesó el costado de la cabeza del hombre y le arrancó una buena parte. Algo cálido y húmedo llegó al rostro de ella. Levantó una mano para quitarlo. Tocó un hocico peludo y una lengua caliente le lamió los dedos. Ella giró la cabeza y abrió los ojos. Polly le lamía la mejilla, siguiendo el movimiento de Bree.

Estás a salvo. Estás a salvo. No estás allí. No está sucediendo.

El corazón le latía con fuerza, y la sangre fluía tan rápido que afectaba la presión en los oídos. Sin aliento, como si acabara de correr una maratón, se concentró en disminuir el movimiento de su pecho. Miró a la derecha: Jase continuaba dormido, boca abajo. Ella no debió haber gritado, o él tenía el sueño muy profundo.

Bree corrió las mantas, se deslizó de la cama y se dirigió al baño sin hacer ruido. Polly entró junto a ella, y Bree cerró la puerta. Trató la puerta, apoyó la espalda y se deslizó hacia el piso. La tenue luz previa al amanecer entraba por una pequeña ventana y creaba sombras fantasmales del lavabo, el inodoro y la bañera. Polly se acomodó en el regazo de Bree y emitió un pequeño quejido.

—Shhh, no despiertes a Jase. —Abrazó a Polly y le rascó las orejas—. Gracias, mi dulce niña. ¿Dejaste a Charlie abajo, solo? ¿Qué crees que provocó esto? No has tenido que despertarme en meses. ¿Crees que ha sido la historia de Jase sobre Tony? Tal vez fue porque alguien destrozó mi habitación. Muchas cosas pasaron hoy, ¿verdad?

Acarició a Polly y le susurró durante unos minutos más.

—De acuerdo, chica. Creo que estoy bien. —Corrió a la perra; utilizó el baño y se lavó las manos antes de salir. Se subió a la cama y se acostó mirando hacia Jase. Se acercó todo lo que pudo sin tocarlo. Polly saltó a la cama y se ubicó a su espalda. Bree observó el pecho de Jase, que subía y bajaba, y ajustó su respiración al mismo ritmo.



BREE SOLTÓ un pequeño gemido y movió las caderas mientras el orgasmo crecía. Gimoteó tratando de lograr la consumación. Ese sueño era mucho mejor que la pesadilla. Podía sentir la barba de Jase que le hacía cosquillas entre los muslos, sus dedos que le agarraban el trasero, atrayéndola más cerca de su boca, su aliento cálido mientras lamía su centro anhelante. Ella bajó la mano para lograr el orgasmo y encontró una cabeza con pelo. Abrió los ojos. La boca de Jase estaba entre sus piernas, y ella estaba por explotar en su cara... otra vez. Arqueó la espalda a medida que el orgasmo la recorría, no tan fuerte como la noche anterior, pero igual de satisfactorio.

Jase subió besándole la panza, deteniéndose en los pechos para lamerle los pezones antes de moverse hasta su boca. Ella pudo sentir su propio sabor en la lengua de él. Jase la abrazó antes de ponerse de costado. Llevó la pierna de ella hasta encima de su cadera, lo que los mantuvo conectados íntimamente, y la hizo apoyar su cabeza debajo de su barbilla. Bree acomodó el rostro en el hueco de su garganta.

—Buenos días —saludó ella.

—Buenos días. —Bree podía oír la sonrisa en su voz—. Espero que no te haya molestado la forma de despertarte.

—No. En realidad, es lindo despertarse con tu boca entre mis piernas en lugar de con el despertador para interrumpirme.

Jase echó la cabeza hacia atrás para mirar a Bree.

—¿Qué quieres decir?

Ella se sonrojó. No podía creer lo que acababa de decir. Ella volvió a acomodarse bajo su cuello y murmuró:

—Nada.

Jase se alejó un poco y le levantó la barbilla para que ella lo mirara.

—¿Qué quieres decir con eso de “en lugar de con el despertador para interrumpirme”?

Bree se aclaró la garganta y le miró la barbilla.

—Pude haber soñado que me hacías lo mismo un par de veces durante la última semana.

Una sonrisa socarrona se dibujó en los labios de él.

—¿Sí? ¿Cuántas veces?

Bree retiró la cabeza para apoyarla bajo la barbilla de él y murmuró la respuesta.

—¿Qué? No te entendí.

Bree alzó la cabeza y prácticamente gritó:

—Todos los días. Tonto.

Jase respondió a su declaración con un beso largo e intenso, que terminó con él encima de ella una vez más, sosteniéndole la cabeza con ambas manos.

—Espero que la realidad haya sido mejor que el sueño.

—Tuve un orgasmo, ¿no?

—Así fue.

—¿Y tú?

—Depende. ¿A qué hora debes estar en el trabajo?

—Por lo general, voy alrededor de las ocho. No tengo un horario de entrada fijo pero, si no llego para las ocho y treinta, el equipo de bochas se pone de malhumor. Les gusta recibir un ajuste vertebral antes de empezar. Dicen que mejora su juego.

—¿De verdad?

Bree se encogió de hombros.

—Quién sabe...

—Lamentablemente, no creo que tengamos tiempo. Falta poco para las siete. Puedes compensarme esta noche.

¿Hablabas en serio? Estaba dejando pasar un orgasmo. Chad jamás habría... No, tenía que dejar de hacer eso. No había comparación. Durante el poco tiempo que había conocido a Jase, él se había mostrado cariñoso y desinteresado. Mandón y un poco dominante, pero desinteresado. Todo lo que Chad jamás había sido. Debía dejar de juzgar a Jase por el bajo estándar que Chad había colocado. El bajo estándar que ella había aceptado durante demasiado tiempo.

—¿Por qué no te das una ducha? —sugirió él—. Prepararé algo de comer para llevarnos y te acercaré hasta tu auto.

—Maldición. Olvidé que me habías secuestrado. Me olvidé de mi casa. — Se quedó mirando el cielorraso. Mandón y dominante: ambas ideas seguían rondando su mente.

Jase se inclinó y le mordisqueó la barbilla.

—No te preocupes. Haz lo que tengas que hacer esta mañana. Yo me encargaré de las cerraduras por ti.

Bree estudió su rostro.

—¿Estás seguro?

—No me habría ofrecido si no estuviese seguro —respondió él—. Vístete para que podamos irnos, y así no te atacará un grupo de ancianos.

Bree levantó la cabeza y le rozó los labios con un beso.

—Gracias.

Él frotó nariz con nariz antes de levantarse de la cama. Ella observó el trasero desnudo de Jase mientras este levantaba la ropa interior del piso.

—Treinta minutos, mujer —anunció y abandonó la habitación.

Bree sonrió y miró hacia el borde de la cama en busca de Polly. El animal levantó la cabeza y le mostró una sonrisa perruna.

—Como si él fuera a abandonarme...

Recorrió la habitación con la mirada, observando todo lo que se había perdido la noche anterior. La cama tenía una cabecera simple con tablas de madera gastada, que parecía ser madera de establo reciclada. Dos mesitas de noche y una cómoda grande, de estilo antiguo. Su bolso marinero estaba sobre un sillón reclinable gastado, acomodado junto a la ventana. Nada hacía juego pero, extrañamente, todo combinaba. Se levantó, rebuscó en el bolso los elementos para ducharse y se dirigió al baño.

Bree se detuvo; la bañera antigua de porcelana con patas estilo garra y cabecera alta, ubicada contra la pared bajo la pequeña ventana, estaba llamándola. Dejó caer los hombros; no había tiempo para un baño. Cerró los ojos y se imaginó recostada sobre la porcelana fresca, con burbujas perfumadas hasta los hombros.

La visión cambió: Jase sentado detrás de ella, con una mano que le acariciaba el pecho mientras la otra jugaba con su clítoris. Sacudió la cabeza y abrió los ojos.

En serio, mujer, contrólate. Se diría que jamás tuve sexo.

No buen sexo, al parecer.

¿De qué lado estás?

Y ahora discutía con ella misma. Volvió a sacudir la cabeza ante su inusual veleidad y abrió la puerta de la ducha.

Treinta y cinco minutos más tarde, entró a la cocina. Charlie y Polly estaban terminando de comer. Ambos la miraron y le mostraron una sonrisa perruna. Luego continuaron terminando su alimento balanceado.

—Gracias por alimentarlos —expresó ella.

—No hay problema. Una porción a cada uno, ¿verdad? Es lo que les diste anoche.

—Sí. —Se quedó parada en el centro de la cocina, con las manos sobre las caderas, observando a los perros.

—¿Qué sucede?

—Quiero llevar a Polly conmigo, pero eso significa dejar a Charlie solo

en la casa.

—Déjalo aquí.

—¿De verdad?

—Sí, ¿por qué no? Parece estar enseñado para no ensuciar dentro de la casa. Tengo cosas que hacer para prepararme para la próxima semana, así que puede quedarse aquí. No es gran cosa.

Sí, lo era. Charlie y Polly eran sus bebés peludos.

—Gracias.

Jase hizo un gesto con la cabeza y terminó de servir café en dos tazas con tapa.

—El azúcar está sobre la mesa. La leche está en la heladera. No me gustan esas cosas saborizadas.

Bree sonrió ante la idea de que Jase esperara todo el año hasta Navidad para conseguir crema con sabor a ponche de huevo para mezclar con el café.

—Solo leche.

Terminaron de preparar las tazas para llevar y se dirigieron a la camioneta de Jase. El viaje hasta la casa de Bree pareció mucho más corto ahora que ella estaba prestando atención. La verdad era que Jase no vivía lejos de ella. Veinte minutos de viaje en el campo los hacían prácticamente vecinos. Era probable que se hubieran cruzado en la ruta, en la tienda, en cualquier lugar durante esos años sin haberse dado cuenta.

Jase se detuvo detrás del utilitario de Bree y colocó la camioneta en punto muerto.

—¿Tienes una llave extra de la casa?

Bree sacó las llaves del bolso y sacó una del llavero.

—La puerta que da a la cocina.

Jase la tomó de la nuca y la atrajo hacia él para darle un beso intenso.

—Te quiero en casa esta noche. No me hagas rastrear otra vez —le advirtió.

Bree le dirigió una mirada hosca.

—Tienes a Charlie.

Jase sonrió.

—Ah, sí. Mira cómo funcionó eso.

—Tonto.



—BRIANNA, cariño, ¿puedes echar un vistazo a mi cadera? Siento como un clic cuando camino.

—Estaba bailando shag otra vez, ¿verdad, señora Mary? —inquirió Bree, haciendo referencia al baile similar al swing.

—Bueno, sabes que William no acepta un no por respuesta —planteó la señora Mary.

—Ajá. ¿Y no tiene nada que ver con los panfletos que vi la semana pasada sobre la competencia de jive?

—No podía permitir que alguien más se quedara con mi título. Janice Wilkinson le dijo a Emily que ella y David podían ganarnos a William y a mí. Ella podrá ser cinco años más joven que yo, pero no podría bailar shag ni aunque le colocaran caderas nuevas.

Bree no pudo evitar reír.

—Vamos a examinarla y a asegurarnos de que no se haya sacado la cadera de lugar. Necesita tomárselo con un poco más de calma. No es cinco años más joven, ¿sabe?

La señora Mary se recostó sobre la camilla portátil que Bree había colocado en una de las oficinas vacías.

—Oh, cariño, cuando dejas de bailar por la vida, bien podrías dejar de vivir. Eres tan vieja como crees ser. En mi mente, aún tengo veinte años y enloquezco a muchachos en el Strand, en Myrtle Beach.

—Bueno, tal vez quiera que su mente les hable a sus caderas porque ellas tienen ochenta.

Bree vio a tres personas más durante la mañana, que sufrían las consecuencias de la competencia de shag, además de algunos pacientes habituales. Al mediodía, miró a Polly, que había pasado el día echada en un rincón soleado.

—¿Estás lista para buscar a la abuela?

Deambuló por caminos entre jardines arreglados y encontró a la abuela leyendo en el patio de su propiedad. Un sombrero de ala ancha le protegía el rostro del sol de la tarde mientras leía. Polly trotó delante de Bree y empujó la mano de la abuela con el hocico. La abuela ladeó la cabeza y mostró sus brillantes ojos verdes. La escena le recordó a Bree a una película de los cincuenta o de los sesenta. Aun a los ochenta y cinco, su abuela emanaba clase y estilo.

—Hola, abuela. —Bree se inclinó para darle un beso en la mejilla.

—Hola, cariño. Trajiste a Polly contigo. —La abuela colocó un señalador

entre las páginas de la novela y la apoyó sobre la mesa junto a ella.

—Tuve una mala noche. La necesitaba cerca hoy. —Bajó el brazo y le acarició la cabeza a Polly.

La abuela la observó con detenimiento.

—Tengo ensalada de pollo para el almuerzo, ¿está bien?

—¿La preparaste con tu mayonesa picante?

—Por supuesto.

Bree sonrió.

—Entonces, por supuesto.

Conversaron durante el almuerzo sobre la señora Mary y la defensa de su título en la competencia de shag, así como sobre otros chismes de la comunidad.

Bree estaba lavando los platos cuando la abuela comentó:

—Hay algo diferente en ti.

—¿Qué quieres decir? —Bree la miró por encima del hombro.

—No estoy segura. Esperaba que estuvieras más sombría, ya que me cuentas que tuviste una mala noche, pero tu espíritu parece más ligero.

—¿Mi espíritu está ligero? —No pudo evitar sonreír—. ¿Has estado viendo a esa psíquica otra vez?

—Búrlate todo lo que quieras, pero ella me dijo que tú estabas destinada a grandes cosas, y mira todo lo que has logrado —señaló la abuela.

—No hice nada espectacular, abuela.

—¿Cuántas vidas salvaste?

—Solo hacía mi trabajo. Cualquiera hubiese hecho lo mismo en mi lugar.

—Hubo otras personas en tu lugar que no hicieron lo que hiciste tú. No me gusta cuando te subestimas.

—De acuerdo, abuela. No me subestimaré. —No tenía sentido discutir. Echó un vistazo a la medalla enmarcada junto con la mención, ubicada sobre la chimenea de la abuela, entre la foto de servicio de su abuelo en la Segunda Guerra Mundial y su propia foto de servicio—. ¿Por qué crees que mi espíritu está más ligero? —inquirió.

—Pareces más feliz. —Bebió un poco de té de hierbas. Té caliente, aun en una tarde calurosa—. ¿Han puesto una fecha con Chad?

Bree respiró profundo y se lo dijo:

—Tengo malas noticias sobre Chad.

La abuela apoyó la taza.

—Supongo que ya me habrías dicho si hubiera tenido un accidente o si

estuviese herido, por lo que por fin debes haber roto el compromiso.

—¿A qué te refieres con “por fin”?

—Cariño, Chad nunca fue el hombre para ti. Me di cuenta de eso casi al principio. Solo esperaba que tú también te dieras cuenta.

—Lo hice —admitió ella.

—¿Por qué demonios aceptaste cuando te lo pidió?

Bree arrojó el repasador sobre el mostrador y se reclinó sobre este.

—No quería hacer una escena en tu fiesta de cumpleaños.

—Cielo. —Expresaba tanto con esa única palabra—. ¿De verdad crees que me habría importado?

—A mí me importaba. —Bree se cruzó de brazos—. Y quedé completamente conmocionada cuando me lo propuso. No fue una de esas veces en las que pude pensar rápido.

La abuela bebió un poco de té.

—Deberías haberle dicho que no.

—Bueno, se terminó, así que agua pasada y todo eso.

La abuela levantó una ceja.

—Pero no estás contenta por eso.

Bree agachó la cabeza y movió un pie de un lado a otro, temerosa de que hablar sobre sus sentimientos incipientes por Jase podría, de alguna manera, traer mala suerte.

—Conocí a alguien. Es muy, muy reciente y muy pronto, pero me gusta. Él es... —Intentó buscar una forma de describir a Jase—. Fuerte.

La abuela le sonrió.

—A mí también me gustó tu abuelo desde el primer momento en que lo vi. Era tan atractivo y seguro... Supe, casi desde el principio, que pasaría el resto de mi vida con él. Cuando tu corazón sabe, tu corazón sabe. Solo no permitas que tu mente te convenza de lo contrario. —Su mirada era penetrante.

Bree sonrió y sacudió la cabeza ante su abuela imaginativa. No estaba segura de adónde iban las cosas con Jase. Recién habían pasado dos días desde que lo había conocido, sin contar la primera noche. Parecía que había pasado mucho más tiempo, pero se habían reencontrado el día anterior. ¿Cómo había sucedido tanto en tan poco tiempo? Habían allanado su casa, le había permitido a Jase convencerla de que se quedara con él y, prácticamente, él tenía a su perro de rehén para garantizar su regreso. Su prepotencia debería enfurecerla pero, en realidad, era algo lindo. Ella siempre se había sentido como la personalidad dominante en una relación. Le gustaba que Jase hubiera

tomado el control, la hubiera subido a la camioneta y se hubiera asegurado de que estuviese a salvo.

La abuela interrumpió sus pensamientos.

—¿A qué se dedica tu joven nuevo?

—Tiene una ONG para veteranos. Organiza excursiones de caza, pesca y campamento.

—¿Lo conociste por el trabajo?

—Algo así. Uno de mis pacientes mencionó la empresa de Jase, y fui hasta la oficina para ver si podía conseguir información para referir gente. —Había algo de verdad en eso.

—Eso es adorable. A ambos les apasiona ayudar a otros. ¿Cuándo volverás a verlo?

—Esta noche. De hecho, debo pasar por el mercado. Prepararé la cena en su casa y no estoy segura de qué tiene en la cocina.

—Bueno, no dejes que yo te retenga, cariño. Estoy segura de que será mucho más interesante que pasar tiempo en casa de unos ancianos —comentó la abuela mientras se ponía de pie.

—No seas tonta, abuela. Sabes que me encanta venir de visita.

—Lo sé, querida pero, si fuera tú, preferiría pasar el tiempo con un joven buen mozo.

Bree rio.

—Abuela, ya nadie dice: “Buen mozo”.

—¿Y qué se dice?

Probablemente no era apropiado decir que ella y Denise lo habían considerado un orgasmo andante.

—No estoy segura. Solo sé que no se dice: “Buen mozo”.

—Bueno, como sea que se diga, ve a pasar tiempo con él.

La abuela la despidió con un beso y un abrazo, y la saludó con la mano mientras Bree se alejaba en el auto. Bree sacó el móvil al entrar al mercado. Lo había dejado en el auto durante su visita a la comunidad de retiro. Veintitrés mensajes de texto de Chad.

—Ufff. Date por aludido. —Seleccionó todos y oprimió el botón Eliminar. Recibió tres mensajes más para cuando había terminado de comprar. Indignada, apagó el móvil y lo arrojó al bolso.

CAPÍTULO 9

Jase se despertó lentamente, con la mano que ya acariciaba su erección matutina. ¿Por qué tocarse él mismo cuando tenía una mujer hermosa y dispuesta en la cama, que podría hacerlo por él? Sonrió para adentro y buscó a Bree. Abrió los ojos de golpe y pestañeó ante la luz de la mañana, cuando encontró la cama vacía. Echó un vistazo al baño, pero la luz estaba apagada, y no se oía nada que pudiera indicar que Bree estaba allí.

—¡Por todos los cielos! —Se levantó de la cama y buscó el vaquero y la remera que había tirado la noche anterior. Observó el piso en busca de la remera. Abrió un cajón con fuerza y sacó otra de la cómoda. No podía creer que se había ido otra vez. ¿Qué demonios sucedía? Pensó que las cosas iban bien.

Cuando ella había regresado a su casa el día anterior, él había estado jugando a lanzarle la pelota a Charlie en el patio. El animal había sido la sombra de Jase durante todo el día, y su compañía lo había hecho más llevadero. Había sido lindo tener alguien con quien hablar, aunque fuera solo un perro.

Bree había preparado pimientos rellenos y ensalada para la cena. Él ni siquiera podía recordar la última vez que alguien había cocinado para él... además de su madre en las Fiestas. Fue agradable. Relajado. Después de la cena, habían pasado un tiempo tranquilos en la hamaca antes de irse a la cama. El sexo había sido fenomenal. No tan apresurado, pero Bree aún era la cosa más ardiente que él pudiera recordar. Era tan receptiva y entusiasta... Natural y, maldición, cuando le daba un orgasmo mientras la penetraba, era como una tenaza sobre su pene.

Dobló la esquina al final de las escaleras y se detuvo en seco cuando entró

a la cocina. Bree estaba de pie junto a la cocina, con su remera puesta (la que no había podido encontrar). El aroma a cebollas y hongos salteados, mezclado con los de panceta y café, llenaban la habitación. Los perros estaban sentados a su lado, perfectamente quietos, observando cada movimiento de ella.

Bree lo miró por encima del hombro, y su sonrisa se desvaneció cuando notó la mirada furiosa de él.

—¿Qué? ¿Qué pasó?

—No estabas en la cama. —El corazón le latía a toda velocidad.

—No podía dormir. Y tenía hambre, así que pensé en bajar y en preparar el desayuno. Iba a llevártelo a la cama.

Jase caminó hacia ella y la arrinconó contra la mesada mientras ella se daba vuelta para mirarlo de frente. Él se acercó más, casi rozándole la boca con la suya.

—Despiértame si no puedes dormir. Entonces, bajaremos juntos.

—Estabas profundamente dormido —le respondió—. Intenté despertarte, pero ni te moviste.

—Ponte creativa la próxima vez. Te garantizo que me despertaré con el incentivo correcto.

Los ojos de Bree brillaron con lo que él solo podía describir como una mirada pícara.

Jase sonrió y le pasó un brazo por la cintura, lo que la atrajo más cerca de él mientras evitaba la espátula que ella sostenía. La besó profundamente. El sabor del café aún podía sentirse en su lengua. Maldición. Si podía absorber suficiente cafeína por besarla a ella, renunciaría al café.

Bree se alejó un poco, sin despegar la mirada de la boca de él.

—Se quemarán los huevos —susurró ella.

—Tengo más huevos. —Sacó la lengua para lamerle el labio inferior.

Ella volvió a echar la cabeza hacia atrás.

—No tienes más panceta y, si eso se quema, me molestaré.

Jase aflojó las manos y se irguió del todo.

—Solo porque es panceta. —Le dio un beso breve antes de soltarla para buscar una taza de café. Se dio vuelta a tiempo para ver la ropa interior de encaje cuando ella se agachó para sacar una bandeja del horno.

“Al demonio la panceta”, pensó él y dejó la taza vacía sobre la mesada. Unos golpes a la puerta de la cocina impidieron sus planes de llevarla de nuevo arriba. Se acercó, quitó el cerrojo y dejó pasar a su hermano.

—Mal momento, amigo —gruñó.

—A mí me parece el momento perfecto. Aah, panceta. —Tim sacó un trozo de la fuente sobre la cocina antes de tomar la taza vacía de arriba de la mesada—. ¿La estás usando? —No esperó a que Jase respondiera antes de llenarla.

—¿Estás aquí por alguna razón? —le preguntó Jase.

Tim se dio vuelta y se apoyó sobre la mesada, con el rostro serio.

—Lamentablemente, sí. Necesito hablar con Bree.

—¿Sobre el allanamiento? —inquirió ella—. ¿Un domingo a la mañana?

—En realidad, no estamos seguros. Necesito que mires una fotografía. —Tim sacó el móvil del bolsillo.

—Está... bien. —Bree apagó la hornalla y sirvió los omeletes que acababa de doblar.

Tim buscó la foto de una mujer y le pasó el móvil a Bree.

—¿La reconoces?

—Sí —contestó Bree. Jase oyó la sorpresa en su voz—. Solía ser mi vecina. Enfrente, una casa más allá. Ella y su marido se mudaron hace unos cuatro o cinco meses. Le vendieron la casa a una pareja más joven con dos niños. Su nombre era... cielos, comenzaba con J, pero ahora se me escapa. —Ella le devolvió el móvil a Tim—. ¿Por qué? ¿Qué sucedió?

—Su nombre era Jaelynn y está muerta —afirmó él con solemnidad.

—¡Oh, no! ¿Tuvo un accidente? —indagó Bree.

—La asesinaron.

—¿Qué tiene que ver esto con Bree, además de que la mujer solía ser su vecina? —intervino Jase.

—Tengo que mostrarte algo más. —Tim desplazó la pantalla del móvil—. Se encontró una carta junto al cuerpo. Estaba dirigida a la doctora Brianna Marks. Al principio creímos que era de la víctima, pero no parece ser suya. —Dudó por un momento antes de darle el móvil a Bree otra vez.

Ella mantuvo la vista en él mientras tomaba el teléfono. Jase le rodeó la cintura con un brazo y la acercó a él. Polly gimió por lo bajo; se acercó al otro costado de Bree y se inclinó sobre su pierna. Bree por fin miró la pantalla.

Tipeado en letras mayúsculas y en negrita, sobre una hoja blanca regular, se leía: **ÉL NO DEBERÍA HABERTE ENGAÑADO. TE MERECE ALGO MUCHO MEJOR.**

—No entiendo. —Ella le devolvió el móvil a Tim.

—Dijiste que habías descubierto a tu exprometido engañándote y que esa había sido la razón por la que habías roto el compromiso —planteó Tim.

—Sí.

—¿Esa fue...? ¿Sabes si...? —Le costaba formular la pregunta.

—¿Si fue la única vez que tuvo sexo con otra? —terminó ella.

—Sí.

Bree respiró profundo y se lo dijo:

—Honestamente, tenía mis sospechas. En especial, sobre Jaelynn. Siempre iba a preguntar si Chad podía ayudarla con alguna cosa en la casa cuando su marido estaba fuera de la ciudad. O nos invitaba a almorzar o a tomar algo cuando yo no podía ir, y Chad terminaba yendo solo. Le pregunté al respecto un par de veces, pero él nunca le daba importancia. Decía que ella y su marido tenían problemas, y que ella solo necesitaba alguien que la escuchara. Pareció un poco repentino cuando se mudaron.

—¿Supiste algo de tu ex últimamente? —indagó Tim.

—Ha estado enviándome mensajes de texto varias veces por día, pero los fui borrando.

—¿Tienes tu teléfono a mano? ¿Puedes ver si intentó contactarte en las últimas horas?

Bree se encogió de hombros.

—Claro. Está arriba. Lo buscaré. —Apoyó una mano sobre el brazo de Jase mientras se soltaba. Polly la siguió, manteniéndose cerca de Bree, mientras ella doblaba la esquina.

—¿Cuán grave es? —inquirió Jase en voz baja.

—No estamos seguros —respondió Tim.

—¿Qué quieres decir con que no están seguros? —reclamó Jase en tono más alto.

Tim echó un vistazo hacia el pasillo que daba a la escalera.

—La nota se encontró junto al cuerpo. La apuñalaron varias veces. Tenía marcas de soga en las muñecas y, hasta donde pudimos saber, estuvo atada a una mecedora en su sala de estar.

—¿Cuál es la amenaza para Bree? —preguntó Jase, yendo al grano.

—Hermano, ojalá pudiera decirte que ella no está en peligro, pero la verdad es que no lo sabemos. No sabemos quién hizo esto ni por qué. Estamos bastante seguros de que no fue el ex, pero no sabemos por qué la carta estaba dirigida a Bree. El psiquiatra del departamento está examinándola para darnos su opinión.

Jase quería hacer más preguntas, pero se detuvo cuando oyó los pasos de Polly sobre la madera al seguir a Bree escaleras abajo. Menos mal que se

había puesto unos shorts.

El teléfono sonaba en sus manos sin cesar.

—Lo había apagado, así que todos los mensajes de texto están entrando al mismo tiempo —explicó.

—¿Cuántos tienes hasta ahora? —inquirió Jase.

—Hasta donde sé, tengo tres de Denise, dos de unos amigos de otra ciudad y dieciocho de Chad. —Frunció los labios molesta mientras esperaba que el móvil dejara de sonar.

—¿Qué dicen? —Jase se cruzó de brazos y apoyó las caderas contra la mesada.

—Lo mismo de toda la semana: “Te extrañé”. “Me equivoqué”. “Danos otra oportunidad”. Bla, bla, bla. —El teléfono dejó de sonar.

—¿No has respondido para nada? —consultó Tim.

—No. Cualquiera pensaría que ya habría captado la indirecta. No quería tener que cambiar mi número. Lo tengo hace diez años.

—¿Cuándo fue la última vez que te mandó un mensaje o intentó llamarte? —inquirió Tim.

Bree revisó la pantalla.

—Em, esta mañana alrededor de... —*ring*— ahora. —Levantó la vista y miró a Tim—. ¿Quieres que lo llame?

—Sí, si no te importa. Averigua dónde está.

Bree oprimió el botón del teléfono para llamar a Chad y puso el móvil en altavoz para que Tim y Jase pudieran oír. Sonó una vez antes de que Chad respondiera.

—Bree, cariño, lo siento.

Ella lo interrumpió.

—¿Qué quieres, Chad?

—Quiero verte. Si pudiera explicarte, sé que podríamos resolverlo.

Bree revoleó los ojos y oprimió el botón de silencio.

—¿Quieres que acepte que nos encontremos? —le preguntó a Tim.

—No —contestó Jase al mismo tiempo que Tim dijo: “Sí”.

Este miró al hermano.

—Podría tener información que nos sirva.

Bree echó un vistazo a Jase mientras volvía a poner el móvil en altavoz.

—Nos vemos en casa dentro de una hora. Podemos hablar allí.

—Puedo estar allí en quince minutos. Te prepararé tostadas francesas y conversaremos durante el desayuno.

Ella revoleó los ojos otra vez.

—No estoy allí, Chad. Y no me gustan las tostadas francesas.

Jase sonrió ante su tono irritable y fijó la vista en el piso. Era evidente que le había dicho eso a su ex en varias ocasiones.

—Bien, entraré y te prepararé unos huevos o algo —propuso Chad.

—Cerraduras —articuló Bree. Jase asintió.

—No puedes. Cambié las cerraduras.

—¿Por qué lo hiciste?

—Bromeas, ¿verdad? Mira, debo irme. Te veré allí en una hora. Hablaremos y podrás aprovechar para recoger el resto de tus cosas. —Cortó sin despedirse.

—¿Cuánto tiempo estuviste con ese tipo? —preguntó Tim.

—Demasiado —respondió Bree. Levantó uno de los platos y comió un poco de omelete antes de continuar—. Iré a darme una ducha. Probablemente él se presente dentro de quince minutos y espere a que yo aparezca. De todas maneras, Denise irá a las diez para ayudarme a limpiar la casa.

Jase levantó una ceja.

—¿Cuándo ibas a decirme que te encontrarías con Denise?

—Posiblemente durante el desayuno. —Comió un poco de huevo sin dejar de mirarlo.

Tim se alejó de la mesada y bebió lo último que quedaba de su café.

—Por muy interesante que crea que se pondrá esta conversación, me voy a ir. Te veré en tu casa. —Se robó otro trozo de panceta en su camino de salida.

—Iré contigo. —Jase estiró el brazo alrededor de ella para tomar un plato.

—Me lo imaginé. Estaré en la ducha cuando termines de comer. —Bree colocó el plato en la piletta y giró sobre los pies. Se quitó la remera de Jase mientras doblaba la esquina, lo que le dejó a él un vistazo de la línea elegante de su espalda.

Jase devoró el resto del omelete y arrojó el plato a la piletta.

CAPÍTULO 10

Jase ingresó a la entrada de Bree y estacionó al costado de la casa. Rodeó el capó de la camioneta justo cuando Bree se bajaba del asiento del acompañante. Dejaron a Charlie y a Polly en el vehículo hasta que se encargaran de Chad. Bree cerró la puerta, y él la acorraló contra el costado de la camioneta. Deslizó la mano izquierda por debajo de la remera para atraerla hacia él, mientras que los dedos de la otra mano se enredaban en el pelo de la nuca.

—Podrías esperar a que yo diera la vuelta y te abriera la puerta —planteó él.

—Podría, pero ya soy grande. Hace rato que abro mis puertas.

Maldición, adoraba su insolencia.

—Sé que sí. —Le rozó el costado de la nariz con la suya—. Es cuestión de que quiero hacer algo por ti y de que tú me dejes hacerlo porque me hace feliz.

Ella levantó las cejas.

—¿Abrirme la puerta te hace feliz?

No era anticuado, pero no había mucho que pudiera darle a Bree que ella no tuviera ya. Tendrían que ser pequeños detalles.

—Creo que hacer cualquier cosa por ti me hará feliz.

Ella no dijo nada durante unos instantes.

—No sé qué hacer con eso.

—No tienes que hacer nada. —Le dio un beso suave antes de tomarla de la mano y de girar para caminar hacia el frente de la casa.

Había visto al tipo sentado en el porche de Bree cuando habían ingresado a la entrada. Este bajó los escalones cuando ellos doblaban la esquina y tomaron el camino que llegaba al porche. Camisa blanca planchada,

pantalones caqui y mocasines sin medias. Cielos, si ese era Chad, hasta se vestía como un idiota.

Chad ignoró a Jase y se dirigió a Bree. Jase lo dejó hasta que Chad intentó abrazarla. Ella retrocedió y se acercó más a Jase; le oprimió más la mano. Jase la colocó apenas detrás de él, lo que dificultó que el otro la alcanzara.

—Bree, cariño, ¿quién es este tipo? —preguntó Chad.

—Él es Jase.

Chad miró a ambos antes de preguntar:

—De acuerdo, pero ¿quién es él?

Antes de que Bree pudiera responder, un sedán plateado llegó hasta la entrada. Los frenos rechinaron hasta que se detuvo a un milímetro de la camioneta de Jase. La puerta del conductor se abrió de golpe, y un hombre grande arremetió hacia ellos, perdiendo una ojota en el camino. Jase movió a Bree detrás de él y la hizo retroceder unos pasos, pero el hombre fue directamente hacia Chad y lo derribó de un golpe en el rostro. Se arrojó encima de Chad y continuó golpeándolo mientras le gritaba:

—¡Tú la mataste, maldito bastardo! ¡Tú la mataste! —Chad luchaba por cubrirse el rostro con los brazos mientras el tipo seguía golpeándolo.

—¡Jase! —Bree lo empujó. Jase miró por encima del hombro y vio la preocupación en el rostro de ella. Avanzó y tomó al hombre para retirarlo de encima de Chad.

Demonios, no podría controlarlo sin someterlo. Jase tocó la parte posterior de la rodilla del hombre con la suya, lo que lo hizo ceder y caer al suelo. Envolvió el torso del atacante con sus piernas largas y giró sobre la espalda. Eso colocó al hombre sobre él, de modo que no pudiera apoyarse en el piso para darse impulso y levantarse. Rodeó con el brazo la garganta del hombre y entrelazó las manos, y así interrumpió la llegada de sangre a la cabeza.

Un patrullero de la Policía de Haven Springs se detuvo detrás del sedán plateado, con las luces encendidas. Un agente saltó del asiento del acompañante y corrió hacia Jase y hacia el atacante de Chad, que aún luchaban en el suelo. Tim se bajó del lado del conductor y habló por radio.

—¿No vas a ayudar? —le gritó Bree.

—Jase lo tiene controlado —contestó Tim.

Jase miró a Bree mientras se quitaba de encima al atacante semiinconsciente de Chad con la ayuda del compañero de Tim.

—Estoy bien, cariño.

Jase se puso de pie al tiempo que el policía colocaba boca abajo al otro tipo y lo esposaba. Chad estaba en el piso, quejándose, con ambas manos sobre su nariz sangrante. Jase se acercó a Bree y sostuvo su rostro entre las manos. Dobló un poco las rodillas para mirarla a los ojos.

—¿Estás bien? —La escudriñó para evaluar su reacción.

Bree le tomó suavemente las muñecas mientras apoyaba la frente contra la de él.

—¿Pensarás que estoy completamente loca si te digo que eso fue muy ardiente? —susurró ella.

Jase soltó una carcajada antes de llevar una mano a la espalda de ella y de besarle la frente. Se acercó para hablarle al oído.

—Más tarde puedes mostrarme cuán ardiente crees que fue.

—Puedo hacerlo. —Ella le rodeó la cintura con las manos y miró por encima del hombro de él mientras Tim se agachaba frente a Chad. Echó un vistazo al otro tipo, que continuaba en el piso.

—Ese es Steven —afirmó ella.

Jase la movió hacia un costado mientras se daban vuelta para observar la escena sobre el césped.

—¿Lo conoces?

—Es mi antiguo vecino. Es el marido de Jaelynn.

—¿Debería haber traído palomitas en lugar de esto?

Bree y Jase voltearon al tiempo que Denise caminaba por el césped con dos cafés helados grandes. Su vehículo utilitario estaba estacionado sobre la calle, y un perro enorme sacaba la cabeza por la ventanilla trasera.

—¡Oh! Eres adorable. —Bree se soltó del agarre de Jase y tomó uno de los cafés.

—Lo sé. ¿Verdad? —respondió Denise con una sonrisa—. Entonces, ¿qué sucede?

—Bueno —Bree bebió un poco de café—, el tipo esposado es Steven, mi antiguo vecino. Entró embalado y casi chocó la camioneta de Jase antes de atacar a Chad. El policía que está hablando con Chad es Tim, hermano de Jase, proveedor de direcciones ilegalmente obtenidas, y supongo que el otro policía es su compañero.

—¿Alguna vez vas a dejarlo pasar? —inquirió Tim mientras ayudaba a Chad a levantarse.

Bree se encogió de hombros mientras bebía su café.

—Ya veremos.

Jase sonrió. Era bueno ver que su hermano sufría los embates de otra persona para variar.

—¿Por qué está Chad aquí? —consultó Denise.

—Emmm, eso es un poco más complicado.

—¡Tú la mataste, maldito bastardo! —Steven luchaba por soltarse del compañero de Tim e intentaba atacar a Chad, aun con las manos esposadas en la espalda.

—No sé de qué hablas, maldito loco —gritó Chad.

—¡Te acostaste con ella y ahora está muerta por tu culpa!

—No sé de qué hablas. —Chad mantenía apretado el puente de su nariz para detener el sangrado.

—¡Jaelynn, imbécil! La mataron por tu culpa. ¡Me lo dijeron! Me dijeron que fue porque tú dormías con ella. —La voz de Steven se cortó por un sollozo.

—Nunca dormí con Jaelynn —afirmó Chad. Miró a Bree—. Cariño, te juro que nunca sucedió.

Steven volteó hacia Bree.

—Contraté un detective privado. Tengo fotos.

—¿Fue por eso que se mudaron? —indagó Bree.

—Le dije que, o vendíamos la casa y nos íbamos, o pedía el divorcio. Pero lo siguió viendo. Solicité el divorcio hace un mes.

—Bree, no fue nada. Sabes que no significó nada —argumentó Chad.

—¿Tuviste una aventura con una mujer casada por no sé cuántos meses sin que signifique nada? Muchas cosas no significan nada para ti, ¿verdad? —Había un tono mordaz en sus palabras.

—Bree...

—¿Por qué no viene por aquí para poder tomarle declaración sobre lo sucedido? —pidió Tim. Tiró de Chad con no mucha amabilidad hasta el patrullero.

—La amaba. Aún la amo. —Steven se sentó en el piso, con las piernas estiradas, el torso inclinado hacia adelante, como si ya no tuviera la fuerza para contenerse. Los hombros le temblaron mientras sollozaba en silencio.

Bree le dio su bebida a Denise y se acercó a Steven. Jase intentó seguirla, pero Denise lo detuvo al apoyar el café frío en su brazo.

—Ella lo tiene controlado.

Bree se sentó cerca de Steven, con las rodillas cerca del pecho y las manos alrededor. Echó la cabeza hacia atrás y le dijo algo al compañero de

Tim, que estaba parado junto a ellos. Él sacudió la cabeza ante lo que fuera que Bree le había dicho. Ella colocó una mano sobre la rodilla de Steven, y él dejó caer la cabeza sobre el hombro de Bree. Su cuerpo temblaba mientras lloraba.

Ella se quedó sentada y le habló bajo hasta que Tim regresó a hablar con su compañero. Bree lo miró y luego le susurró algo a Steven. Él asintió un par de veces y se limpió el rostro sobre su propio hombro. Bree se puso de pie y ayudó a Steven a hacer lo mismo. El compañero de Tim lo tomó del codo, lo llevó hasta el patrullero y lo ayudó a subirse a la parte trasera.

Jase y Denise se unieron a Tim y a Bree:

—... no quiso pedir una ambulancia —oyeron decir a Tim.

—No me sorprende. No creo que tenga seguro médico —explicó Bree.

—¿Chad o Steven? —preguntó Denise.

—Chad —respondió Bree.

—También quiere presentar cargos contra Steven por agresión, así que debemos llevarlo. Esperemos que el juez sea comprensivo. Circunstancias atenuantes, y todo eso —continuó Tim.

—Espero que no se meta en muchos problemas.

—Hicimos una revisión de antecedentes —agregó Tim.

—¿De Steven? —inquirió Bree.

—No, de Chad.

—Ah... Maldición. ¿Qué es lo que no sé?

Tim dudó. Bree cerró los ojos y sacudió la cabeza.

—Solo dímelo.

—Tiene una deuda de doscientos cincuenta mil dólares. Apuestas —señaló Tim.

—¿Qué? —exclamaron Denise y Bree al mismo tiempo.

—Al parecer, le gusta apostar en los juegos que cubre para su trabajo de redactor deportivo —explicó Tim.

—Qué idiota —expresó Denise.

—¿Alguna vez tuvo acceso a tu dinero? —indagó Jase.

—¿Qué dinero? —preguntó Tim.

—¿Le contaste? —inquirió Denise al mismo tiempo.

Bree le contestó primero a ella.

—Sí, le conté. —Miró a Tim—. Tengo una herencia bastante grande. —Luego se dirigió a Jase—: Chad nunca tuvo acceso a mi dinero. Excepto por olvidarse oportunamente su cartera cada vez que salíamos. De todas maneras,

la gran mayoría está inmovilizada por la herencia o por la fundación.

—¿Podría todo esto estar conectado con sus deudas de juego? —consultó Jase.

—Es una posibilidad que estamos investigando —respondió Tim.

—¿Qué está conectado con sus deudas de juego? —inquirió Denise.

Bree respiró profundo.

—Jaelynn, la esposa de Steven, fue asesinada. De alguna manera, está conectado conmigo o con Chad. O con ambos, no estamos seguros.

Denise miró a Tim y a Bree.

—¿Qué?

—Te lo explicaré mientras limpiamos.

—Tendré que tomarles declaración por lo del ataque. Denme un momento para llamar a comisaría —les dijo Tim a Jase y a Bree—. Tal vez tenga que volver después de haber llevado a Steven. Todavía debemos interrogar a Chad acerca de Jaelynn. ¿Cuánto tiempo estarán limpiando?

—No debería llevar mucho, pero tengo que ir a comprar un colchón —contestó Bree.

—Oye, Tim. El tipo se niega a ir a la comisaría —le avisó el compañero.

—Me imagino. —Tim los dejó para interrogar a Chad. Jase llevó a Bree y a Denise hacia el porche y abrió la puerta antes de darle las llaves nuevas a Bree.

Denise observó el desastre en la sala de estar mientras caminaban hacia la cocina.

—¿Solo rompieron las fotos donde estás con Chad? —preguntó.

—Sí.

—Es raro.

—Sí.

—Hablaré con Tim antes de que se vaya —anunció Jase—. Si me pueden ayudar a poner el colchón en la camioneta, lo llevaré al basurero mientras ustedes limpian. Luego podemos ir a la tienda de colchones.

—¿Puedes traer a Charlie y a Polly cuando vuelvas? —le pidió Bree.

—Ya que estás en eso, ¿podrías dejar salir a mi perra y traerla? Seguirá a Charlie y a Polly —indicó Denise.

—Claro. —Jase se inclinó y le dio un beso breve a Bree antes de salir por el lavadero.

CAPÍTULO 11

Denise vio a Jase irse por la cocina.
—Me agrada —opinó.

—Escucho un “pero” —señaló Bree.

Denise se apoyó contra la mesada.

—Pasó una semana.

—En realidad, cuando lo piensas, solo fueron dos días y medio.

—Eso es rápido. —Denise levantó una ceja—. Te llevó... ¿cuánto? ¿Tres o cuatro meses antes de que Chad estuviera tan involucrado en tu vida? Aunque, considerando cómo resultó, tal vez sea una señal que Jase se haya involucrado tan rápido.

—Es... —Bree sacudió la cabeza—. No sé lo que es. Es mucho.

—¿Cómo es el sexo?

El calor subió por el cuello de Bree y abrió los gabinetes debajo de la piletta para sacar las bolsas de basura. ¿Por qué le avergonzaba hablar sobre lo bueno que era Jase en la cama? Denise sabía detalles mucho más personales sobre ella.

—Así de bueno, ¿eh?

Bree se incorporó y sopló para quitarse un mechón de pelo del rostro.

—En una palabra, sí. —Sacó dos bolsas y regresó el tacho adonde estaba—. Ayer se quedó con Charlie mientras fui a lo de mi abuela.

—Guau, ¿en serio?

—Sí. Estaba jugando con él cuando regresé. Y cambió las cerraduras por mí.

—Por eso tenía las llaves.

—Sí. —Retorció las bolsas en la mano—. ¿Es demasiado?

—Depende, cariño. ¿Cuánto quieres?

La respuesta de Bree se demoró por el sonido de la puerta lateral cuando se abrió. Charlie, Polly y la enorme crua de mastín inglés de Denise, Sprocket, entraron delante de Jase.

—¿Sabes?, deberías tener terreno para una granja, donde puedas tener caballos.

Sprocket emitió un gruñido mientras se despatarraba en el medio de la cocina y bostezaba.

Denise se agachó y le acarició la cabeza.

—No es un caballo. Es, quizás, el perro más perezoso del mundo.

—Quiero quitar el edredón antes de sacar el colchón. Creo que, si lo envolvemos en las sábanas, evitará que se escapen las plumas —sugirió Bree.

Denise cruzó el umbral y se detuvo para observar los destrozos.

—Son muchas plumas.

—Ni me lo digas. Las seguiré encontrando durante días.

Envolvieron con cuidado las sábanas y el edredón, y lograron colocarlos en las bolsas de basura sin que se escaparan muchas más plumas. Jase tomó un extremo del colchón, y Denise y Bree tomaron el otro. Entre todos lo acarrearón fuera de la casa y lo subieron a la camioneta de Jase. De regreso a la habitación, Bree sacó la aspiradora del armario del pasillo.

—Reordenaste las cosas sobre la cómoda —señaló Denise cuando Bree apagó la aspiradora.

—¿Qué? No lo hice. —Se acercó y se paró junto a Denise. No había mucho sobre la cómoda: un plato de metal para las monedas; un pequeño florero de vidrio con una rosa de porcelana, que había comprado en Italia; un alhajero de madera, que le había hecho el abuelo; y unas fotos de ella y de sus abuelos. Todo había sido cambiado de lugar. Antes, las fotos habían estado en un rincón de la cómoda. Ahora estaban a lo largo de la cómoda, equidistantes entre sí, y los otros objetos estaban entre estas.

—Es escalofriante —opinó Denise.

—Te lo dije.

—¿Crees que los policías deberían buscar huellas o algo?

—¿Quizás? Le pediré a Jase que llame a Tim y le pregunte.

La llamada a Jase, quien ya estaba camino al basurero, fue corta. En menos de cinco minutos, Tim llamó a Bree para avisarle que un técnico de la policía científica estaba en camino y que él iría después de terminar su trabajo en la comisaría.

Denise fue a abrir la puerta cuando sonó el timbre y dejó a Bree para que examinara el resto de la habitación y la oficina. Estaba en el vestidor cuando Denise dejó pasar al técnico.

Él dejó su equipo en el piso y se arrodilló junto a este.

—¿La cómoda es lo único que notó alterado?

—Y mi vestidor. Algunos atuendos están fuera de lugar.

El técnico hizo una pausa con un contenedor en una mano y un pincel grande en la otra.

—¿Cómo lo sabe?

—Ordena la ropa por color —explicó Denise—. También por estilo.

Bree hizo una mueca.

—Como sea. Al menos sé que quien sea que hizo esto también revolvió mi ropa. —Observó mientras el técnico pasaba el pincel sobre la cómoda y dejaba una estela de polvo al pasar—. Aunque preferiría que no buscara huellas en la ropa.

—No hay problema. De todas formas, es muy difícil conseguir huellas de la ropa. —Guardó el contenedor y el pincel en el bolso, y luego tomó fotografías de la superficie antes de utilizar trozos grandes de cinta para levantar las huellas de la cómoda. Sacó un escáner biométrico portátil para tomar las huellas de Denise y de Bree.

—¿Pueden acceder al sistema del Ejército? —preguntó Denise.

—Podemos —respondió el técnico mientras escaneaba sus huellas—. Pero, honestamente, es más sencillo tener sus huellas a mano y no perder tiempo en buscarlas en la base de datos.

—¿Cuánto tiempo llevará investigar las huellas? —consultó Bree.

—Un par de semanas, tal vez.

—Entonces, ¿no es como en televisión? ¿No podrán resolver el caso en cincuenta y nueve minutos con cortes comerciales? —inquirió Denise.

El técnico rio.

—No, lamentablemente, no es tan fácil. Odio cuando le digo a la gente cuánto demorará y me dicen: “Bueno, no es como lo hacen en *CSI*”. Las series policiales son lo peor que le pasó a mi profesión.

Denise y Bree acompañaron al técnico a la salida y terminaron de limpiar la sala. Pasaron la aspiradora para asegurarse de que no quedara ningún rastro de vidrio.

—¿Qué quieres que haga con las fotos? —inquirió Denise.

—Arrójalas a la basura. —Bree abrió la heladera—. ¿Quieres un

sándwich? Tengo ensalada de pollo o de huevo.

—De pollo.

Se oyeron unos golpes en la puerta del lavadero mientras Bree colocaba los contenedores en la mesada. Jase sonrió detrás del vidrio.

—¿Por qué golpeaste? —preguntó Bree.

Jase entró y se acercó para darle un beso. Con la boca abierta y algo de lengua. Demasiado breve para su gusto.

—No estaba seguro de cómo te sentirías si simplemente entrara a tu casa —señaló él.

—Tuvimos sexo. Creo que estoy de acuerdo con que entres a mi casa.

Él le acomodó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Tuvimos sexo en mi casa y en mi cama. Esta es tu casa.

Ella sonrió. Le gustaba el respeto que él mostraba por ella y por su hogar. No daba nada por sentado, sin importar la intimidad que habían compartido. Se estiró y le dio un beso suave.

—Puedes entrar sin golpear.

Jase le sonrió.

—Gracias.

—¿Quieres ensalada de pollo o de huevo? —gritó Denise desde la cocina.

Bree le tomó la mano y señaló la cocina con la cabeza.

—Vamos, comamos algo. Después necesito conseguir un colchón nuevo.



AL LLEGAR A LA TIENDA, Bree esperó a que Jase rodeara la camioneta y le abriera la puerta. La bajó lentamente contra su cuerpo y le dio un beso intenso, con la boca abierta. Bree sonrió mientras la besaba. Él levantó la cabeza.

—¿Qué es lo gracioso?

Bree le pasó la mano por la curva del trasero.

—Puedo sentir tu felicidad.

—Puedes sentir más de esto más tarde. —La alejó de la camioneta y cerró la puerta. Entrelazó los dedos con los de ella mientras la llevaba al interior de la tienda.

Al fondo del salón, una media pared separaba la sección de dormitorio del resto de la tienda. Una iluminación tenue intentaba crear un ambiente relajante, como de alcoba.

Un vendedor se acercó apenas entraron.

—Buenas tardes, amigos. ¿Puedo ayudarlos a encontrar algo?

—¿Aún tienen el Sealy Posturepedic Hybrid Elite? —consultó Bree.

—Claro que sí. Uno de los más vendidos. Está por aquí. Los guio hasta una cama en exhibición.

—Sí, está bien —afirmó ella—. ¿Lo tienen disponible o deben enviarlo desde el depósito?

—Necesito verificar la base de datos si no les molesta aguardar unos minutos.

Bree se sentó en la cama después de que el vendedor se había ido y se echó hacia atrás. Jase se le unió, pero se colocó de costado y apoyó la cabeza sobre una mano. Llevó la otra hasta el estómago de ella y, con los dedos, jugó con el botón de la camisa.

—Eso fue rápido —señaló.

—¿Qué cosa?

—Elegir el colchón.

Bree desvió la mirada del cielorraso hasta Jase.

—Me gusta mi colchón. No necesito uno diferente, solo uno nuevo. ¿Por qué perder tiempo en buscar otra cosa cuando estoy feliz con lo que tenía?

—No muchas personas piensan así. Siempre quieren más y mejor.

—Mis abuelos vivían de manera austera, aun cuando no necesitaban hacerlo. Jamás supe que teníamos dinero cuando era chica. Tenerlo hace la vida más cómoda, pero igual vivo bien dentro de mis posibilidades económicas.

Jugó con un mechón de pelo por encima de la cabeza.

—¿Te criaron tus abuelos?

—Sí. Mis padres fallecieron en un accidente de auto cuando tenía un año y medio.

—Maldición. Lo siento. ¿No tienes más familia?

Observó a Jase retorcer un mechón de pelo con el dedo índice.

—Tengo dos tíos y una tía.

—¿Por qué no viviste con ellos? —Él parecía fascinado con el modo en que su pelo se enrulaba en el dedo y luego lo dejó caer sobre el colchón.

—Una vez le pregunté a la abuela cuando tenía unos diez años. Me respondió: “Tú eras de mi Katie, así que eso te hace mía”.

—Qué dulce. —Jase le rozó el cuello con los dedos al correr el mechón de pelo, lo que le erizó la piel del pecho y endureció sus pezones bajo el

suave relleno del sostén.

—Ahora sé que era más complicado que eso. Mi mamá era la mayor. Ninguno de ellos estaba en condiciones de poder acogerme y criarme.

—No debió haber sido fácil. Perder a tus padres a tan temprana edad — comentó él.

Ella se encogió de hombros.

—Era todo lo que conocía. No me di cuenta hasta la escuela primaria de que no todos los niños viven con sus abuelos.

—De todas formas, no puedo imaginarlo.

—Tú y Tim parecen bastante unidos. ¿Qué hay sobre tu hermana?

—Éramos muy unidos de chicos. Les rompió el corazón a mis padres cuando se casó con un tipo de la Fuerza Aérea. Viven en Colorado Springs.

Ella ladeó la cabeza.

—¿Por qué les rompió el corazón?

—Bueno, le rompió el corazón a mi madre porque se mudaron muy lejos. Le rompió el corazón a mi padre porque se casó con un *zoomie* —explicó sonriendo.

Bree empujó el hombro de Jase y apenas lo movió.

—Como sea.

Jase se inclinó hacia adelante y la besó.

—Ví las fotos en tu casa. ¿Cuánto tiempo estuviste en la Fuerza Aérea?

—Ocho años.

—¿Qué hacías? Algo médico, supongo.

—Era técnica médica aeronáutica.

—¿Qué hacen?

—Volábamos con pacientes de evacuación médica. Nos asegurábamos de que estuvieran estables durante el vuelo de un lugar al otro. ¿Y tú? ¿Ranger?

—¿Qué te hace pensar que no era un mecánico?

—Bueno, puedo ver que eres de Fuerzas Especiales. Tienes esa vibra de personalidad tipo A, macho alfa, pateador de puertas.

—¿Personalidad tipo A, macho alfa, pateador de puertas? —Sus ojos brillaron.

Ella sonrió con superioridad.

—Sí. Ya sabes. Un tipo rudo con barba. Además, vi fotos tuyas en uniforme en la oficina, así que vi la insignia.

Jase le dio otro beso corto.

—Buenas noticias, amigos —anunció el vendedor. —Tenemos uno

extragrande disponible. El gerente dijo que les daría un cinco por ciento de descuento si pueden llevárselo.

Bree se sentó y miró por encima del hombro a Jase.

—¿Te molestaría ayudarme a llevarlo a casa? —Jase levantó una ceja, pero no se molestó en responder—. Bien. —Miró al vendedor—. Podemos llevarlo hoy.



—ESTO SERÁ MÁS fácil si le quitamos el plástico —planteó Bree.

Jase gruñó mientras trataba de sostener el protector que rodeaba el colchón.

—Si le quitamos el plástico aquí, el colchón se ensuciará.

—Entonces, al menos corta unos agujeros donde están las manijas al costado para que sea más fácil llevarlo.

—Ajá. Sí. Eso tiene sentido.

Bree se llevó la muñeca a la frente e hizo una pose dramática.

—Oh, qué horror. El sentido común prevaleció.

Jase se esforzó por evitar una sonrisa ante su actitud teatral.

—Sabelotodo.

Ella guiñó un ojo y retrocedió para darle lugar a que cortara el plástico.

—No puedo empujar el colchón hacia adentro sin algo de palanca.

Él subió hacia atrás, arrastrando el colchón para que Bree no tuviera que levantarlo. Maniobrarlo por el pasillo significó poco esfuerzo, y él cortó el plástico antes de poner el colchón sobre el sommier. Hizo un bollo con el plástico y lo llevó al tacho de basura externo.

Bree había terminado de acomodar la punta de la sábana debajo del colchón para cuando él regresó.

—¿Puedes traer el edredón y las almohadas de la habitación de huéspedes?

Él la acostó sobre la cama una vez que todo quedó hecho a su satisfacción.

—¿Le enviaste mi dirección a Denise?

—Sí. Le dije alrededor de las cinco. ¿A qué hora le dijiste a Tim?

—Entre las cinco y las cinco y treinta.

Bree miró el reloj de la mesita de noche. Cuatro y quince.

—Entonces, tenemos unos quince minutos para entretenernos.

Una sonrisa socarrona se dibujó en los labios de él.
—Puedo trabajar con quince minutos.

CAPÍTULO 12

Denise empuñó el cuchillo con destreza y cortó los tomates en perfectos cubos pequeños.

—¿Cómo fue que las mujeres terminaron en la cocina?

—Fábula ancestral —respondió Bree.

Denise desvió la atención de la preparación de la ensalada.

—¿Acabas de citar una canción de *La bella y la bestia*?

Bree sonrió.

—Me pareció apropiado. —Abrió la heladera y sacó repollo y zanahorias para la ensalada.

—Te ves tremendamente cómoda aquí. —Cortó unas hojas de lechuga.

—Es una cocina. ¿Cuán incómodo debería ser? —Colocó la lechuga cortada en un cuenco grande.

—Es la cocina de un tipo al que conociste una semana atrás, y sabes dónde guarda la cubertería.

Bree miró el cuchillo que sostenía. Había sabido exactamente dónde encontrarlo. El cajón de los cubiertos estaba a la derecha de la cocina. Tal vez tuviera que rebuscar los artículos especiales, pero sabía con certeza dónde buscar lo básico. Podría decirle a Denise dónde encontrar casi todo lo que pudiera necesitar. Levantó la vista hacia Denise.

—Esto va demasiado rápido —susurró.

—Maldición, cariño. No quise asustarte.

—Lo hubiera dicho, ya fuera que lo hubieses mencionado o no. No había pensado en cuán rápido va todo. —Se aclaró la garganta y volteó hacia las verduras—. Creo que quizás deba dar unos pasos hacia atrás.

—¿Por qué?

Dejó el cuchillo y tomó el rallador con la intención de demoler las zanahorias.

—¿Qué quieres decir con “Por qué”?

—Bree, mírame.

Ella dejó el rallador y se volvió hacia Denise. Apoyó la cadera en la mesada y se cruzó de brazos.

—¿Por qué crees que debes dar unos pasos atrás? —preguntó Denise.

—Es demasiado rápido. Lo conozco hace una semana y me siento tan cómoda en su cocina como me siento en la tuya. —Bree hizo un ademán con el brazo.

—¿Quién dice que es demasiado rápido?

—Yo. Tú. Cualquiera que sepa cómo nos conocimos.

—Oye, nunca dije que fuera muy rápido.

—Dijiste que me veía muy cómoda en su cocina.

—Es cierto. Y es así. No es algo malo. Bree, debes ir tan rápido o despacio como necesites. Y, para ser honesta, Jase no parece la clase de chico que te dejaría dar unos pasos atrás, aun si eso fuera lo que quisieras hacer.

Bree resopló y volvió a cruzarse de brazos.

—Sí. Hoy lo llamé “macho alfa”, “pateador de puertas”.

Denise rio.

—Es una descripción apropiada. ¿Qué dijo?

—Nada, solo sonrió.

Denise hizo una pausa antes de confesar:

—Nunca me gustó Chad.

—Lo sé —admitió Bree con una sonrisa triste.

—Él nunca te entendió. Jamás estuvo en las Fuerzas Armadas. Nunca comprendió lo que tuviste que pasar ni por qué elegiste hacer lo que haces ahora. Jase... —Denise respiró profundo y miró hacia la parte trasera de la casa. Volteó hacia Bree antes de continuar—: Jase lo entiende. Se puede ver en sus ojos. En su manera de comportarse. Él nunca te hará preguntas estúpidas que te den ganas de ahorcarlo.

Bree rio por la nariz; le ardían los ojos.

—Él te protegerá de un modo en que Chad jamás podría protegerte.

—Lo sé —susurró Bree.

—Debes aferrarte a eso y no soltarte.

Bree bajó la cabeza mientras se limpiaba una lágrima de la mejilla.

—Tengo miedo.

—¿De qué?

—De todo. —Bree miró a su mejor amiga—. Estoy sintiendo en una semana más de lo que sentí en mucho tiempo. Él me hace sentir cosas que... que no recuerdo haber sentido antes.

—¿Y?

—Y sucedieron muchas cosas. ¿Qué pasa si, cuando todo se tranquilice, no sea tan maravilloso? ¿Qué sucede si se va todo al diablo?

—¿Y qué si es así? —inquirió Denise.

Bree se limpió la frente con el dorso de la mano.

—No estoy segura de poder alejarme de Jase con la misma facilidad con que lo hice de Chad.

—Entonces, no te alejes. Si decides que es algo por lo que vale la pena pelear, pelea.

—No es tan simple.

—Claro que no.

Bree la miró a los ojos.

—Dilo. Lo que sea que estés callando.

Denise se levantó el pelo en un rodete.

—¿Honestidad brutal?

—Siempre.

—Chad era una apuesta segura. Jamás hubo posibilidades de que te enamoraras de él. Lo dijiste tú misma: era más sencillo quedarse con él que terminar la relación. Jase es un riesgo. Sentirás cosas. Hay posibilidades de que te lastime. Por eso te da miedo.

Bree asintió y miró por la ventana.

—Sí.

—Sí.

A veces era una porquería tener una mejor amiga que te conociera tanto. Todo lo que había dicho Denise era cierto. Era una posibilidad. Un riesgo. Su corazón podría terminar en pedazos, algo a lo que no se había arriesgado en mucho tiempo. Bree exhaló un largo suspiro y sacudió la cabeza.

—No resolveremos mi vida amorosa en quince minutos y debo dejar de verme como si hubiera estado llorando.

—Bueno, si tu piel no fuera traslúcida, serías más linda cuando lloras — bromeó Denise.

Bree tomó una zanahoria.

—Bésame el trasero.

—Solo si lo pides amablemente. —Mojó una servilleta de papel y la escurrió antes de dársela a Bree.

Ella la oprimió sobre los ojos.



—ENTONCES, ¿cuándo le vas a pedir que se mude contigo? —consultó Tim.

Jase desvió la mirada de la parrilla.

—¿De qué hablas?

—¿De verdad? Esta es la primera chica con la que vas en serio desde... ¿Has tenido una relación seria con una chica?

Jase dio vuelta un bife.

—No lo sé. ¿Sarah?

—Eso fue en la secundaria.

Jase se encogió de hombros.

—¿Entonces?

—Entonces, esta es la primera chica que me presentas. La conoces hace... ¿cuánto? ¿Un par de semanas? —Bebió un poco de cerveza.

Jase levantó otro bife y miró el lado de abajo.

—Algo así.

—Entonces, ¿cómo es?

Jase cerró la tapa de la parrilla y levantó la cerveza. ¿Cómo es? ¿Qué tenía Bree que lo hacía perseguirla? ¿Qué tenía ella que lo hacía querer protegerla pero, a la vez, tener sexo con ella hasta que gritara su nombre?

—No lo sé. —Sacudió la cabeza—. Es como si me conociera. Entiende sin tener que hacer preguntas. —Bebió un poco de cerveza—. Ni siquiera me preguntó una vez qué hacía en el Ejército. Sabe que fui un Ranger, pero es como si no le importara. No es una fanática de las Fuerzas Especiales en busca de algo de peligro.

—¿Ella estuvo en las Fuerzas Armadas? —consultó Tim.

—Fuerza Aérea. Técnica médica aeronáutica.

—¿Qué es eso?

Jase suspiró.

—¿Recuerdas cuando regresé a casa por unas semanas, en medio de mi última misión, porque estaba escoltando a un compañero de unidad de regreso?

—Sí. ¿Eso es lo que ella hacía?

—No. Yo era una escolta no médica. Solo era alguien que ayudaba al tipo en Alemania. Le conseguía los turnos médicos, y cosas así.

—¿Qué hacía ella?

—El avión que trajimos de regreso era un C-17, configurado para pacientes médicos. Los técnicos médicos aeronáuticos se ocupan de los pacientes arriba de un avión.

Tim levantó una ceja.

—¿Como una enfermera voladora?

—Algo así. Pero también hay de esas.

—Entonces, debió haber visto cosas realmente graves.

Jase bebió un poco más.

—Probablemente. No hemos hablado de misiones ni nada de eso.

—Pero también debe haber pasado por cosas, aun si no andaba pateando puertas.

Jase rio.

—Hoy me llamó “pateador de puertas”.

—Bueno, lo eras. —Miró la botella que tenía en la mano y sacudió lo que quedaba en el fondo—. ¿Adónde crees que va la relación?

—¿La verdad? Es de largo plazo. Bree es la primera persona que me hace querer cosas desde que Tony se suicidó.

—Es bueno oír eso. Nuestra madre estuvo preocupada por un tiempo. Demonios, todos estuvimos preocupados. Estabas un poco salvaje cuando regresaste. Mamá creyó que ibas por el camino de la autodestrucción. Luego, después de lo de Tony... si bien comenzaste con V. E. T. Adventures, no estabas del todo bien. Creo que eso asustó aún más a mamá. La felicidad se ve bien en ti. Es bueno tener a mi hermanito de vuelta.

Demonios, ¿era eso?, ¿felicidad? Sentía como si le hubiesen quitado un peso de la espalda. Incluso antes de que Tony se suicidara, no interactuaba con las personas. Consumía mucha energía contestar preguntas e ignorar las miradas de la gente cuando se enteraban de que era parte de un equipo de élite en el Ejército de los Estados Unidos. Bree lo veía a él. Pero eso no era algo que le diría en voz alta al pesado del hermano.

—¿Nos abrazaremos? ¿Necesito buscar pañuelos de papel para que te seques los ojos?

—Y ahí está esa actitud de porquería que conozco y adoro. —Tim chocó las botellas para brindar antes de beber un trago.

Jase levantó la tapa de la parrilla para controlar la carne cuando Bree y Denise salieron con la ensalada y otras guarniciones. Colocaron todo sobre la mesa del patio.

—¿Quieren más bebida? —consultó Bree.

—Claro —respondió Jase.

Tim terminó lo que quedaba de su cerveza.

—Me vendría bien otra. Gracias.

La puerta del patio se cerró detrás de las chicas, y Tim preguntó:

—¿Cuál es la historia de Denise?

—No estoy seguro. Sé que ella y Bree son muy cercanas. Tengo la sensación de que se conocieron durante el servicio. Pregúntale durante la cena.

Bree y Denise regresaron con platos, cubiertos, servilletas y cervezas para todos.

—¿Cuánto falta? —indagó Bree.

—Depende de cómo te guste la carne —contestó Jase.

—Jugosa.

—Lo mismo para mí —acotó Denise.

—Entonces, unos cinco minutos —señaló Jase.

—¿Y hace cuánto que se conocen? —preguntó Tim a las chicas.

—Unos diez años, creo —contestó Bree mirando a Denise en busca de confirmación.

—Guau, ¿ya pasó tanto tiempo?

Tim tomó unas papas horneadas envueltas en papel aluminio de la bandeja superior de la parrilla.

—¿Cómo se conocieron?

—Fuimos compañeras de tráiler en Irak por... ¿cuánto? ¿Nueve meses más o menos? —Denise tomó el plato que le daba Tim y lo dejó sobre la mesa.

—Más o menos. —Bree se sentó a la mesa—. Llegaste unos meses después que yo, y yo me fui un mes antes que tú.

—¿Dónde estaban asentadas? —inquirió Tim.

—Estábamos en Camp Victory —explicó Bree—. Estuve asignada a la unidad HQE, y Denise trabajaba en una Fuerza de Tarea Conjunta.

—¿Qué es una unidad HQE? —indagó Tim.

—Hospital Quirúrgico del Ejército.

—Pensé que estabas en la Fuerza Aérea.

—Estaba, pero estábamos cubriendo puestos en el Ejército porque no

tenían quién lo hiciera. Algo sobre que el Ejército es una porquería —comentó Bree guiñándole un ojo a Jase.

Él sonrió y sacudió la cabeza.

—¿Cuál FTC?

—Individuos de alto perfil. Estábamos rastreando líderes insurgentes de Al Qaeda.

—Suena interesante —opinó Tim—. ¿Qué implicaba eso?

—No puedo hablar del tema —señaló Denise.

—¿O tendrás que matarme? —sugirió Tim.

—No. Ya no matamos gente; solo las tenemos en prisiones secretas.

—¿Fue la única vez que estuvieron juntas en una misión? —preguntó Jase mientras sacaba la carne de la parrilla.

—En realidad, no. Estuvimos en un EAC en Kandahar.

Jase hizo una pausa con las pinzas en el aire y se dio vuelta.

—Guau. ¿De verdad?

—¿Qué es un EAC? —inquirió Tim—. Dejen de hablar como una sopa de letras.

—Lo siento. Es un Equipo de Apoyo Cultural —explicó Jase. Retiró el último bife de la parrilla y dejó el plato sobre la mesa—. Es un equipo femenino que se entrena para salir con los tipos de Operaciones Especiales. Interactúan con mujeres y niños en destino. Las capacitan en idiomas y cultura, y pasan por un entrenamiento intensivo de cinco o seis semanas. —Apagó la parrilla y cerró la tapa—. Es un curso realmente difícil de pasar, según oí.

—Cuatro o cinco tipos decidieron hacer el curso con nosotras porque no creían que fuera tan difícil. Ya saben, porque somos mujeres —planteó Denise—. Un par de Rangers, un SEAL y un Boína Verde, creo. Todos, excepto dos, renunciaron y, para el final del curso, ambos se habían lesionado. —Pinchó un bife y lo llevó a su plato—. Terminaron por pura terquedad más que por otra cosa. No hace falta agregar que, después de eso, no molestaron más con lo sencillo que era el entrenamiento.

La comisura de la boca de Jase se levantó y miró a Bree.

—Entonces, también eras una pateadora de puertas. —Con razón ella no le hacía preguntas. Era una mujer ruda. La contempló. Observó su físico, más que su cuerpo. No era musculosa al punto de creer que vivía en un gimnasio, pero era esbelta y fuerte. Eso explicaba que lo hubiera derribado cuando había ido a su casa. Volvió a levantar la vista y se encontró con una sonrisa en el rostro de ella.

—Yo no pateaba la puerta. Entraba cuando ya la habían arrancado de las bisagras —señaló ella.

—Deberías ir a la excursión de Jase el próximo fin de semana —propuso Tim mientras le pasaba la ensalada de repollo a Bree—. Podrías enseñarles algunas cosas a esos tipos.

—No puedo el fin de semana. Tengo la agenda completa hasta fin de mes pero, si me avisan con tiempo, me encantaría ir —afirmó ella—. Debo entregar mi cronograma de disponibilidad el próximo viernes. Solo debo saber las fechas para bloquearlas.

—¿Y tú? —preguntó Tim a Denise.

Ella se encogió de hombros.

—Iré. Solo debo saber cuándo para poder dejar un par de personas extra ese fin de semana.

Jase cortó la carne.

—Tengo una excursión para el próximo mes con un grupo de tipos que se juntan un par de veces al año. Es más relajada que las excursiones regulares.

—¿Para qué tienes que dejar personal extra? —le consultó Tim a Denise.

—Cuido y rescato perros. —Denise comió un poco de carne.

—También entrena perros de servicio y de compañía —presumió Bree.

—¿Cómo se llama el lugar? —inquirió Jase.

—Wiggle Butt Rescue —respondieron las dos al unísono.

Tim apoyó el cuchillo con fuerza.

—Acabas de cerrar un contrato con la unidad K-9 del condado.

Jase sonrió cuando Denise se sonrojó.

—¿Para hacer qué? —indagó.

Denise se aclaró la garganta.

—Nos contrataron para ofrecer candidatos potenciales para la unidad.

—¿De dónde sacan los candidatos? —consultó Tim mientras comía.

—Nos entregan perras preñadas todo el tiempo. Evaluamos a los cachorros y hacemos un entrenamiento preliminar durante las primeras doce semanas. En el caso de que haya cachorros que parezcan aptos para ser buenos K-9, se los entregamos a los entrenadores de la unidad para que puedan hacer más evaluaciones.

Bree levantó un tenedor con ensalada de repollo.

—También tenemos una pista de agilidad en el lugar, que utilizarán para parte del entrenamiento. La del condado está en malas condiciones y no pudieron conseguir la financiación para repararla.

—Si no tienen el dinero para reparar la pista, ¿cómo tienen el dinero para los cachorros y para el entrenamiento? —indagó Jase.

—Mucho lo hacemos como donación. Ellos pagarán por los cachorros que se llevan para entrenar. A los que no se llevan los entrenamos para ser animales de compañía. Esas personas pagan por el entrenamiento y por el mantenimiento hasta que los perros estén listos para irse con sus nuevos dueños.

—¿Los entrenamos? —preguntó Tim.

Bree levantó la cerveza.

—Soy una socia silenciosa.

—Bree es la dueña —agregó Denise—. Ella puso el dinero para toda la operación y se asegura de que todos cobren.

Bree se sonrojó.

—¿Qué? Soy una apasionada del rescate. Demándenme. Y es una organización sin fines de lucro, así que todo se deduce de impuestos.

“Es una apasionada de muchas cosas”, pensó Jase. Soldados heridos. Perros heridos. Maldición, cuanto más descubría sobre ella, mejor se ponía. Predicaba con el ejemplo. Tomaba cartas en el asunto y se ensuciaba las manos. Sonrió, recordando lo apasionada que había estado esa mañana. Lo apasionada que él la pondría más tarde.

—... Esa mamá no está bien desde que destetaron a sus cachorros —señaló Denise.

Jase volvió su atención hacia ella. *¿Qué mamá?*

—Tráela mañana por la noche. Veremos si se tranquiliza fuera del canil, con menos perros alrededor.

—Sabes que será un fracaso si te la llevas, ¿verdad? —inquirió Denise.

Bree se encogió de hombros.

—Bah.

Denise sonrió y sacudió la cabeza.

—Estás loca.

Bree sonrió y comió un poco de ensalada.

—¿Fracaso? —inquirió Tim.

—Fracaso de acogida —explicó Denise—. La mayoría de los animales rescatados van a hogares de acogida. Son personas que pueden darles algo de entrenamiento básico de obediencia y controlan cómo reaccionan los perros en un ambiente hogareño. Cuando una familia no puede dejar ir a un perro, lo consideramos un fracaso de acogida. En realidad, no es algo malo.

Al ver a Bree y a Denise, Jase sintió celos. Extrañaba la familiaridad que surgía de tener una historia con alguien. Tim tenía razón. Se había aislado después de la muerte de Tony. Había sido más fácil evitar a la gente que ocuparse. Había estado equivocado. ¿Cuántas cosas se había perdido en los últimos años por no permitir que las personas se acercaran?

Llevaron los platos vacíos al interior de la casa. Bree y Denise limpiaron la cocina mientras Tim y Jase terminaban de limpiar afuera.

Denise se secó las manos con un repasador y lo colgó de la manija del horno.

—Terminé. Gracias por la cena.

Jase cerró la heladera.

—Cuando quieras.

Ella esbozó una sonrisa y abrazó a Bree.

—Te llamaré mañana para organizar cuándo te llevo a la perra.

—De acuerdo —aceptó Bree.

Denise saludó con la mano por encima del hombro y abrió la puerta.

—Saluda a Tim de mi parte.

—Lo haré —afirmó Jase.

La puerta de la cocina se cerró cuando Tim dobló la esquina.

—Es momento de retirarme. Mañana debo levantarme temprano.

—Denise también se fue —señaló Bree.

Tim le dio un abrazo de oso a Jase y lo levantó en el aire.

—Me alegra que estés de vuelta.

Jase gruñó mientras Tim lo apretaba.

—Ufff. Bájame, idiota. —Tocó el piso cuando Tim lo soltó y respiró profundo. Maldición, sentía como si tuviera una costilla fisurada.

Tim le dio un beso en la mejilla a Bree.

—Espero verte más seguido, Bree.

Ella levantó las cejas y sonrió.

—Lo mismo digo, Tim.

—Buenas noches —saludó.

Jase observó mientras Bree cerraba la puerta del lavaplatos y lo encendía. La atrajo hacia él y le corrió un mechón de pelo del rostro. Ella se abrazó la cintura.

—Te ves agotada —comentó él.

—Fue un largo día.

—Así es, ahora que lo mencionas. ¿A qué hora debes estar en el trabajo

mañana?

—A las siete y treinta. Mi primera cita es a las ocho.

Jase se inclinó y le dio un beso suave en los labios.

—¿Por qué no subes? Dejaré que los perros salgan una última vez y cerraré todo.

—¿Estás seguro?

—Sí, yo me ocupo.

—De acuerdo. —Se puso en puntas de pie y le devolvió el beso antes de dirigirse a las escaleras.

Jase dejó salir a los perros al patio y se quedó afuera con ellos hasta que terminaron con sus necesidades.

Era sencillo. Había sido un día, pero se sentía como una rutina que se daba cada noche. Les acarició la cabeza a los perros cuando volvieron trotando a su lado. Cerró la puerta detrás de él mientras los perros se acomodaban en sus camas, junto a la chimenea. Después de caminar por toda la casa apagando las luces, subió las escaleras. Solo se veía la parte superior de la cabeza de Bree por encima de las mantas. Su pelo se extendía por la almohada.

Él se quitó la ropa y se acostó. Apoyado sobre un codo, apartó el edredón del rostro de ella. Las delgadas pestañas descansaban sobre la pálida piel de sus mejillas, y algunas pecas cubrían su nariz y sus mejillas. Las comisuras de la boca estaban hacia abajo, por lo que parecía que estuviera frunciendo el ceño en el sueño. Le rozó la mejilla con un dedo. Cielos, era hermosa. Se acercó más a su espalda y la atrajo hacia él. Hundió la nariz en el hueco del cuello e inhaló la suave fragancia que ella usaba. Sonrió y cerró los ojos. Una sensación desconocida de alegría lo invadió.



BREE SE DESPERTÓ LENTAMENTE y pestañeó varias veces ante la luz de la mañana. Apoyada sobre el cuerpo de Jase, flexionó los dedos y los colocó sobre los abdominales de él. Tenía un brazo sobre el torso de Jase, una pierna sobre la de él, y la rodilla descansaba entre sus muslos. La cabeza estaba sobre el hombro de él. Bree miró el reloj de la mesita de noche para calcular cuánto tiempo necesitaba para prepararse y llegar al trabajo a tiempo. Sonrió. Era momento de ponerse creativa.

Levantó la cabeza y alejó el brazo y la pierna de su cuerpo, atenta a

cualquier señal de que él se despertara. Sacó un preservativo de la mesita de noche. Corrió la sábana y dejó expuestos sus abdominales y la impresionante erección matutina. Se mordió el borde del labio. Por todos los cielos...

Observó el rostro relajado, las comisuras de la boca apenas hacia abajo, y las oscuras pestañas cortas pero gruesas sobre la suave piel debajo de sus ojos. Ella se puso de rodillas y se sentó a horcajadas del despliegue de masculinidad que tenía frente a ella.

Recorrió los abdominales con la yema de los dedos y se detuvo en la V esculpida. No pudo evitar recordar un meme que una amiga le había enviado. Era la foto de un modelo con abdominales esculpidas y una flecha que apuntaba a la V, con la leyenda: “No sé cómo se llaman estos, pero atontan a las mujeres”. Bree sabía cómo se llamaban, pero igualmente la atontaban.

Sin poder resistir la urgencia, Bree pasó la lengua por el valle que formaban esos músculos definidos. Agarró la base del pene y dio vueltas con la lengua por la cabeza antes de meter todo lo que podía en su boca. Al subir, arrastró la lengua a lo largo del pene.

Jase gimió antes de que ella llegara a la punta mientras pasaba los dedos por entre el pelo de ella. Cerró los puños entre el pelo y le mantuvo la cabeza en el lugar.

—¿Qué haces, Bree?

Ella movió la punta de la lengua y saboreó lo salado del líquido preseminal.

—Me pongo creativa.

Deslizó la mano por el largo del pene. Su boca cubrió la cabeza y siguió a la mano hasta la base. No había manera de metérselo entero en la boca: era demasiado largo, y ella no era una estrella porno, pero haría su mejor esfuerzo por que él lo sintiera de esa forma. Trabajó con la boca y con la mano durante varios minutos. Los gemidos de Jase; sus dedos, que le masajearan el pelo y las piernas que se movían bajo ella, la hicieron excitarse.

—Demonios, Bree. Te quiero sobre mi pene. Móntame, cariño.

Sin necesitar mayor invitación, Bree siguió moviendo la boca de arriba abajo sobre el pene de Jase mientras tomaba el preservativo que había dejado junto a su cadera. Pasó su peso a las rodillas y abrió el envoltorio mientras ahuecaba las mejillas y aumentaba la succión antes de sacar el pene de la boca. Colocó el preservativo rápidamente sobre la erección de Jase antes de montarse sobre él. Deslizó su vagina húmeda sobre todo el largo de su rigidez, hacia adelante y hacia atrás, frotando el clítoris contra él y mojándolo con sus

propios fluidos.

—Deja de jugar, Bree. —Jase la tomó de las caderas y la colocó sobre la punta del pene. La hizo bajar al tiempo que él levantaba sus propias caderas y la penetraba con fuerza.

Bree echó la cabeza hacia atrás mientras él usaba las manos para mecerle las caderas hacia adelante y hacia atrás, estableciendo un ritmo constante a la vez que mantenía el pene enterrado hasta el fondo. Bree subió con las manos por los abdominales de él, siguió por el pecho y bajó la cabeza para mirarlo. Cambió su peso y se irguió sobre él para permitirle deslizarse un poco hacia fuera de su centro ardiente antes de volver a penetrarla hasta el fondo. Jase continuó meciéndole las caderas mientras ella subía y bajaba.

De repente, él se sentó y quebró el ritmo. Una mano hurgó entre el pelo y la forzó a echar la cabeza hacia atrás al tiempo que él le recorría la garganta con la boca.

—Sigue moviéndote, Bree. —Le mordisqueó el lóbulo de la oreja.

Bree cerró los ojos e inclinó la cabeza hacia la boca de él con un gemido. Pasó las manos por los brazos de él, hasta los hombros y continuó meciendo las caderas.

—Estoy cerca —le dijo en un grito ahogado.

Él movió la boca hasta su barbilla.

—¿Qué necesitas?

—Juega con mi clítoris.

—Mírame, Bree. —Mantuvo la mano entre el pelo de ella y le inclinó la cabeza hacia adelante para que sus rostros quedaran cerca—. La mirada sobre mí. Quiero verte tener el orgasmo.

Jase colocó la otra mano entre sus cuerpos y pasó el pulgar sobre el clítoris.

A Bree se le cortó la respiración y observó a Jase con los ojos entrecerrados. La sangre se acumuló en su centro. Un grito incoherente salió de su boca y se desplomó sobre Jase al tiempo que el orgasmo explotaba. Echó la cabeza hacia atrás, clavó las uñas en los hombros de Jase y disfrutó de la ola de placer que la recorría.

Jase la puso de espaldas sobre la cama y pasó los brazos por detrás de las rodillas de ella. La penetró cuatro, cinco veces, antes de echar la cabeza hacia atrás con un grito. Se inclinó hacia adelante y apartó los brazos lentamente, mientras intentaba regular la respiración.

Ella disfrutó del peso del cuerpo de Jase a medida que sus pensamientos

se esparcían en todas direcciones. Jase soltó otro gemido cuando ella lamió el espacio entre el cuello y el hombro.

—Creo que intentas matarme —le recriminó él.

Ella volvió a mover la lengua y saboreó lo salado de su piel.

—Me gusta tu sabor.

Jase levantó la cabeza y apoyó los antebrazos a cada lado de ella, sonriente.

—Buenos días.

Bree le devolvió la sonrisa.

—Buenos días.

—¿Cómo surgió todo eso?

—Dijiste que me pusiera creativa si me despertaba antes que tú.

—Es cierto, ¿no? —Bree solo levantó y bajó las cejas—. Me encanta cómo te pones creativa. —Bajó la cabeza y la besó profundamente—. ¿Una ducha?

—Debo ir a trabajar.

—Deberíamos ahorrar agua. Bañémonos juntos.

Bree rio y lo golpeó en el hombro.

—Eso no me hará llegar a tiempo al trabajo.

Jase se acostó boca arriba. Bree se irguió sobre el codo y le pasó la otra mano por el pecho.

—Yo primero. —Le dio un beso rápido. Se alejó para levantarse.

—Dejaré salir a los perros y prepararé café mientras te duchas.

—Gracias.



BREE SE DIRIGIÓ A LA COCINA, vestida con su uniforme habitual: calzas negras, remera de manga larga y bata de trabajo. Jase envolvió algo en una servilleta de papel y lo dejó junto a la taza de café con tapa.

—¿Qué es eso?

—Huevo y queso sobre un muffin inglés —respondió él.

—Guau. ¿Desayuno para llevar?

Él le besó el costado del cuello.

—Supuse que lo de esta mañana te había abierto el apetito.

Ella sonrió y tomó un sándwich.

—Eso es verdad. ¿Qué planes tienes para hoy? —Tomó una de las tazas que le ofreció él.

—Debo hacer algunas cosas relacionadas con la excursión de este fin de semana y reabastecer algunas provisiones. ¿Y tú? ¿A qué hora terminas de trabajar?

—Mi última cita es a las tres, así que debería poder salir a las cuatro y treinta.

—¿Tu casa o la mía esta noche?

—La mía. Denise llevará a la perra antes de irse a cenar con su prima.

—Puedo quedarme con Charlie y con Polly si lo necesitas —ofreció él.

Bree levantó apenas las cejas.

—¿No te importa? ¿Charlie no te molestó el viernes?

Jase se inclinó y le dio un beso rápido en los labios, pero no se alejó cuando dijo:

—No te lo ofrecería si me molestase. —Se irguió antes de continuar—: De hecho, fue agradable tenerlo conmigo durante el día. Quizás hablemos sobre adoptar mi propio perro.

Ella mostró una amplia sonrisa.

—¿De verdad?

—De verdad —respondió él con una sonrisa.

Bree se acercó y se puso en puntas de pie para besarlo. Tomando control del beso, Jase la acercó más e introdujo la lengua entre los labios de Bree para jugar con la de ella. El deseo se arremolinó en el vientre de ella antes de expandirse por el pecho y los brazos hasta las piernas. Se sintió lánguida y vigorizada al mismo tiempo; relajada, pero con un hormigueo.

Antes de que Bree pudiera tirar el café al suelo y hacerlo con Jase en la cocina, él se apartó apenas con una profunda inspiración.

—Debes irte antes que te obligue a faltar por enfermedad y que te arrastre arriba.

—Sí —susurró ella—. Tal vez sea una buena idea.

—¿Arrastrarte arriba o ir a trabajar?

Con un beso cortito, Bree se alejó.

—Ir a trabajar.

Un dedo calloso le acomodó un mechón de pelo suelto detrás de la oreja.

—Te veré esta noche.

Bree tomó un sándwich de la mesada. Miró por encima del hombro mientras abría la puerta de la cocina y le sonreía a Jase.

—Te veré más tarde.

CAPÍTULO 13

Bree conservó la sonrisa durante el resto del día. Era contagiosa, ya que se la transmitía a todos. La única persona que no parecía responder era su asistente, Cindy.

Bree aprovechó un respiro entre pacientes.

—Cindy, iré a por café. ¿Quieres venir?

Cindy apartó la vista de la computadora sobre su escritorio.

—No, gracias, doctora Marks. Debo ingresar todas estas notas sobre los pacientes al sistema.

Bree se apoyó en el marco de la puerta de la oficina compartida. Cindy era la única asistente en aquel momento. Las otras tres estaban ocupadas recibiendo pacientes.

—¿Está todo bien? —consultó Bree—. Pareces algo triste hoy.

Cindy miró el teclado y se encogió de hombros.

—Tan solo fue un fin de semana largo.

—¿Hay algo en lo que pueda ayudarte?

Cindy se frotó la mejilla sobre el hombro y miró a Bree.

—No —contestó en voz baja—. No pasa nada malo. Solo no dormí bien. Tengo muchas cosas en la cabeza.

—Bueno, estoy aquí si necesitas hablar con alguien.

Cindy asintió, y comenzó a tipear otra vez. Bree se apartó del marco para irse.

—¿Doctora Marks?

—¿Sí?

—Me alegra mucho que las cosas se hayan resuelto para usted.

Bree ladeó la cabeza levemente, tratando de juzgar la mirada y el tono

bajo. Era algo extraño para decir. Cindy era callada, por lo general, pero eso era algo más. Parecía molesta por algo.

—¿Estás segura de que no hay nada sobre lo que quieras hablar? Si no es conmigo, aunque sea habla con otra persona.

Cindy sacudió la cabeza.

—No. Gracias por preocuparse, de todas formas. —Volvió a concentrarse en su trabajo y se olvidó de Bree.

Bree la miró por un momento más antes de salir. Una colega fisioterapeuta caminaba delante de ella, en la misma dirección.

—Oye, Janet. ¿Adónde vas?

Janet hizo una pausa y aguardó a que Bree la alcanzara.

—Por caféina. Necesito un balde.

—También yo.

—Pareces estar de buen humor hoy. —Janet oprimió el botón del ascensor, y la puerta se abrió de inmediato—. ¿Tuviste algo de acción? —Hizo un movimiento sensual con los hombros.

Entraron al ascensor, y Bree intentó que la sonrisa no se extendiera a todo su rostro.

—¡Así fue! —Janet chocó a Bree con el hombro—. Escupe los detalles. ¿Tú y Chad tuvieron sexo salvaje de reconciliación?

—¡Oh, cielos, no! Lo de Chad se terminó. SE TER-MI-NÓ.

—Entonces, ¿tienes un chico nuevo?

Bree sintió que se sonrojaba.

—Tal vez. —Salieron del ascensor un piso más abajo y caminaron hasta el puesto de café.

—¿Quién es él? ¿Dónde lo conociste? ¿Cómo te involucraste con alguien nuevo tan pronto? —Se ubicaron al final de la fila—. Hace meses que estoy sola, sin siquiera un mordisqueo. Y te diré una cosa: necesito que me mordisqueen.

Bree soltó una carcajada. Un joven sargento que estaba en la fila se dio vuelta, y Janet le guiñó un ojo.

—Basta. —Bree le dio una palmada en el brazo. Hicieron el pedido, y ella le contó a Janet una versión resumida del fin de semana con Jase mientras aguardaban el café.

—Con razón estuviste sonriente todo el día —comentó Janet.

Ella sonrió.

—Es como si no tuviera control sobre mi rostro.

Janet bebió un poco de café. Se corrieron a un costado para permitir que pasara un paciente en silla de ruedas.

—Hay peores problemas que ese.

Recordó la respuesta de Cindy.

—¿Has notado que algo le sucede a Cindy?

—Esa chica es un poco rara —opinó Janet.

—No lo es. Solo es muy callada.

—Esas son las que más deben preocuparte.

Bree oprimió la flecha ascendente para llamar al ascensor.

—Es dulce.

—No digo que no sea dulce. No tengo nada en contra de su personalidad. Es solo un poco extraña.

—Está bien, te concedo eso. Creo que es algo introvertida.

—Es una manera de decirlo. —Se unieron a otras tres personas en el ascensor, donde el botón de su piso ya estaba encendido.

—Sé amable. Parece algo triste hoy.

—De acuerdo. Sí, noté que hoy estaba más retraída de lo habitual. Es absolutamente amable con los pacientes, pero ese es todo el esfuerzo que está poniendo hoy.

—¿Crees que deba preocuparme? Le pregunté si todo estaba bien y solo me dijo que tenía algunas cosas en la cabeza.

Salieron del ascensor.

—Todos tenemos un mal día.

—Es verdad. Le daré un par de días y luego veré cómo está. —Miró el reloj—. Debo apresurarme: mi siguiente cita debe estar por llegar.

—La mía también. Te veré más tarde. —Janet saludó con la mano mientras cada una seguía su camino.



BREE DEJÓ el bolso sobre el banco, en la entrada trasera, y colgó las llaves del gancho junto a la puerta. La casa estaba en silencio. Demasiado silencio.

El pánico la invadió y se quedó paralizada. Maldición. ¿Dónde estaban Charlie y Polly? Con Jase.

La recorrió un alivio que reemplazó al pánico y sonrió por enésima vez en el día. Se quitó los zapatos y caminó descalza por la casa hasta el dormitorio.

Se puso unos shorts y una remera, y arrojó la bata al cesto de la ropa sucia. Fue hasta el vestíbulo y dudó un momento antes de dejar la puerta principal sin llave para que Jase no tuviese que golpear, sin importar por cuál puerta entrara. En la sala, colocó otro canil para la perra de acogida que llegaría más tarde. Encendió la radio satelital en una emisora de rock y bailó por la cocina mientras preparaba la cena.

Cuando oyó que la puerta principal se abría y se cerraba, gritó:

—Estoy en la cocina.

La sonrisa en su rostro desapareció de golpe cuando Chad dobló la esquina desde el vestíbulo.

—¿Qué diablos haces tú aquí? —Su corazón empezó a latir con más fuerza a medida que la ira se extendía por todo su cuerpo—. ¿Qué parte de “se terminó” no entiendes?

—Brianna, necesito que me escuches por un momento —comenzó a decir Chad, parado al otro lado de la barra.

—¿Escuchar qué exactamente? ¿Que no querías engañarme? ¿Que ninguna de las mujeres con las que me engañaste significó nada para ti? ¿Qué crees que puedes decir para mejorar todo esto? —Hizo un círculo en el aire.

—No es como si tú te hubieras comportado como una monja, Brianna. — Señaló la puerta principal—. No tuviste ningún problema en traer a un tipo apenas terminaste conmigo.

Bree contuvo la respiración, pasmada ante el descaro de Chad.

—¿Es una broma? —Su tono era bajo y controlado—. Al menos tuve la decencia de terminar la relación antes de encontrar a alguien más. No tuve aventuras mientras estábamos juntos. No estaba más interesada en tu dinero que en ti.

—Claro que no. No tenías que estar más interesada en mi dinero porque siempre tuviste dinero.

La sangre se acumuló en sus orejas, y su visión se entrecerró; se enfocó en la amenaza frente a ella. La memoria muscular le hizo cambiar la manera en que agarraba el cuchillo que estaba sosteniendo; lo giró para tenerlo con el filo hacia afuera. Necesitaba controlar la ira.

—Ese siempre fue el problema, ¿no? —planteó ella—. Cambiaste cuando descubriste que tenía dinero. Te pusiste más amable. Empezaste a presionar. ¿Cuándo fue? ¿Un par de meses después de eso, cuando me propusiste matrimonio?

—Si tan solo hubieras acordado poner una fecha, nada de esto habría

sucedido. —Chad la señaló con el dedo.

—Claro que sí. Si crees que de verdad me hubiese casado contigo, estás loco. Había decidido terminar antes de descubrirte.

—¡Maldición, Brianna! ¡Arruinaste todo!

—¿Qué demonios arruiné, exactamente?

—Les debo mucho dinero a muchas personas. No tienes idea de lo que hiciste —continuó gritando.

—No es mi problema. Tal vez no deberías haber sido un maldito estúpido para apostar todo ese dinero.

—Vete al diablo, Bree. —Algo de saliva salió de su boca al perder toda fachada de calma o de persuasión.

Ella observó una gota caer a la mesada. *Bueno, qué asco. Nota mental: desinfectar mesada.*

—Es tan condenadamente fácil para ti... Maldita perra estúpida y ricachona.

Y ese fue el límite.

—Fuera... de... aquí.

—Necesito dinero. —Las palabras salían con furia entre sus dientes apretados, y se agarró del respaldo de la banqueta—. Si tan solo hubieras puesto una fecha y te hubieses casado conmigo, nada de esto habría pasado. —Ya ni siquiera la miraba.

—¿Es una broma? ¿Crees que tener acceso a mi dinero habría mejorado las cosas? Solo las habría empeorado. —Sacudió la cabeza—. Terminé. Vete o llamo a la Policía.

—¡Eres tan egoísta...! —Sacudió la banqueta—. ¡Ni siquiera usas el maldito dinero! ¡Lo regalas todo a los malditos perros y a tus estúpidos soldados lisiados!

Ella respiró profundo y sostuvo el cuchillo con más fuerza.

—¿Qué demonios sucede aquí? —Jase entró furioso por detrás de Chad. Charlie y Polly lo seguían de cerca, gruñendo por lo bajo. La ira en el rostro de Jase era evidente. Era fascinante observarlo atravesar la sala. Chad lo señaló.

—No es de tu maldita incumbencia.

Los ojos de Bree se abrieron como platos cuando Jase le dio un rechazazo a la mandíbula de Chad y lo arrojó al suelo.

—Por supuesto que sí.

Tomó a Chad del cuello de la camisa con una mano mientras con la otra

doblaba un brazo de Chad por detrás de la espalda. Charlie ladraba y corría alrededor de ellos al tiempo que Jase arrastraba a Chad hasta la puerta principal.

—Tienes dos minutos para subirte al auto e irte antes de que llame a la Policía para que te arresten —gritó Jase.

La tensión abandonó a Bree cuando la puerta se cerró de un golpe. Aflojó el agarre sobre el cuchillo y lo apoyó sobre la tabla de cortar.

Jase regresó a la cocina y rodeó la barra. No se detuvo, y Bree retrocedió hasta la puerta de la alacena. Jase apoyó las manos a cada lado de ella y se acercó. Cerró los ojos y respiró profundo.

¿Cuenta hasta diez? La ira estaba grabada en su rostro, visible en la manera cuidadosa en que controlaba sus movimientos. Chad había tenido un ataque de furia. No la había asustado, pero había tomado una postura defensiva ante la posible amenaza. Jase abrió los ojos, y su mirada era intensa.

—¿Quieres explicarme qué demonios hacía él aquí? —El tono de voz era medido, con evidente tensión en cada palabra articulada cuidadosamente. Sus ojos color miel tenían vetas doradas.

—Gritaba sobre cómo arruiné su vida porque no quise casarme con él —respondió ella.

—¿Por qué lo dejaste entrar? —Aún se notaba la tensión en la voz.

Bree se preguntó qué sucedería si él no se controlaba. ¿Por qué no tenía miedo? Él la había arrinconado contra una pared: sus defensas deberían estar en alerta máxima, en especial con todo lo que había sucedido unos minutos atrás, pero no sentía nada de miedo de que él la lastimara.

—No lo dejé entrar. Entró solo.

El pequeño músculo debajo del ojo derecho de Jase se crispó. La miró fijamente, examinando su rostro antes de cerrar los ojos y de bajar la cabeza. Se irguió y se alejó de ella. Colocó las manos sobre las caderas.

—¿Cómo hizo para entrar? —Continuaba con los ojos cerrados y la cabeza gacha.

—Estaba sin llave. Supongo que giró la manija como cualquiera hubiese hecho.

—¿Por qué diablos estaba la puerta sin llave, Bree?

Ella se separó de la pared. Ya era suficiente. Estaba cansada de que los hombres le gritaran y esperasen que ella lo soportara.

—Porque esperaba que tú entraras por esa puerta y la dejé sin llave como cortesía. No volverá a pasar. ¡De hecho, me aseguraré de cerrar con llave

cuando te vayas! —exclamó.

—¡Golpearé la maldita puerta si quiero que me dejes entrar! No tienes que dejar la maldita cosa abierta —gritó Jase a su vez. Ignoró la sugerencia poco sutil de que debía irse.

Ella dio un paso hacia él.

—¡Trataba de ser amable!

—¡No quiero que seas amable, quiero que estés a salvo!

—Creo haber probado que puedo cuidarme muy bien sola cuando te golpeé en las pelotas.

—¿Qué sucede aquí? —inquirió Denise al doblar la esquina.

—Tal vez tú puedas hacerla entrar en razón —señaló Jase con los brazos en el aire. Se dirigió a la puerta trasera y sacó a los perros.

—¿De qué habla? —indagó Denise.

Bree refunfuñó y abrió la heladera para sacar una cerveza. La abrió y arrojó la tapa a la pileta. Bebió un largo trago de la botella.

—Chad decidió venir de visita.

—¿Qué quería ese desgraciado?

—Gritarme acerca de cómo arruiné su vida.

Denise frunció los labios.

—Qué tipo despreciable...

—Así es.

—¿Es todo? —preguntó Jase.

Denise lo miró por encima del hombro.

—¿Qué quieres decir con “Es todo”?

—¿Es todo lo que le contarás? Dejé la puerta sin llave. Cualquiera podría haber entrado.

Denise volteó hacia Bree.

—Cierra con llave.

Bree saludó con la cerveza.

—Sí, señora.

Denise miró a Jase.

—¿Está bien? De acuerdo. Ahora, hablemos de cosas más importantes.

Traje a la perra.

Bree aplaudió y dio unos saltitos.

—¡Sííí! ¿Dónde está?

Denise sonrió, sacudiendo la cabeza.

—Está en el baño del pasillo. No quise traerla con todo ese griterío. —

Clavó la mirada en Jase.

Bree sacó una salchicha de la heladera y rodeó la mesada. Abrió un poco la puerta del baño y espió. La pequeña perra blanca y marrón claro estaba acobardada en un rincón. Bree se arrodilló, cortó un trocito de salchicha y lo extendió hacia la perra temblorosa. El animal estiró el hocico y olió el trozo de carne. Con suavidad, lo quitó de entre los dedos de Bree. Esta retrocedió unos centímetros y le mostró otro trozo, con la intención de sacarla del rincón.

—Hola, cariño. No es tan malo, ¿verdad? —Trozo a trozo de salchicha, sacó a la perra del baño, la llevó hasta el canil que había instalado antes y cerró la puerta. Regresó a la cocina—. Pobre.

—Debería estar bien una vez que se calme. —Denise bebió un poco de agua—. Se agitaba cuando había muchos perros alrededor, pero parecía estar bien con uno o con dos.

Bree cortó un poco de papel de aluminio y tapó la fuente grande.

—La tendré en el canil esta noche y mañana para darle la posibilidad de que se acostumbre a Charlie y a Polly.

—Eso funcionará.

—¿Cenarás con Sarah esta noche? —Bree colocó la fuente en el horno y puso el reloj automático.

—Sí.

—¿Cómo va el tratamiento?

Denise respiró profundo antes de contestar.

—No muy bien.

Bree rodeó la mesada y abrazó a Denise.

—¿Quieres traer a los niños este fin de semana?

—Veamos cómo se siente Sarah. —Denise la oprimió con suavidad—. Tal vez podamos reunirnos en el refugio y dejarlos correr con los perros.

Bree frotó las manos sobre la espalda de Denise antes de soltarla.

—Suenan bien. —Entrelazó el brazo con el de su amiga y la acompañó hasta la puerta. Jase estaba apoyado sobre la mesada, con brazos y piernas cruzados. Bree se detuvo a unos metros y aguardó.

—¿Qué hay de cenar? —inquirió él.

Bree pestañeó. *¿Es todo?*

—Manicotti de espinaca.

—¿Cuánto tardan en cocinarse?

—Unos veinticinco minutos.

Jase descruzó piernas y brazos, y se acercó a ella. Sin dejar de mirarla, la

levantó y la llevó hasta el sofá. Se sentó en el centro y obligó a Bree a sentarse a horcajadas de él. Llevó las manos hasta el pelo de ella y le acercó la cabeza.

—Necesito que estés a salvo —le dijo con suavidad—. Aunque no creas que Chad sea una amenaza. Pero alguien anda dejando notas dirigidas a ti, junto a cadáveres. No tenemos idea de quién es ni de qué quiere.

Bree lo miró con atención. Vio más allá de la ira y del estrés, y encontró la preocupación grabada en el rostro. Se inclinó hacia adelante y lo besó al costado de la boca, intentando liberar la tensión.

—Lamento que te hayas preocupado. No pensé que pudiera entrar otra persona que no fuera tú o Denise. —Movi6 la boca al otro lado del rostro de él y repitió los movimientos—. Prometo tener más cuidado.

Él giró la cabeza y tomó el control de la boca de Bree. Ella le acarició la barba corta y lo tomó de la nuca. Meci6 las caderas para crear fricción en las costuras de los shorts. Jase gimió mientras la besaba y le rodeó la espalda con los brazos para atraerla aún más cerca. Los pezones de Bree se endurecieron al tocar el torso de él y soltó un gemido. Él movió la boca hasta su cuello. Bree echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos por la dicha, cuando él le acarició la piel sensible con los dientes.

Las sensaciones amenazaban con abrumarla, y recordó la conversación con Denise. *Demasiado rápido*. Nunca se había sentido así. Ni sexual ni emocionalmente. Pensó en la preocupación que había visto en la mirada de Jase. ¿Cómo alguien podía sentir algo tan fuerte tan rápido? ¿Cómo ella podía sentir algo así de fuerte tan rápido?

—¿Jase?

—Sí, cariño.

—Esto va demasiado rápido.

Jase dejó de besarle el cuello y se apartó levemente.

—¿Esto o nosotros?

—Nosotros —susurró ella.

—¿Tienes miedo?

Ella tragó saliva. ¿Mentir y fingir que no pasaba nada, o decir la verdad y confiar en que él no le rompería el corazón?

—Sí.

—Bien. —Le apartó el pelo del rostro—. Si no tuvieras miedo, no sería real. No quiero que esto sea algo pasajero. Hay algo en ti. Desde el momento en que entraste a The Deck, riéndote sobre lo que fuera que estuviesen hablando con Denise, no pude quitarte los ojos de encima. Me enojé cuando te

fuiste a la mañana siguiente.

—Lo sé. ¿Por qué?

—No sé por qué, solo me enojé. A veces, simplemente lo sabes.

—¿Qué sabes?

—Que es real. Es importante. No pierdes tiempo en analizar de más o en preguntarte por qué. Vas adonde te lleve el camino.

—Un viaje que da miedo.

Jase sonrió.

—Los mejores viajes suelen ser así.

—¿Qué sucede cuando quieres bajar?

La sonrisa de Jase se volvió sensual, y bajó el cierre de los shorts de Bree.

—No me refería a eso con “bajar”. —Le dio una palmada en el pecho.

—Bree, este es el primer viaje que quiero hacer en mucho tiempo. No tengo pensado bajarme pronto. Y, si alguna vez llego a ese punto, volveré a hacer la fila para subirme de nuevo.

Ella se mordió el labio inferior.

—No estoy segura de cómo seguir la analogía.

Él volvió a acercarla.

—¿Quieres dejar de hablar metafóricamente y subirte a mí? —Su sonrisa era lasciva. Bajó las manos hasta las caderas de ella y la meció contra su erección, que presionaba el cierre de sus vaqueros.

Bree quitó las manos de los hombros de él y las llevó hasta el botón del pantalón. Justo cuando metía los dedos por dentro de los vaqueros, sonó el reloj automático del horno.

—Interrumpimos este programa para anunciar una noticia de último momento... —Sacó las manos de los pantalones—. La cena está lista.

—Eres graciosa.

—Lo sé, ¿verdad?



ENCONTRÓ el botón de la alarma con los dedos. Sonaba el coro de *Scars*, de Papa Roach. Buscó a Jase. Abrió los ojos de golpe cuando la mano se movió entre sábanas frías y vacías.

—Jase —llamó en voz baja. ¿Por qué ella era la única que debía ponerse

creativa? Apagó la alarma antes de que volviera a sonar. Recogió los shorts del pijama del suelo, donde Jase los había arrojado la noche anterior. La camisola había terminado sobre la cómoda. La tomó y se la puso mientras caminaba por el pasillo.

Sonrió, segura de que su corazón se había estrujado ante la escena frente a ella. Jase estaba acostado en la parte larga del sofá esquinero, Charlie y Polly estaban despatarrados en el suelo junto a él, y la nueva perrita de acogida estaba entre él y el respaldo del sofá. Él abrió los ojos cuando ella se acercó. Bree pasó por encima de Charlie y de Polly, y apoyó las manos sobre el sofá.

—Hola —susurró.

—Hola —saludó él.

—¿Qué estás haciendo?

—Me levanté para ir al baño y, al parecer, los perros tuvieron la misma idea. Dejé que Charlie y Polly salieran, y luego regresé por ella. —Ladeó la cabeza para señalar a la perra acurrucada junto a él—. Estaba temblando y encogida de miedo, así que pensé que tal vez esto la tranquilizaría y la ayudaría a relajarse.

Una sonrisa se dibujó lentamente en los labios de Bree mientras se acercaba aún más.

—Fracasó la adopción. —Besó a Jase, apenas rozando los labios, antes de incorporarse.

Jase le devolvió la sonrisa y acarició al perro detrás de las orejas.

—¿Cómo es tu cronograma para hoy? ¿Tienes tiempo para almorzar?

—Tengo citas todo el día, hasta las tres de la tarde.

—¿Quieres pasar por la oficina de camino a casa?

—Claro. Debo prepararme para el trabajo. ¿Quieres quedarte hasta que me vaya o necesitas irte ahora?

—Me quedaré.

—Está bien. —Bree le rozó los labios con otro beso—. ¿Quieres café?

—De acuerdo.

Jase estaba dormido cuando Bree regresó a la sala. Sacó el despertador de la habitación de huéspedes y lo programó para las siete y treinta. Lo dejó junto al café y le escribió una nota donde le pedía que pusiera a la perra nueva en el canil antes de irse.

CAPÍTULO 14

Bree echó la cabeza hacia atrás y la apoyó sobre el respaldo de la silla. Siete horas seguidas de citas era extenuante. Estaba agotada. Suspiró y verificó la agenda para el día siguiente. Al menos tendría tiempo para un almuerzo apropiado en lugar de comer a las corridas. Apagó la computadora y tomó el bolso, que estaba bajo el escritorio.

—Doctora Marks... —la llamó Cindy cuando pasó por el mostrador.

—¿Sí? —Bree se dio vuelta.

—Me preguntaba si quisiera cenar esta noche.

—Gracias, Cindy, pero tengo planes —respondió—. Tengo libre el fin de semana si quieres hacer algo.

—Ah... Eh, claro. —Bajó la mirada y se acomodó un mechón de pelo detrás de la oreja—. Podemos hablar mañana. No quiero retenerla.

—Suená bien. Te veré mañana.



CAROL RECIBIÓ a Bree con una sonrisa enorme cuando cruzó la entrada de V. E. T. Adventures.

—¡Hola, cariño! Esperaba volver a verte. Tuve un buen presentimiento cuando Jase trajo a Ruby con él.

—¿Ruby? —inquirió Bree.

—La perrita que estás cuidando. De hecho, está bajo mi escritorio ahora. —Se reclinó hacia atrás y hacia el costado, y espió debajo del escritorio—. Acurrucada justo a mis pies y no ha hecho ni un ruido en todo el día. —Se

enderezó en la silla—. Quería hablarte sobre qué debo hacer para adoptarla. Hace tiempo que estoy pensando en tener un perro, y ella es la cosa más dulce del mundo.

Bree pestañeó un par de veces.

—¿Jase trajo a la perra a la oficina?

—Por supuesto. Dijo que no quería dejarla sola en el canil mientras los otros perros andaban sueltos.

—Ah... —Bree trató de asimilar todo lo que Carol había dicho—. Emm... tiene que completar un formulario de adopción. Hay que esterilizarla y darle el resto de las vacunas.

Carol levantó las cejas y se la veía esperanzada.

—¿Hay alguna forma de que pueda quedarme con ella mientras queda oficialmente lista para ser adoptada?

Bree sonrió.

—Creo que podemos organizar algo. ¿Está ocupado? —Hizo un gesto con la cabeza hacia la oficina de Jase.

—No. Déjame llamarlo y avisarle que estás aquí. —Carol levantó el teléfono y oprimió un par de teclas—. Jase, alguien vino a verte.

Menos de diez segundos más tarde, Jase abrió la puerta y caminó hacia Bree. Le puso un brazo sobre la espalda y la inclinó sobre este. El beso fue intenso y con la boca abierta. Ella olvidó que tenían público. Se dejó llevar, ajena a todo lo demás. Finalmente, él se apartó.

—Hola.

—Hola.

La ayudó a incorporarse y le tomó la mano.

—Gracias, señora Carol.

Bree sonrió y saludó por encima del hombro mientras Jase la arrastraba a la oficina.

—Trajiste a la perra contigo.

Cerró la puerta detrás de ella y la acorraló contra la pared.

—Estaba gimiendo cuando la puse en el canil. Me rompió el corazón, así que la traje a la oficina. Charlie y Polly estaban acurrucados en sus camas cuando me fui.

—Blandengue.

—Demándame. Me dejaste durmiendo en tu sillón.

—Estabas muy dormido. No quise despertarte. No has dormido mucho en los últimos días.

—¿Qué te dije sobre despertarme?

Bree revoleó los ojos.

—No tenía tiempo de ponerme creativa cuando me estaba yendo.

Él sacudió la cabeza.

—Despiértame antes de irte. Sea cual sea la razón por la que te vas.

—Mandón.

—Sí. —Ni siquiera intentó negarlo.

Bree volvió a revolear los ojos y cambió de tema.

—¿Por qué la llamas “señora Carol”?

Jase la miró durante varios instantes antes de darle un beso en la parte sensible, justo debajo de la oreja. Se apartó de la pared y se sentó detrás del escritorio.

—Siempre la llamé “señora Carol”. Desde que tenía cinco años.

—¿La conoces desde hace tanto? —Respiró profundo al relacionar las cosas—. Es la madre de Tony.

Jase desvió la vista de la computadora.

—Sí. Cuando comencé con V. E. T. Adventures, necesitaba ayuda. Ella estaba jubilada y ofreció ayudarme a comenzar.

—Y nunca se fue.

—No creo que hubiese podido rejubilarla, aun si hubiera querido hacerlo. Debo terminar de escribir algunos correos antes de irme. ¿Puedes aguardar?

—No tengo otro lugar donde ir. Iba a sacar a Ruby, pero ya están ocupándose de ella.

—Sí. No creo que recuperes a esa perra.

—No tengo problema con eso. —Bree caminó por la oficina de Jase. El escritorio en forma de L ocupaba la esquina del fondo. La computadora estaba sobre la parte larga de la L, lo que dejaba la parte corta vacía, frente a dos sillones de color marrón claro. Había fotos y placas militares a lo largo de las paredes. Una de las fotos mostraba la inauguración de V. E. T. Adventures.

—¿Eres una entidad sin fines de lucro?

—Sí. Es una de las cosas con las que Carol me ayudó.

—¿Cómo consigues financiación?

—La mayor parte son donaciones. Cobramos una pequeña tarifa, pero tratamos de cubrir la mayoría de los costos. Lamentablemente, creo que tendremos que reducir la cantidad de excursiones este año. No tuvimos la misma cantidad de donaciones esta vez.

—Envía una solicitud de subvención a la Fundación —propuso ella.

Jase giró sobre la silla para mirarla.

—¿Eso significaría que tú me darías dinero?

—No. —Estaba confundida por la mordacidad en el tono de su voz—. Significa que presentas una solicitud, y la Junta vota si debe aprobarla y financiarte.

—Pero, si tú presionas, la aprobarán, ¿verdad?

—En realidad, no. No tengo voz en este asunto. Es un requisito que, si un miembro de la Junta conoce a un solicitante, debe abstenerse de votar. Los miembros pueden ser expulsados del debate si fuera necesario.

Él se cruzó de brazos y se reclinó en la silla.

—Entonces, ¿no tienes ni voz ni voto en la aprobación si solicito financiamiento?

—Lo más probable es que ni siquiera llegue a ver la solicitud.

—Y supongo que tampoco me darás ningún consejo sobre qué poner en la solicitud.

Bree ladeó la cabeza.

—No. ¿Qué intentas decir?

—No quiero tu dinero, Bree —señaló Jase.

—De acuerdo. No te ofrecí dinero. Te sugerí solicitar una subvención de una fundación que estableció mi abuelo.

—Lo que, básicamente, significa que es tu dinero.

—Jase. —Apoyó las manos sobre las caderas y luchó contra su enojo—. No tengo más influencia sobre dónde pone el dinero la Fundación que los otros doce miembros de la Junta. Si quisiera darte dinero, haría una donación anónima. ¿Por qué te molestas?

—No quiero que tú... —Se inclinó hacia adelante y apoyó los brazos sobre el escritorio—. No quiero que pienses...

—¿Que quieres mi dinero? No estaría aquí si pensara eso. Ni por un minuto. No estoy ofreciéndote dinero y no intento darte una limosna. Te comento una oportunidad que puedes aprovechar, si así lo quieres.

Jase se pasó las manos por el pelo.

—Gracias.

Ella se dirigió hacia los sillones, de frente al escritorio.

—No me agradezcas todavía. Aún no has visto la solicitud. Si Carol te consiguió la aprobación como entidad sin fines de lucro, tal vez quieras dársela a ella para gestionarla.

Jase sonrió.

—Lo tendré en cuenta. —Regresó su atención a la computadora. Hizo clic con el mouse varias veces seguidas—. Maldición.

—¿Se bloqueó la computadora?

—No. Uno de los guías voluntarios usa el campamento para ir de caza durante sus días libres. Me envió un correo para avisarme que está en bastante mal estado por las tormentas de unos días atrás. Tendré que ir mañana a limpiar en lugar del jueves como había planeado.

—¿Cuándo regresarás?

—El domingo por la noche.

—De acuerdo —asintió ella.

—¿Es todo? ¿De acuerdo?

—Em... ¿diviértete?

Él levantó una ceja.

—No desaparecerás de nuevo, ¿verdad?

—Es difícil considerando que sabes dónde vivo.

—¿Me haces un favor? ¿Te mantienes en contacto con Tim mientras no estoy? No tendré servicio de móvil mientras estoy allí. No me gusta que la Policía no sepa qué sucede. Me sentiría mejor si él supiera que estás bien.

Era algo sencillo de hacer. Ella se sentiría mejor si alguien supiera que estaba bien. Sin embargo, no lo admitiría delante de Jase. Arruinaría su imagen por completo. Denise la vigilaría, pero también arremetería contra una ráfaga de balas, así que no había manera de saber cómo terminaría eso.

—Está bien.

Jase se cruzó de brazos.

—¿Es todo? ¿Sin discutir?

—No cuando es algo que me beneficia.

Jase asintió. Tecleó unas cuantas veces y apagó la computadora.

—¿Cenamos esta noche?

—No puedo. Es martes de tacos. Una cita regular con Denise.

—Entonces, no te veré hasta el domingo.

—Exacto.

—Debemos aprovechar el tiempo que nos quede esta tarde. —Jase rodeó el escritorio y apoyó las manos en los apoyabrazos del sillón donde estaba ella.

—¿Qué? ¿Aquí? —preguntó ella, sorprendida.

—¿Crees que puedes mantenerte callada? —Jase levantó las cejas en un gesto lascivo.

Ella le devolvió la sonrisa.

—Supongo que ya lo veremos, ¿no?

Jase se inclinó y la levantó. Ella le envolvió su cadera con las piernas mientras él giraba.

—Me levantas muy seguido. —Le miró la boca.

—Te pongo donde quiero que estés. —La sentó sobre el escritorio y se inclinó hacia adelante, lo que la obligó a acostarse sobre la madera fría.

Ella pasó los manos por debajo de las mangas de su remera para recorrer sus músculos bien definidos.

—¿Qué si no quiero estar donde me pones?

—Entonces, te pondré donde quieres estar. —Le corrió el pelo del cuello

—. ¿Dónde quieres estar?

—Justo aquí —respondió Bree cerca de sus labios.

—Entonces, aquí será.

CAPÍTULO 15

Bree roció uno de los caniles exteriores. Jase regresaba esa noche. ¿Por qué le habían parecido los cinco días más largos de su vida? ¿La llamaría o esperaría hasta mañana? ¿Debería llamarlo ella? No. Tal vez debería mandarle un mensaje de texto para preguntar cómo estuvo el viaje.

¿Por qué estaba suspirando? No era una mujer que suspiraba por un hombre. ¿Cuándo había comenzado él a ocupar todos sus pensamientos?

Sintió un chorro de agua en las piernas. Se estremeció por el frío.

—¿Qué demonios...?

—Estás pensando en él otra vez, ¿no? —Denise apartó la manguera.

—¿Quién? ¿Qué? No.

Denise la miró con expresión de “A mí no con esas cosas”.

—Ajá. Por eso no escuchaste una palabra de lo que hablé durante los últimos diez minutos.

—Te escuché.

—¿Qué estaba diciendo? —Denise amenazó con volver a mojarla.

¿De qué había estado hablando? Bree se devanó los sesos, pero estaba en blanco.

—Está bien, estaba en la luna. ¿De qué hablabas?

—Te pregunté cómo te fue en la cena con Cindy.

—Ah. De hecho, estuvo bien. Es mucho más llevadera estando solas. Intentaré almorzar con ella de vez en cuando para sacarla de la oficina. —Se corrió hasta el siguiente canil exterior y apuntó la manguera hacia el piso—. ¿Sobre qué más estabas parloteando?

Denise volvió a mojarla.

—La nueva camada de cachorros.

Bree saltó para evitar el agua.

—¿Hay una nueva camada de cachorros? ¿Quién tuvo cría?

Denise levantó su mano libre en señal de disgusto.

—¿Para qué me molesto? —Soltó el gatillo del rociador, dejó la manguera en el piso y se dirigió al establo. Bree la siguió. Las ocho casillas habían sido convertidas en caniles, lo cual les daba a los perros mucho lugar para moverse. Cada canil tenía una entrada para perros en la parte posterior, que daba a un corral externo. Denise caminó hasta el canil más alejado.

—Ella es nueva. ¿Qué raza es? —preguntó Bree cuando llegó al borde del canil.

—Alguna cruce de pastor.

—¿La unidad K-9 está interesada en alguno?

—Quieren tres si creemos que pueden ser candidatos viables —respondió Denise.

—¿De verdad? —Bree levantó las cejas.

—Sí. Detectores de drogas, al parecer.

—Genial.

—Sí. Es lo que estuve intentando decirte durante quince minutos.

—Lo siento. —Bree bajó la cabeza fingiendo vergüenza.

—Ajá. Te afectó mal, amiga. Nunca te había visto así. Ni siquiera cuando nos asignaron al equipo SEAL durante dos meses en Jalalabad.

Bree se quedó con la mirada perdida.

—Aahh... Esas fueron buenas épocas.

—Mi punto es que estás completamente distraída por Jase.

—Lo sé. —Bree se cruzó de brazos sobre la puerta del canil y apoyó la barbilla sobre ambos—. Solo se fue unos días. Es ridículo. Me siento ridícula, y no sé qué hacer. Estoy siendo muy... ¿cuál es la palabra?

—Cursi.

—¿Cursi! —Bree chasqueó los dedos y señaló a Denise como si acabara de resolver la crisis energética del mundo—. ¿Cómo dejo de ser tan cursi y emocional?

—No me mires a mí. No hice nada cursi desde que salí de la pubertad. No tengo emociones.

—Sí tienes emociones —contradijo Bree.

Denise levantó el pestillo de la puerta holandesa y entró a la casilla. La cola de la perra golpeaba contra el suelo mientras Denise se arrodillaba junto a la cabeza.

—Tengo algunas emociones, pero ninguna es cursi. Mis emociones suelen implicar bolas de fuego y derribar fortalezas insurgentes. —Denise acarició la cabeza de la perra y verificó los cuencos de agua y de comida.

Bree hizo una mueca.

—Es un punto válido. De cualquier manera, debo descubrir cómo dejar de comportarme así.

—¿Por qué? —inquirió Denise.

—¿Por qué? —Abrió la puerta para que Denise pasara—. Porque no quiero ser cursi. No puedo fantasear con un tipo y dejar de ser quien soy en el proceso.

—¿Quién dijo que debes dejar de ser tú? —Cerró la puerta y verificó el pestillo—. ¿Por qué no puedes buscar el modo de ser tú misma y aun así enamorarte de Jase?

—Eh, primero, nadie dijo nada sobre enamorarse.

Denise volvió a mirarla.

—Maldición —expresó Bree con un gruñido. Odiaba cuando Denise le hacía notar sus mentiras. Era fácil evitar la verdad cuando ella no estaba presente—. No puedo. Es demasiado pronto.

—No, si tenemos en cuenta lo que le sucedió a la abuela —señaló Denise.

—Bueno, la abuela vivió un cuento de hadas. Sabemos que la vida no es realmente así.

—¿Según quién?

—Según todos, excepto la abuela. Demonios, hasta Elsa dijo que no puedes enamorarte de alguien a quien acabas de conocer.

—Otra vez estás citando personajes animados.

—¿Hola?, ¿cuento de hadas?

—Eres ridícula.

—Como sea. Me adoras.

—En este momento, quiero abofetearte —afirmó Denise. Bree le sacó la lengua. Denise imitó el gesto antes de salir del establo—. ¡Kimber! ¡Kaden! ¡Tengan cuidado con los perros! —gritó. Sus primos pequeños se reían y corrían alrededor del corral grande con tres de los perros rescatados.

—¿De acuerdo, tía Denise! —exclamó Kimber.

Bree rio al ver sus travesuras.

—Entonces, esto es diferente de tu consejo habitual.

Denise continuó observando a los niños correr con los perros.

—¿Qué cosa?

—Esta actitud de “dale una oportunidad al amor”. No es tu postura usual respecto del tema.

Denise se encogió de hombros.

—Solo creo que no deberías impedirte hacer algo que vale la pena intentar.

Bree conocía a su mejor amiga. Estaba eludiendo algo. A pesar del parloteo desenfadado y de las bromas, algo la molestaba. Un filo, una crudeza, justo debajo de la superficie. Algo que preocupaba a Bree.

—Denise. ¿Qué sucede?

Denise se cruzó de brazos y se miró los pies mientras se apoyaba contra el establo.

—Sarah no lo logrará —susurró.

—Oh, cariño, lo lamento. —Bree imitó la postura de Denise, pero apoyó la cabeza sobre el hombro de su amiga—. ¿Cuánto le queda? —consultó.

Denise tragó saliva con fuerza. Se le cortó la respiración cuando intentó inhalar.

—Tres meses. Seis como mucho, si continúa con el tratamiento, pero ella no quiere hacerlo. Se cansó. Quiere pasar tiempo con Kimber y con Kaden. Disfrutarlos lo más posible, en lugar de pasar los días en cama o vomitando. —Ella sacudió la cabeza, manteniendo a raya las lágrimas.

—Estoy aquí; lo sabes, ¿verdad?

Denise le dio un empujoncito con el hombro a Bree para que levantara la cabeza y le sonrió levemente.

—Ya tienes suficiente.

—Jamás cuando tú me necesites.

—Gracias.

Kaden se tropezó y cayó. Rio cuando dos de los perros le lamieron el rostro. Los alejó y se puso de pie de un salto para seguir corriendo por el césped.

—¿Cuándo debes llevarlos a casa?

—Le dije a Sarah que los llevaría antes de las seis.

—¿Quieres ir a mi casa después de llevarlos? ¿Comida china y una película?

—Suena bien.

—Sabes que estas son emociones, ¿no? —bromeó Bree.

—Tal vez eso explique por qué siento la urgencia de bombardear un campo insurgente.



LA INTRODUCCIÓN de *Boogey Shoes* sonó en el costado del bolso. Bailando en el lugar, Bree sacó el móvil y sonrió al ver el nombre de Jase en el identificador de llamadas. Se apartó de la fila para responder.

—Hola, ¿regresaste?

—Estamos a una hora de viaje. Debo dejar a Chris. ¿Tienes planes para la cena?

—Estoy haciendo fila para comprar comida china si Chris y tú quieren venir a casa. Denise y yo íbamos a vegetar y a mirar una película.

—Todavía tenemos que ducharnos. Estamos muy sucios.

—Pueden ducharse en casa si no tienen que buscar una muda de ropa. — Bree sintió vergüenza apenas hizo la oferta. ¿Podía sonar más desesperada? ¿Podría cancelar la oferta sin sonar más ridícula? Mientras se devanaba los sesos pensando en una salida, oyó que Jase hablaba con Chris y le preguntaba si tenía ropa limpia. Quizás no había sonado tan desesperada como creía.

—Sí, aceptamos si tú estás de acuerdo.

—Emmm, sí. No tengo problema. —Más vergüenza. ¿Por qué esa conversación era tan incómoda?—. ¿Qué tipo de comida china te gusta?

—Carne y verdura para mí. Chris quiere pollo General Tso. Superpicante.

—De acuerdo, te veré en un rato.

—Adiós.

—Adiós. —Cortó antes de entrar en el suplicio cursi de “Corta tú primero”. Golpeteando el móvil sobre su frente, repitió la conversación en su mente. Él la había llamado aún antes de llegar a casa y de ducharse. Quizás él estaba tan soñador como ella. Respiró profundo y regresó a la fila.

Con el recibo en la mano, llamó a Denise mientras esperaba a que le entregaran el pedido.

—¿Estás segura de que no te importa? Se suponía que seríamos nosotras dos.

—No, no me importa. —Denise rio—. Ya tuvimos bastante tiempo entre chicas. Tal vez deberíamos expandirnos. ¿Crees que aceptarán ver *Magic Mike*?

Bree sonrió.

—Me decidiría por un “no” en eso.

—Sí... Quizás deba asegurarme de que esté puesta cuando entren, solo para jugarles una broma.

Bree rio ante la idea de cómo reaccionarían Jase y Chris por tener que ver *Magic Mike* completa.

—Estoy completamente de acuerdo con burlarnos un poco.

—¡Genial! Te veo pronto.



SONÓ el timbre mientras Bree sacaba el último contenedor de comida de la bolsa. ¿Por qué Denise tocaba el timbre? Espió por la mirilla y se encontró con la nariz de Denise pegada al vidrio. Vio el cerrojo puesto. Eso lo explicaba. Lo quitó y abrió la puerta.

—Cuánto vapor... —El perro de Denise entró con ella y saludó a los de Bree.

—Lo sé. ¿Verdad? ¿Cómo sigo soltera? —Denise se quitó los zapatos junto a la puerta y siguió a Bree hasta la cocina—. Eso es mucha comida.

Bree colocó los contenedores en una placa para horno y los puso a calentar.

—Vienen a cenar dos tipos, que acaban de pasar una semana de campamento, donde habrán consumido la mayoría de las calorías en cerveza.

—Ya veo. —Sacó un vaso de la alacena—. Voy a dejar *Magic Mike* en la parte del baile de Channing Tatum, así lo pongo justo antes de que abras la puerta. —Se sirvió té de una jarra y la guardó de nuevo en la heladera.

—Creo que lo estás disfrutando demasiado —comentó Bree.

—Quizás, pero no me divierto en ningún otro lado, así que me conformo con lo que puedo conseguir.

—Pondré toallas y jabón en el baño del pasillo. —Se sirvió un vaso de agua y se unió a Denise en la sala.

—¿A qué hora llegarán? —inquirió Denise.

Bree dobló las piernas debajo de ella y se reclinó sobre el apoyabrazos del sofá.

—Jase dijo que les faltaba una hora cuando llamó, así que debe faltar poco. Veremos *Los indestructibles*, ¿verdad?

—Desde luego.

—Solo lo comprobaba.

—Hablando de cosas más importantes... ¿Hay algún sospechoso en el asesinato de tu vecina? —indagó Denise.

—No que yo sepa. Tim no dijo nada.

—¿Lo haría si supiera algo?

—No estoy segura. Espero que sí, pero probablemente no, a menos que tengan un sospechoso.

Denise se estiró en el sofá.

—Eso apesta un poco. Cualquiera creería que tener una carta dirigida a uno junto a un cadáver le daría alguna clase de información privilegiada.

—Estoy segura de que eso solo sucede en las películas.

—¿Ya descubriste quién se metió en tu casa?

—No. Tim dijo que aún no tienen datos sobre las huellas. Supongo que de verdad no es tan rápido como en *CSI*. Una lástima —comentó Bree.

—Ni me lo digas. Mira que crean expectativas.

El timbre repicó en el vestíbulo. Bree se puso de pie para abrir la puerta mientras Denise trataba de tomar el control remoto.

—¡Aguarda! ¡Aguarda! ¡Aguarda! Bien, estoy lista —avisó.

Bree sacudió la cabeza mientras abría la puerta para dejar pasar a Jase y a Chris, quienes estaban vestidos casi iguales con pantalones de camuflaje y remeras de manga larga.

—Ah, tú eres Chris. El tipo del sofá. —Aunque tenía una barba de varios días, ella reconoció los ojos de color azul metálico.

—Te dije que no te fueras. —Le guiñó un ojo mientras entraba al vestíbulo.

Jase le dio un beso breve, pero intenso.

—¿A qué se refiere?

—Nada. —Bree cerró la puerta y los acompañó al interior de la casa—. ¿Quieren ducharse primero o ver la película? Denise la eligió.

Denise la había dejado justo en la escena donde Channing Tatum estaba bailando, semidesnudo, en el escenario.

Jase y Chris entraron a la sala y se quedaron paralizados, con la boca abierta y una expresión de completo horror ante la escena en pantalla grande de Channing Tatum bailando, semidesnudo.

Chris dejó el bolso y gritó:

—¡Que venga ese dinero! —Onduló las caderas de un modo que dejó humillado a Channing Tatum. Bree y Denise rieron y gritaron cuando Chris se dio vuelta y sacudió el trasero frente a ellas.

—De acuerdo, de acuerdo. Era una broma —señaló Denise mientras se limpiaba las lágrimas de los ojos—. En realidad, veremos *Los*

indestructibles, pero es bueno saber que no tendrían problemas con que tipos semidesnudos bailen en un escenario.

—Chris tiene un pasado un poco cuestionable —argumentó Jase.

Denise sacó la película.

—No hay nada de malo en eso.

Chris levantó las cejas.

Bueno, Denise podría divertirse en otro lado, después de todo. Bree acompañó a Chris y a Jase por el pasillo y le mostró a Chris el baño para invitados. Cuando intentó regresar a la cocina, Jase le tomó la mano y la llevó detrás de él.

—Jase. —Él tiró de su mano, entró al dormitorio de ella y cerró la puerta —. ¡No tendré sexo contigo mientras nuestros mejores amigos nos esperan!

—Quiero un beso mejor.

Ella sonrió con superioridad.

—Mejor, ¿eh?

—Mucho mejor. —Entrelazó las manos en el pelo de Bree y le inclinó la cabeza hacia un costado. Su boca estaba cálida y ansiosa. La rodeó con fuerza con los brazos y la atrajo hacia él, obligándola a ponerse en puntas de pie.

Olía a humo, aire libre y sudor. A pesar de lo ardiente que era el beso, Bree no pudo evitar pensar que de verdad necesitaba una ducha. Se alejó apenas unos milímetros de su boca.

—¿Lo tomarías a mal si te pidiera que te duchases?

—¿El olor a hombre no te excita?

—Por lo general, sí, pero cinco días de olor a hombre es un poco demasiado.

Él sonrió antes de darle un beso breve.

—Puedo arreglarlo.

—Gracias. La cena estará lista cuando salgas. —Se apartó de sus brazos y se escurrió por la puerta de la habitación.

Denise sacó la comida del horno y ya tenía los platos puestos sobre la mesa.

—¿Comeremos en el comedor? —preguntó Bree.

—Claro. ¿Por qué no? —Denise se encogió de hombros.

Bree sacó cubiertos de un cajón.

—¿Cuándo fue la última vez que comimos en la mesa?

—¿Un par de Acción de Gracias atrás?

—Ah, sí. ¿No fue cuando tu cita...?

—No hablemos de eso otra vez.

Se oyó una risa masculina desde el pasillo, y Chris se les unió.

—Me alegra no ser el único con cenas festivas incómodas. ¿Está bien si dejo el bolso en el vestíbulo?

—Claro. Estás en tu casa —expresó Bree. Cuando regresó, se sentó junto a la mesada de la cocina.

—¿Cerveza? ¿Agua? ¿Té? —inquirió Denise.

—Tomaré cerveza, gracias.

Denise sacó una botella de la heladera, la destapó y la dejó sobre la mesada.

—¿Está bien la botella o quieres un vaso?

—La botella está bien.

—¿Cómo se conocen con Jase? —indagó Bree.

—Estábamos en el mismo pelotón. ¿Cómo se conocen ustedes dos? —preguntó señalándolas.

Ella sirvió el arroz en una fuente grande.

—Casi de la misma manera. Estuvimos en las mismas misiones un par de veces.

—¿Ejército?

—Ella, sí. —Señaló a Denise con la cabeza—. Yo tomé mejores decisiones en la vida y me uní a la Fuerza Aérea.

Denise le apuntó con una cuchara.

—Igual terminaste trabajando con el Ejército.

—*Con* el Ejército, no *en* el Ejército. Gran diferencia.

—Supongo que esta no es una discusión nueva —comentó Chris.

—La tuvimos unas cuantas veces. —Denise sonrió y chocó con la cadera de Bree. Bree la chocó a su vez.

Jase entró a la cocina frotándose la panza.

—Me muero de hambre.

Chris pasó la mano por la botella de arriba abajo.

—Bueno, si no hubieras perdido tiempo masturbándote en la ducha, ya estaríamos comiendo.

Bree abrió grandes los ojos.

—Oh, cielos.

—Imbécil. —Jase le dio una palmada en la cabeza mientras lo miraba furioso.

Denise sacudió la cabeza un par de veces.

—No era una imagen que quería en mi cabeza. Por fortuna, no tengo un estómago débil. Comamos, así podemos ver tipos ardientes que hacen explotar cosas.

Bree tomó dos fuentes y las llevó a la mesa.

—¿Qué hacen en los campamentos?

Jase tomó otra fuente y el vaso de Bree.

—Depende de la temporada y varía para cada grupo. Algunos grupos se toman la cacería y la pesca muy en serio. Otros solo quieren sentarse, beber cerveza y recordar. —Se sentó junto a Bree en la mesa redonda—. La mayoría quiere un término medio. Cazán o pescan, pero no se lo toman tan en serio. Intento armar los viajes a medida, según las personas que participan.

—Muchos tipos quieren estar con personas que los entiendan, sin que sea una sesión de terapia. —Chris tomó la bandeja de rollitos primavera—. Quiero decir, un poco lo es, pero no es algo forzado. Si quieren hablar, hablan. Si no, nadie los obliga. Sin preguntas. Sin recriminaciones. Sin juicios.

—¿Trabajas para Jase, o solo eres voluntario? —Bree sopló un tenedor cargado de comida.

—Ayudo cuando puedo —respondió Chris.

—Que es muy seguido. —Jase comió un poco de carne y de brócoli—. También me ayuda a dar las clases.

—Jase me contó que irán con nosotros a la excursión del mes que viene —comentó Chris.

—Ambas nos organizamos para tener tiempo libre —afirmó Denise.

Bree asintió.

—Lo espero con ansias. Hace un par de años que no voy de campamento.

Cuando terminaron de comer, Jase y Chris se ofrecieron a lavar los platos mientras las chicas guardaban lo poco que había quedado de comida.

Entre el sofá en forma de L y el sillón, los cuatro pudieron distribuirse sin tocarse. Jase hizo sentar a Bree frente a él cuando se acomodó a lo largo de uno de los lados del sofá en L. Charlie saltó y se acomodó junto a Chris, quien había apoyado la cabeza sobre un par de almohadones.

Bree chasqueó los dedos.

—Charlie, bájate.

Chris rodeó la enorme cabeza de Charlie y le acarició las orejas.

—No te preocupes. Está bien así. —Los otros dos perros ocuparon el espacio cerca de Bree y de Denise. A los quince minutos de comenzada la película, Jase y Chris estaban dormidos.

—Supongo que el campamento agota a los hombres —comentó Denise.

—Supongo que sí. —Bree se apartó el pelo del cuello, donde Jase había apoyado la nariz.

Treinta minutos más tarde, Denise se puso de pie y estiró los brazos por encima de la cabeza.

—Estoy quedándome dormida, así que me iré.

—Está bien. Déjame salir de aquí.

—No, quédate. Sé dónde está la puerta.

—Lo sé, pero iré a buscar mantas para ellos. —Levantó el brazo de Jase, que la tenía sujeta de la cintura, y se levantó del sofá. Charlie levantó la cabeza desde donde descansaba sobre las piernas de Chris. Supuso que era el pie para que lo dejaran salir al patio y saltó del sofá. Su pata trasera cayó justo en la entrepierna de Chris, quien quedó acurrucado en posición fetal y gruñó.

—Maldita sea —gritó él.

—Oh, demonios. ¿Estás bien? —preguntó Denise.

—Diablos, no. No estoy bien. Maldición, ¡cómo arde!

—¿Quieres hielo? —inquirió Denise.

—¿Qué sucedió? —Jase se sentó y se pasó las manos por el pelo revuelto.

—Charlie castró a Chris —contestó Bree y se mordió el labio.

—Parece ser costumbre en esta casa. —Jase se puso de pie y se estiró, con lo que expuso la parte inferior de sus abdominales—. ¿Listo para irte o necesitas un momento para retraer el escroto?

—Vete al infierno —contestó Chris.

—No, gracias.

—Yo puedo llevarlo una vez que se recupere para caminar —propuso Denise.

—¿Estás segura? —Jase rodeó los hombros de Bree con un brazo.

Denise se encogió de hombros.

—Claro. No hay razón para que te vayas y luego regreses, cuando yo me iré de todas maneras.

Chris rodó por el sofá y cayó de rodillas y con una mano sobre el piso, mientras con la otra seguía agarrándose su hombría. Utilizó el sofá para impulsarse, se levantó, pero continuó agachado como un anciano.

—Maldición, ese perro tiene patas puntiagudas. No me imagino lo peligroso que sería si tuviera las cuatro.

—Alégrate de que no haya sido Sprocket —señaló Bree. El enorme mastín

levantó la cabeza.

Chris miró al animal que continuaba estirado junto al sillón que había ocupado Denise.

—Por favor, dime que tienes un camión para ese perro y que no tengo que intentar compartir un asiento con él.

—Utilitario. Y se sienta en la parte de carga —afirmó Denise.

Con un gesto de asentimiento, cojeó hacia la puerta principal y fue enderezándose a medida que caminaba, hasta que quedó casi erguido.

—Gracias por la cena, Bree. Adiós, imbécil. —Saludó con la mano en dirección a Jase.

—Adiós, idiota. —Jase le palmeó la espalda cuando pasó.

—Me conmueve cuando dos chicos muestran amor y afecto por el otro. — Denise abrazó a Bree y siguió a Chris a la salida, con Sprocket junto a ella.

Bree cerró la puerta con llave. Jase la observó con mirada intensa, pero con sentimientos encontrados.

—¿Qué? —Ella frunció el ceño.

—Estoy arruinado.

—De acuerdo.

—Pero también quiero acariciarte toda. —Su insatisfacción era evidente en el tono áspero de su voz.

—Oh. Está bien. —Fijó la mirada en el labio inferior de él mientras se mordía el propio.

—Me temo que pueda quedarme dormido en el medio si intento algo esta noche.

La risa sorprendida de ella inundó el vestíbulo.

—Eso puede ser problemático. Ve a acostarte. Debo dejar salir a los perros. Me conformo con acurrucarnos. Por esta noche.

La acercó y le rodeó la cintura con suavidad.

—¿Estás segura? Puedo estar a la altura de las circunstancias si es necesario.

—Sí, estoy segura. Ve a acostarte. —Su beso fue amable.

Él le rozó el cuello con los dedos al colocarle un mechón de pelo detrás de la oreja y le besó la frente antes de soltarla. Ella apagó el televisor y las luces mientras recorría la casa. Abrió las puertas ventana, y Charlie salió corriendo al patio.

—¡Charlie! ¡Charlie, regresa! ¿Qué hace ese maldito perro? —Salió al porche y apenas podía ver su pelaje blanco en la oscuridad. Cada vez que

dejaba salir a los perros, Charlie se interesaba en algo a lo largo de la cerca antes de que ella lograra hacerlo regresar al porche.

Se aseguró de que las puertas estuvieran cerradas y de que los cerrojos nuevos estuvieran puestos. Se unió a un ya dormido Jase y se acomodó cerca de su espalda.

CAPÍTULO 16

Jase se despertó con el pelo de Bree en su nariz y el trasero oprimido contra su erección matutina. Pasó su mano por el cuello de ella hasta el canal entre sus pechos, antes de hundir los dedos en el vello suave entre sus muslos y de acariciar su clítoris. Se oyó un gemido suave mientras ella arqueaba la espalda en busca de mayor contacto. Colocó el otro brazo por debajo del cuello de ella y le pellizcó los pezones a través de la delgada sábana. El cuerpo de ella se movió mientras cubría las manos de él con las suyas para presionar más. Frotó su trasero contra el pene erecto.

Jase movió las caderas y deslizó el pene en su trasero. Le mordisqueó el hombro hasta llegar al cuello.

—Necesito buscar un preservativo, cariño. —Levantó un poco la cabeza cuando ella se quedó quieta—. ¿Qué sucede?

—Me hice los análisis. —Apenas susurraba—. Después de atraparlo... Después de descubrirlo. Aunque no habíamos estado juntos en semanas, necesitaba saberlo. Tengo el certificado de salud. Y estoy tomando anticonceptivos.

—¿Estás diciéndome que aceptas que no me ponga nada? —Le frotó el cuello con la nariz. Un leve gesto de asentimiento fue todo lo que ella le dio—. Necesito que me digas que estás de acuerdo, Bree. Me hago análisis todos los años, así que sé que estoy bien. Si lo haces porque crees que es lo que yo quiero, no lo haremos. Tú también tienes que quererlo.

Ella se removió para mirarlo por encima del hombro. Con la mano guio los dedos de él más profundo y lo alentó a penetrarla con un dedo. Se mordió los labios con fuerza mientras él presionaba más.

—Te quiero sin nada. Quiero sentir tu piel dura y caliente dentro de mí.

Deslizándose...

Jase le cubrió la boca con la suya y la interrumpió. La volteó por completo sobre su espalda y acomodó sus caderas entre los muslos de ella. Las manos de Bree se apoyaron sobre las caderas de él y llegaron hasta la parte baja del trasero.

Su pene duro buscó la entrada húmeda y avanzó en una estocada fuerte. Jase se detuvo y levantó el torso. Respiró profundo y observó la conexión íntima entre sus cuerpos. Maldición, se sentía bien. Nunca había estado tan cerca de una mujer. Nunca con tanta intimidad. Todo en él se contraía y se relajaba, como un latido de corazón que podía sentir en todo el cuerpo. Miró a Bree. Ella entrecerraba los ojos a medida que él retrocedía para volver a avanzar.

—Eres lo más hermoso que he visto. —Dobló los codos cuando bajó el cuerpo. Bree levantó las piernas sobre la espalda de él al recibir sus avances.

—Eso se siente muy bien —jadeó—. Puedo sentir el borde de la cabeza de tu pene.

Sus paredes se contraían alrededor de Jase, y él apretaba los dientes en un intento por aferrarse a la última gota de cordura.

—Espero que estés cerca. Estás demasiado tensa. Como un puño que me aprieta el pene.

—Juega con mi clítoris. —Unos dientes afilados rozaron el cuello de él antes de que la lengua siguiera el mismo camino.

Cielos, le encantaba que ella no tuviera miedo de pedir lo que quería. Cambió su peso para dejar espacio entre ellos y poder meter la mano. Jase encontró su parte sensible y presionó. El pulgar hacía círculos al ritmo de su penetración. Segundos después, Bree echó la cabeza hacia atrás y gritó. Llevó las manos hacia atrás para utilizar la cabecera como palanca y presionar más fuerte sobre él.

Él retiró la mano y con las dos la tomó de los hombros para mantenerla firme mientras continuaba hundiéndose en ella. Ella se contrajo alrededor de él, y él soltó un gruñido. El cosquilleo en su espalda justo antes de que su escroto recuperara su forma habitual lo hizo hundir el rostro en el cuello de Bree. Uno de los orgasmos más intensos que había experimentado lo recorrió. Maldición. Sus caderas continuaban meciéndose lentamente mientras se liberaba con un estremecimiento.

Una fina capa de sudor brillaba sobre la piel de Bree, y él le recorrió el cuello con la lengua. Podía sentir el pecho de Bree jadear mientras se

recuperaba, y él evitó caer con todo su peso sobre ella. Los puso de costado al tiempo que deslizaba el pene fuera de ella. El beso fue lánguido y suave mientras se recuperaban. Jase exploró sus labios, tomándose tiempo para saborearla, ya sin el alimento de la lujuria.

Rozó la nariz con la de ella y la observó durante unos momentos. Bree se sonrojó y desvió la mirada. Él sonrió.

—¿Por qué te avergüenzas?

—No lo sé. ¿Por qué me miras de ese modo?

Le apartó el pelo del rostro.

—Eres hermosa.

El calor en sus mejillas era perceptible en la mano de él, y rio cuando se extendió a la punta de las orejas y al cuello.

—No puedo creer que te rías de mí. —Le empujó el pecho y apoyó el rostro debajo de la barbilla de él, en acciones contradictorias.

Él la acercó y apoyó la barbilla sobre su cabeza.

—Me río contigo, lo prometo.

—¿Me ves reír?

Él le besó la frente.

—Creo que fue el orgasmo más intenso que tuve desde que perdí la virginidad —le susurró él al oído. Ella escondió aún más la cabeza en su pecho, y él volvió a reír. Su vergüenza lo sorprendía. Ella le había pedido que la tocara, que le diera un orgasmo y ahora se escondía. Maldición, era adorable.

La sostuvo con más fuerza. Más que el cuerpo exuberante junto a él, su confianza y aceptación significaban... diablos, no tenía palabras. No podía describir lo que sentía.

Anclado. Bree lo anclaba. Como si hubiera estado a la deriva y ella fuera su puerto de escala, una zona segura donde podía ser él mismo. Chris y sus otros amigos militares lo aceptaban como era, pero era diferente. Ellos compartían una historia. Se conocían de su época en el Ejército. Habían peleado las mismas batallas. Tenían las mismas cicatrices. Los perseguían los mismos fantasmas, aunque los suyos eran más personales que los de la mayoría.

Bree no había caído en clichés cuando le había contado sobre Tony. Nada de “Lamento tu pérdida”. Solamente lo había escuchado. Lo había dejado hablar. Sin juicios; solo compasión. ¿Podría ella manejarlo cuando él finalmente juntara el coraje para decirle la verdad?

El suicidio de Tony había sido su culpa.

La alarma del reloj lo sacó de su ensoñación, y el cuerpo entero de Bree se sacudió. Debió haberse quedado dormida mientras él estaba perdido en sus propios pensamientos. Ella gruñó y le pidió que oprimiera el botón de repetición.

—Es hora de levantarse, dormilona. —Le acarició el pelo.

—Botón de repetición.

—¿Qué?

Ella se movió por encima de él hasta el reloj. Llegó a oprimir el botón con los dedos y volvió a acomodarse en los brazos de Jase.

—Pongo la alarma para poder oprimir el botón de repetición un par de veces antes de levantarme —murmuró contra su pecho.

—¿Por qué no la pones directamente a la hora que debes levantarte?

—No soy madrugadora. Necesito tiempo para enfrentar el día.

Jase sacudió la cabeza. *Adorable.*

—Voy a ducharme mientras dormitas, entonces.

—Está bien.



JASE DEJÓ la solicitud de subvención que estaba revisando para atender el móvil.

—Jase Larken.

—¿Te contactó Bree? —preguntó Tim.

Jase sonrió al oír su nombre y al recordar el orgasmo que le había provocado a ella antes de dejarla ir a trabajar.

—No desde que hablamos esta mañana, ¿por qué?

—Maldición. Pensé que te había llamado.

—¿Para qué? ¿Qué sucede?

—Hubo otro asesinato. El jefe le pidió que viniera para responder unas preguntas.

Jase corrió la silla para levantarse y tomó las llaves del escritorio.

—¿Preguntas sobre qué? ¿Creen que es sospechosa?

—No, pero estamos preocupados. La nota junto al cuerpo estaba dirigida a ella otra vez. Necesitábamos que viniera y respondiera unas preguntas para el expediente.

—¿Estás con ella? Claro que no estás con ella, o no me llamarías. ¿Tiene abogado?

—No lo sé.

—Voy en camino. No dejes que se vaya antes de que llegue. Átala de pies y manos si es necesario. —Jase guardó el móvil y salió apresurado de su oficina—. Señora Carol, estaré fuera el resto del día. Llámeme al móvil si me necesita. —Salió por la puerta y casi corrió hasta la camioneta.

Su mente se aceleró. ¿Por qué Bree no lo había llamado? Tal vez no estaba permitido. ¿Habría olvidado su móvil en el trabajo? ¿Tendría miedo? Imágenes de interrogatorios en *La ley y el orden* invadieron su mente durante el corto viaje. Para cuando llegó a la comisaría, se había convencido de que Bree había sido arrestada y acusada de asesinato.

El sargento de la recepción lo reconoció y le hizo señas para que pasara. Jase se apresuró hasta el escritorio de su hermano.

—¿Dónde está?

Tim levantó una mano mientras terminaba de hablar por teléfono.

—Todavía la están entrevistando —afirmó después de haber cortado—. Tiene un abogado, y su abuela también está aquí.

Jase miró a su alrededor en busca de una señora mayor.

—¿La abuela está en el baño?

—No, está con Bree —explicó Tim—. No me dijiste que su abuela era Vivienne Coffee.

Jase se quedó mirándolo. La familia Coffee era lo más cercano a la realeza en Haven Springs. Habían donado varios millones de dólares a través de los años para escuelas, obras en el centro de la ciudad y el Departamento de Policía.

—No tenía idea. Me dijo que su abuelo le había dejado algo de dinero, pero jamás llamó a sus abuelos por el nombre. Diablos, su apellido es Marks.

—Eso aclara si me lo estabas ocultando.

—Es la primera vez que oigo al respecto. ¿Qué sucedió?

—Lo mismo que la otra vez. Cadáver. Nota. No sé qué decía exactamente esta pero, por lo que pude averiguar, algo similar a la anterior.

Se abrió una puerta, y Bree salió acompañada por dos agentes, otro hombre al que Jase no reconoció, y una mujer mayor. Tenía el pelo plateado, a la altura de los hombros, y llevaba unas bermudas de vestir y un top sin mangas. Al observarla, jamás habría adivinado que tuviera más de ochenta años; ni que valiera millones. Estaba junto a Bree, con un brazo alrededor de

su cintura. Bree tenía su brazo sobre los hombros de la abuela, pero él podía ver las líneas de tensión sobre su frente desde donde estaba parado.

Ella miró en su dirección, y algo de esa tensión abandonó su rostro. Le sonrió apenas y le dijo algo a la abuela, quien miró en la misma dirección. De perfil, el parecido entre Bree y su abuela era evidente. Estrecharon las manos con los agentes y luego con el hombre de quien Jase supuso que era el abogado. Cruzaron el espacio abierto entre la sala de entrevistas y el escritorio de Tim. A Jase le tomó todo su autocontrol no levantarla en brazos y sacarla de allí. En su lugar, se cruzó de brazos y espero a que ellas llegaran hasta él.

—Abuela, estos son Jase y su hermano, Tim. —Bree señaló a cada uno.

Tim se puso de pie y rodeó el escritorio. Estiró el brazo.

—Señora. Ojalá nos hubiésemos conocido en mejores circunstancias.

—Está bien. Entiendo que las cosas deben hacerse de cierta manera. —Su tono suave tenía una cadencia sureña y culta, que le hacía pensar a Jase en reuniones de té y en cotillones. ¿Habrían presentado a Bree en sociedad? ¿Aún hacían esas cosas?

—Señora —saludó Jase con la mano extendida. Ella se volvió hacia él, y estrecharon la mano.

—Es adorable conocerte al fin, Jase. Bree estuvo hablando bastante sobre ti durante los últimos días.

—Abuela... —Las mejillas de Bree se sonrojaron.

—Ah, ¿sí? —Levantó una ceja, lo que alimentó la vergüenza de ella. Era lo menos que se merecía por no haberlo llamado.

El hombre de traje se les unió.

—Vivienne, regreso a la oficina. Les dije a los investigadores que, si necesitan interrogar a Bree otra vez, deben contactarme primero. —Volvió su atención hacia Bree—. No debes hablar con ellos sin mí o sin alguno de mis socios presente.

—Quiero ayudar si puedo.

—Puedes ayudarlos, aun teniendo representación legal. Vivienne, te llamaré más tarde.

—Regresaré a casa, cariño. Te llamaré después de haber lidiado con algunos chismes en la casa de ancianos —anunció su abuela.

Bree besó a la abuela en la mejilla.

—No es una casa de ancianos. —Observó a Vivienne salir antes de volverse hacia Jase—. ¿Qué haces aquí?

Él frunció el ceño.

—¿Qué hago aquí? Mi hermano me llamó y me dijo que te habían traído para interrogarte sobre otro asesinato.

—No me trajeron. Me pidieron que viniera a ayudar a identificar a la víctima y a intentar descubrir por qué alguien deja notas dirigidas a mí.

—Ese no es el punto, Bree. —Elevó el tono.

Ella se cruzó de brazos.

—Entonces, ¿cuál es? ¿Por qué te enojas?

—Mi punto es que no debería haberme enterado por Tim. —Señaló a su hermano—. ¿Por qué no me llamaste?

—No se me ocurrió. —Ella rompió el contacto visual y descruzó los brazos.

Él respiró profundo. Algo se endureció en él.

—¿No se te ocurrió?

Ella levantó las manos.

—No sea tan duro conmigo, Jase. Llamé a la abuela porque ella sabía a quién llamar para conseguir un abogado. No estoy acostumbrada a tener que informarle a alguien sobre cada pequeña cosa que me sucede.

Él se acercó.

—¡Solo me interesan las cosas que terminan con alguien que asesina gente y deja notas junto al cuerpo, dirigidas a ti!

Tim se colocó entre ellos y puso las manos en forma de T.

—¿Pueden continuar con esto afuera? Están montando una escena.

Jase echó un vistazo alrededor y vio que casi todos en la oficina estaban mirándolos.

—Vamos, te llevaré hasta tu auto. —La tomó de la mano y tiró de ella—. ¿Dónde estacionaste?

—Cerca de la esquina. Frente al viejo almacén.

Él dobló a la derecha al salir de la comisaría y caminó rápidamente por la acera. Utilizó la caminata para eliminar algo de su ira. ¿Cómo no se le había ocurrido llamarlo? ¿Qué creía ella que sucedía? ¿No había significado nada la conversación de la semana anterior? Creyó que había dejado bastante clara su postura.

Jamás había tenido una relación verdadera con una mujer. Había sido un niño cuando se había unido al Ejército. Había tenido citas y novias, pero nunca nada serio. Cuando salía, las mujeres eran una válvula de escape. Como el alcohol. No estaba orgulloso de cómo había sido, pero nunca le había hecho

promesas a nadie. Nunca había llegado al punto en que se esperasen promesas. Después del suicidio de Tony, había dejado de salir de fiesta. Había dejado de emborracharse todo el tiempo. Había comenzado a hablar con alguien del Departamento de Asuntos Veteranos. Había comenzado su empresa y se había concentrado en que fuera un éxito. Y ahora, allí estaba Bree, sin esperar promesas cuando él estaba dispuesto a hacerlas. La ironía podía ahogarlo.

Detectó el utilitario estacionado en uno de los espacios medidos y disminuyó el ritmo. Necesitaba asegurarse de que Bree comprendiera con exactitud lo que él quería de ella. La arrinconó contra la puerta del conductor. Los ojos azules de ella sostuvieron la mirada, con una pregunta tácita en sus profundidades.

—Sé que esto es nuevo. Para ambos. Tengo la sensación de que tu ex no te trataba como deberías ser tratada.

—Jase...

—Déjame terminar. Era un imbécil, que no supo valorar lo que tenía. No lo protegió como debía. Agradezco que se haya equivocado porque significa que tengo una oportunidad contigo. Sé lo que tengo. Lo veo en todo lo que haces. —Respiró profundo. Ella necesitaba entender lo que él veía—. Cómo te entusiasmas por una perrita asustada. Cómo hablas sobre la gente de la comunidad de retiro de tu abuela. Cuando me preguntas sobre lo que hago, sé que lo haces porque intentas averiguar cuál de tus pacientes podría estar interesado. —Le rozó la mejilla con el pulgar—. Lo más importante es que sé lo que podemos tener juntos. Haré todo lo que pueda por protegerlo. Necesito saber si estás dispuesta a hacer lo mismo.

Bree bajó la mirada. Levantó una mano y le tocó la garganta antes de deslizar los dedos hasta la barbilla. Pasó el pulgar sobre su labio inferior mientras seguía el movimiento con la mirada.

Finalmente, levantó la vista. Él pudo ver el brillo de las lágrimas sin derramar en sus ojos y respiró hondo.

—Hace tiempo que no voy en serio con un hombre. No cuento al imbécil porque nunca había pensado en una relación seria con él. Durante todo el tiempo que estuvimos juntos, tuve sentimientos encontrados. Sobre él. Sobre nuestra relación. Jamás se me habría ocurrido llamarlo por cosas, buenas o malas. —Se limpió debajo de los ojos—. Tengo miedo de todo lo que estoy sintiendo —terminó con un suspiro.

Él le besó la frente.

—Ya hablamos sobre esto.

—No cambia el hecho de que todo esto es mucho para mí. Tú y yo. Alguien que deja cadáveres dirigidos a mí. Debo compartimentar las cosas y, cuando lo hago... —respiró profundo y volvió a mirar la garganta de él—. Cuando lo hago, algunas cosas quedan afuera. No puedo evitar pensar que compartimenté a Chad y lo aparté de mi vida. Me preocupa que pueda hacer lo mismo contigo.

—¿A eso le tienes miedo?

—Me aterra.

Él le levantó la barbilla para que lo mirase.

—Bree. Lucharé por esto. Lucharé por estar en cada compartimento que crees. Pero necesito saber que tú también lucharás.

Ella asintió varias veces y resopló.

—Lo intentaré.

—Es todo lo que pido. —La besó. Dulce. Amable. Sin exigencias mientras sellaban su promesa. Él levantó la cabeza y le acomodó un mechón de pelo detrás de la oreja—. ¿Tu casa o la mía?

—Perros.

—La tuya. Te seguiré. —Se apartó para dejarla abrir la puerta y subir al vehículo. Le golpeó la ventanilla y le hizo señas para que la bajara—. Si no estoy detrás de ti, espérame antes de entrar a la casa.

—De acuerdo.

Él metió la cabeza por la ventana y la besó. Dobló trotando la esquina hasta su camioneta y la encendió antes de cerrar la puerta. Ella aún estaba en el estacionamiento cuando él se acercó por la calle. Ella retrocedió cuando él se detuvo a un par de autos de distancia. Jase observaba el espejó retrovisor y el lateral durante el camino hacia la casa de Bree, sin poder quitarse un malestar que lo incomodaba desde que la había dejado en su auto. Quería respuestas. Quería que Bree estuviera a salvo.

CAPÍTULO 17

Jase estacionó junto a Bree minutos después de que ella había apagado el motor. Ella le mandó un mensaje de texto a Denise para decirle que estaba bien. Denise respondió que estaba en camino y que Jase tendría que soportar su compañía. Bree no pensó que a Jase le importaría. Le ahorraría tener que contar la historia dos veces.

Había estado con el penúltimo paciente cuando Cindy le avisó que tenía una llamada urgente. Uno de los técnicos había terminado el tratamiento en su lugar. Se había sorprendido cuando oyó a Tim en el teléfono. Él solo le había dicho que los investigadores querían que fuera a la comisaría a hacer una declaración oficial. Cuando llegó y se enteró de que había habido otra muerte, llamó de inmediato a su abuela para pedirle los datos de un abogado. No tenía nada que ocultar, pero había aprendido que siempre era mejor tener un abogado presente cuando se trataba de un asunto oficial. Hasta ese momento, solo había aplicado para asuntos de la Fundación.

No había esperado que la abuela se apareciera con el socio principal del estudio jurídico más importante de la zona. Definitivamente, eso había puesto en alerta a los detectives. Tuvo la sensación de que eran mucho más amables con ella por su abuela y por el abogado.

Terminó de mensajear a Denise y bajó del auto. Jase se reunió con ella cerca del capó y le tomó la mano. La llevó hasta la entrada lateral. Ella abrió, y los perros se acercaron a saludarlos. Jase se inclinó y les acarició la cabeza.

—Quédate aquí mientras reviso la casa.

—Jase...

La tomó de las caderas.

—Por favor. Quédate aquí.

Bree suspiró. Después de no haberlo llamado desde la comisaría, estaba dispuesta a dejarlo hacer eso.

—Bien, pero sacaré a los perros. —Lo siguió hasta la cocina. El cerrojo en las puertas que daban al patio seguía puesto.

—¿Todo despejado? —preguntó ella cuando él regresó a la cocina.

—Sí. ¿Qué te preguntaron en la comisaría? ¿Sabes a quién mataron?

—Tranquilo, Perry Mason. Denise está en camino y tendrá las mismas preguntas que tú. Prefiero hacerlo una sola vez.

—¿Cuánto tardará en llegar? —Sacó un vaso de la alacena.

Ella abrió la heladera y sacó la jarra de té.

—No tanto como para que tengamos sexo.

—Bueno, doctora Marks. Qué malpensada. —Levantó las cejas y sonrió—. No me refería a eso pero, ahora que lo mencionas —se acercó—, ¿tenemos tiempo para besarnos? Ella caminó hacia atrás hasta chocarse con la mesada.

—Quizás. —Apoyó la jarra—. Depende de tu definición de “beso”.

—¿Cuántas definiciones hay? —Él se acercó más y apoyó las manos sobre la mesada detrás de ella. Presionó el cuerpo contra el de ella, desde el pecho hasta las rodillas. Inclino la cabeza sobre el cuello de Bree y arañó con los dientes su piel sensible.

Ella deslizó las manos por el pecho de él.

—Bueno, está el beso de los últimos años de primaria.

—¿Cuál es ese?

—Mis manos sobre tus hombros. —Apoyó las manos sobre sus hombros; sentía sus músculos apiñarse y moverse bajo sus dedos—. Tus manos sobre mis caderas. Bocas cerradas y solo un roce de labios.

Él le lamió el cuello.

—No. No me gusta para nada. ¿Qué sigue?

—El beso de los primeros años de secundaria. Abrazados. Bocas abiertas, pero muy poca lengua.

—Un poco mejor, pero no me interesa. —Le mordió el lóbulo antes de pasar al otro lado del cuello. Ella cerró los ojos y sintió un estremecimiento en todo el cuerpo—. ¿Cuál es la definición cumbre de los besos? —indagó.

Eso era divertido. Ella disfrutaba de hacerle bromas y del modo en que él las seguía, sin guardar rencor por lo que había sucedido.

—Bueno, tendría que decir que la definición sublime sería dos desconocidos en un pasillo oscuro.

Él apartó la cabeza del cuello. Una sonrisa sensual se dibujó en su rostro ante el recordatorio de la noche en que se conocieron.

—Sí. Creo que esa es mi favorita.

Le tomó la cabeza con ambas manos y la besó. Con pasión. Con la boca abierta. Las lenguas entrelazadas. La envolvió con los brazos y la acercó aún más. Ella le rodeó el cuello. Todo, excepto el cuerpo cálido de él sobre ella, se desvaneció de su mente. El aroma embriagador de su piel. El deseo que aumentaba mientras se aferraba a él. De a poco recuperó la cordura cuando él terminó el beso y apoyó la frente sobre la de ella.

—Creo que debemos volver a la definición de la primaria, o te subiré a la mesada, y Denise puede irse al demonio.

Ella echó la cabeza hacia atrás y rio. Él descansó la cabeza sobre el cuello de Bree.

—Me encanta ese sonido.

Ella se reclinó.

—Déjame comenzar con la cena. ¿Quieres algo de beber?

—Claro. ¿La jarra tiene té helado?

—Así es. —Se apartó de sus brazos y puso hielo en el vaso que él había sacado antes.

—¿Tuviste una presentación? —Se apoyó contra la piletta, con las manos junto a las caderas. La tela de la remera quedó estirada.

—¿Una qué? —Ella frunció el ceño.

—Ya sabes. ¿Te presentaron? ¿Como debutante?

Ella lo miró como si estuviera loco.

—Eh, no. ¿Por qué demonios preguntas eso?

—Porque tu abuela es Vivienne Coffee.

—Ah. Entiendo. —Se sirvió té—. No, no fui una debutante. No tuve una presentación en sociedad. El verano cuando cumplí dieciséis, mis abuelos me llevaron en un viaje por carretera a través del país hasta Yellowstone. En una casa rodante. Durante tres semanas.

—Supongo que no fue divertido.

Ella se encogió de hombros.

—Ahora que soy adulta, me doy cuenta de que fue una gran experiencia. Me encantaría repetirla. Pero desearía abofetear a mi yo de dieciséis por no haberlo valorado más en ese momento.

—Pero igual eras una Coffee.

—No. Soy una Marks. La abuela no se convirtió en Vivienne Coffee —

dibujó comillas en el aire— hasta que a mi abuelo le diagnosticaron cáncer. El hospital no estaba equipado para darle tratamiento, por lo que les aconsejaron irse a Raleigh. —Él agarró el vaso que ella le pasó—. Ella no quería hacerlo. Quería estar aquí, en casa, con familia y amigos. Podían costear una internación domiciliaria, pero a ella le molestaba que otras familias no tuvieran la misma posibilidad. Entonces le donó dinero al hospital con la condición de que se utilizara para construir un centro para el tratamiento del cáncer. —Se sirvió otro vaso de té y guardó la jarra de nuevo en la heladera—. De allí surgió su reputación por la filantropía. Antes de que mi abuelo enfermara, hacían donaciones anónimas. La abuela quiso que el nuevo centro llevara el nombre de mi abuelo.

—¿Por qué nunca lo mencionaste?

Ella suspiró y se apoyó contra la mesada frente a él.

—La gente ya me mira raro cuando descubren que tengo dinero, por eso no se lo cuento a muchas personas. Cuando se enteran de que mi abuela es Vivienne Coffee, su actitud cambia por completo. O piensan que soy una presumida niña rica y me tratan como el demonio, o comienzan a adularme por las conexiones que creen que puedo tener. Para mí, es solo mi abuela, así que no se lo cuento a nadie.

Él apoyó el té y la abrazó.

—Ya te dije que no quiero tu dinero. Me sorprendió cuando Tim me lo contó; es todo.

—Gracias. —Apoyó el rostro sobre el cuello de él. Poco a poco sus músculos se relajaron, y la tensión la abandonó. Le ardían los ojos y tragaba saliva con fuerza. Las emociones que había acumulado amenazaban con sobrepasarla. Había pasado mucho tiempo desde que alguien la abrazaba por el solo hecho de abrazarla.

Se quedaron así durante varios minutos, entrelazados, hasta que el estómago de Jase hizo ruido.

—Mencionaste algo sobre la cena, ¿verdad?

Bree rio por lo bajo.

—Sí. ¿Te parece que haga pollo?

—Claro. ¿Quieres ayuda?

—Puedes cortar las cebollas. —Sonrió con dulzura antes de apartarse de los brazos de él—. Cielos, gracias.

—Por nada.

Jase resopló y deslizó las cebollas desde la tabla a la sartén. La puerta de

la cocina se abrió, y Sprocket entró delante de Denise. Ella miró la sartén.

—¿Pollo relleno?

—Sí —respondió Bree.

—Genial. Y hay té.

Se sirvió un vaso y se sentó sobre la mesada, junto a la heladera.

—Cuenta. ¿Qué sucedió en la comisaría?

Bree comenzó por la llamada que había recibido en el trabajo hasta que se había enterado del otro asesinato.

—¿La conocías? —indagó Denise.

—No, nunca la había visto. Tampoco reconocí el nombre. Era editora en una de las revistas para las que Chad escribía.

—Maldición. ¿También se acostaba con ella?

Bree se encogió de hombros.

—Le pregunté lo mismo a los investigadores. Me dijeron que él lo había negado, pero me juego a que está mintiendo.

—¿Es posible que Chad la matara? —consultó Jase.

—Antes que todo esto sucediera, hubiese dicho que no. —Mezcló espinaca congelada con las cebollas en la sartén—. Después de su comportamiento cuando tú lo echaste, no estoy segura. Pero la Policía dice que tiene una coartada sólida para cuando la chica fue asesinada. Estaba en Atlanta cubriendo un partido.

—Entonces, no fue Chad —señaló Denise.

—No. —Abrió las pechugas de pollo para rellenarlas con la mezcla de espinaca y cebolla.

—Tim dijo que había otra nota —comentó Jase.

—Sí. Esta decía: “Una mujer como tú debería ser tratada mejor”.

—¿Y eso que significa? —preguntó Denise—. No me malinterpreten; estoy completamente de acuerdo.

—¿Quién sabe? Les conté a los investigadores sobre Chad. Y Steven, mi antiguo vecino, ¿el marido de Jaelynn? Él les dio toda la información que el investigador privado había conseguido. Están investigando la vida de esta última chica para ver si hay una conexión con Chad. Hasta ahora, están suponiendo que alguien se obsesionó conmigo a causa de él.

—Entonces, ¿es un tipo? —inquirió Denise.

—No lo saben. Se inclinan por esa opción porque ambas mujeres fueron apuñaladas, pero no hubo ataque sexual, por lo que también podría haber sido una mujer. O un hombre impotente. No lo saben. O no lo dicen.

—¿Qué hay sobre las huellas de tu habitación? ¿Hubo algún resultado?

—No. No tuvieron coincidencias. Sí volvieron a preguntarme sobre lo de mi habitación. Sobre lo que habían movido. Qué tipo de ropa habían tocado. Les conté todo lo que podía. —Se dio vuelta hacia la pileta y se lavó las manos.

—¿Creen que hay una amenaza directa contra ti? —indagó Jase.

Bree colocó el pollo en el horno antes de responder.

—No lo saben. No lo creen, pero un patrullero pasará cada tanto, de manera inesperada. Es una calle sin salida, así que no será muy inesperado. Si hay alguien merodeando, esperamos que eso los asuste.

—No me gusta —planteó Jase con el ceño fruncido—. Uno creería que ellos sabrían si hay una amenaza o no contra ti.

—Estoy de acuerdo con Jase —afirmó Denise.

—Yo no estoy feliz con el tema, pero no hay mucho que pueda decir. Las notas no fueron amenazadoras. Fueron... ¿halagadoras? No lo sé. —Bree sacudió la cabeza y se cruzó de brazos—. No he notado nada que me haga sentir incómoda ni me haga pensar que alguien me vigila, pero tampoco estuve superatenta. —Polly caminó lentamente hasta ella y gimoteó. Bree apoyó una mano sobre la cabeza del animal y le rascó la oreja. Denise rodeó la mesada y la abrazó.

—Oye. Tú puedes. Nosotros podemos.

Bree apoyó la cabeza sobre el hombro de Denise y cerró los ojos.

—Alguien está matando mujeres por mí.

—No. —Denise obligó a Bree a levantar la cabeza—. No te sientas culpable. Alguien está matando mujeres porque está loco como una cabra. No tiene nada que ver contigo.

Bree ladeó la cabeza. Frunció el ceño y los labios.

—Es fácil decirlo. Es mucho más difícil de creer cuando alguien me deja notas junto a cadáveres.

—Lo sé. Pero debes intentarlo.

Bree solo asintió con la cabeza. Jase apoyó la mano sobre el hombro de Denise y la movió hacia un costado. Tomó su lugar y abrazó a Bree.

—Dime qué piensas.

Ella apoyó su cabeza en él y miró a Denise.

—Sé, en mi cabeza, que no es mi culpa. Pero eso no me impide sentirme responsable de la muerte de esas mujeres. —Varias preguntas rondaban su mente: ¿y si hubiera roto su relación con Chad antes? ¿Y si hubiera montado

una escena y hubiera rechazado la propuesta de matrimonio? ¿Estaría sucediendo algo de todo esto?

CAPÍTULO 18

El despertador sonó, y ella tanteó para oprimir el botón de repetición. Jase se inclinó y le besó el hombro.

—¿Cuántas veces harás eso?

Ella se acurrucó más entre las sábanas.

—Un par de veces.

—Iré a ducharme, entonces. —Le dio otro beso en el hombro.

Bree se dio vuelta.

—¿Por qué te levantas?

—Te seguiré hasta el trabajo.

Ella observó su trasero firme y desnudo mientras caminaba hacia el baño.

Un momento. ¿Qué? Se apoyó sobre un codo.

—¿Por qué me seguirás al trabajo?

—Porque un psicópata asesino está acosándote.

—Jase...

Se detuvo en la puerta, se dio vuelta y apoyó la mano sobre el marco.

—No discutas conmigo sobre esto, Bree. Te seguiré hasta la entrada.

¿Cuál fue la pregunta? La fuerza la abandonó y volvió a acostarse. El reloj comenzó a sonar otra vez, y ella lo apagó. No podría volver a dormir con esa imagen frontal que le había quedado en la retina.

Él estaba enojado. No... Estaba preocupado. Por ella. Algo comenzó a formarse en su pecho y se frotó con la palma de la mano. Miró la puerta entreabierta y llegó a verle la espalda desnuda cuando se dio vuelta en la ducha. Lo menos que ella podía hacer era agradecerle por cuidarla.

Sonrió y apartó las sábanas.



JASE ABRIÓ la puerta del auto y apoyó la mano en la parte superior para correrla.

—¿Tienes tu móvil?

—Sí.

—Lláname si ves algo sospechoso. O a alguien sospechoso.

Ella dejó el bolso en el asiento del acompañante y suspiró.

—Jase, sé que estás preocupado, así que intento ver esta sobreprotección como algo lindo en lugar de algo molesto y autoritario. —Apoyó las manos sobre las caderas—. Pero juro por Dios que, si no dejas de hablarme como si fuera una idiota, te patearé las pelotas otra vez.

Él se acercó un poco más, pero mantuvo la mano sobre la puerta.

—Te gustan mis pelotas.

Ella echó la cabeza hacia atrás para mantener contacto visual.

—Es cierto. Así que sería una lástima que no pudieras utilizarlas porque tuvieron que extraértelas quirúrgicamente.

Él le rozó el labio inferior con el pulgar.

—No me gusta que no puedas llevar tu arma en la base.

—Prometo mantenerme a salvo. Sé cómo mantener la alerta situacional. ¿De acuerdo? Cuidaré mi retaguardia.

Él le sonrió y la besó.

—Eres sensual cuando utilizas vocabulario táctico. ¿Me haces un favor? Envíame un mensaje cuando salgas del trabajo.

Ella relajó los hombros.

—Puedo hacerlo.

—Gracias. —Volvió a besarla antes de retroceder para dirigirse a su camioneta.



DESPATARRADOS en el sofá después de la cena, Bree estaba quedándose dormida sobre el pecho de Jase cuando este se movió.

—¿Qué? —preguntó Bree.

—Deberíamos practicar combate mano a mano.

Ella levantó la cabeza.

—¿Qué?

—Ya sabes... Combate militar. Lucha.

—Sé lo que es. ¿Por qué debemos hacerlo?

Él le acarició la espalda.

—En caso de que alguien te ataque.

Ella volvió a bajar la cabeza.

—Jase...

—Vamos. Será un buen ejercicio.

Se deslizó por debajo de ella y corrió la mesita de centro. Gruñendo, ella se sentó.

—Bien, pero debes sacar a los perros. No les gustará esto.

—Charlie. Polly. —Los perros levantaron la cabeza cuando los llamó—. Afuera. —Se levantaron de sus camas y trotaron detrás de él. Charlie miró a Jase, con la lengua que colgaba de su sonrisa canina. El pobre bicho debía pensar que irían a jugar a la pelota.

Ella se puso de pie y giró la cintura. Hizo sonar las articulaciones de su espalda. Jase regresó a la sala y giró el cuello de un lado a otro. Apoyó las piernas con firmeza y aguardó con los brazos a los costados. Él imitó su parada con las piernas abiertas, pero colocó las manos sobre las caderas. Ella levantó las cejas.

—¿Y bien?

—Ven a mí.

—No, tú ven a mí. Se supone que debo practicar contra un atacante.

Se abalanzó sobre ella. A último momento, ella se corrió a la izquierda y le dio con la rodilla en el estómago. Le dio abajo por la diferencia de altura.

Él se quedó sin respiración y se agarró el estómago. Bree giró y retrocedió dos pasos, mientras lo observaba recuperar el equilibrio. Él se enderezó y volteó lentamente.

Ella sonrió con superioridad. Jase levantó una ceja.

—No te pongas arrogante. —Su mirada se tornó intensa y caminó hacia la derecha, rodeándola.

Maldición. Dejó que ella ganara.

La derribó en menos de diez segundos.

Se sentó a horcajadas sobre ella y sostuvo ambas manos con una sola.

—¿Qué harás?

Ella lo observó. Ninguna de sus ideas implicaba quitárselo de encima. Más bien tenerlo más arriba. Sacudió las caderas con fuerza. Él ni siquiera se

movió. Ella meció las caderas y se mojó los labios.

—¿Qué haces? —preguntó él.

—Suéltame y te lo demostraré.

En lugar de soltarla, le levantó las manos por encima de la cabeza y apoyó la otra contra el piso, junto a su rostro. Cambió de posición y colocó las piernas entre las de ella. Bajó la cabeza y acercó la boca a la de ella.

—¿Así que tu plan es seducir a tu atacante?

—Solo si eres tú. —Sacó la lengua y le lamió el labio inferior. Él la besó con fuerza y meció las caderas contra ella. Bree gemía y se aferraba a él. Jase la soltó, y ella le arrancó la remera por encima de la cabeza. Sintió que su remera y sostén se levantaban al tiempo que él hundía su boca en un pecho. Sacudió la cabeza a medida que el calor aumentaba en su zona media.

—Maldición. Te necesito. —Él desapareció. Ella abrió los ojos de golpe —. ¿Qu...?

Él se irguió sobre las rodillas. Tenía la mirada oscura, casi de enojo.

—Arriba. Voltea. —Acercó la espalda de ella a su cuerpo y le acarició los pechos. Bree apoyó la cabeza sobre el hombro de él. Estiró la mano hacia atrás para apoyarla sobre la cadera de él y frotar su trasero contra la erección. Las manos ásperas de Jase se deslizaban por su estómago y provocaban temblores a su paso.

Cielos, sí. Todo el cuerpo de Bree temblaba mientras él hundía su mano por el frente de los shorts. Deslizó dos dedos por el dobladizo mientras que arañaba su cuello con los dientes.

Ella jadeó. Cada respiración era un grito ahogado. Él quitó la mano.

—¡No! —Ella la tomó e intentó volver a meterla.

Él se soltó y enganchó los pulgares a los costados del short.

—Remera y sostén fuera. Ahora. —Le bajó los shorts hasta las rodillas.

Ella se quitó la remera y forcejeó con el broche del sostén hasta que lo abrió y lo arrojó lejos. Sintió una presión entre los hombros que la obligaba a inclinarse hacia adelante.

—Abajo. Manos al suelo —continuó él.

Otro escalofrío la recorrió. *Maldición, eso es excitante.* Su control. Sus órdenes. Mover su cuerpo adonde la quería llevar. Bajó la cabeza y esperó.

Él frotó su grueso pene por su vagina húmeda y llegaba al clítoris con cada avance. Con una mano le acariciaba la espalda, y la otra se hundía en sus caderas con firmeza. Tendría moretones al día siguiente, y no le importaba en lo más mínimo.

—Prepárate, Bree. No seré amable —gruñó, y ella sintió que se mojaba aún más.

—No quiero que seas amable. Quiero que me des duro.

Él se hundió en ella hasta el fondo y se quedó así, sin moverse. Bree se dio vuelta para mirar por encima del hombro justo cuando él bajó la mano en su trasero, lo que la hizo dar un grito ahogado.

—Estuve pensando en esto desde la mañana en que descubrí que te habías ido. —Le palmeó el otro lado del trasero antes de retirarse lentamente para volver a arremeter hasta el fondo y acelerar su llegada al orgasmo.

Otra vez. Y otra vez. Lenta retirada y violenta arremetida. Sus testículos golpeaban contra ella con cada avance.

—Maldición. Demonios. Jase. Estoy llegando.

—Espérame. Quiero llegar mientras tú gritas mi nombre. —Ella dejó caer los brazos y apoyó la cabeza sobre las manos. La sacudió de un lado al otro.

Al diablo con todo. Necesitaba que Jase estuviera tan descontrolado como ella. Estiró el brazo por entre las piernas y alcanzó el escroto. Cada vez que él avanzaba, ella enroscaba los dedos en la parte inferior de los testículos y oprimía suavemente, exprimiéndolo mientras él la penetraba.

—Maldición —gruñó él. Los movimientos se aceleraron y se acortaron. Él le apartó la mano y le tocó el clítoris.

Ella gritó. Su orgasmo explotó y vio estrellas. Jase la penetró hasta el fondo y rugió. Apoyó el pecho sobre la espalda de ella. Le mordió la base del cuello mientras gruñía y arremetía una última vez. La combinación de dolor y placer llevó a Bree a otro orgasmo.

Respirando con dificultad, Jase cambió el peso del cuerpo y apoyó las manos a ambos lados de Bree. Lamió el punto donde la había mordido.

—¿Estás bien, cariño?

Ella asintió, sin poder hablar. Era mentira. No estaba bien. En ese momento se dio cuenta de que estaba enamorándose de él.

Por favor, que sean las endorfinas.

La besó a lo largo de la espalda, hasta donde pudo sin separarse de ella.

Bree estaba en serios problemas.

CAPÍTULO 19

—**C**ancelaré la excursión de este fin de semana.

Bree lo miró por encima del libro. Tenía los pies sobre el regazo de Jase, y él se los masajeaba mientras miraba un partido de béisbol.

—¿Por qué? ¿Qué sucedió?

Él dejó de mover los pulgares y desvió la mirada hacia ella.

—Tienes un acosador que mata gente. Eso es lo que sucedió.

Ella colocó el libro boca abajo sobre el respaldo del sofá y se incorporó.

—¿Quieres cancelar la excursión por mí?

—Sí. —Él continuó frotándole sus pies y volvió a mirar el partido.

Bree apartó los pies y se puso de pie. Tomó el control remoto de la mesita de centro, apagó el televisor y volvió a dejarlo.

—De ninguna manera.

—Bree...

—No. —Lo miró con furia—. Soporté que me siguieras a la base cada mañana. Soporté que perdieras los estribos cuando me olvidaba de mandarte un mensaje al salir del trabajo. Pero no cancelarás la excursión por mí.

Polly levantó la cabeza desde su cama y gimió. Jase se puso de pie e imitó la parada de Bree.

—Discúlpame por querer mantenerte a salvo.

—Esto no se trata de mantenerme a salvo, Jase. Se trata de una promesa que les hiciste a unos hombres que necesitan el viaje. No les cancelarás para poder sentarte a hacer de mamá gallina.

—¿De verdad crees que eso es lo que hago? ¿Jugar a la maldita mamá gallina?

Ella cerró los ojos y respiró profundo. Polly presionó la cabeza en la

pierna de Bree, y ella apoyó la mano sobre el animal. Luchando por mantener la calma, abrió los ojos.

—Estoy agotada. Pasaron dos semanas, y estoy cansada de estar en alerta constante. Estoy cansada de mirar por encima del hombro y de observar a todo el que me pasa por la calle como si fuera a sacar un cuchillo y a apuñalarme.

Cuando él abrió la boca para contestar, ella se la cubrió con la mano. La ira aún se derramaba por el cuerpo de él, y cualquier cosa que quisiera decir la enojaría aún más.

—Le pediré a Denise que se quede conmigo durante el fin de semana. Llamaré a Tim todas las tardes. Pero no cancelarás ese viaje. No vamos a dejar nuestras vidas en suspenso por este trastornado. —Él le mordió la palma —. ¡Auch! —Apartó la mano, la sacudió y lo miró con furia.

Él la tomó de la cintura. La lucha de Bree por soltarse fue inútil. Ella resopló y se cruzó de brazos.

—Te lo mereces.

—Claro que no. —Ella se negó a mirarlo y desvió la vista hacia un costado.

Él le rozó el cuello con la nariz y le hizo cosquillas con la barba.

—Llamarás a Tim cada día.

Suspirando, ella miró al cielorraso.

—Sí.

—Denise se quedará contigo.

—Sí.

Él levantó la cabeza y le sostuvo la barbilla entre el pulgar y el índice.

—Eres más importante para mí que mi empresa o que cinco tipos a los que nunca vi.

La ira y el enojo desaparecieron. Ella lo envolvió con los brazos y apoyó la mejilla sobre su pecho.

—No quiero que nada te ocurra, Bree. —Apoyó la barbilla sobre la cabeza de ella.

—Nada me ocurrirá.



BREE SE RECLINÓ sobre el apoyabrazos del sofá y miró el teléfono. Ni mensajes ni llamadas perdidas.

—Aún no tengo noticias de Jase.

—¿Te dijo que te llamaría? —preguntó Denise.

—Sí. Me dijo que me llamaría cuando regresara.

—Tal vez el móvil se quedó sin baterías.

—Quizás. —No parecía posible. Le habría pedido el teléfono a alguien.

—Llámallo. Tal vez todavía no se fueron. O está fuera del área de cobertura.

Respondió al tercer timbre.

—Hola. ¿Regresaste? —inquirió ella.

—Sí. Hace unas horas. —Tenía la voz apagada y arrastraba las palabras.

—Ah... —Sentía una presión en el pecho, que le oprimía el corazón. Algo andaba mal—. ¿Vendrás por aquí?

—Estoy arruinado. Te veré más tarde.

—¿Qu...?

—Adiós. —Cortó.

Fijó la mirada en la pantalla, como si esta fuera a darle una explicación de lo que acababa de suceder.

—¿Qué demonios pasó?

—¿Qué? —inquirió Denise desde la cocina.

Bree levantó la cabeza.

—Jase acaba de decirme que me verá después.

—De acuerdo. ¿Eso qué tiene de malo?

—Durante las últimas dos semanas, no me ha dejado sola, excepto para ir a trabajar ¿y ahora viene con “Estoy arruinado; te veré más tarde”? ¿Qué demonios...?

Denise se unió a ella en el sofá, con un plato y un vaso en las manos.

—Quizás se dio cuenta de que estás bien por tu cuenta. Quizás de verdad está exhausto y sabía que yo estaría aquí. Tal vez necesita relajarse.

—Supongo... Es solo que parece un giro de ciento ochenta grados respecto de cómo ha sido hasta ahora.

—Lo sé. Pero todos tenemos malos días. —Mordió el sándwich—. Todo esto lo tuvo muy estresado. Dale un día y déjalo que se relaje. Puedes perder los estribos si no tienes noticias de él mañana.

Bree sacudió la cabeza.

—Había algo en su tono de voz. Era... No lo sé. No era normal.

—Llámallo mañana. Si sigue igual, puedes desatar tu furia contra él.

Jase no respondió a la mañana siguiente cuando ella le envió un mensaje

de camino al trabajo. Cuando tampoco había oído de él para media tarde, pasó por la oficina de camino a casa.

—Hola, señora Carol. ¿Se encuentra Jase?

—Oh, no, cariño. Nunca viene un día como hoy.

—¿Los lunes?

—No. Es... Estaba segura de que él te lo había contado.

Bree frunció el ceño y ladeó la cabeza.

—¿Contado qué?

—Oh, Bree. Hoy es el aniversario de la muerte de Tony.

Bree se llevó la mano a la boca.

—Lo siento mucho. No me di cuenta. Un momento. Entonces, ¿por qué está usted aquí?

Carol suspiró.

—Acepté la muerte de Tony hace tiempo. Jase... no ha podido superarlo, me temo.

—¿Por qué le cuesta tanto?

—Te diré qué haremos. Hay un lindo café a unos locales de distancia. De todas formas, estaba por cerrar. ¿Por qué no vamos a tomar un café y charlamos?

Carol cerró con llave y puso la alarma antes de tomarse del brazo de Bree y llevarla hacia el fondo del centro comercial.

—Primero, déjame contarte la historia entre Jase y Tony. —Carol abrió la puerta del café y lo recorrió con la mirada—. ¿Qué tal allí?

—Está bien. —Bree la siguió hasta la pequeña mesa de la esquina.

—La familia de Jase se mudó frente a nuestra casa cuando los niños tenían unos cuatro años. Soy algo mayor que Melissa, la madre de Jase, pero nos hicimos buenas amigas.

La camarera se detuvo frente a la mesa.

—Hola, señora Carol. ¿Lo de siempre?

—Sí, por favor.

—¿Y para usted? —le preguntó a Bree.

—Café con crema, por favor.

—De acuerdo. —Esbozó una sonrisa—. Enseguida regreso.

—¿Dónde estaba? —preguntó Carol.

—Eh, la familia de Jase se mudó enfrente.

—Es cierto. El padre de Jase estaba en el Ejército y estaba ausente mucho tiempo. Nunca supe bien qué hacía, pero creo que era de Fuerzas Especiales.

Tim tenía seis, y Shannon, la hermana, era una bebé. La pobre Melissa estaba muy atareada. Tim era un niño muy serio. Siempre observaba antes de involucrarse en algo. Nunca le dio un solo problema a su madre. Jase, por su parte, era un pequeño demonio. Comencé a tenerlo en casa por la tarde para darle un descanso a Melissa. Tony era mi pequeño y lo había tenido tarde en la vida. Fue inesperado, si sabes a qué me refiero.

La camarera regresó con el pedido.

—Aquí tienen. ¿Se les ofrece algo más?

—No, gracias, querida —respondió Carol. Bebió un poco de café antes de continuar—: Jase y Tony eran como el día y la noche. Creo que, si Tony hubiese sido más grande, él y Tim habrían sido amigos. Son mucho más parecidos. Mientras que Jase se involucraba con determinación en cualquier cosa, Tony lo seguía con cautela, pero siempre lo seguía. Cuando comenzaron la escuela, pensé que Jase y Tony encontrarían nuevos amigos, pero no fue así. Tenían sus propios grupos e intereses, pero siguieron siendo mejores amigos hasta terminar la secundaria.

Bree bebía su café, y oía con fascinación mientras Carol revelaba una parte de la vida de Jase de la que tal vez no se enteraría de otro modo.

—Jase idolatraba a su padre. Siempre decía que quería ser soldado como él. Quería salvar el mundo. Melissa lo convenció de que esperase un año después de graduarse antes de enlistarse. Jase tomó algunas clases en el instituto de estudios superiores, pero sabía que no era para él. Solo lo hacía porque su madre se lo había pedido. Entró en la oficina de reclutamiento apenas terminó la última clase. Tony fue con él. —Carol contempló el café, como si sacara fuerzas de los bucles de vapor que salían de la taza—. Tony era... sensible. Siempre traía a casa perros callejeros. Defendía algún niño en la escuela. Era un artista muy talentoso. —Miró a Bree.

—Vi uno de sus dibujos. El que tiene Jase.

—Dibujó eso después de su baja. El Ejército le ofreció un puesto en los medios. ¿Cómo se llama? ¿El canal de las noticias?

—¿El Servicio de Radio y Televisión de las Fuerzas Armadas?

—Sí. Ese. Querían que fuera artista gráfico o algo así, pero se negó. Dijo que se había enlistado con Jase y que se quedaría con Jase. Incluso Jase le dijo que era una gran oportunidad y que debía aceptar, pero fue inflexible. Una vez le pregunté por qué estaba tan determinado a quedarse con Jase. Me contestó: “Mamá, Jase me necesita. Estará perdido si no estoy allí para recordarle quién es”. Ese era Tony. Siempre estaba cuidando a alguien.

Bree resopló, tratando de contener las lágrimas. Le dolía la pérdida de Carol. La pérdida de Jase.

—Regresó atormentado. Físicamente, estaba completo, pero esa guerra mató algo en su interior: yo podía verlo. Le faltaba una parte enorme a mi niño. Se iba a pescar o de campamento y volvía más feliz, pero solo duraba un día o dos. Lo convencí de que hiciera terapia, pero lo hizo solo porque yo se lo había suplicado. Estaba esperanzada de que, cuando él y Jase arreglaran aquella casa, las cosas cambiarían. Estaba dibujando otra vez. Pero...

Bebió café mientras miraba por la ventana. Bree se mordió el labio y se limpió una lágrima solitaria.

—Encontré algunos de sus dibujos cuando estaba revisando su cuarto... después. Algunos, como el que tiene Jase, eran preciosos. Conmovedores. Pero otros eran horribles. Las pesadillas que habrá tenido para dibujar aquellas cosas —susurró. Una lágrima se le escapó, y se limpió los ojos con una servilleta—. No tenía idea de la profundidad de su desesperación. Pero me ayudó a comprender por qué se suicidó. Por qué sintió que era su única salida. El dolor está siempre allí, en los rincones de mi corazón, pero llegué a aceptarlo. En cambio, Jase... Jase se culpa a sí mismo.

—¿Por qué? —Bree pestañeó rápidamente, intentando evitar que las lágrimas cayeran.

—Piensa que, si no hubiera dejado que Tony lo siguiera y se enlistara con los Rangers, la guerra no lo habría marcado como lo marcó. Intenté hacerle comprender que no habría podido obligar a Tony a hacer lo que él no quisiera, pero Jase sigue culpándose. Tuve la esperanza, cuando empezó a salir contigo, de que finalmente se daría cuenta de que hay cosas más importantes en la vida que el remordimiento. —Carol estiró el brazo y tomó la mano de Bree—. Me alegra que hayas venido hoy. Jase es como un hijo para mí, y te pediré que hagas algo muy difícil.

Bree cubrió la mano de Carol.

—Lo que necesite.

—Necesito que vayas y que le patees el trasero a Jase por mí.

Una risa de sorpresa escapó de Bree. Se tapó la boca y sacudió la cabeza.

—Lo siento. No quise reírme. Pero me sorprendió.

Los ojos de Carol brillaron y palmeó la mano de Bree.

—Está muy bien, querida. La risa es la mejor medicina. Ve a hacer reaccionar a Jase.



BREE ESTACIONÓ JUNTO a la camioneta de Jase y apagó el motor. Una tenue luz brillaba desde la ventana de la cocina como un faro sobre la oscuridad que rodeaba al vehículo. Encontró sin llave la puerta de la cocina y recorrió la casa silenciosa hasta llegar a la sala. Una lámpara de pie emitía una suave luz sobre el sillón reclinable, donde estaba sentado Jase con la mirada perdida en dirección al cuadro sobre la chimenea. Había botellas de cerveza desparramadas sobre la mesita de centro, y unas pocas más estaban en el suelo, donde habían caído.

—Jase.

Él se sobresaltó. Unas líneas de expresión aparecieron en su frente al mirarla.

—¿Qué haces aquí?

—Carol me dijo qué fecha era hoy —contestó en voz baja.

Jase desvió la mirada y se llevó la botella de whisky a la boca. Al parecer, la cerveza no estaba surtiendo el efecto deseado.

—¿Jase?

—Lo olvidé.

—¿Qué olvidaste? —Ella se adentró en la sala y se detuvo a unos pasos frente a él.

—Olvidé qué día era hoy. —La volvió a mirar, y el corazón de ella se encogió. Tenía la mirada perdida. Vacíos de emoción. Dolor, incluso ira, eso podía manejarlo. Pero no había nada en su mirada.

—Es comprensible —señaló ella, pensando que, con el paso del tiempo, él comenzaría a olvidar. Comenzaría a doler menos. Con el tiempo, los buenos recuerdos superarían a los malos. Pero no fue así como él lo tomó.

—¿Cómo es eso comprensible, Bree? ¿Cómo puede ser *comprensible* olvidar a alguien que se suicidó por tu culpa?

—Carol me contó sobre Tony. No es tu culpa.

—Mentira. ¿Crees que porque Carol compartió una historia contigo ya comprendes? No tienes idea. No hay manera de que puedas entender lo que él pasó. Lo que yo pasó. —Bebió otro poco de la botella y apartó la mirada.

Su desdén atravesó el corazón de Bree de una manera que casi la puso de rodillas. Ella dio un grito ahogado a medida que el dolor irradiaba de su pecho. Y eso la enfureció. Él no tenía el monopolio del dolor. Después de todo lo que habían hablado... de todo lo que había ocurrido en las últimas

semanas... ¿cómo se atrevía a despacharla?

—¿Cómo te atreves? —estalló.

—Vete a casa, Bree.

—Al diablo. ¿Que no comprendo? ¿Crees que no sé lo que es estar parado en una gasolinera y arrojarse al suelo porque crees que el petardeo del auto de alguien es un bombardeo con mortero? ¿Crees que no sé lo que es no querer dormir por las interminables pesadillas? ¿No querer ver el collage de rostros de todos los que has perdido? —Cerró los puños—. ¿No querer levantarte cuando por fin te dormiste porque tienes que enfrentar el mundo? ¿Un mundo tan encerrado en su propia porquería y ajeno a todo lo demás que sucede? —Le palpitaba el pecho mientras un sollozo luchaba por escaparse—. ¿Crees que no sé lo que es estar entre una multitud tratando de no tener un ataque de pánico porque hay tantas malditas personas y nadie está mirando adónde demonios se dirige? ¿Y qué hay sobre casi chocar tu auto porque el imbécil delante de ti arrojó la colilla del cigarrillo por la ventana? ¿O cuando necesitas todas tus fuerzas para evitar darle un puñetazo al desgraciado frente a ti que se queja porque el cajero demora demasiado?

»¿O cuando tu mejor amiga te llama y te dice que no puede soportar más y todo lo que puedes hacer es rogar no llegar tarde? —Las lágrimas caían libremente. Se frotaba las mejillas con la base de las palmas, furiosa porque no podía detenerlas—. ¿Crees que no tuve días en los que necesité de todas mis fuerzas para superar los siguientes cinco minutos? ¿Y los cinco siguientes? —Se ahogó y luchó por recuperar el aliento.

»¿O que no me he parado frente a mi caja fuerte, donde guardo las armas, y pensé en lo fácil que sería una bala, y así el dolor terminaría? —Apretó los dientes y dio un paso atrás—. Es una decisión consciente cada maldito día de levantarte y prometer a las personas que te aman que no las abandonarás. Que no tomarás la salida fácil y los dejarás con esa interminable fuente de dolor con la que deberán vivir por el resto de su vida.

—Bree... —La luz comenzó a volver a su mirada. Era una luz dolorosa, resaltada por el brillo de las lágrimas.

—Vete al diablo, Jase. ¿Así es cómo proteges esto? —Se señaló el pecho—. ¿Así es cómo peleas? Mentira. —El llanto la invadió y le comprimió el pecho con su fuerza.

—Bree. —Su voz se quebró cuando pronunció el nombre de ella.

Perdida en su dolor, dio media vuelta y regresó a ciegas a la cocina. El dolor en el pecho le daba punzadas con cada latido. Salió furiosa por la puerta

mientras Jase gritaba su nombre.

Buscó a tientas las llaves y cerró de un portazo el auto. Las luces delanteras iluminaron a Jase cuando salió tras ella a los tropezones. Las ruedas chirriaron sobre el cemento al tiempo que ella apretaba el acelerador y retrocedía en un ángulo amplio alrededor de la camioneta. Puso un cambio y avanzó a toda velocidad por el camino de tierra. Lloraba y se limpiaba las lágrimas con furia mientras conducía hacia la única persona con la que siempre podía contar.

CAPÍTULO 20

Jase se tropezó en el borde entre el cemento y el césped. Con los reflejos adormecidos por haber ahogado sus penas durante todo el día, no pudo evitar caer despatarrado sobre la superficie áspera. El dolor que irradiaba de su mejilla cuando rebotó contra el cemento no era nada, comparando con el dolor en el pecho. Se incorporó sobre las rodillas y observó desaparecer las luces traseras del auto de Bree. Rugió en la noche y golpeó el piso con los puños.

—¡Maldición! ¡Maldición! ¡Maldición!

Lo había vuelto a hacer. Había perdido a su mejor amigo por su condenado egoísmo. Ahora podría haber perdido a la mujer que amaba. Sus palabras le habían atravesado el pecho y arrancado el corazón. El dolor en el pecho latía al ritmo de donde su corazón solía estar al tiempo que admitía la verdad. Dejó caer la cabeza al suelo y se quedó encogido. *Bree*.

Odiaba ese maldito día. Se había olvidado. Realmente olvidado de qué día era. Ni siquiera lo habría recordado si un participante de la excursión no hubiese hecho un comentario al pasar sobre la fecha. En ese momento, se odió a sí mismo. Odió haber olvidado que él era la razón por la que Tony estaba muerto. Odió la felicidad que había vivido durante las últimas semanas, mientras que Tony no estaba vivo para ser feliz.

Bree no había merecido todo lo que le había dicho. Solo quería que se fuera. Que no lo viera así, hundido en la miseria. Era un maldito desgraciado.

El dolor de ella había resonado con cada palabra pronunciada y le había desgarrado el corazón como una concertina que desgarraba la piel. La había decepcionado: había roto su promesa de protegerla.

Regresó tambaleando a la casa y cayó boca abajo sobre el sofá. Mañana la

compensaría por todo. Se disculparía. Se humillaría. Cualquier cosa por borrar la agonía de su rostro. Cualquier cosa por tenerla de nuevo entre sus brazos. Por cumplir la promesa que le había hecho.



LA PUNZADA constante y dolorosa en la base del cráneo lo despertó. La luz brillante del sol entraba por las ventanas y se cubrió los ojos para agregar una capa de oscuridad. Tenía la mejilla húmeda y levantó la cabeza de entre su saliva. Se limpió con el dorso de la mano y masajeó el raspón.

—Auch. Maldición. —Se puso boca arriba, y el estómago se revolvió—. Maldición.

Salió corriendo al baño, pateando botellas vacías por el camino. Vació el estómago y se lavó la boca. Se dejó caer al suelo, contra la pared junto a la puerta. Apoyó los codos sobre las rodillas y las manos sobre la cabeza.

Bree. Maldición.

Se golpeó la cabeza contra la pared. El reloj marcaba las nueve y treinta. Gruñendo, luchó por ponerse de pie y fue a buscar el teléfono.

Buscó entre sus contactos hasta encontrar el número de la oficina. Mientras sostenía el móvil en su oreja, observó el desastre que había en la sala. El timbre de llamada resonaba como la sirena de los bomberos.

—Fisioterapia. ¿En qué lo puedo ayudar?

—Ah, sí. —Se aclaró la garganta—. La doctora Marks, por favor.

—Lo siento, señor, se ausentó por enfermedad. ¿Quiere dejarle un mensaje o prefiere hablar con algún otro prestador?

Se agarró del pelo y caminó de un lado al otro, detrás del sofá.

—No, gracias. Llamaré mañana.

Maldición. Buscó entre los contactos favoritos y marcó al móvil de Bree.

—Soy Bree. Deja tu mensaje.

—¡Maldición! —Apoyó las manos sobre el respaldo del sofá y se inclinó hasta dejar caer la cabeza entre los brazos estirados.

Suspiró profundo y se irguió. Recorrió la lista con el pulgar y se quedó mirando el nombre del contacto. Oprimió el nombre.

—Eres un maldito imbécil. —Denise cortó.

Bueno, Bree había hablado con ella. Llamó otra vez.

—¿Estás bromeando? —Si los móviles pudieran hacer más ruido al cortar,

estaba seguro de que ella lo hubiera descargado con fuerza. Respiró profundo y volvió a llamar.

—Que te la corten, hijo de perra.

Una vez más.

—Denise, déjame...

—Nunca más, maldito.

Eso era mentira. Seguiría llamando hasta que le dijera dónde estaba Bree.

—Denise, por favor. Ella no responde el teléfono.

—No me digas. ¿De verdad esperabas que lo hiciera?

—Denise, estoy tratando de arreglar las cosas. Fui un imbécil. Lo sé. Pero no puedo disculparme si no hablo con ella. En la clínica me dijeron que estaba enferma. No tengo el número de su abuela y no sé a quién más llamar.

Silencio. *Por favor, Denise, ayúdame.* Era más probable que estuviese pensando en cómo destriparlo. Por las dudas, decidió sincerarse.

—La amo. Lo arruiné. Necesito arreglarlo.

Denise suspiró.

—Está en casa de la abuela. Haven Springs Village. Número 42.

—Gracias.

—No hagas que me arrepienta. —Cortó.

Se duchó rápido y se lavó los dientes. Se pasó las manos por el pelo mojado, se vistió y tomó una manzana de la mesada. Buscó cómo llegar a Haven Springs Village en el móvil mientras se subía a la camioneta.

Jase estacionó en el sector para visitantes, a poca distancia del número 42. Después de respirar profundo, se bajó y caminó hasta la pequeña cabaña. Abrió la puerta mosquitera, pero dudó antes de golpear. Lo asaltó la duda. ¿Cómo reaccionaría ella con su presencia? ¿Aceptaría verlo? ¿Le permitiría disculparse? Se armó de valor. No importaba. Arreglaría las cosas. Debía hacerlo. De ninguna manera la dejaría ir sin luchar.

La puerta se abrió antes de que pudiera apoyar los nudillos.

—Hola, Jase. ¿Quieres entrar? —La invitación amable de Vivienne Coffee fue lo último que había esperado.

—Gracias, señora Coffee. —La siguió al interior y cerró la puerta detrás de él.

—Llámame “Vivienne”, querido. Siéntate. ¿Té helado?

—Sí, señora. —Se sentó en la mesa de la cocina y la observó moverse afanosamente. Echó un vistazo a la cabaña bien equipada. A través del diseño de espacio abierto, advirtió la foto de Bree del servicio militar sobre la

chimenea de la sala y se acercó a mirarla. Una Bree más joven lo miraba desde un marco de plata. Tenía el pelo corto, justo debajo de las orejas. Estaba seria, como todas las fotos de entrenamiento básico solían ser. Observó otras fotos: Bree de niña o de adolescente. La foto de un hombre en uniforme de la Segunda Guerra Mundial: su abuelo.

En el centro de la chimenea, en una ubicación prominente, había una estrella de bronce enmarcada con una V. Al lado, la mención. La levantó, sorprendido al ver el nombre de Bree.

MENCION QUE ACOMPAÑA la entrega de la estrella de bronce con una v por acto heroico en acción contra un enemigo armado, durante su servicio como miembro del equipo de apoyo cultural durante la operación Libertad Duradera.

—ES UNA MUJER EXTRAORDINARIA. —Vivienne lo interrumpió antes de que pudiera terminar de leer la mención—. Pero eso ya lo sabías.

—Así es, señora. —Volvió a colocar el marco sobre la chimenea. Demonios, le debía una disculpa enorme. Había sido un imbécil engreído. Se unió a Vivienne en la cocina y aceptó el vaso que le ofreció.

—Está durmiendo ahora. Me fijé cuando oí pasar tu camioneta. —Él asintió, sin saber adónde llevaría ella la conversación—. Seré honesta: dudo de permitirte verla. No ha estado tan retraída desde que volvió de Afganistán, después de lo sucedido. —Señaló la mención—. El hecho de que estés aquí revela mucho de ti, así que estoy dispuesta a darte el beneficio de la duda.

—Gracias. No sé qué le contó sobre anoche, pero cometí un error. —Bajó la mirada al vaso que tenía en la mano.

—No me contó nada. Apareció aquí anoche con Polly y con Charlie; por eso supe que pasaba algo malo. Esta mañana se levantó a desayunar y luego regresó a la cama.

—Supongo que no quiso dejar solos a los perros con todo lo que ha pasado.

Vivienne ladeó la cabeza y lo contempló por un momento.

—Jase, querido, Polly es un animal de soporte emocional. Bree lo adoptó cuando le diagnosticaron TEPT. Ayuda a Bree cuando sus emociones la

sobre pasan. O cuando se refugia en sí misma.

Jase se reclinó en la silla. No tenía idea. ¿Cuántas veces había visto a Polly apoyarse sobre Bree? Frunció el ceño. Cada vez que Polly se había pegado a Bree, ella había estado molesta o estresada.

—No lo sabía. Solo me parecía una perra dulce.

—Oh, lo es. Bree no depende tanto de ella como antes. No ha sido necesario.

Jase se pasó las manos por el pelo. La culpa y el remordimiento lo golpearon como olas contra una costa rocosa durante una tormenta. Al menos esa vez podía hacer algo.

—¿Puedo hablar con ella?

—Por el pasillo, a la izquierda.

—Gracias.

—No me agradezcas todavía —le advirtió—. Aún debes hablar con Bree.

Él asintió y caminó por el pasillo corto. Se detuvo frente a la puerta del dormitorio y respiró profundo. Abrió la puerta despacio, entró a la habitación oscura y apenas pudo distinguir la figura de Bree acurrucada en la cama. Charlie se levantó de su ubicación a los pies de la cama. Pasó junto a Jase y salió. Polly levantó la cabeza de donde descansaba sobre las rodillas de Bree y movió la cola. Jase cerró la puerta y caminó hacia ella. Polly se levantó y saltó de la cama.

Él tomó a Bree entre sus brazos y acercó el cuerpo. Su respiración era entrecortada, prueba de que había estado llorando. Él se estremeció. Maldición, lo había arruinado.

Ella movió la cabeza sobre la almohada. Se puso rígida, pero él la abrazó más. Su silencio lo lastimaba. Le besó el hombro.

—Lamento lo que dije anoche. Quisiera explicarte. —Ella permaneció en silencio, así que lo tomó como una autorización—. Siempre supe que quería formar parte del Ejército. Nunca esperé que Tony me siguiera. En mi egoísmo, me alegré de que así fuera. Hicimos juntos el entrenamiento básico. Las escuelas de Infantería y de Exploradores. Finalmente, la escuela de Rangers. Estaba tan orgulloso de Tony... No pensé que él pudiera salir adelante, pero me sorprendió. Maldición, hasta me sacó a mí adelante muchas veces. Ambos recibimos órdenes para trasladarnos a Savannah con el Primer Batallón. Misiones consecutivas a Irak y luego a Afganistán. Con esto terminamos. No podíamos soportar más.

»Ambos teníamos TEPT. Tengo —se corrigió—. Para mí, es “tengo”. Pero

lo manejamos de manera diferente. Tony prácticamente se convirtió en ermitaño. Apenas salía de la casa para ir al mercado. Compré la casa por el terreno. Nos daba espacio. Hay un estanque a unos ochocientos metros de la casa. Lo poblamos para tener un lugar donde pescar sin tener que viajar a otra parte. Él se iba a pescar y, cuando regresaba, era casi como si hubiera recuperado a mi mejor amigo. No duró mucho. —Respiró profundo; sentía pavor por lo que tenía que decirle a continuación—.

Yo lidiaba con las cosas de manera opuesta. Salía todas las noches y me emborrachaba. Cada noche llevaba a casa una chica distinta.

Ella volvió a ponerse rígida.

—No estoy orgulloso de cómo manejaba las cosas. O de cómo no las manejaba. Quería escapar. Buscar un modo de ahogar la ira y la amargura. Comencé a resentir a Tony. —Susurró la horrible admisión—. Siempre quería que saliera con él. Que habláramos de lo que había pasado. No lo hice. Yo quería olvidar. Quería enterrarlo en lo más profundo para que jamás volviera a salir a la luz. Comencé a evitarlo. A ignorar sus llamadas.

Respiró profundo. Momento de la verdad. Tenía que sacar lo peor. La vergüenza. La culpa. Lo odiaría cuando se enterara, aunque no podía odiarlo más de lo que él se odiaba a sí mismo.

—La noche en que se suicidó, me llamó. Lo ignoré. Apagué el móvil y seguí de fiesta. Me fui a casa con alguna chica, a la que no podría reconocer en una rueda de identificación. Lo encontré al día siguiente. Había una botella de whisky y píldoras junto a él. No dejó una nota. Solo el dibujo que está arriba de mi chimenea.

La respiración de Bree volvió a entrecortarse mientras hundía los dedos en los antebrazos de Jase. Apoyó el rostro en el brazo de él e intentó ahogar un sollozo. Las lágrimas rodaron desde sus mejillas hasta la piel del brazo. Él le dio otro beso en el hombro. Polly volvió a trepar a la cama y gateó hasta ellos. Apoyó la cabeza en sus brazos entrelazados y gimió. Jase colocó una mano sobre la cabeza de Polly y la acarició con el pulgar encima de un ojo.

—Jase... —Bree pronunció su nombre entre sollozos.

—Todavía no. Déjame terminar.

Ella asintió. Él volvió a respirar profundo y regresó la mano al brazo de ella.

—Me destrozó darme cuenta de que él me había llamado en el peor momento de su vida y yo lo había ignorado. Dejé de beber. Dejé las fiestas. Comencé a ver a un terapeuta en el Departamento de Asuntos Veteranos y fui a

terapia grupal. Durante una de las sesiones, algunos de nosotros hicimos planes para ir de campamento. Fue genial. Una de las primeras veces en que nos habíamos relajado de verdad. Seis meses más tarde, comencé con V. E. T. Adventures. Hablé con la señora Carol sobre el tema, y ella me ayudó a sacarla adelante.

»Estaba... bien con mi vida. Tenía una rutina. Algunos amigos cercanos. Salía de vez en cuando y me desahogaba, pero nada alocado. Tuve algunas citas, pero nada serio. —La sostuvo con más fuerza—. Hasta esa noche en que entraste a The Deck. Reíste, y eso solucionó todo. Como coser una herida. Esa fue la mejor noche que puedo recordar en mucho tiempo. Cuando desapareciste a la mañana siguiente, esa parte de mí volvió a abrirse. Me hiciste querer volver a sentirme completo. Pero también me hiciste olvidar. —Ella se quedó quieta y él se apresuró a decir—: No es algo malo. O no debería ser algo malo. Pero mi sentimiento de culpa no me dejaba verlo. Lo tomé como una traición a Tony el no haberme acordado. El haber estado tan feliz que había olvidado, aunque fuera por un instante, que él no estaba aquí para ser feliz también. Sabía que, si te quedabas anoche, volvería a olvidarlo, y por eso te atacué.

»Verte salir fue mil veces peor que encontrar a Tony. La idea de no tenerte en mi vida me hizo trizas. Destrozó todos los pedazos que tú habías unido sin siquiera saberlo. Te amo, Bree. No puedo perderte también. Destruiría mi mundo. —El cuerpo de ella se sacudía por la fuerza del llanto—. Bree, shhh. Por favor, no llores. Cariño, estás matándome.

Ella se movió de repente y apartó a Polly. Hundió la cabeza debajo de la barbilla de él y se aferró a su remera. Tomó solo unos segundos que las lágrimas mojaran la remera. Él le frotó la espalda y el pelo mientras intentaba calmarla. La cubrió de pequeños besos en la frente y en la mejilla. Ella giró la cabeza y sus bocas se encontraron. Él saboreó lo salado de sus lágrimas en sus labios y se apartó para mirarla. Le quitó el pelo del rostro, miró sus ojos azules hinchados y se odió un poco más.

—Lo siento —susurró ella.

—No lo hagas. No tienes nada por que disculparte.

—Lamento que hayas perdido a tu mejor amigo.

—Yo también. Le habrías caído bien.

—Lamento que hayas pasado por eso.

—Yo también. Lo extraño. Me odio por no haber estado para él.

Más lágrimas se acumularon en los ojos de Bree. Abrió uno de los puños y

posó la mano sobre el rostro de él. Con los dedos rozó el punto en carne viva en la mejilla. Buscó su mirada.

—Te amo. Aún estoy aterrada. Tienes un poder inimaginable para lastimarme.

—Lo prometo, Bree. Te prometo que haré todo lo que pueda para jamás hacerte sentir de esta manera.

Ella asintió y respiró profundo. Él la besó suavemente. Ella abrió la boca y le tocó el labio inferior con la lengua. Él separó los labios y ella entró. El beso fue amable. Lánguido. Un bálsamo para los dos. Ella se apartó, con expresión indescifrable.

—¿Qué sucede? —preguntó él.

—Necesito sonarme la nariz.

Él sonrió y abrió los brazos.

CAPÍTULO 21

Puaj, qué asco.

Ella arrojó el montón de pañuelos de papel a la basura y volvió a sonarse la nariz antes de echarse agua en el rostro. No había manera de ocultar los ojos hinchados y el rostro manchado. No era una de esas mujeres que eran lindas cuando lloraban. Al salir del baño, oyó la voz de Jase en la sala. Y la de Denise.

Oh, cielos.

La alfombra gruesa se sentía suave mientras caminaba por el pasillo corto. Denise estaba apoyada sobre la mesada de la cocina, con los brazos cruzados, y observaba a Jase, quien estaba sentado a la mesa con la abuela. Se reunió con Bree cerca de la isla y la abrazó con fuerza.

—Traje una pala —le dijo lo suficientemente alto para que Jase la oyera.

Bree rio sobre el hombro de Denise, cerca del borde fino con la histeria emocional. No sabía si podría soportar más ese día. Se sentía muy en carne viva después de tanto tiempo de adormecimiento.

—¿Estás bien? —inquirió Denise.

—Sí. No.

El muro que había construido con tanto cuidado a su alrededor estaba hecho escombros. Jase había chocado con este con la fuerza de una topadora. Le dolía el corazón. Por Jase y por la señora Carol. Por Tony. Por todo lo que había tenido que sentir en ese último día.

—¿Estás mintiendo?

—Un poco. Pero estaré bien.

—Lo supuse cuando no vi manchas de sangre en la alfombra.

Bree resopló.

—Como si la abuela me hubiese dejado manchar la alfombra.

—Tengo una lona grande en el depósito —acotó la abuela.

Bree interrumpió el abrazo. Jase tenía los ojos un poco más abiertos, sentado en una habitación con mujeres que debatían tranquilamente sobre cómo deshacerse de su cuerpo.

—Estarás bien —afirmó ella—. Están bromeando... Algo así. —Miró a Denise—. ¿Hace cuánto que estás aquí?

—No mucho. Unos quince minutos.

—¿Puedo pedirte que te vayas para que podamos terminar de hablar? —preguntó Bree en voz baja.

—Denise, ¿por qué no vienes conmigo a la cafetería? —La abuela debió haberla escuchado. O la conocía lo suficiente para entender que necesitaba unos minutos.

—Claro. Me vendría bien algo de cafeína. —Denise frotó el brazo de Bree antes de seguir a la abuela por la puerta.

Jase se puso de pie y acercó a Bree hacia él. Ella le rodeó la cintura con los brazos y apoyó la cabeza sobre su pecho. El corazón de Jase latía rítmicamente junto a la oreja de Bree.

—¿Estamos bien? —Su voz retumbaba en su pecho y la hacía estremecer.

—Lo estaremos. Solo necesito un poco de tiempo.

—Bree. No me compartimentes.

Ella se quedó quieta, sin pestañear. Eso era exactamente lo que acabaría haciendo. Lidar con el dolor significaba ocultarlo en lugares adonde ella no tenía que ir. Era la única manera que conocía de lidiar con las emociones que la invadían.

—Necesito un día o dos para procesar todo lo que estoy sintiendo ahora.

Jase apartó una de las manos de la espalda de ella y se la colocó sobre la mejilla. Le echó suavemente la cabeza hacia atrás para obligarla a mirarlo.

—Sal conmigo.

—¿Qué? —Ella frunció el ceño.

—En una cita. Te daré tu día, pero debes ir a cenar conmigo mañana.

—¿Me estás pidiendo una cita? ¿No estamos un poco al revés?

Él sonrió.

—La verdad es que no hicimos esto de la manera habitual. Y quiero verte con un vestido.

¿Podían hacerlo de la manera normal? Parecía que daban un paso atrás. Habían dicho que se amaban, y ahora él le pedía una cita.

—No pienses de más. Es mi modo de darte tu espacio sin darte la posibilidad de dejarme afuera —continuó él.

Ella bajó la mirada hacia el pecho de él. Estaba actuando con su habitual actitud autoritaria, pero también tenía razón. Si la dejaban actuar por su cuenta, encontraría el modo de distanciarse en un esfuerzo por lidiar con todo lo que estaba sintiendo. Sin apartar la vista del pecho de él, asintió.

—De acuerdo.

—¿De acuerdo?

Ella lo miró y sonrió.

—De acuerdo, saldré contigo.

La sonrisa de él era amplia y franca. Jase le tomó el rostro entre las manos y la besó. Boca cerrada, dulce y casto. No obstante, un deseo carnal le recorrió las venas a Bree. Separó los labios para profundizar el beso, pero él se alejó. Con el pulgar rozó el arco de sus cejas.

—Si te beso como quisiera, no me iré, y podría ser un poco incómodo cuando tu abuela y Denise regresen.

Eso debería apagar su deseo como un balde de agua sobre el fuego, pero no fue así. Incluso con la agitación que sacudía su corazón y su mente, su cuerpo lo deseaba. Su respuesta física contradecía sus palabras anteriores.

—Deja de mirarme así mientras trato de hacer lo correcto —pidió él—. ¿Está bien a las seis y treinta?

—Debería. No estoy segura de cuándo es mi última cita médica. Si es más tarde de eso, te avisaré.

—Llámame esta noche, antes de irte a dormir. —La besó en la frente y luego al costado del ojo. El modo suave y tierno en que la sostenía lo salvó de que lo llamara “mandón”.

—De acuerdo.

—De acuerdo. —Otro beso casto. Se apartó de ella y cruzó la sala. Abrió la puerta, miró por encima del hombro y le guiñó un ojo.



BREE TOMÓ un vaso de la alacena y se sirvió agua de la jarra que estaba sobre la mesada. El agua le suavizó la garganta, hinchada de tanto llorar. *Necesito una cerveza.* Un par de tragos no le vendrían mal, pero la abuela solo tenía vino en la casa. La abuela y Denise regresaron con vasos de café.

—¿Dónde está Jase? —inquirió la abuela.

—Se fue. —Bree tomó el vaso que Denise le ofreció.

—¿Él qué? —El enojó tiñó el tono de Denise—. Creí que habías dicho que estaba todo bien.

—Lo está. Le dije que necesitaba un poco más de tiempo.

—¿Y estuvo de acuerdo? —Denise entrecerró los ojos.

—Algo así. Me dijo que me daría un día, pero solo si salgo con él.

—¿Qué? ¿Como en una cita?

Bree dejó escapar una breve risa.

—Sí, como en una cita.

—Ajá. —Denise atravesó la pequeña cocina y se dejó caer sobre uno de los sillones reclinables de la sala—. Te dije que él no te dejaría ir muy lejos.

Bree revoleó los ojos. La abuela la tomó suavemente de los hombros. Escudriñó el rostro de Bree y le acomodó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—¿Quieres hablar sobre lo que sucedió?

Bree tragó con fuerza. Nunca se había sentido cómoda hablando con la abuela sobre sus problemas. No quería cargarla con el dolor, las pesadillas ni la culpa. Pero, si iba a dejar de compartimentar las cosas, tal vez debería comenzar con la persona que más la amaba.

—Vamos a sentarnos. —Bree se sentó en un extremo del sofá y acomodó las piernas debajo de ella. Bebió un poco de café y quitó una gota de espuma que había quedado en la tapa. Polly subió al sillón y se acurrucó junto a ella—. El mejor amigo de Jase, Tony, se suicidó hace unos años. Jase se culpa a sí mismo.

—¿Por qué? —indagó la abuela.

—La noche en que Tony se mató, había llamado a Jase, y él había ignorado la llamada. Jase encontró a Tony al día siguiente. —Miró a Denise, quien esquivó la mirada.

—Bueno, ahora desearía haberle dado un abrazo —señaló la abuela—. Debe sentirse muy culpable.

—Así es. Este año fue muy malo.

—¿Por qué? —inquirió Denise.

—Se olvidó. Por mi culpa.

—¿Qué diablos...?

—Denise. Modales —la reprendió la abuela—. ¿Por qué te culpa, cariño?

—En realidad, no me culpa. Está feliz. Debido a mí. Pero eso lo hace

sentir aún más culpable.

—¿Qué pasó anoche? —indagó Denise.

Bree frotó las orejas de Polly, que le lamió el brazo.

—Deja de lamerme. —Bajó el hocico de Polly y se limpió el brazo en la remera—. Fui a su casa después de haber hablado con la señora Carol.

—¿Quién es la señora Carol? —preguntó la abuela.

—La madre de Tony. También es la recepcionista de Jase. —La abuela asintió—. Pasé por la casa de él, y estaba borracho. Me dijo que yo no entendería lo que él estaba pasando y me pidió que me fuera.

—¿Qué hiciste? —inquirió Denise.

Bree le dirigió una mirada hosca.

—Perdí los malditos estribos. Luego vine aquí. —La abuela le dejó pasar el vocabulario utilizado.

Denise la contempló.

—¿Cómo estás, realmente?

—En carne viva. —Bree se encogió de hombros—. Más emocional de lo que quisiera estar.

La abuela se levantó del sillón y se sentó al otro lado de Polly. Bree apoyó los pies en el suelo, y la abuela se inclinó lo más que pudo y le tomó las manos. Se las quedó mirando antes de mirar a Bree.

—Me recuerdas tanto a tu abuelo... Cuando regresó de la guerra, estaba diferente. En esa época se llamaba “neurosis de guerra”. Se encerraba en el despacho durante días, trabajando en ideas. Me preocupé por años. De manera similar, me preocupo por ti.

Bree dejó caer la cabeza sobre el hombro de la abuela, y las lágrimas volvieron a acumularse. Polly le lamió la barbilla. El amor simple y confiable de la abuela la inundó.

—No tienes que preocuparte por mí, abuela.

La mano fresca de la abuela, con un leve aroma a su loción cítrica, se posó sobre la mejilla de Bree.

—Siempre me preocuparé por ti, mi querida niña. No importa lo que pase. —Le besó la frente y se puso de pie—. Solo prométanme que están hablando con alguien. —Miró a Bree y luego a Denise.

—Lo estoy haciendo. Lo prometo.

—¿Denise?

—También, señora.

Ella asintió.

—Me voy al Bingo. Regalarán un lector de libros electrónicos. ¿Se quedarán a cenar?

—Yo iré a lo de Sarah —respondió Denise.

Bree echó la cabeza atrás.

—Yo me iré a casa.

—De acuerdo. Háganse un tiempo la semana que viene para venir a cenar. Trae a Sarah y a los niños. —La abuela se inclinó y besó a Denise en la mejilla. Unos pasos cortos la acercaron a Bree y repitió el gesto—. Las quiero, chicas. Cierren con llave.

—También te quiero, abuela. —Ella y Denise se observaron unos momentos.

—¿La verdad? —pidió Denise cuando la abuela cerró la puerta detrás de ella.

—Tuve días mejores.

Denise respiró profundo.

—¿Llamarás a la doctora Tailor?

—La llamé esta mañana. Tenía disponibilidad la semana que viene. ¿Tú?

Denise asintió.

—Mañana. Con todo lo que pasa con Sarah, necesito hablar con ella. —Se puso de pie y rascó las orejas de Polly—. Me voy a casa. ¿Sigue en pie lo del fin de semana?

—Por lo que sé, sí. Verificaré esta noche cuando hable con Jase.

—Avísame.

—De acuerdo.



—BUENOS DÍAS, doctora Marks.

—Buenos días, Cindy. —Bree dejó el bolso en el piso, junto al escritorio, y se sentó.

—¿Se siente mejor? No se ausenta muy seguido.

Bree terminó de encender la computadora y giró para mirar a Cindy, quien estaba de pie apenas cruzando el umbral de la oficina.

—Sí, gracias. Creo que fue uno de esos virus pasajeros. —No se sentía bien mintiendo, pero un “Necesitaba recuperarme de una crisis emocional” no era la mejor razón para ausentarse—. ¿Pudiste reprogramar todas las citas de

ayer?

—Pude programar la mayoría para la semana siguiente, pero tuve que ampliar su horario de atención.

—¿A la mañana o a la tarde?

—Ambos. —Cindy hizo una mueca en señal de disculpas.

Bree revisó el cronograma y advirtió dónde Cindy había agregado citas. Tendría unos días muy largos la semana entrante. La única otra opción era cancelar la ausencia del viernes y perderse el campamento. No era una opción. Jase se había sentido aliviado porque aún quería ir, y no quería decepcionarlo al cancelar. Volvió su atención a Cindy.

—Está bien. ¿Puedes tener una lista a mano de todos los que tuviste que reprogramar? Si alguien llama para cancelar, utilízala para ofrecer ese lugar.

—Ya hice la lista.

—Eres la mejor, gracias.

—Por nada. ¿Está segura de que está mejor? No parece estar al cien por ciento.

Nada como que le dijeran que se veía terrible.

—Estoy bien. Lo prometo.



EL TIMBRE SONÓ JUSTO cuando tocó la canilla de la ducha.

Por supuesto.

Se envolvió en la bata de franela desgastada y la ató con fuerza. Por la mirilla vio a un joven con un arreglo floral. Quitó el cerrojo y entreabrió la puerta.

—¿Puedo ayudarlo?

—Hola. —Verificó el formulario en el sujetapapeles que llevaba—. ¿Brianna Marks?

—Sí.

—Son para usted. —Subió y bajó el florero, que contenía un abundante buqué de lirios de día blancos y amarillos intercalados con azucenas rosa y rojas.

Sorprendida, abrió la puerta del todo. Nunca le habían enviado flores.

—Gracias.

—¿Podría firmar aquí?

—Por supuesto. —Tomó el sujetapapeles y la lapicera, y garabateó su firma donde él le había indicado.

Él hombre tomó el sujetapapeles y le entregó el arreglo floral.

—Que tenga buen día.

—Gracias. Usted también. —Bree cerró la puerta y echó el cerrojo mientras buscaba la tarjeta. El pequeño sobre blanco estaba metido debajo de un pétalo rojo.

En blanco. *Mmm...*

Los pétalos cerosos se sentían suaves entre sus dedos. Flores. Sin ninguna razón. Le dolieron las mejillas por la enorme sonrisa que no pudo reprimir. Después de colocar el florero en el centro de la mesa del comedor, fue bailando por el pasillo hasta su habitación. Tenía que prepararse para una cita.

CAPÍTULO 22

Sonó el timbre, y un perro ladró al otro lado de la puerta. Charlie, probablemente. Había notado que Polly no era de ladrar mucho.

Jase se pasó la mano por la corbata, intentando calmar los nervios. La última vez que recordaba haber estado nervioso por buscar a una mujer para una cita había sido en el baile de graduación en la secundaria. La adrenalina lo tenía inquieto, y puso las manos en los bolsillos.

El ruido de tacones sobre el piso de madera señaló que Bree se acercaba. Debería haberse preparado antes de que ella abriera la puerta. Perdió el aliento.

Una pequeña piedra celeste descansaba en el hueco de su garganta. Continuó con la mirada hacia la V profunda que formaba el vestido azul sin mangas, que exponía la suave curva de su escote. El largo pelo castaño rojizo caía en ondas sobre el hombro, y las puntas terminaban alrededor de los pechos. Bajó por la falda corta y acampanada, hasta las piernas tonificadas y los zapatos sensuales. Una imagen de esos zapatos con tiras alrededor de las caderas de Jase casi rompió su determinación. Cielos, debía estar tratando de torturarlo. Tragó con fuerza y cambió la postura, tratando de hacer lugar para la erección que presionaba fuerte contra el cierre.

Volvió a subir con la mirada por el cuerpo de ella, y se encontró con sus ojos azul zafiro. Eran de un tono un poco más claro que el vestido y brillaban con una mirada risueña. Una sonrisa se dibujaba en los labios pintados de morado. Sintió un leve aroma a jazmín.

—Hola —saludó ella.

—Hola.

Se miraron por unos momentos. Los tacos la elevaban varios centímetros,

así que sus ojos quedaron casi a la misma altura.

—¿Aún vamos a ir? —preguntó ella.

—¿Qué?

—A cenar. En una cita. ¿Aún vamos a ir?

El cuerpo de él se sacudió cuando logró salir del aturdimiento.

—Sí —respondió en un volumen un poco alto—. Sí, aún vamos. —Le tomó la mano y la guio hasta la camioneta. Abrió la puerta y esperó para ayudarla a subir; no estaba seguro de si podría hacerlo sola con esa falda.

—Tú también te ves bien. —Ella le guiñó un ojo y se subió a la camioneta mostrando demasiado muslo.

Cielos. Se frotó la boca con la mano y cerró la puerta mientras ella reía. Ella lo tenía bien calado. Jase sonrió y caminó alrededor del capó. Después de abrocharse el cinturón, se dio vuelta con una mano sobre el volante.

—Estás hermosa.

—Gracias. —Ella se inclinó hacia él y se encontraron en el centro. Los labios de ella eran suaves y flexibles. Él gruñó por lo bajo al tiempo que imágenes eróticas de esos labios sobre su cuerpo se acumulaban en su mente. Ella creó un pequeño espacio entre los dos.

—¿Está todo bien?

—Me está costando un esfuerzo enorme no arrastrarte de nuevo adentro, desnudarte y penetrarte mientras clavas esos tacos en mi trasero.

Un pequeño grito ahogado escapó de la boca entreabierta de Bree, y sus mejillas se enrojecieron.

—¿Y tú quieres que... ehm...? —Se mojó los labios—. ¿Quieres que aliente o desaliente esos pensamientos? —Su pecho subía y bajaba con la respiración acelerada.

Él se obligó a decir lo correcto. No volvería a arruinar las cosas. Ella le había pedido espacio; se lo daría hasta que le dijera que ya no lo necesitaba. Sin importar lo que sus cuerpos quisieran.

—Necesito que me desalientes.

—Ah... —Su decepción era evidente. Se mordió la esquina de la boca. Él estaba listo para arrepentirse, pero ella se apartó y se apoyó contra la puerta—. ¿Adónde iremos a cenar?

Las palabras sonaron indiferentes, pero los dedos cerrados en puño sobre el regazo la delataron. Él giró la llave, agradecido de que uno de los dos fuera fuerte.

—Catch 22.

—Guau. ¿De verdad? ¿Cómo conseguiste reservación? Tuve que llamar cuatro meses antes para poder llevar a la abuela para su cumpleaños.

—Pedí un favor. El dueño es un amigo.

—Hurra por los favores.

Espió su escote de reajo. Luego, una vez más. Deseaba recorrer con los dedos las pecas en su delicada piel. Necesitaba algo trivial para quitar la mente de su cuerpo. Algo inofensivo.

—¿Qué tal el trabajo?

—Bien. Mi asistente pudo reprogramar todas mis citas de ayer.

—Maldición. —Ni siquiera había pensado en eso—. Lo siento. —La miró mientras tomaba la autopista hacia Raleigh.

—No te preocupes. —Le apoyó una mano sobre el brazo—. No es gran cosa. No es la primera vez que me ausento.

Él le tomó la mano y entrelazó los dedos. La levantó y le dio un beso en los nudillos, lo que le valió una sonrisa por parte de ella. Apoyaron las manos sobre la consola central, y él la mantuvo allí hasta que tuvo que hacer un cambio para salir de la autopista.

En la puerta del restaurante, el aparcacoches tomó las llaves a cambio de un recibo, y Jase trotó por el frente de la camioneta.

—Yo la ayudo. —Palmeó el hombro del segundo aparcacoches para apartarlo. Bree tenía ambos pies frente a ella, preparada para bajar. Él la colocó con suavidad en el piso y la observó mientras ella se alisaba la parte trasera de la falda.

—¿Lista?

—Sí.

La decoración era rústica. Columnas de madera áspera interrumpían el espacio amplio, lo que creaba la ilusión de habitaciones más pequeñas. Luz tenue y velas colaboraban con la sensación de intimidad.

—Bienvenidos a Catch 22 —saludó la recepcionista.

—Hola. Tengo una reservación.

—¡Jase!

Se dio vuelta al oír su nombre.

—Scott. Hola, amigo. —Soltó la mano de Bree para darle un abrazo. Acercó a Bree a su lado—. Scott, ella es Bree. Bree, Scott. Creador de las raciones de campaña gourmet.

Scott rio.

—Hace casi diez años que no cocino raciones de campaña. Un gusto

conocerle, Bree.

—Un gusto, Scott. Adoro tu restaurante.

—¿Ya habías venido?

—Un par de veces, en ocasiones especiales.

—Van a disfrutar de esta noche —les anunció Scott—. Son mis invitados especiales. Jenny, ¿puedes llevarlos a la mesa del chef?

Jase y Bree se apartaron a un costado para que la recepcionista se les uniera.

—Sígueme, por favor.

Scott le dio una palmada a Jase en el hombro.

—Disfruten la cena. Los veré en un rato.

—Gracias, amigo. —Jase y Bree siguieron a la recepcionista hasta una mesa pequeña, ubicada detrás del ajetreo de la cocina.

—Guau, de verdad pediste un favor —susurró Bree mientras colocaba la servilleta de tela sobre el regazo.

—No esperaba esto. Solo le pregunté si nos podía guardar un lugar.



EL TENEDOR de plata se deslizó entre los labios de Bree, y ella cerró los ojos y emitió un sonido de placer. Su lengua rosada se asomó. Se lamió la esquina de la boca y atrapó una gota de salsa que había quedado atrás.

Maldición, ella estaba tratando de matarlo. Estaba casi seguro de que Scott era cómplice. La última hora había sido tortura pura. Scott no escatimó en nada: hizo lo imposible por servirles una degustación completa del menú del chef. Estaban en el séptimo plato. Él no había probado nada.

—Oh, cielos. Está muy rico —gimió ella. Las imágenes eróticas en la mente de él no tenían nada que ver con la comida—. Juro que cada plato es mejor que el anterior.

Jase miró la comida que casi no había tocado. Tendría que creer en su palabra.

—¿Cómo está? —preguntó Scott desde el costado de la mesa.

—Tal vez sea la mejor comida que probé en mi vida. —Bree se mojó los labios—. Todo está delicioso.

—Jase, ¿todo bien?

—Sí. —El maldito le sonrió con superioridad.

—De postre, el maestro pastelero creó una torta de vaina de vainilla con ganache de chocolate blanco perfumado con lavanda y baño de crema de mantequilla y ron.

—Cielo santo —exclamó Bree—. Sí, por favor.

El pene de Jase comenzó a latir. No sobreviviría.

—Genial, haré que lo preparen enseguida. —Scott le sonrió antes de regresar a sus dominios.

Jase se sobresaltó cuando Bree le apoyó una mano sobre su muslo. Unos centímetros más arriba, y sus dedos delgados habrían rozado su erección. Tortura pura.

—Casi no comiste nada. —Movía la mano de un lado al otro por la cara interna del muslo.

Él le cubrió la mano con la suya para detenerla y apoyó la otra sobre el respaldo de la silla de ella. Se inclinó más cerca y rozó con la boca la suave piel debajo de la oreja. Ella ladeó la cabeza hacia él, y su aliento sopló levemente en la mejilla de él. Le susurró al oído.

—Estuve mirando tu boca toda la noche. Cada vez que comías un bocado, te mojabas los labios, emitías algún sonido por la comida en tu boca, imaginaba que le hacías lo mismo a mi pene. Mejor que cualquier película pornográfica que haya mirado. Estoy tan duro ahora que no creo que pueda salir de aquí sin ayuda.

Sintió el aliento de ella con más fuerza sobre su mejilla, y ella se movió para mirarlo a los ojos. Unos ojos azul oscuro, llenos de deseo, encontraron los de él.

—El postre. —Scott apoyó el plato frente a ellos con un ademán ostentoso. Bree desvió la mirada.

—¿Podemos llevarlo?

Scott rio.

—Claro.

—Y la cuenta —agregó Jase.

—No. Ninguna cuenta. Es mi regalo.

—Scott...

—Jase. No tomaré tu dinero.

Jase se puso de pie y ayudó a Bree a correr la silla. Estiró la mano hacia Scott.

—Gracias. —Lo rodeó con el otro brazo y le palmeó la espalda—. Eres un idiota. Lo sabes, ¿verdad?

Scott echó la cabeza hacia atrás y rio.

—Sí. Lo sé. La comida es pasión. Que Bree camine delante de ti para salir, así no asustas a mis clientes. —Volteó hacia Bree y le tomó una mano entre las suyas—. Fue un placer conocerte. Cuando quieras venir, llámame.

—Gracias. Estuvo maravilloso.

—Disfruten el resto de la noche.



LA MANO de Jase sobre la parte baja de la espalda de Bree la quemaba a través de la delgada tela del vestido. Él caminaba cerca de su costado y apenas por detrás. Una ola de deseo la recorrió cuando él deslizó la mano hacia su cadera. Tuvo que esforzarse por controlar la respiración mientras el aparcacoches traía la camioneta de Jase. Él movía la mano lentamente, desde la cadera hasta la espalda, hasta que ella no pudo soportar más. Dio un paso a la izquierda y quedó fuera de alcance.

—¿Qué sucede?

—Necesito que dejes de tocarme —le respondió, mirándolo de frente. No sirvió para calmar el deseo.

—¿Por qué? —El ceño se le frunció.

Ella echó un vistazo al aparcacoches antes de mirar con furia a Jase. Él colocó las manos en los bolsillos y se meció sobre los talones, con una sonrisa presumida en el rostro. Puro atractivo sexual. El calce perfecto del traje acentuaba el ancho de sus hombros y la cintura esbelta. La camisa color lavanda y la corbata violeta oscuro habían sido una sorpresa; ella había esperado algo más sencillo. Juntó los muslos mientras recorría el cuerpo de Jase con la mirada.

—¿Por qué, Bree? —Podía oír la sonrisa en su voz.

Él dio un paso hacia adelante. Ella dio uno hacia atrás.

—Sabes por qué, Jase.

—Es lo justo, ¿sabes? A esta altura, el cierre debe estar marcado sobre mi pene.

El aparcacoches emitió un sonido de ahogo y comenzó a toser. El calor se le subió a las mejillas.

—No puedo creer que hayas dicho eso.

Él subió y bajó las cejas, sin perder la sonrisa. La camioneta llegó antes

de que pudiera avergonzarla más. Le dio una propina al aparcacoches y abrió la puerta. Impidió el intento de ella de esquivarlo cuando la tomó de la cintura y la subió a la camioneta.

—No correré el riesgo de que se te vea todo sin querer —señaló. Deslizó la mano por la pantorrilla de ella y le marcó la piel—. Piernas adentro.

Ella movió las piernas y se acomodó en el asiento. Él cerró la puerta y rodeó la camioneta hacia el lado del conductor.

Bree observó la consola central, entre ambos asientos. No era movable y no había modo de que ella pudiera inclinarse sin que su trasero quedara en el aire. Supuso que el sexo oral durante el viaje quedaba descartado.

Él subió al vehículo y la miró con lujuria. Ella le miró la entrepierna y reconsideró dejar su trasero al aire para que todo el mundo lo viera. *Piensa en otra cosa.*

—Olvidé agradecerte por las flores —comentó.

La mirada de él se tornó perpleja al tiempo que la camioneta salía del estacionamiento.

—¿Qué flores?

—Las que me enviaste hoy.

—No te envié flores. —Aún se veía confundido.

—Ah... —Ella pestañeó unas cuantas veces. Si él no las había mandado, ¿quién lo había hecho?

—¿Había una tarjeta? —Continuaba mirándola de reojo cada tanto mientras prestaba atención al camino.

—Sí, pero estaba en blanco. —Ella se encogió de hombros—. Supuse que eran de tu parte.

—¿Quién las entregó?

—Un florista de la zona. Creo que es el que está en Main Street, en el centro.

—¿Crees que pudo ser Chad?

—Probablemente, no. No supe nada más de él desde que lo echaste.

Él se frotó el labio inferior con dos dedos.

—Llamaré a Tim. Veremos si él puede averiguar quién envió las flores.

Ella levantó las cejas y un extremo de su boca.

—¿Por qué no llamo primero al florista, a ver si pueden decirme quién las envió antes de que supongas que provienen de una persona nefasta? Por lo que sabemos, podría haber sido la abuela, y no se le ocurrió firmar la tarjeta.

—Supongo que tiene sentido. —Su sonrisa era avergonzada.

—Un poco.

Estiró el brazo y le tomó la mano para besarle los nudillos, como había hecho antes.

—¿Estás decepcionada?

Fue el turno de ella de verse confundida.

—¿Por qué?

—Porque no las envié yo.

—Un poco.

Mantuvo los nudillos cerca de su boca por un momento antes de besarle el dorso de la mano y de apoyar ambas sobre la consola.

—Lamento no haberlo pensado.

—Está bien.

—Te alegraste cuando las recibiste, ¿verdad?

—Sí. Es lindo recibir flores sin motivo.

Le soltó la mano para bajar un cambio cuando entró al vecindario de ella. Permaneció en silencio mientras conducía hasta su casa y entraba al garaje abierto. Puso el freno de mano, apagó el motor y la miró. Su mirada era seria en la tenue luz de la cabina.

—Encontraré una falta de motivo para enviarte flores. —Su voz estaba llena de promesa.

Ella le acarició la mandíbula y la barba recortada le hizo cosquillas en la palma. Oprimió sus labios sobre los de él y aceptó su promesa.

—Entremos.

Ella esperó a que él diera la vuelta y le abriera la puerta. Se alegró cuando él tomó ventaja de “ayudarla” a bajar al acercarla y deslizarla por el frente de su cuerpo. La tomó de la mano mientras recorrían el camino de entrada.

—¿A qué hora sales del trabajo mañana? —inquirió él.

—Debería estar en casa para las cinco y treinta.

—Quisiera invitarte a salir otra vez. —Se detuvo al pie del porche. Ella se colocó en el primer escalón, lo que los dejó a la misma altura.

—De acuerdo.

—Ponte vaqueros. Botas de senderismo, si tienes. —Él aprovechó la igualdad de altura y oprimió su boca contra la de ella.

Sus labios eran suaves. Ella envolvió los brazos alrededor del cuello de él y se acercó más a su cuerpo. Algo del vino que habían tomado durante la cena quedaba en la lengua de él. La dulzura de su sabor, combinada con el aroma a jabón de su piel, amenazó con agobiar sus sentidos.

Quería a ese hombre. Quería tenerlo abrazado a ella. Quería sentirse segura. Valorada. Su promesa de “falta de motivo” resonó en su mente, y su corazón reaccionó antes las posibilidades que se abrían frente a ellos.

También lo prometo.

Ella lo hizo subir los escalones del porche. Él tomó las llaves y abrió la puerta. Esperó a que ella entrara, pero no la siguió.

—¿No vienes?

—No. Esta noche, no. —Retrocedió y colocó las manos en los bolsillos.

—¿Qué? Yo... ¿Por qué no? —¿*Qué demonios...*? ¿Habían estado jugueteando desde hacía horas y no iba a entrar?

—Me dije a mí mismo que, sin importar lo que pasara, haría esto bien. Enamorarte. Venir a buscarte y traerte de regreso. —Sonrió—. Cierra la boca, cariño, antes de que se meta un insecto.

Ella cerró la boca de golpe y lo miró furiosa. El bastardo no perdió la sonrisa.

—Te recogeré mañana, antes de las seis. —Se dio vuelta y bajó trotando los escalones.

Ella cerró la puerta y arrojó la cartera sobre la mesa del vestíbulo.

—¿Qué demonios pasó? —Polly caminó hacia ella moviendo la cola. Bree se agachó y le frotó la cabeza con ambas manos—. ¿Qué hombre hace algo así? ¿Charlie lo hace? Claro que no, ni siquiera tiene pelotas.

Toc, toc, toc.

Ella giró y abrió la puerta.

—Oh, gracias...

La boca de Jase estaba abierta y caliente. Su lengua la invadió, la poseyó. *Sí.*

Ella hundió las manos en la tela de su abrigo. Él puso una pierna entre las de ella y levantó a Bree sobre su muslo. Pasó una mano por debajo de la falda y hundió los dedos en su trasero. Dejó la otra en la parte baja de la espalda para mantener a Bree en su lugar. Ella levantó una pierna hasta la cadera de él, en busca de mayor contacto. *Más.* Lo quería desnudo. Lo quería en su interior. Quería...

Él la apartó de golpe y ella tambaleó. Los ojos de Jase brillaban con lujuria. Y determinación.

—Necesitaba uno más para el camino. —Salió hacia atrás y cerró la puerta—. Cierra con llave. —Su voz se oyó del otro lado.

Ella echó el cerrojo con un suave grito de frustración. Con las manos en

las caderas, observó furiosa la barra del cerrojo. Oyó el sonido del motor a medida que la camioneta se alejaba y miró a Polly.

—¿Qué diablos...? ¿Crees que, si le corto las pelotas, igual haría eso?

La sonrisa canina de Polly no le dio respuesta.

CAPÍTULO 23

El humor de Jase era muy diferente al de la noche anterior. Parecía casi sombrío. Reservado.

¿Qué demonios sucedió?

La duda la asaltó. ¿Por qué quería que llevara a Polly y a Charlie? ¿Tenía dudas sobre enamorarla? ¿Tenía dudas sobre ellos dos? ¿Le sugirió llevar a los perros porque le preocupaba que tuviera una recaída? ¿La llevaría a algún lugar para romper con ella? Los pensamientos se acumulaban al ritmo del paisaje que pasaba rápidamente.

Tenía que calmarse; sus emociones estaban descontroladas, y la hacían imaginar las peores situaciones. La hacían actuar como una colegiala tonta.

Él le sacó la mano del regazo y le besó los nudillos. Eso le calmó los nervios. ¿Lo haría siempre cuando estuvieran en el auto?

—Estás callada —comentó él.

—Tú estás callado. ¿Qué sucede?

Él la miró.

—Estoy reconsiderando el lugar adonde te llevo.

—¿Adónde me llevas?

Su nuez de Adán subió y bajó. Le soltó la mano para hacer los cambios. Se detuvo en una intersección y jugueteó con la palanca de cambios.

—Quiero presentarte a Tony. —Su tono era bajo y mezclado con la duda.

Las lágrimas se acumularon en los ojos de ella y se derramaron por sus mejillas.

—Maldición, Bree. —Puso el freno. La tomó de la nuca y se inclinó sobre la consola para apoyar la frente sobre la de ella—. No tenemos que ir. Era solo una idea.

Ella sacudió la cabeza e imitó el gesto al tomarlo de la nuca.

—Son solo emociones tontas de mujer. —Lo besó y le mojó los labios con las lágrimas—. Me gustaría que me presentaras a Tony.

Él se apartó y le pasó el pulgar por la ceja.

—No tiene que ser esta noche.

Su mirada era amable.

—No tengo otro lugar adonde ir.

Él la soltó, luego quitó el freno y continuó el camino. Ella se limpió debajo de los ojos. Condujeron en silencio hasta que él entró en un camino de tierra.

—¿Dónde estamos?

—En la parte trasera de mi propiedad.

Avanzaron por el camino irregular. El sol que se ocultaba creaba sombras largas en los bosques a cada lado del camino. Dos ciervos, sorprendidos por la camioneta, huyeron hacia la maleza, y Charlie ladró por lo bajo en el asiento trasero. Jase estacionó en un pequeño claro y apagó el motor. Una luz anaranjada brillaba sobre un cuerpo de agua a unos metros de donde habían estacionado.

Ella miró a su alrededor mientras bajaba de la camioneta y dejaba bajar a los perros. Las aves cantaban en lo alto de los árboles. El ruido del agua se sentía desde donde estaban. Ella no habría adivinado que estaban a pocos kilómetros del centro de la ciudad. Charlie y Polly se alejaron trotando, olfateando los nuevos alrededores.

—Es hermoso aquí —señaló ella—. ¿Es un lago?

—Un estanque grande. —Él rodeó la camioneta por atrás y llevó una hielera y una manta—. Puedes darle la vuelta en alrededor de media hora. —Señaló los perros con la cabeza—. ¿Se irán lejos?

—No, se quedarán cerca de mí. Déjame ayudar. —Tomó la manta y la acomodó bajo el brazo. Él le tomó la mano y la guio hacia el agua.

Bordearon el estanque durante varios minutos, mientras los perros exploraban en las cercanías. El sol pintaba el cielo con tonos de rojo y de naranja, y rayos de luz plateada se reflejaban en la superficie del agua. Hojas y ramas crujían bajo las suelas de las botas de Bree. Jase se alejó del agua y la llevó bajo la copa de un gran roble. Musgo español colgaba en capas y se movía con la suave brisa. Se detuvo al otro extremo del tronco, de modo que quedaron frente a la impresionante vista del estanque. Ella observó a Jase y luego siguió su mirada hasta la base del árbol.

Una única lápida, de color claro, yacía a baja altura sobre el suelo.

—Este es Tony. Conseguimos autorización del condado para enterrarlo aquí.

Bree se acercó más a Jase y se quedaron en silencio por varios minutos. Ella podía sentir la tensión en el cuerpo de él. Después de su conversación de la otra noche, no creía que sus pensamientos fueran buenos en aquel momento. Las lágrimas se acumulaban en sus ojos y apretó los dientes en un esfuerzo por evitar que cayeran.

—¿Cuál es tu recuerdo favorito?

Sintió que él se sobresaltaba.

—¿Qué?

—¿Cuál es uno de tus recuerdos favoritos de Tony?

Él perdió la mirada entre las ramas del árbol. Su pecho palpitaba, y ella se preocupó, hasta que se oyó una risa. La miró; una sonrisa se dibujaba en su boca.

—Teníamos ocho o nueve años y habíamos construido un fuerte con legos. Decidimos que necesitábamos más guardias para el fuerte porque no teníamos suficientes G. I. Joe. Entonces, tomamos las barbies de mi hermana, les cortamos el pelo hasta raparlas y las camuflamos con marcadores marrón y verde. —Sus hombros se sacudían mientras reía—. Shannon gritó tan fuerte cuando nos descubrió que mi madre contó más tarde que había creído que intentaban secuestrarla. Tony dijo que había sido su idea, aunque había sido mía. Sabía que el reto no sería tan grande en su caso. Mi padre, igualmente, se enfureció conmigo, principalmente por haber asustado a mi madre. Ambos tuvimos que dar nuestra mensualidad para comprarle muñecas nuevas a Shannon. Nos dejaron quedarnos con las que habíamos reclutado. —Sonrió—. Terminaron ascendiendo a general.

Dejó la hielera en el piso, envolvió a Bree en sus brazos y apoyó la barbilla sobre la cabeza de ella. Ella puso la manta en el piso mientras él continuaba.

—En otra ocasión, nuestros padres salieron juntos y contrataron una niñera para que nos cuidara. Una adolescente que invitó al novio poco después de que nuestros padres se habían ido. La casa de Tony tenía un alero en la parte de atrás, al que se podía salir por la ventana de la habitación de Tony y caminar. Siempre nos metíamos en problemas por eso. La chica llevó al novio a la habitación de huéspedes, que estaba junto a la de Tony. —Jase subía y bajaba las manos por la espalda de Bree y ella lo abrazó más fuerte—. Tony

tenía un sentido muy fuerte de lo correcto y lo incorrecto, incluso entonces. No le gustó que nuestra niñera no estuviera cuidándonos como debería. Tomó la crema facial de la señora Carol y nos untamos la cara con una capa gruesa. Salimos por la ventana y caminamos por el techo hasta la otra habitación. Nos pusimos frente a la ventana pensando que nos verían y creerían que éramos fantasmas, pero estaban demasiado ocupados, si sabes a lo que me refiero.

»Entonces, arañamos el vidrio para llamar su atención. Cuando ella nos vio por la ventana, chilló tan fuerte que le hizo sombra a Shannon. Empujó al novio y salió corriendo. —Su cuerpo comenzó a sacudirse otra vez por la risa—. Lo había empujado tan fuerte que lo había tirado de la cama. Él se golpeó la cabeza con la mesita de noche y se desmayó. Tim llamó al 911 porque el tipo estaba sangrando. Nuestros padres llegaron a casa y se encontraron con un patrullero y con una ambulancia en la entrada. —Su risa retumbó en su pecho—. No hace falta mencionar que jamás volvió a cuidarnos.

—¿Los retaron esa vez?

—No esa vez —respondió—. Tuvimos una charla seria sobre seguridad y conducta apropiada, pero nuestros padres estuvieron de acuerdo con que ella no debió haber llevado al novio. Solo que no aprobaban nuestros métodos.

—Recibieron unas cuantas palizas, ¿verdad?

Su pecho retumbó otra vez.

—Sí. Con el tiempo, nuestros padres se dieron cuenta de que el mejor castigo era no permitir que nos viéramos, así que, cuando nos metíamos en problemas, no nos dejaban jugar juntos durante unos días.

Ella echó la cabeza hacia atrás y apoyó la barbilla sobre el pecho de él.

—Parece que tienes muchos buenos recuerdos.

Jase le tomó el rostro entre las manos.

—Es cierto. Gracias por recordármelo. —Su beso fue amable—. ¿Tienes hambre?

Ella sonrió.

—¿De comida?

—¿Qué otra cosa crees que tengo en la hielera?

—Solo lo comprobaba.

—Déjame llevarte a mi lugar favorito para pescar.

Levantó la hielera, y Bree recogió la manta. La tomó de la mano y la llevó unos metros más allá, cerca del estanque.

Estiraron la manta y se sentaron. Sacaron las cosas de la hielera. Pollo frito, ensalada de repollo y una ensalada mixta quedaron entre ellos. Charlie y

Polly se ubicaron cerca, jadeando y felices de estar al aire libre.

—¿Preparaste todo esto?

—Eh, no. Lo compré en la tienda de camino a buscarte. No tuve tiempo de preparar algo en casa. Pensé en traer un par de cañas para pescar, pero no quería correr el riesgo de quedarnos sin cenar si los peces no picaban.

—Buena idea. Tengo hambre. —Ella le guiñó un ojo y abrió el contenedor de ensalada.

—Entonces, ¿por qué elegiste fisioterapia? —Comió un poco de pollo.

Ella terminó de masticar la ensalada.

—Cuando hacíamos alguna evacuación médica del país, siempre me preguntaba qué había sido de esas personas. ¿Habían sobrevivido? ¿Se habían recuperado? Había un par de tipos, niños en realidad (tal vez ni siquiera podían comprar alcohol donde vivían), que habían perdido todo. —Miró la ensalada y jugó con el tenedor—. ¿Cómo superas eso? ¿Cómo sigues adelante cuando todo lo que conoces ha sido destruido? —Siguió jugando con la comida—. Supe que quería trabajar con veteranos cuando dejé el servicio activo. Pensé en estudiar Psicología, pero quería ayudarlos a sanar sus cuerpos. Entonces, me decidí por la fisioterapia. No es una carrera tan larga como Medicina y puedo trabajar directamente con ellos.

Miró a Jase.

—Me realisté durante esa misión, así que cursé todas las materias que pude a costa del Tío Sam. Cuando salí del servicio activo, usé mi G. I. Bill para pagar el resto. —Comió un poco más de ensalada; masticó sin saborearla.

—¿Te gusta lo que haces?

—Me encanta. No quisiera hacer nada más.

Él se movió para quedar frente a ella, con las piernas abiertas y las manos sobre las rodillas.

—¿Puedo preguntarte algo más? Sobre algo que dijiste esa noche. —Su mirada era vacilante.

Maldición. No recordaba la mitad de las cosas que le había dicho, pero tragó con fuerza y asintió. Polly gimió, se levantó y se echó sobre la manta, junto a Bree. Jase estiró el brazo y acarició la cabeza de la perra.

—Ya había recuperado la cordura apenas comenzaste, pero algo que dijiste fue como una patada en el hígado.

El corazón de ella se estremeció.

—Jase...

—No es algo malo —la interrumpió—. Lo necesitaba. —Respiró profundo y miró a Polly—. Mencionaste algo sobre recibir un llamado de tu mejor amiga en medio de la noche. ¿Fue Denise? —Ella bajó la mirada y asintió—. ¿Qué sucedió?

Ella sacudió la cabeza sin poder responder.

—No es mi historia para contarla —señaló con amabilidad—. Lo que puedo decirte es que, si alguien quiere suicidarse, lo hará.

—No puedo evitar pensar que, si hubiera contestado el teléfono esa noche... —dirigió la mirada hacia la lápida.

Ella dejó la ensalada a un costado y se arrimó para tocarle el rostro y hacer que la mirara.

—No te hagas eso. No puedes culparte por lo que sucedió. ¿Te dejó un mensaje aquella noche? —Él sacudió la cabeza—. Entonces, no sabes por qué te llamaba. No sabes qué lo hizo tomar ese camino en última instancia. Si no era esa noche, sería la siguiente. O la semana siguiente. Tienes que recordar que él era... es... más que su suicidio.

Él le cubrió la mano que lo acariciaba y la presionó más sobre su mandíbula.

—¿Alguna vez se te cruzó por la cabeza?

—Mentiría si te dijera que no. No en el sentido de “todo sería mejor si estuviera muerta”. Eran más como... flashes. Me veía haciéndolo en mi mente. No tenía realmente un pensamiento consciente sobre suicidarme. Pero me asustó.

—¿Qué hiciste?

—Fui a terapia. Hablé con un par de terapeutas hasta que encontré uno que me gustaba. Ella me colocó en el programa donde me dieron a Polly.

—Me pregunto si Tony habría mejorado si hubiese tenido esa clase de ayuda.

—No lo sé. Pero es una de las razones por las que ayudé a Denise a comenzar con Wiggle Butt Rescue. Sprocket también es un animal de soporte emocional.

Los ojos de Jase se agrandaron.

—¿Ese caballo?

—Vienen de todos los tamaños y formas. —Ella sonrió—. Entonces, ¿cuánto tiempo planeas enamorarme?

Él le rozó el labio inferior con el pulgar. Había una expresión seria en sus ojos castaño claro.

—Hasta que vuelvas a confiar en mí. Emocionalmente, con tu corazón. — Ella abrió la boca para discutir, pero él continuó—: Tenías razón cuando dijiste que íbamos rápido. No tenía un plan. Supuse que nos embarcaríamos en el viaje y veríamos cómo salía. Me porté como un estúpido. Hice algo que casi nos saca del camino. No cometeré el mismo error otra vez.

—Entiendes que no te habría contado todo lo que compartí contigo si no hubiese confiado en ti, ¿verdad? Te amo.

Él se movió rápido y la tomó de sorpresa. Su boca era pesada, casi salvaje en su posesión. La echó sobre la manta y se colocó sobre ella. Jase levantó la cabeza y la contempló.

—Te amo, Bree.

Ella levantó la cabeza y encontró la boca de él. Lo saboreó. Le dejó una marca. Lo poseyó como él la poseía a ella. El timbre del móvil de él la sobresaltó, y se apartó con un grito ahogado.

—Voy a ignorarlo. Solo somos nosotros ahora.

El teléfono dejó de sonar, solo para comenzar otra vez.

—Tal vez debas contestar.

—Maldición. —Se apoyó sobre un codo y sacó el móvil del bolsillo trasero. Lo miró antes de pasar el pulgar por encima.

—¿Qué? —Su tono era enojado, impaciente—. ¿Qué? —La preocupación apareció en su rostro—. Sí. Está aquí. Aguarda. —Le pasó el teléfono a Bree—. Es Tim.

Ella tomó el móvil.

—¿Hola?

—No contestabas tu teléfono. Se me ocurrió intentar con Jase —explicó Tim.

—Quedó en la camioneta de Jase. ¿Qué sucede?

—Hubo otro ataque.

Ella se cubrió los ojos con la otra mano. *Cielos, no otra vez.*

—Aguarda. —Dejó caer la mano sobre el antebrazo de Jase—. Dijiste “ataque”, no “asesinato”.

—La compañera de la chica llegó temprano a casa y la encontró. Los paramédicos pudieron estabilizarla y llevarla al hospital.

—¿Había otra nota?

—Sí.

—¿Para mí?

—Sí.

Intentó tragar, a pesar del nudo en la garganta. Jase entrelazó los dedos en el pelo de ella y lo apartó de la sien. Ella sacó fuerzas del movimiento tranquilizador y repetitivo. Polly gimió por lo bajo junto a ella.

—Bree, ¿puedes volver a venir? Los investigadores quieren hacerte algunas preguntas más.

—Se supone que nos vamos de campamento mañana.

—Puedes venir esta noche. O mañana a primera hora, antes de irte — propuso Tim.

—Llamaré a mi abogado. Veré si puede reunirse conmigo esta noche.

—De acuerdo. —Hizo una pausa—. Bree.

—¿Sí?

—Ten cuidado.

—Lo tendré —susurró.

Le devolvió el teléfono a Jase. Se acurrucó junto a él y sintió su pecho retumbar mientras hablaba con Tim. Polly se acomodó a su lado.

—Sí... Es tarde. Le diré que lo organice para mañana... No nos iremos hasta el mediodía... Se lo diré... Se quedará conmigo esta noche. —Ella asintió con la cabeza apoyada sobre su pecho—. Te veo entonces.

Bree oyó el móvil caer sobre la manta. Él la envolvió en sus brazos y le acarició la espalda. Eso la ayudó a tranquilizarse. La tensión abandonó lentamente su cuello y hombros.

—Podemos volver a tu casa para que recojas tus cosas o podemos ir mañana por la mañana —planteó él.

—Debo buscar la comida para los perros.

—Será esta noche, entonces. —Continuó acariciándole la espalda—. Ya lo resolveremos.

Ella quería creerle; de verdad quería. Pero era difícil imaginar que alguien estaba asesinando por ella. A causa de ella.

CAPÍTULO 24

Bree se mordió el pellejo de la uña mientras caminaba por la sala de conferencias. Sabía lo suficiente como para detectar la pequeña cámara en la esquina, cerca del cielorraso, cuando los habían acompañado hasta allí. No estaba el típico espejo unidireccional, pero no lo necesitaban cuando quien fuera que estuviese observando tenía video en vivo.

La puerta se abrió, y entró el detective Johnson.

—Gracias por volver a venir, Brianna. Solo tenemos algunas preguntas. — Se sentó al otro extremo de la mesa.

—No estoy seguro de por qué mi cliente tiene que estar aquí otra vez. Ella es tan víctima de estos asesinatos como las mujeres que son atacadas —señaló el abogado.

Bree corrió la silla junto a él.

—Señor Dell, por favor, no compare un par de notas dirigidas a mí con los asesinatos de estas mujeres. Es inapropiado —señaló ella.

El señor Dell intentó retrucar con una mirada severa.

—Bree...

—No lo haga. Estoy aquí para ayudar y para responder las preguntas que pueda. Esto tiene que terminar. —Se dirigió al detective—: ¿Qué quiere saber?

—¿Conoce a esta mujer? —Deslizó una foto por la mesa.

Con el dedo, ella la acercó. Sacudió la cabeza.

—No. No me parece para nada familiar. —Le devolvió la foto—. ¿Cómo está?

—Salió de la cirugía. Está en Cuidados Intensivos. Los médicos dicen que, si sobrevive los próximos dos días, se recuperará.

Bree asintió y miró al abogado.

—Asegúrese de que tenga todo lo que necesita.

—Bree...

—Asegúrese de ocuparse de ella. —Golpeó el dedo sobre la mesa.

El abogado exhaló con fuerza.

—Es muy generoso de su parte —comentó el detective.

Ella volteó su atención hacia él.

—No, no es cierto. Estas mujeres están siendo atacadas, asesinadas, en parte debido a mí. Por lo tanto, asegurarme de que esta chica y su familia no tengan que preocuparse por nada mientras ella se recupera no es generoso. — Miró al detective Johnson a los ojos. Él tenía que comprender. Nadie más podía morir porque algún loco tenía una obsesión con ella—. ¿Qué más necesitan de mí?

—¿Cuándo fue la última vez que tuvo contacto con Chad?

—Unas semanas atrás. Fue a mi casa y discutimos.

El detective escribió unas notas en la libreta que tenía frente a él.

—¿Sobre qué discutieron?

—Me acusó de haber arruinado su vida porque no me había casado con él.

—Se frotó la frente con dos dedos. Cielos, estaba cansada.

—¿Cómo terminó la discusión?

Ella apoyó los codos sobre la mesa y se tomó la nuca con ambas manos.

—Jase lo echó.

—¿Jase es Jason Larken? ¿El hermano del oficial Larken?

—Sí.

—¿Hace cuánto conoce al señor Larken?

—Cinco o seis semanas, supongo. —Se reclinó sobre la silla de respaldo duro.

Él asintió y escribió un poco más.

—¿Cuándo se conocieron?

—La noche en que atrapé a Chad engañándome.

—¿Cómo se conocieron?

—En The Deck.

—¿Fue la primera vez que vio al señor Larken?

—Sí. —Bree ladeó la cabeza y entrecerró un poco los ojos—. ¿Por qué me pregunta sobre Jase?

Él levantó la lapicera del papel y la miró a los ojos.

—Solo investigamos todos los ángulos posibles.

Bree rio y sacudió la cabeza.

—Lo siento, sé que no debería reírme, pero Jase no tiene nada que ver con esto.

—Parece muy segura al respecto.

Ella lo miró con paciencia.

—Lo estoy. Jase no tenía idea de quién era yo cuando nos conocimos. Pasamos una noche juntos y después desaparecí. No fue hasta que entré a su oficina (sin saberlo) cuando él descubrió mi nombre completo y dónde trabajaba. Y no solo eso: estábamos juntos la noche en que la primera mujer fue asesinada.

—Entonces, no cree que haya forma de que Jase estuviera involucrado en estos asesinatos.

Bree volvió a inclinarse hacia adelante y cruzó las manos sobre la mesa.

—Detective, por la clase de hombre que es Jase, si fuera a matar a alguien a causa de mí, por mí, no serían estas mujeres. Sería Chad. —Entrelazó los dedos con fuerza y presionó las manos sobre la mesa—. No sé por qué están asesinando a estas mujeres, pero le garantizo que quiero más que usted que esto se detenga. Si por un instante pensara que Jase tiene algo que ver con estos asesinatos, se lo diría.

El detective Johnson se reclinó sobre el respaldo de la silla, arrojó la lapicera sobre la libreta y suspiró.

—Estamos perdidos. —Su tono cambió. Menos cortés. Más honesto—. La única conexión que podemos encontrar entre usted y las víctimas es Chad, pero él tiene coartada para todos los asesinatos. —Fijó la mirada en ella—. Al principio, creíamos que usted era una buena posibilidad.

Ella esbozó una leve sonrisa.

—Me sorprendió que no exploraran esa opción más de lo que lo hicieron. —Bree giró la cabeza hacia la derecha siguiendo la mirada del detective al abogado, quien estaba permitiendo que la conversación fluyera. Se dirigió al detective—: Ningún abogado del mundo podría haberles impedido arrestarme si hubieran creído que era culpable.

Él sonrió con superioridad.

—Quizás. Las cartas dejadas con las víctimas son... amables.

—Son escalofriantes. Preferiría que dijeran: “Muere, perra, muere”. Al menos así sabría qué demonios quiere esta persona de mí.

—Son casi como cartas de amor —sugirió él.

—Como las flores. —Bree bajó la vista hacia la mesa, pero tenía la

mirada perdida.

El detective Johnson volvió a inclinarse hacia adelante.

—¿Qué flores?

Ella pestañeó unas cuantas veces.

—Recibí flores el otro día. Jase dijo que no las había enviado. Olvidé llamar al florista para ver si podían decirme de quién eran.

—¿Las llevó el florista? ¿No las dejaron en la puerta? —Volvió a tomar la lapicera y anotó.

—Sí. El que está en Main Street. Emmm... Love in Bloom, creo.

—Detective —intervino el señor Dell—. Bree tiene planes para salir de la ciudad este fin de semana. ¿Tiene más preguntas?

Johnson dejó de escribir.

—No por el momento. Esperamos que la última víctima nos pueda decir algo cuando recupere la conciencia. Avísame si recibe más regalos. —Le entregó una tarjeta de presentación—. Mi número de móvil está al dorso por si necesita llamarme.

—Gracias. Es muy amable de su parte. —Estrecharon las manos, y el señor Dell la acompañó a la salida de la sala de conferencias.

Jase caminaba por el vestíbulo. En cuanto ella cruzó el umbral, él le tomó el rostro entre las manos y buscó su mirada. Le recorrió el borde del ceño con los pulgares.

—¿Estamos bien?

Ella le rodeó la cintura con las manos.

—Sí.

Él cerró los ojos y apoyó la frente sobre la de ella. Ella se lo confirmó con un beso. Se acercó más y lo abrazó con más fuerza. Se apartó un poco y pasó un dedo por la mandíbula de él, recorriendo la línea de la barba.

—Estamos bien.

Jase le sonrió y le soltó la cabeza. Se dieron vuelta cuando una puerta se abrió al fondo del vestíbulo. Chad salió con el otro detective. Miró en su dirección. Tenía la piel pálida y los ojos rojos, lo que resaltaba más las ojeras. Tenía el pelo rubio revuelto, como si hubiese estado pasándose las manos. Era la primera vez que ella lo veía tan desprolijo. Él desvió la mirada y caminó hacia la entrada.

Bree oprimió la mano de Jase y le mostró una pequeña sonrisa.

—Vamos de campamento.

CAPÍTULO 25

— **E**stoy preocupado por ella. —Jase se agachó junto a Denise. Observó a Bree reírse de algo que había dicho Chris. La tensión en la mirada y la rigidez en los hombros contradecían su reacción desenfadada.

Denise colocó la última estaca de la carpa y se puso de pie.

—Ella está bien.

Jase se incorporó.

—¿Por qué dejaron a los perros en el refugio?

—Hay demasiadas cosas para ellos aquí. —Se cruzó de brazos—. Ya los trajimos a hacer senderismo. Pero, con tanta gente alrededor y como nos quedaremos solo un par de noches, era mejor dejarlos allí.

—¿Y si ella necesita a Polly mientras estamos aquí?

—Polly ayuda a Bree porque presiente sus emociones. La toca para darle consuelo. Para traerla de vuelta a la realidad.

—De acuerdo. ¿Y? —¿A qué se refería?

Ella levantó las cejas y le mostró una pequeña sonrisa.

—Jase, tú haces lo mismo.

—¿Qué?

—Cielos. ¿Me dices que te preocupas por ella? Eso es sentir sus emociones. Tú la tocas todo el tiempo. Bree es una persona sentimental. Ella se apoya en tus caricias y siente consuelo.

Él colocó las manos en los bolsillos del vaquero.

—No me di cuenta de que era eso lo que estaba haciendo.

Ella sonrió con superioridad.

—Probablemente, no es la razón por la que la acaricias, pero eso es lo que

ella siente. La mayoría del tiempo, por lo menos.

Él se meció sobre los talones.

—Gracias.

—Ella es familia. —Se encogió de hombros—. Te daré como alimento a los perros si vuelves a arruinarlo.

—No sucederá.

—Lo supuse. —Se dio vuelta y observó al grupo de personas—. Entonces, ¿hay algún plan o solo nos sentaremos aquí a beber todo el fin de semana?

—Solo esta noche. Tal vez mañana.

—O sea, ¿todo el fin de semana?

Él sonrió.

—Sí, más o menos. Habrá pesca y senderismo mañana, si quieren.

—Genial. Vamos, entonces.

Se unieron al grupo, que estaba de pie al costado de la pequeña fogata que ardía dentro de un círculo de piedras.

—Denise, este es Paul Coleman. Lo llamamos “Cole”. —Señaló a cada uno de los hombres—: Jordan Grant. Ya conoces a Chris. Matt Baldwin. Patrick Shaw. Chicos, ella es Denise Reynolds.

—¿Por qué tú eres Cole y los demás usan sus nombres de pila? —inquirió Denise.

—Había seis Paul en nuestra unidad. Era eso o numerarnos —explicó Cole con acento texano.

Jase acercó a Bree a su costado y le colocó la mano sobre la cadera mientras hablaban con Patrick y con Matt. Ella apoyó su peso en él y descansó la cabeza en su hombro. Él sonrió. Denise tenía razón: aprovechaba cada oportunidad para tocar a Bree. La parte baja de su espalda. La mano. Y cada vez, ella le sonreía. Le devolvía la caricia. Nunca había notado el poder de algo tan pequeño. No para generar lujuria o deseo, sino para dar seguridad y consuelo.

—¿Vamos a cazar cervezas? —Matt hizo rodar la botella que tenía en la mano y derramó el poco líquido que quedaba en el fondo.

—¿A *cazar* cerezas? —preguntó Bree, perpleja.

—Dijo: “Cervezas”, no “Cerezas” —aclaró Patrick.

—¿Qué es una cacería de cervezas? —indagó Denise—. ¿Y por qué las cazamos en lugar de tomarlas?

—Es una competencia amistosa que hacemos cuando venimos —explicó Jase—: Colocamos cervezas en puntos designados y anotamos las

coordenadas. Nos dividimos en parejas. Intentamos encontrar la ubicación de la mayor cantidad posible.

—¿Qué obtiene el ganador? —preguntó Bree. Con la mano dibujó un arco en el medio de la espalda de Jase. Él no estaba seguro de que ella supiera que lo estaba haciendo.

—Mucha cerveza —respondió Chris.

—¿Qué obtiene el perdedor? —inquirió Denise.

Chris sonrió.

—Menos cerveza.

—¿Tú colocaste las cervezas? —consultó Denise.

—Así fue. No estaba seguro de que ustedes, chicas, pudieran hacerlo, así que traje algunas extras en la camioneta —indicó Chris.

—Oigo un desafío. —Denise miró a Bree con las manos sobre las caderas—. ¿Oíste un desafío?

Bree apartó el brazo de la espalda de Jase y se irguió.

—De hecho, sí, oí un desafío.

—¿Ustedes creen que pueden vencernos? —preguntó Cole.

Bree y Denise intercambiaron miradas. Jase sintió una punzada en el pecho. Él y Tony solían hacer eso: saber lo que el otro estaba pensando con tan solo una mirada. Una sensación de afecto llegó detrás del dolor en lugar de la culpa que solía aparecer. Besó la parte de arriba de la cabeza de Bree. Sin ella, tal vez nunca habría llegado hasta ese punto. Quizás el dolor no se iría nunca, pero quizás eso estaba bien.

Se sobresaltó cuando Denise aplaudió.

—Está bien —expresó—. Hagámoslo. ¿Cuáles son las reglas?

—Chris, ¿tienes todo en la camioneta? —inquirió Jase.

—Sí. Dame un segundo. —Salió trotando hacia el borde del claro, donde los autos de todos estaban estacionados.

—Cada equipo recibe un mapa, una brújula y una lista de coordenadas. —Jase entregó los mapas, las listas y mochilas de V. E. T. Adventures para llevar las cervezas—. Tienen una hora para encontrar tantas ubicaciones y cervezas como puedan.

Bree se ató el pelo en una cola de caballo.

—¿Qué sucede con la cerveza que no se encuentre?

—Las buscamos mañana. —Matt se encogió de hombros—. Suelen quedar algunas botellas.

—Genial. Buscaré mi gorra —le avisó Bree a Denise. Regresó de la carpa

con el pelo pasado por una gorra de béisbol azul gastado.

—¿Están seguras de que no quieren unirse a uno de los equipos de los varones? —consultó Chris.

Si las miradas mataran, él habría colapsado al instante por la forma en que Bree y Denise lo miraron. Jase sonrió. Eso sería interesante. No estaba seguro de que Chris ni los demás supieran sobre su experiencia en EAC. *Ellas les patearán el trasero.*

Denise se cruzó de brazos; su parada ya era un desafío en sí mismo.

—Te apuesto diez dólares a que regresamos con más cervezas que los hombres.

Chris imitó su parada y sonrió con suficiencia.

—Acepto.

Jase miró a Bree, quien intentó ocultar su sonrisa sin éxito. Ella sacudió levemente la cabeza y frunció los labios; claramente estaba acostumbrada a ese costado de Denise.

—Oigan. ¿Haremos esto o no? —preguntó Cole.

Chris y Denise continuaron mirándose por varios segundos.

—Diez minutos para planear su estrategia —anunció Chris sin apartar la vista.

Denise sonrió y le guiñó un ojo de forma pícaro antes de girar sobre sus pies para unirse a Bree, quien ya estaba marcando el mapa.

—¿Hay algo entre tú y Denise? —le consultó Jase a Chris en voz baja.

—Solo nos divertimos un poco —respondió Chris.

—¿Sabes que tiene una picadora de carne industrial? No juegues con ella si no quieres terminar como alimento para perros.

—Listos —anunció Patrick.

—Listos —anunció Jordan.

—¿Señoritas? —preguntó Cole.

—¿Qué? —inquirió Bree, distraída por su conversación en susurros con Denise—. Ah. Sí. Estamos listas.

Jase miró el reloj.

—De acuerdo. Son las dieciséis cero cuatro. Les daré hasta las diecisiete cero cinco.

—Oooh, cielos. Ese minuto extra es tan generoso... —señaló Cole.

—¿Listos? —inquirió Jase.

—Aguarda —interrumpió Bree—. ¿Las ubicaciones están marcadas con algo?

—Cinta naranja —contestó Chris.

Bree asintió y se acercó a Denise para susurrarle algo.

—¡Ya! —gritó Chris.

—Bree. —Jase le corrió el pelo del hombro—. Ten cuidado.

Ella le guiñó un ojo y se tocó el borde de la visera, como si fuera Humphrey Bogart con un sombrero Fedora. Trotó detrás de Denise, y ambas entraron en el bosque.

—Maldición. —Jordan frenó en seco y se quedó con la boca abierta mientras Bree se unía a Denise.

¿Qué diablos...? Jase observó el rostro pálido de Jordan.

—Jordan. ¿Vienes? —lo llamó Patrick mientras corría.

—¿Qué fue eso? —inquirió Chris.

—No tengo idea —señaló Jase.

—Sabes que las chicas se fueron en la dirección equivocada, ¿no?

Jase sonrió y le palmeó la espalda.

—No cuentes con tus diez dólares aún.

—¿Por qué?

—Van hacia la última ubicación en primer lugar.

—¿Qué? —Chris miró hacia donde las chicas habían ido.

—Piénsalo: por lo general, se nos acaba el tiempo antes de encontrar todas las ubicaciones. Si llegamos a la última, nos quedamos rezagados en el regreso. Vas primero al último punto y de ahí para atrás. Tienes mejores posibilidades de llegar a todas las ubicaciones, y tendrás una distancia más corta para correr al final.

—Maldición...

—Más inteligencia, menos esfuerzo.

—Creo que me engañaron —gruñó Chris.

Jase echó la cabeza hacia atrás y rio.



LAS CHICAS REGRESARON con seis cervezas más que las de cualquiera de los otros equipos.

—Sostengo que Chris les dio una ventaja. —Patrick colocó una fuente de aluminio llena de hamburguesas y salchichas sobre la mesa de picnic.

Chris llevó otra fuente llena de papas envueltas en papel de aluminio.

—Amigo, perdí diez dólares.

Denise rio.

—Si te hace sentir mejor, claro, tuvimos ventaja.

Patrick señaló a Denise con las pinzas y luego a Bree.

—Lo sabía. ¿Qué fue? ¿Jase trazó la ruta? ¿Puso más cervezas en las ubicaciones?

Bree rio y sacudió la cabeza.

—Utilizamos nuestro intelecto superior.

Se oyó un coro de gruñidos. Matt tomó un plato y metió la mano en la bolsa de pan para hamburguesas.

—Tengo que estar del lado de Patrick esta vez. El Ejército no les da cerebros, así que no pueden usarlos.

—Qué bueno que Bree era de la Fuerza Aérea, entonces. —Denise bebió un poco de cerveza—. Ahhh... Refreshante.

—No seas mala. —Bree levantó su botella—. Sus frágiles egos ya están heridos porque unas mujeres les patearon el trasero.

—Tienes razón. Seré buena y compartiré mis ganancias obtenidas con honestidad.

Jase tiró de la cola de caballo de Bree, lo que la obligó a echar la cabeza hacia atrás. Se inclinó sobre ella, de modo que la miraba al revés.

—Estás disfrutando esto, ¿verdad?

Ella sonrió.

—Sí.

Él sacudió la cabeza y le dio un beso breve. Le soltó el pelo, se sentó junto a ella y la acercó hacia él. El calor de su cuerpo envolvió el costado de ella donde estaban apretados uno con el otro. Ella se relajó entre sus brazos.

La risa fluía con la misma libertad que la cerveza mientras el sol se ponía. Los hombres continuaron acusándolas de haber hecho trampa. Bree le sonreía a Denise cada vez que uno de ellos intentaba encontrar una razón para su victoria.

—¿Alguna de las dos baila two step? —preguntó Cole.

—Ella. —Denise señaló a Bree.

Bree la miró furiosa y luego miró a Cole.

—Ella también. Solo que no le gusta admitirlo.

—De acuerdo. ¡Matt! —Golpeó la mano sobre la mesa—. Pon algo de música. —Cole descruzó las piernas y rodeó la mesa—. Jase, fuera de mi camino. Puedes manosearla después.

La mirada de Jase era de confusión. Ella lo besó.

—Puedes manosearme después. —Pasó la pierna al otro lado de la banca, y Cole le ofreció la mano para ayudarla a levantarse.

—Ningún tema lento —advirtió Jase.

Cole le sonrió con suficiencia.

—No hago promesas. —Llevó a Bree al otro lado de la fogata y le tomó ambas manos.

Se oyó una canción country movida en la radio que había encendido Matt. Cole la acercó primero y luego la alejó. Cruzó un brazo por encima de la cabeza de ella, de modo que Bree quedó de espaldas a él antes de que Cole la hiciera girar hacia afuera, hasta llegar a Denise y a Matt. Ella echó la cabeza hacia atrás y rio. Había pasado tiempo desde que había bailado con alguien. Recuperó el ritmo de los pasos. Cole era un buen líder, y era sencillo seguirlo. Bailaron dos temas antes de que Patrick interrumpiera.

Necesito un descanso.

Se oyó una canción lenta, y Jase avanzó.

—Mi turno. —La acercó y atrajo su brazo cerca de su pecho. Ella colocó el otro en su espalda. La luz de la fogata brillaba en los ojos de Jase, lo que le daba una mirada de otra dimensión.

—¿Te diviertes? —inquirió él.

—Sí.

—Bien.

Ella apoyó la cabeza sobre el pecho de él y oyó los latidos de su corazón. ¿No había una canción nueva de música country sobre esa misma situación? Su boca se curvó hacia arriba y cerró los ojos. El pulgar de él le rozaba los dedos de un lado al otro, al ritmo de la música. Todo lo demás dejó de existir. Eran solo ellos dos, envueltos en luz de la fogata y en oscuridad. Ella suspiró cuando terminó la canción, y continuó una más movida.

—Necesito tomar algo —señaló ella. Él la acompañó hasta las sillas plegables ubicadas alrededor de la fogata.

—Tampax.

Bree levantó la cabeza de golpe, y se le hizo un vacío en el estómago. Odiaba ese maldito apodo. Jordan tenía la mirada clavada en ella.

—Creí que eras tú, pero no estaba seguro. No hasta que hiciste ese gesto con la gorra. Siempre lo hacías con tu sombrero de tela. Eres ella.

Bree tragó con fuerza.

—Sí. —Lo había reconocido apenas habían llegado. Él no había dicho

nada, pero había estado silencioso desde que habían regresado del bosque. Lo había descubierto observándola, estudiándola, como si estuviera tratando de averiguar de dónde la conocía. Al diablo la esperanza de que recordara después del fin de semana.

—¿Qué? ¿Qué es ella? —preguntó Cole.

—Era EAC —respondió Jordan—. Estaba integrada a nuestro equipo. En una misión, haciendo una escolta. No era lejos (unos ochenta kilómetros) pero, como en todas las malditas rutas, solo había un camino. Cuando ya habíamos recorrido tres cuartas partes, nos dieron. Ataque coordinado. Artefactos explosivos improvisados, lanzacohetes, armas de fuego. Los insurgentes solo esperaban la oportunidad.

Jordan bebió un poco de cerveza mientras miraba el fuego. Los demás estaban en silencio. Esperaban a que continuase.

Bree cerró los ojos y tragó con fuerza. *Cielos, por favor, no lo hagas*. No quería ver las miradas en los rostros de los demás. La evaluación. El juicio. Abrió los ojos, tratando de contener las lágrimas.

—El vehículo a la cabeza logró pasar. El segundo y tercer Humvee quedaron en el centro de la emboscada. Diez hombres. Todos fueron heridos. Heridos de gravedad. —Clavó la mirada en Bree—. Nosotros estábamos en el penúltimo vehículo. Me di vuelta para decirle que se quedara quieta, y la desquiciada tenía la puerta abierta. Miraste para verificar la ruta. Recuerdo haber pensado: “Al menos sabe lo suficiente como para hacer eso”. Luego saliste y corriste hasta el tercer vehículo.

A Bree le temblaban los labios y respiraba con dificultad. Los gritos resonaban en su mente. Podía sentir el olor a metal y a piel quemada. Se sobresaltó cuando sintió unas manos sobre los hombros. Jase.

—Lograste abrir la puerta. Tuviste que poner la bota sobre el costado del vehículo para hacer palanca. Sacaste la navaja. Liberaste a Dantes del cinturón de seguridad y lo arrastraste por la parte de atrás. Lo pusiste en el piso y lo llevaste a nuestro vehículo, fuera de la línea de fuego. Debieron haber sido treinta y cinco o cuarenta metros. No creí que lo lograras, pero lo hiciste. Y lo hiciste cinco veces más. —Bebió otro poco de cerveza y desvió la mirada—. Estábamos bajo fuego de contraataque, repeliendo la emboscada, y ella seguía sacando gente de los restos del ataque.

Las lágrimas corrían por las mejillas de Bree. Denise estiró el brazo y le tomó la mano. Bree la oprimió como si fuera el último salvavidas.

—Los malditos ángeles estaban cuidándote. —Jordan volvió a mirar a

Bree—. No le dieron ni una vez.

—No —susurró Bree. Había estado cerca. Algunos trozos pequeños de metralla, pero nada más.

—Por fin tuvimos apoyo aéreo. Terminó el ataque. Doce de nosotros fuimos heridos. Cuatro hombres muertos. Sawyer recibió un disparo en la pierna. Le dio a una vena. La sangre de color rojo oscuro emanaba de su piel como lava que se derramaba de un volcán. No podíamos controlarla. Todos creíamos que se desangraría. —Bebió un poco de cerveza y soltó una breve carcajada—. Esta loca se abre camino, se arrodilla junto a él y saca un tampón. Todos estamos como “¿Qué demonios hará con eso?”, ¿sí? Ella se lo pone en la pierna y tapa el agujero. —Se pasó la mano libre por el pelo y le quedó parado—. Esas malditas cosas están diseñadas para expandirse. Le puso presión a la herida desde el interior. —Jordan resopló y volvió a mirar a Bree—. La cosa más extraordinaria que he visto. Un truco médico. Le salvó la vida. Pudo regresar a casa con su esposa e hijos. El pecho de Bree se contraía mientras intentaba contener los sollozos.

—Sí.

Jordan comenzó a reír. Un poco borracho y un poco loco.

—Todos nos burlamos de él por tener un tampón en la pierna pero, cuando regresamos a la base, corrimos sin dudar a la tienda y nos aprovisionamos. —La risa se apagó—. Estrella de bronce al valor, ¿verdad?

—Sí.

—Debería haber sido una maldita medalla de honor. —Jordan terminó la cerveza y arrojó la botella a la basura antes de caminar hacia su carpa.

Matt se levantó de la silla.

—Veré cómo está. —Se detuvo frente a Bree. Se inclinó y le colocó la mano en la nuca antes de besarle la frente. Apoyó la cabeza contra la de ella—. La hija más pequeña de Sawyer es mi ahijada. Gracias.

Bree cerró los ojos y tragó con fuerza. Matt la soltó y siguió a Jordan. Jase quitó las manos de los hombros de Bree y se colocó delante de ella. La levantó en brazos.

—Buenas noches, chicos. —Ella le rodeó los hombros con los brazos y hundió el rostro en el cuello de él.

Un coro de “Buenas noches” los siguió mientras Jase llevaba a Bree hacia la carpa.

—¿Estás bien? —le preguntó. Bree asintió sin levantar la cabeza—. No, no es así.

Bree sacudió levemente la cabeza. Él la sujetó más fuerte, y ella hundió la cabeza aún más debajo de la barbilla de él, en busca de tanto contacto como pudiera conseguir. Jase la bajó frente a la tienda y abrió el cierre. Ella miró hacia la fogata. Chris estaba de pie frente a Denise, como intentando evitar que siguiera a Jase y a Bree.

—Chris... —Bree le hizo señas para que dejara pasar a Denise. Esta miró con furia a Chris al pasar. Abrazó con fuerza a Bree.

—Lo siento, cariño. Sé que esperabas que no se acordara.

—Sí. Cosas que pasan.

Denise miró a Jase.

—Cuidala. —Volvió a mirar a Bree—. Habla con él.

Bree asintió.

—Lo sé.

—Hasta mañana. —Abrazó a Bree una vez más antes de regresar a la fogata.

—¿Quieres ir a dormir? —Jase se agachó frente a la carpa.

Ella asintió y se sentó para quitarse las botas. Se deslizó por el colchón de aire. Se quitó el sostén sin quitarse la remera. Recostada, se sacó los vaqueros y los puso a un costado. Se quedó allí, observando la parte superior de la carpa, con las manos sobre el estómago. Jase se acostó junto a ella y se quitó la ropa, excepto por el bóxer. Apagó el farol eléctrico que colgaba de una argolla en forma de D y acercó a Bree hacia él. Ella acomodó el rostro sobre el pecho de él y respiró profundo. Una pizca de olor a humo de madera perduraba en su piel.

—Sueño con ellos. Con los que no pude salvar. Hasta con los que sí salvé. Él le recorría la espalda con los dedos.

—¿Qué sueñas?

—Me hablan. Me ruegan que los ayude. Cuando los veo, me quedo paralizada. O no puedo detener la sangre. Todos mueren porque no puedo llegar a ellos a tiempo.

—¿Con qué frecuencia sueñas eso?

—Solía ser cada vez que cerraba los ojos. Incluso cuando tomaba algo para dormir. —Ella le acarició la clavícula con los dedos—. Eso era aún peor porque no podía despertarme.

—¿Y ahora? —El tono amable en su voz de barítono era tan tranquilizador como las manos sobre su piel.

—Tuve un par en estas últimas semanas. Mi doctora dice que es normal,

teniendo en cuenta lo que sucede con los asesinatos. Mi subconsciente intenta procesar el peligro nuevo al relacionarlo con un peligro ya conocido. —Frotó la frente contra la clavícula de él—. Ojalá utilizara algo diferente.

—¿Tendrás problemas para dormir esta noche? —Su mano continuaba moviéndose. Calmándola. Tranquilizándola.

Suspiró estremecida.

—No estoy segura.

—Yo te cuido.

—Lo sé.



LA TAZA térmica le calentaba los dedos mientras Bree estaba de pie al borde del acantilado. El valle se extendía abajo, cubierto por una tenue capa de neblina en la luz de la mañana. Una brisa corría entre las ramas de los árboles y creaba remolinos de neblina entre las hojas verdes, lo que daba la apariencia de que había fantasmas entre los árboles. Inspiró profundo, intentando encontrar paz en la quietud de la mañana. Sonrió mientras bebía un poco de café, imaginando qué diría Jase cuando se despertara y viera que lo había dejado durmiendo otra vez.

El sonido de botas que crujían detrás de ella rompió el silencio. Miró hacia la derecha y se sorprendió al ver a Jordan parado junto a ella. Tenía las manos en los bolsillos y contemplaba el valle. Bree miró su taza y bebió un poco para estirar el silencio.

—¿Me reconociste? —consultó él.

Ella lo miró, pero él continuaba con la vista al frente.

—Sí, pero no recordaba de dónde, hasta que salimos a cazar cervezas.

—Lamento lo de anoche.

—Está bien.

Ella sintió que él se movía y cruzaron las miradas.

—No lo está. No debería haberte puesto en esa posición. —Volvió a contemplar el valle—. De toda la porquería que experimenté, durante todas las misiones, ese día es el que más recuerdo. Debido a ti.

Ella levantó una ceja.

—¿Porque soy mujer?

Él resopló.

—No. Porque, sin ti, muchos más habrían muerto. Incluido Sawyer.

—Oh. —Ella miró el valle.

Él suspiró.

—Voy a volver.

Ella giró la cabeza de golpe, con los ojos bien abiertos.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—En un mes. —Bajó la mirada y pateó una piedra.

—Maldición. Eso apesta. —No había mucho más que pudiera decir. No tenía sentido preguntarle si podía evitarlo. No lo haría, aun si hubiera una manera.

—Sí.

Se quedaron unos minutos más.

—Como sea —continuó—. Quería decir que lo sentía. Y agradecerte. — Giró sobre los talones y regresó hacia el campamento.

—¿Jordan? —Él se detuvo y giró—. Ten cuidado.

Él asintió y se alejó. Ella lo vio acercarse a la fogata. Jase se apartó del grupo y caminó hacia ella con el ceño fruncido. Sí, le había molestado que lo hubiese dejado durmiendo. Bree volteó para ocultar la sonrisa.

CAPÍTULO 26

Ambos perros levantaron la cabeza y miraron hacia la puerta principal antes de que sonara el timbre. Bree dejó caer la cabeza sobre el respaldo del sofá. Debería ignorarlo.

Era el primer fin de semana que tenía para ella sola desde el campamento, que había ocurrido dos semanas atrás. Jase estaba en una excursión hasta la tarde siguiente, y Denise estaba pasando el día con su prima. Después de todo lo ocurrido durante los últimos dos meses, se merecía una tarde tranquila en el sofá. El timbre sonó una segunda vez. Ella suspiró y apartó con los pies la manta celeste de felpilla que le cubría las piernas. Le rascó la cabeza a Charlie.

—Será mejor que vendan algo bueno.

El miedo la invadió cuando espionó por la mirilla. Apoyó la cabeza contra el marco de la puerta. Hasta ahí llegó el día tranquilo. Quitó el cerrojo y se preparó antes de abrir la puerta.

—Chad.

—Hola. Sé que tal vez sea la última persona a la que quieras ver, pero esperaba que pudiéramos hablar un momento.

¿De qué podría querer hablar a esta altura? ¿No habían dicho suficiente ya? Lo observó por un instante. Vestía su típica camisa y pantalones caqui, pero había algo diferente. Parecía más reservado. Menos llamativo. Ella se frotó el espacio entre las cejas, suspiró y abrió la puerta del todo.

—Claro. Solo unos minutos.

Retrocedió y le permitió pasar. Él esperó a que ella cerrara y echara el cerrojo.

—¿La cocina está bien?

—Sí, está bien. ¿Quieres té o agua?

—Eh, té estaría bien. Gracias. —Se sentó en la mesa de la cocina mientras ella servía dos vasos de té helado dulce. Dejó uno de los vasos frente a él antes de sentarse al otro extremo de la mesa.

—¿De qué querías hablar?

Chad bebió un largo trago de té y se aclaró la garganta.

—Vine a disculparme. —La miró antes de mirar el vaso—. Me di cuenta de que te pedí casamiento por todas las razones equivocadas. Fue muy egoísta de mi parte.

Bree levantó las cejas. De todas las cosas que esperaba oírlo decir, esa no estaba entre los primeros lugares de la lista. ¿De dónde venía todo eso? ¿Era un ángulo nuevo? ¿Qué esperaba ganar?

—Sé que no tienes motivos para creerme. Estuve en fase de negación durante mucho tiempo. Cuando los policías me interrogaron por Jaelynn, pensé que no había manera de que hubiese sido por mí. Pero después asesinaron a Patty. Yo, emmm... Me hizo dar cuenta de lo mucho que estaba arruinando mi vida.

—¿También tuviste un romance con ella?

—Sí. Nosotros... emm... sí, así fue.

—¿Qué hay sobre la chica que fue atacada?

—Su nombre es Rachel. No estuve con ella mientras estábamos juntos. Recién la conocí una o dos semanas antes del ataque. —Se pasó las manos por el pelo—. No lo entiendo.

—¿Por qué me pediste que me casara contigo? —Ella sabía la respuesta, pero quería oírlo de su boca.

—Cuando te conocí, ya apostaba con bastante frecuencia. No tenía tantas deudas como tengo ahora, pero estaba muy metido. Hubo un par de juegos en los que perdí mucho. Y luego otros dos. Seguía pensando que podía hacer una buena apuesta grande y cubriría todo lo perdido. —Rio brevemente—. Solo cavaba un agujero más profundo.

»Luego descubrí quién es tu abuela y pareció ser la respuesta a mis problemas. Allí estabas, con una herencia enorme, que ni siquiera utilizabas. Si estuviésemos casados, tendría acceso a la fortuna, y todo estaría bien. —Sacudió la cabeza un par de veces—. Sé que es estúpido. Sé que no era justo para ti, pero estaba aterrado. Sabía que, si me declaraba en la fiesta de tu abuela, no podrías negarte. Para ser honesto, nunca nos vi juntos a largo plazo. —Giró el vaso sobre la mesa y pasó los dedos por la condensación—. Eres

demasiado. Viajaste por el mundo. Estuviste en la guerra. Tienes millones, pero trabajas y llevas una vida de perfil bajo. Me intimidas. Me sorprendió que mantuvieras el compromiso por una semana, mucho más por un mes.

Una media sonrisa se dibujó en el rostro de ella.

—Al día siguiente decidí que te diría que no me casaría contigo, pero te fuiste de viaje y no parecía encontrar el momento adecuado. No quería ser una bruja y hacerlo por mensaje de texto.

Le echó un vistazo rápido, con una pequeña sonrisa en el rostro.

—Deberías haberlo hecho. Tal vez habría sentado cabeza mucho antes.

—¿Por qué te disculpas ahora?

Él inspiró profundo y exhaló.

—No me gustaba ese hombre; el hombre en el que me había convertido. Mi conducta, mi estilo de vida, todo era desastroso. Todo me explotó en el rostro de golpe. Perdí algunos contratos de trabajo independiente cuando salí a la luz que apostaba en los juegos que cubría. Un par de editores aceptaron mantenerme contratado, pero solo si buscaba ayuda. Era difícil de admitir, difícil de enfrentar, pero me di cuenta de que tenía un problema. Entonces, me anoté en Jugadores Anónimos.

—Bien por ti.

—Sí. Ha sido bueno. Se trabaja sobre un programa de doce pasos, como en los demás grupos anónimos, y uno de los pasos es disculparse con las personas a las que uno lastimó. Así que estoy... bueno... ya sabes.

—¿Disculpándote? —Una pequeña sonrisa se asomaba en los labios de ella.

—Sí. —Su propia sonrisa respondía a la de ella.

—¿No es un poco temprano en el proceso? Pensé que disculparse era uno de los últimos pasos.

—Lo es, pero hablé con mi padrino sobre todo lo ocurrido. Acordamos que era bueno para mí hacerlo ahora.

Bree asintió, sin estar segura de qué quería obtener él de todo eso. Ella necesitaba olvidarlo. Seguir adelante y sacar a Chad de su vida.

—Tampoco fue justo de mi parte. No debería haber aceptado cuando te declaraste y no debía haber prolongado las cosas por un día, mucho menos por un mes.

—Sabía que no querías casarte conmigo. Diablos, sabía que planeabas terminar conmigo. Pero era un imbécil. Estaba muy metido en las apuestas y trataba de cubrir las pérdidas. Tú eras como mi salvación. No puedo evitar

pensar que, si hubiera sido una mejor persona, Jaelynn y Patty estarían vivas.

—El asesino es el único culpable.

—Desde el punto de vista intelectual, sé que tienes razón, pero igual es difícil aceptar que murieron porque habían estado conmigo.

—Debes intentarlo.

Él asintió y bebió un poco más de té.

—Hay algo más que debo decirte.

—Está bien...

—Estoy saliendo con alguien. Bueno, hay alguien con quien quiero salir, pero ella no me aceptará hasta que no lo hable contigo.

Bree volvió a levantar las cejas.

—Eh, ¿quién?

—Es Katherine.

—¿Quién es Katherine?

—Es la mujer con la que me atrapaste. Me dejó cuando nos descubriste. — Se rascó la nuca—. Unas semanas atrás, me encontré con ella en una cafetería, cerca de donde voy a las reuniones, y me disculpé. Comenzamos a hablar. Me rechazó las primeras veces que la invité a salir. Casi no vuelvo a pedírselo, pero algo me dijo que debería intentar una vez más. Ella aceptó, pero con la condición de que te contara a ti y de que estuvieras de acuerdo.

Ella levantó las cejas.

—¿Te dijo que debías conseguir mi bendición?

—Sí, básicamente.

¿De verdad? Era difícil conciliar la imagen de la mujer con la que había descubierto a Chad con la mujer que buscaba su bendición. Pero, maldición, ¿por qué no?

—No creo que tenga voz ni voto en la decisión de con quién debería salir cada uno de ustedes pero, si es importante para ti, para ella, entonces la tienes.

—Gracias. Ella dijo que, por el modo en que se dieron las cosas antes, necesitaba saber que tú estarías de acuerdo.

—Lo entiendo.

—¿Qué hay sobre ti? ¿Qué sucede con el tipo nuevo?

—Lo amo. —Sonrió—. Él me ama.

—Me alegra. Mereces ser feliz.

—Gracias.

Se reclinó en la silla.

—A Katherine le encantaría cenar contigo una noche. No dentro de poco.

Pero quizás cuando el tiempo haya pasado.

El perdón era una cosa; no creía estar lista para una cena. Ni siquiera para un café.

—Emmm... Vamos a postergar eso.

—Está bien. —Asintió—. Me voy a casa.

Ella acompañó a Chad hasta la puerta. Él se dio vuelta en el umbral.

—Gracias por ser tan comprensiva. Por haberme escuchado.

—Por supuesto.

Levantó los brazos para abrazarla, pero dudó. Bree dio un paso adelante y lo abrazó.

—Cuídate, Chad.

Él la apretó con suavidad y la soltó.

—Tú también, Bree.

CAPÍTULO 27

— **S**oldado Morris, ¿sabe si Cindy llamó?
El joven se levantó del mostrador y se colocó en posición de descanso.

—No, señora.

Ella bajó la mano.

—Siéntese, por favor. Si se comunica, ¿podría avisarme?

—Sí, señora. —Permaneció de pie.

—Gracias. —Se alejó del mostrador con un suspiro. ¿Cuándo se había convertido en señora? No podía dilucidar si ellos eran más jóvenes o ella estaba más grande. Ambas cosas, pero parecía que los nuevos eran mucho más jóvenes.

No tenía mensajes en la oficina ni en el móvil. Volvió a llamar a Cindy. Directo al buzón de voz.

—Cindy, soy la doctora Marks otra vez. Son las diez y veinte. Estoy muy preocupada. Por favor, llámame cuando escuches esto.

Salió de su oficina y se dirigió al consultorio de Janet, a dos puertas de distancia. Bree tuvo suerte: Janet no estaba con ningún paciente. Golpeó la puerta abierta para llamar su atención.

—Hola. ¿Cómo es el procedimiento para cuando un miembro del personal se ausenta sin aviso?

Janet desvió la vista de la historia clínica donde estaba escribiendo.

—¿Militar o civil?

—Civil. —Se apoyó sobre el marco de la puerta y se cruzó de brazos.

—No mucho, lamentablemente. —Dejó la lapicera sobre el escritorio—. Puedes llamar a la Policía local y pedirles que pasen por la casa para

verificar que está bien, pero eso es todo. A menos que haya una razón.

Bree se mordió el labio; no estaba segura de querer llegar a tanto.

—¿Quién es?

—Cindy.

Janet frunció el ceño.

—¿No llamó?

—No.

—No es propio de ella.

—Lo sé. Por eso estoy preocupada. El móvil va directo al buzón de voz.

—Puedes pasar por la casa.

—No sé si quiero esperar tanto, pero tengo pacientes, y ya estoy retrasada.

Janet se puso de pie.

—Haré un par de llamadas. Ve a ocuparte de tus pacientes.

Bree se apartó del marco.

—¿Qué hay de tus pacientes?

—El que tenía a continuación canceló. Tengo unos minutos.

—Muchas gracias.

Janet le acarició el antebrazo.

—Te contaré lo que averigüe.

—Gracias. —Bree se apresuró a regresar a la oficina para ver a su próximo paciente.

Una hora más tarde, Janet golpeó la puerta del consultorio y asomó la cabeza.

—Hola. Lamento interrumpir. Ven cuando puedas.

Bree miró el reloj de pared.

—Dame unos quince minutos.

—Suena bien. —La puerta se cerró con suavidad.

—Podemos terminar ahora si tiene que irse —planteó el paciente.

Bree sonrió.

—Buen intento, señor Hanson. No se librá tan fácilmente.



BREE golpeó la puerta abierta de Janet.

—¿Cuál es el veredicto?

Janet giró en la silla.

—La Policía pasó por la casa. Nadie abrió la puerta cuando golpearon. Sin una razón, no podían entrar.

—Maldición. Lo supuse.

—¿Conoces a alguien que pudiera tener una llave extra?

—Ni idea.

—¿Qué quieres hacer?

Bree se pasó la mano por el pelo atado.

—Continuaré llamando. Si no viene mañana, ya sería tiempo suficiente para que la Policía entre en la casa, ¿verdad?

Janet la miró con los ojos bien abiertos.

—No tengo idea.



BREE ESTABA SENTADA en el auto; el aire acondicionado enfriaba el interior. Al diablo. Sacó la planilla de empleados del bolso e ingresó la dirección de Cindy en el GPS. La llevó hasta un complejo de departamentos en buen estado al norte de la base. El vehículo de Cindy no estaba en ninguno de los espacios cercanos a su departamento, y nadie contestó cuando golpeó la puerta. La única ventana visible en la entrada del segundo piso estaba cubierta por una cortina delgada.

Bree llegó al último escalón cuando el vecino de abajo de Cindy salía de su departamento con una bolsa de basura.

—Disculpe. Hola. ¿Conoce a la mujer del 2.º C?

—¿A Cindy? Sí. Buena chica. Un poco callada. ¿Por qué? —Dejó la bolsa en el césped, junto a la entrada.

Ella jugueteó con las llaves.

—No fue a trabajar esta mañana. Por casualidad, ¿la vio o la oyó?

—Qué extraño. Se fue a la misma hora de siempre. Trabajo de noche, así que suelo llegar cuando ella está yéndose. Me saludó cuando nos cruzamos en el auto.

—Demonios. Gracias. Si llega a verla, ¿podría pedirle que llame a su jefa?

—Claro. Espero que esté bien. —Se inclinó y recogió la bolsa.

Bree mostró una breve sonrisa.

—Yo también.

Continuó pensando en Cindy durante el camino a casa, y su mente alternaba entre pensar que Cindy estaba enferma y pensar que estaba en un charco de sangre. Maldición. ¿A quién podría llamar?

—¡Tim! —Se sentó derecha. Qué cabeza hueca. Miró por el espejo retrovisor mientras se detenía en la intersección. Tomó el móvil de la consola, abrió la lista de contactos y buscó el número de Tim. Su voz retumbó en el parlante, y ella ajustó el volumen.

—Hola, ¿cómo estás?

—Hola. ¿Cuánto hay que esperar antes de hacer una denuncia por una persona desaparecida? —Prestó atención al tránsito y giró a la derecha en su calle.

—¿Ya desapareció mi hermano?

Bree rio.

—No. Alguien del trabajo.

—Depende de la situación. ¿Quién desapareció?

—Mi técnica médica. —Se detuvo en su entrada y apagó el motor—. No fue ni llamó por teléfono. —Tomó el bolso del asiento del acompañante y se bajó.

—... normal.

—¿Qué? Lo siento, se desconectó el Bluetooth. No llegué a entender lo que dijiste.

—Decía que supongo que no es algo normal.

—Sí. —Abrió la puerta trasera.

—¿Cuándo fue la última vez que supiste de ella?

Bree dejó el bolso sobre el banco, junto al lavarropas, y colgó las llaves del gancho junto a la puerta.

—El viernes pasado, cuando salí del trabajo.

—¿Dónde vive?

—Fayette... Hay alguien aquí. —Se detuvo en la puerta que daba a la cocina.

—¿Aquí dónde? ¿Dónde estás?

—En mi casa.

—No entres.

—Ya entré.

—Vete. Ahora.

—Oh, qué bien. Ya estás en casa.

CAPÍTULO 28

Cindy estaba de pie junto a la mesada de la cocina. Su uniforme azul del hospital tenía manchas oscuras grandes: sangre. También tenía las manos manchadas de sangre.

Bree apoyó el móvil sobre la mesada, a su izquierda, sin haber cortado con Tim.

—Cindy. ¿Qué haces aquí? Estuve tratando de ubicarte durante todo el día.

—Estaba esperándote. —Sonaba... alegre. Entusiasmada. El mismo entusiasmo febril se reflejaba en sus ojos. Se oyó un quejido desde el comedor. Cindy giró la cabeza para mirar por encima del hombro y luego volteó hacia Bree—. Ven a ver. —Entró al comedor y se acercó a una de las sillas de respaldo alto, a la persona allí atada. Movi6 la silla y la dio vuelta, lo que revel6 a una mujer bajita y rubia.

Katherine. El corazón de Bree latía con fuerza.

Cindy levantó el cuchillo de caza plegable que estaba sobre la mesa.

—Cuando él te dejó el domingo, se fue con ella.

Katherine miró a Bree, suplicante. Tenía una mordaza muy ajustada sobre la boca, y las lágrimas manchaban su rostro. El rímel caía mezclado con sangre por una herida en la sien. Luchó con la soga que la mantenía atada a la silla. Bree observó los cortes en los brazos. La sangre corría libre, pero parecían ser superficiales. Heridas defensivas, tal vez. Grandes manchas de sangre se filtraban por el top rosa, encima del est6mago, lo que preocupaba a Bree porque no podía ver la herida.

Oh, Cindy. ¿Qué hiciste?

Bree echó un vistazo a Cindy.

—¿Quién me dejó, Cindy?

—¡Chad! Chad te dejó y se fue con ella. —Remarcó las palabras al señalar con el cuchillo a Bree y a Katherine—. ¿Sabías que durmió conmigo? —Comenzó a caminar de un lado al otro. Tres pasos cortos para un lado. Tres pasos cortos para el otro—. La noche en que lo conociste. Me dijo que era hermosa. Y especial. Me llevó a casa con él.

¿De qué está hablando?

—Cindy, tú no estabas allí esa noche. —Continuó evaluando la situación mientras daba un paso corto hacia Cindy, mientras se abría paso entre Cindy y Katherine. Si pudiera distraer a Cindy mientras estaba lejos de Katherine, podría quitarle el cuchillo.

—Sí. Estaba. Fui a apoyarte. —Cindy sacudió la cabeza, con la mirada al suelo mientras caminaba—. No estaba invitada. Me colé. Para verte. Estabas como presentadora del evento, y sabía que estabas nerviosa. Te oí hablar al respecto. —Se detuvo y miró a Bree—. Pero eso es lo que te hace tan maravillosa. Lo hiciste por tu abuela. Siempre te desvives por los demás.

—¿Por qué haces esto, Cindy? —Bree hablaba en voz baja, tratando de mantener un tono calmado. *Haz que siga hablando. Maldición. Por favor, Tim, ven rápido.*

El rostro de Cindy se torció, y la ira emanaba de los ojos.

—Porque no te lo mereces. —Señaló con el cuchillo a Katherine, quien gimoteó.

Bree amagó con acercarse a Cindy, pero ella solo hacía gestos con el cuchillo.

—No entiendo. Ayúdame a comprender.

Cindy comenzó a caminar otra vez.

—Vi un artículo sobre ti. Cuando recibiste tu medalla. Eras una gran inspiración. Salvaste a esas personas. Me inspiraste.

¿Está hablando conmigo o con ella misma a esta altura? Avanzó un paso más.

—Te seguí. En las noticias. Al principio había muchos artículos sobre ti, pero fueron disminuyendo hasta desaparecer.

Cielos, odiaba esas historias en la prensa: “Heroína en las Fuerzas Armadas”. “Mujer rescata compañeros”. Solo estaba haciendo su trabajo.

—Más tarde, vi un artículo sobre que te habías graduado en Fisioterapia y que trabajarías en Fort Bragg. —Cindy se detuvo; tenía la mirada llena de alegría—. Luego encontré una oferta de empleo para una asistente en el hospital y supe, *supe*, que era el destino. Solo esperaba trabajar cerca de ti,

pero me enteré de que sería tu asistente. Estaba tan feliz... —Unió las manos, y el cuchillo quedó cerca de su rostro—. Y eras todo lo que sabía que serías. Tan agradable... Me alentaste a estudiar cuando te enteraste de que había dejado la carrera de Enfermería. Tus pacientes te adoran. —Giró sobre los talones para mirar con furia a Katherine—. Y esas mujeres te *deshonraron*. Te *avergonzaron*. —Dio un paso hacia Katherine, con el cuchillo levantado—. Con Chad.

Está totalmente loca.

—Cindy. —Ella giró la cabeza lentamente y miró a Bree—. No es culpa de Katherine.

La expresión de Cindy cambió.

—¿Sabes su nombre? ¿Por qué sabes su nombre? —Su tono era áspero.

—Chad me contó sobre ella. Sé que están saliendo.

—¿Y tú lo aceptas? —chilló.

No fue correcto decir eso. Bien hecho, Marks.

—¿Por qué sigues volviendo con él? Es infiel y mentiroso. ¡Nunca te amará!

Calmada. Calmada. Manténla calmada.

Bree estiró las manos.

—Cindy, por favor. No volví con Chad. No estamos juntos.

—¡Sí lo están! Los vi. Te vi cuando lo abrazabas. —Señaló a Bree con el cuchillo—. Lo dejaste entrar. Lo dejaste tocarte.

—Él se disculpó, Cindy. Eso fue todo. Estoy enamorada de otra persona.

—No puedes perdonarlo. No puedes perdonarlas. —Se acercó a Katherine—. Debes comprender. Ella tiene que pagar. —Levantó el brazo hacia atrás. Katherine gritó a través de la mordaza.

—¡No! —Bree se abalanzó y levantó el brazo izquierdo para bloquear el ataque de Cindy. La hoja la hirió al deslizarse por el antebrazo. *Toma la camisa. Gira. Cambia el peso. Empuja la cadera. Deja que actúe la fuerza del impulso.*

El movimiento hacia adelante y la gravedad arrojaron a Cindy. Se tropezó con el borde de la alfombra y cayó al suelo con dureza y dando un grito ahogado. Intentó levantarse, pero colapsó, y un charco de sangre se formó bajo su cabeza.

—¿Cindy? —Una ola de mareo invadió a Bree. ¿Qué? Su brazo. Un tajo de diez centímetros se abría en la parte interna del antebrazo. La sangre de un rojo brillante corría sin cesar. Maldición. Colocó la mano sobre la herida. La

visión comenzó a fallar; la oscuridad se asomaba por los costados.

No puedo desmayarme. Debo detener el sangrado.

Las rodillas cedieron al tiempo que Tim entraba corriendo, con el arma desenfundada.

—¿Bree? —El detective Johnson y otro agente lo seguían.

Ella ya solo veía un rayito de luz.

—Torniquete.



—¡MARKS! Regresa tu trasero aquí. Maldición. ¡Cúbranla!

Ella cruzó la extensión entre los vehículos y se deslizó arrodillada detrás del parachoques trasero destrozado del Humvee. La puerta trasera estaba abierta. Ella se encogió: pequeños trozos de metralla rebotaban por el borde.

—Aguarda. Te sacaré de ahí.

El soldado estiró la mano y desabrochó el cinturón de seguridad. Bajó del Humvee sin ninguna herida.

—¿Qué...? —Ella se puso de pie y dio un paso atrás.

—No perteneces aquí, Bree. Debes regresar.

Ella sacudió la cabeza.

—No puedo. Debo salvarlos.

—Salvaste a todos los que pudiste. Es tiempo de seguir adelante.

—No. Debo hacerlo bien.

Bip.

—No hay nada que hacer bien. Nada de esto estaba bajo tu control

Bip.

—Debí haber sido más rápida. Debía haber llegado a ti antes.

Bip.

—Si hubieras llegado antes, también estarías muerta. No era tu momento entonces. No es tu momento ahora, Bree.

Bip... bip... bip...

El sonido agudo y continuo invadió su conciencia. Entreabrió los ojos, luchando con el letargo, que peleaba por dominarla. Cerró los ojos y volvió a abrirlos. Una cama angosta. Sábanas blancas. Cerró los ojos otra vez.

—¿Bree? —Sentía la cabeza pesada, abrumada, mientras intentaba encontrar la voz familiar—. Quédate conmigo, cariño.

Jase. Su voz sonaba áspera. Agotada. Ella luchó más por despertarse.

—Abre los ojos, corazón. —Sus labios cálidos se apoyaron sobre la frente de ella. Sobre la mejilla. Sobre la boca. Bree entreabrió los ojos, y él ocupó el campo de visión. *Jase* le pasó el pulgar por la ceja—. Ahí estás.

Las pestañas permanecían caídas. Ella movió la lengua seca en su boca, sin poder lograr humedecerla.

—Agua —pidió con voz ronca. Él dejó de tocarla. Algo tocó sus labios resecaos y la sobresaltó.

—Es una pajilla, cariño. Abre un poco la boca.

Con los ojos cerrados, entreabrió los labios. El agua fresca le provocó un alivio inmediato. La pajilla desapareció demasiado pronto.

Luchó por abrir los ojos de nuevo. Para asegurarse de que *Jase* estaba con ella. Pestañeó varias veces y finalmente logró mantenerlos abiertos por más de unos segundos.

—¿Dónde estoy? —Apoyó los brazos en la cama para incorporarse y gimió de dolor.

—Espera. Déjame ayudarte. —Tomó el control de al lado de la cama y levantó el respaldo de la cama para que ella quedara sentada—. Estás en el hospital.

Ella se miró el brazo, vendado desde la muñeca hasta el codo. *Maldición*.

—¿Katherine?

Jase se sentó en la silla cerca de la cama y le sostuvo la mano.

—Está en una habitación al final del pasillo.

Ella asintió y tragó saliva.

—¿Cindy?

Él le apartó el pelo de la cara.

—No sobreviví. El cuchillo cortó una arteria del cuello cuando la empujaste.

Los ojos de Bree se llenaron de lágrimas. Ella giró la cabeza y se cubrió los ojos con el brazo sano. Al hacerlo, tiró de la vía intravenosa.

—Oh, cariño, no llores. —Presionó los labios sobre la frente de ella. Bree oyó movimiento, y el largo cuerpo de él se abrió paso junto a ella. Ella se corrió más cerca del borde para darle espacio y apoyó la cabeza en su hombro al tiempo que él deslizaba el brazo por debajo de su nuca.

Ella mojó la tela bajo la mejilla. Resoplando, trató de no frotar la nariz contra la remera de él.

—¿Saben por qué?

—El detective Johnson tiene algunas ideas. Ha venido todas las tardes. Puedes preguntarle después. —Jugó con el pelo de ella. Bree cerró los ojos, y las lágrimas se derramaban por los costados.

Su cabeza subía y bajaba al ritmo de la respiración de Jase. Probablemente no debería estar de costado, pero estaba cómoda.

—Jase —refunfuñó Denise—. Las enfermeras se enfurecerán si te ven en la cama con ella.

—Entonces, haz guardia. Y deja de gritar.

—¿Por qué estás en la cama con ella?

—Se despertó. Se angustió cuando le conté sobre la loquita.

Bree abrió los ojos.

—No la llames así.

Jase miró hacia abajo.

—¿Fingías?

—Recién me despierto.

Denise golpeó con el dedo las costillas de Jase.

—Vete. Es mi turno. —Se observaron por unos momentos. Era una situación pareja; no se sabía cómo podría terminar.

Jase suspiró y quitó el brazo de abajo de Bree. Ella levantó la cabeza, y él se incorporó. Apoyó los pies en el piso y se puso de pie. Giró, se inclinó y le apartó el pelo del rostro.

—Ten cuidado con su brazo. —Bree sonrió.

—No me digas. —Denise lo apartó del camino y se subió a la cama. Tomó los dedos de Bree y le desplazó el brazo hasta colocarlo sobre su pecho. Se acostó a su lado, de cara a Bree, y apoyó la mano sobre la cadera de ella.

—¿Cómo te sientes?

—Débil. —Aún tenía la garganta seca.

—Eso sucede cuando pierdes la mayor parte de tu sangre.

—¿Hay agua?

Denise miró por encima del hombro, pero Jase ya tenía el vaso listo. Apuntó la pajilla para que ella pudiera beber. Bree se apartó y asintió.

—Gracias.

Jase dejó el vaso y rodeó la cama. Apartó las rodillas de Bree y se sentó junto a ella.

—¿Cuál es la regla? —preguntó Denise.

Era una pregunta tramposa. Tenían un montón de reglas. Una para casi cada ocasión, excepto para cuando una asistente loca la cortara. Nunca habían

creado una regla para eso. Ella sacudió la cabeza.

—No corras riesgos estúpidos.

Ah, esa. Jase le oprimió el muslo. Al parecer, estaba de acuerdo.

—No tenía muchas opciones. Estaba en mi casa cuando llegué.

Denise apoyó su frente sobre la de Bree.

—Me asustaste —susurró—. No vuelvas a hacerlo.

—De acuerdo.

—¿Qué creen que están haciendo? —Una enfermera mayor estaba parada en el umbral, con las manos sobre las caderas. Tenía el pelo entrecano levantado en un rodete y vestía uniforme con estampado de corazones con alas—. Apártense de la pobre chica. —Avanzó sacudiendo la mano en dirección a Jase, como si estuviera espantando una mosca. Palmeó a Denise en la pierna—. Fuera. Ya bastante con que alguien tratara de filetearla como un pescado; no necesita a todos ustedes apilados sobre ella.

Bree sonrió mientras Denise y Jase hacían a regañadientes lo que les habían pedido.

—Qué bueno que estés despierta, querida. —Toda su conducta cambió—. Soy Mary Ann. ¿Cómo te sientes?

Bree se recostó sobre la espalda y se movió al centro de la cama.

—Débil. Sedienta.

—Eso es de esperarse en casos de una pérdida importante de sangre. —Mary Ann levantó el respaldo de la cama para que Bree quedase semirreclinada. Esta intentó dejar el brazo sobre el pecho, pero empeoraba la herida. Apoyarlo sobre la cama, con la palma hacia arriba, disminuyó el dolor.

—¿Cuánta sangre me transfundieron?

Mary Ann la miró mientras controlaba el suero.

—Quince unidades.

Bree levantó las cejas. Denise no había exagerado cuando había dicho que había perdido la mayor parte de su sangre.

—Verificaré tus signos vitales y te cambiaré el vendaje ahora que estás despierta.

—De acuerdo. —Jase se alejó del borde de la cama cuando Mary Ann la rodeó, pero no desvió la mirada. Tenía los ojos enrojecidos y ojeras. Su pelo rizado tenía mechones levantados, como si hubiera estado tirando de estos.

—Te ves terrible —comentó Bree. Él sonrió y guiñó un ojo.

—Le dije que se fuera a casa y que se diera una ducha —señaló Denise.

—No quiso despegarse de tu lado —agregó Mary Ann—. Llamó a los

refuerzos cuando quisimos echarlo. —Tenía una expresión de disgusto mientras colocaba el brazalete en el brazo sano para tomarle la presión a Bree.

—¿Refuerzos? —inquirió Bree.

—La abuela —aclaró Jase.

—¿Dónde está?

—Regresará esta tarde —respondió él.

—Abre. —Mary Ann le puso un termómetro digital en la boca—. Cierra.

El aparato sonó dos veces, y Bree abrió la boca.

—Regresaré con vendas limpias. —Le palmeó el brazo sano.

—¿Hace cuánto que estoy aquí?

—Tres días —contestó Denise.

—¿Tres días? —Levantó la cabeza de la almohada plana, pero la apoyó de inmediato.

—¿Cuánto recuerdas? —indagó Jase.

—Todo. Hasta que Tim y el detective Johnson entraron de golpe. ¿Cómo está Katherine?

—La apuñaló dos veces en el estómago —explicó Denise—. Creo que los médicos tuvieron que extraerle un riñón, pero está consciente. Está en una habitación por este mismo pasillo.

—Me gustaría verla cuando pueda.

Jase se cruzó de brazos.

—Te llevaré en silla de ruedas cuando el doctor diga que puedes moverte.

Bree lo miró furiosa.

—Me corté el brazo, no la pierna.

—¿Acaso Cindy...? —La llegada de Mary Ann interrumpió la pregunta de Denise.

Traía un surtido de vendas sobre una bandeja de acero inoxidable.

—El doctor viene enseguida. Te examinará el brazo antes de que lo vende.

Bree asintió. Mary Ann sostenía el brazo izquierdo con una mano mientras desenrollaba la venda. La piel amarillenta por el desinfectante... el azul y violeta de los moretones alrededor del tajo... y, finalmente, la herida. El corte era casi recto a lo largo de la parte carnosa en la cara interna del antebrazo. El extremo del lado del meñique estaba apenas más arriba que el extremo del lado del pulgar. Los puntos pequeños y negros estaban ajustados, eran precisos y equidistantes. Los observó sin emoción. Si no se abría la herida, la cicatriz sería fina.

—¿Cuántos puntos? —No quería tomarse el tiempo para contarlos.

—Treinta y dos. —Bree miró hacia la puerta. Un hombre promedio en guardapolvo blanco estaba de pie en el umbral de la puerta—. Soy el doctor Walsh. ¿Cómo se siente?

—Débil. ¿Cuán profundo fue el corte?

—Seis milímetros en la parte más profunda. —Sacó las manos de los bolsillos del guardapolvo y se unió al resto. Se estaba acumulando gente en un espacio reducido. Mary Ann retrocedió para dejarlo llegar a la cama. Denise se deslizó a un costado y se unió a Jase en la punta de la cama.

—¿Arteria radial? —consultó ella mientras él le levantaba el brazo y palpaba los bordes de la herida.

—Me advirtieron que era auxiliar médico. Arteria radial. ¿Recuerda haberle dicho a la Policía que necesitaba un torniquete? —Le oprimió las uñas y las soltó. Bree frunció el ceño y sacudió la cabeza—. Le salvó la vida. Sin eso, se habría desangrado antes de que llegaran los paramédicos. Apriete mi dedo. —Colocó el índice bajo los cuatro dedos de ella.

Bree trató de cerrar los dedos a su alrededor, pero refunfuñó cuando el dolor le recorrió el brazo.

—No se preocupe. Es bueno que pueda cerrar los dedos. Tengo esperanzas de que no quede un daño permanente en el nervio. Necesitará que la revise un fisioterapeuta después de sacarle los puntos.

Ella le dirigió una mirada hosca.

—¿Es una broma?

Él rio.

—No. No puede evaluarse a usted misma. Nunca es una buena idea autodiagnosticarse.

Bree suspiró.

—¿Cuándo puedo irme a casa?

Le oprimió la mano y le hizo una seña a Mary Ann.

—Quiero otro hemograma completo para asegurarme de que sus plaquetas están bien. Y debe comer comida sólida. Si todo resulta normal, mañana por la tarde. El sábado como máximo.

Ella asintió. Quería su propia cama. Quería a sus perros. Oh, demonios. Sus ojos se abrieron aún más; el pitido de la máquina junto a ella aumentó.

—¿Charlie y Polly?

Jase le acarició los pies.

—Están bien. Estaban afuera. Si necesitas a Polly, Tim puede traerla de mi

casa.

Ella se dejó caer sobre el colchón.

Toc, toc.

Todos se dieron vuelta al tiempo que el detective Johnson se asomaba por la puerta.

—¿Puedo unirme a la fiesta?

—Puede ocupar mi lugar —señaló el doctor Walsh—. Volveré a revisarla durante mi ronda habitual. —Se abrió paso entre los demás y se fue.

CAPÍTULO 29

El detective Johnson dio unos pasos al interior de la habitación.
—¿Cómo se siente?

Bree frunció la boca y levantó una ceja.

—Bien, en general.

La mirada de él era de empatía. Observó mientras le vendaban el brazo.

—¿Puede responder algunas preguntas?

—Está bien.

—No tarde demasiado —advirtió Mary Ann—. Necesita descansar. —
Recogió lo que le sobró, tomó la bandeja y se fue mirando fijo al detective.

Él asintió y se ubicó junto a Jase. Denise se sentó en una de las sillas cercanas a la puerta y movía los pulgares a toda velocidad sobre la pantalla del móvil.

—Cuénteme cómo fue su día el lunes. —Le mostró una grabadora digital y levantó las cejas. Ella se encogió de hombros. Oprimió el botón y dejó el aparato sobre la mesa plegable junto a la cama—. Comience desde que notó que Cindy no estaba en el trabajo.

—Fue entre las siete y cuarenta y cinco y las ocho, creo. Suele llegar a las siete y treinta. —El detective Johnson la interrumpió algunas veces mientras ella relataba los sucesos que habían terminado con el enfrentamiento en su casa, pidiéndole que repitiera algo o que aclarara alguna parte de la cronología.

—¿Cayó sobre el cuchillo? —consultó Bree.

—El forense determinó que intentó aminorar la caída, pero no lo había soltado. Aún lo sostenía en la mano.

A Bree le picaban la nariz y los ojos. Bajó la mirada hacia su regazo para

ocultar sus lágrimas. Jase bajó la baranda de la cama y se sentó junto a sus caderas. Atrajo la mano de ella a su regazo, con cuidado de no tocar la vía pegada al dorso. Con el pulgar le rozó la mejilla y capturó una lágrima.

Ella tragó con fuerza y miró al detective Johnson.

—¿Pudieron averiguar por qué? No hablaba con mucha coherencia. Divagaba más que otra cosa.

Él suspiró y tomó la grabadora de la mesa. La apagó y la guardó en el bolsillo.

—Tenía varias carpetas llenas de recortes de diario sobre usted. La mayoría parecía descargada de Internet. Incluso, si era el mismo contenido pero era de un sitio web diferente, también lo guardaba.

—¿Qué clase de artículos? —inquirió Jase. Con el pulgar le acariciaba la mano a Bree.

—Comienzan en la época en que recibió la estrella de bronce.

—Ella lo mencionó —acotó Bree.

—A partir de ahí, fue cualquier cosa que pudo encontrar —continuó el detective Johnson.

—¿Cuánto hay? —preguntó Denise.

—No mucho después de que la pompa de su medalla se desvaneció. Algunos artículos desperdigados, en su mayoría relacionados con eventos que su abuela apoyaba. —Se dirigió a Bree—. Había muchas fotografías después de que comenzó a trabajar en el hospital con usted. En algunas está mirando a la cámara. —Se rascó la nuca—. Otras eran de usted en su casa o de compras. Parece que usted nunca se dio cuenta de que las sacaron.

Bree reprimió un escalofrío. ¿Cindy la había seguido? ¿La había acosado? Algo no encajaba.

—Pero ¿por qué mató a esas mujeres? No comprendo esa parte.

Él señaló la silla vacía.

—¿Le importa? —Bree sacudió la cabeza. La acercó a la cama y apoyó un tobillo sobre la otra rodilla—. Tenemos una teoría sobre por qué comenzó a matar. Encontramos unos diarios personales con fecha de hasta cinco años atrás. —Se oprimió el puente de la nariz—. Eran de cuando su marido la había dejado por otra mujer.

Bree levantó las cejas.

—¿Estaba casada?

—Divorciada. ¿No lo sabía?

—No tenía idea. Me siento una desconsiderada. Es algo muy importante

para no saberlo.

—No te hace una desconsiderada —intervino Denise—. Más de una vez dijiste que era un poco rara.

—De todas formas, era algo que debería haber surgido en los dos años que la conocí.

—No necesariamente —señaló el detective Johnson—. Buscamos su expediente de Personal. Marcó la opción “Soltera”.

—¿Por qué? —preguntó Bree.

—Según lo que dedujimos de los diarios, el divorcio y el engaño de su marido destruyeron su mundo. Un psicólogo está revisándolos también. Su evaluación preliminar es que perdió su sentido de la autoestima. Luego la encontró a usted.

—No entiendo.

—La idolatraba. En sus propias palabras, era todo lo que ella quería ser. Fuerte. Independiente. Autosuficiente.

—¿Qué tenía que ver eso con el ex de Bree? —indagó Denise.

Él miró por encima del hombro y luego volvió a mirar a Bree.

—Escribió que había averiguado que Chad la engañaba. Las entradas comienzan a perder la conexión después de eso. Se refería a Chad pero, unas oraciones más adelante, utilizaba el nombre del ex. El psicólogo cree que el descubrimiento de su situación disparó un brote psicótico. No podía distinguir entre lo que le sucedió a usted y lo que le sucedió a ella. Al final, depositó toda la ira que sentía por su divorcio en las mujeres involucradas con Chad.

Bree se quedó mirando el cielorraso. ¿Cómo había ocurrido eso? ¿Podría haberlo evitado? Cerró los ojos con fuerza y apretó los dedos entre los de Jase. Las lágrimas caían sin cesar. Qué desperdicio. Tantos muertos...

Jase la empujó cuando se inclinó hacia adelante. El brazo izquierdo de Bree se levantó y sintió que Denise se apiñaba de ese lado. La rodearon. La consolaron. La protegieron.

—Brianna. —La voz del detective Johnson era suave, mezclado con empatía—. Nada que haya hecho provocó esto. Cindy era una persona con muchos problemas.

Ella echó un vistazo a sus mantas humanas de seguridad y asintió. Jase y Denise volvieron a sentarse.

Denise secó la mejilla de Bree con el dorso de los dedos.

—Solo piensa en todas las cosas nuevas que tendrás para contarle a la doctora Tailor. Ya debe estar harta de oírte hablar sobre lo mismo.

Bree resopló, y se le cayó un moco. Denise echó la cabeza hacia atrás y se rio mientras Bree la miraba furiosa. Se tapó la nariz y resopló.

—Dame un pañuelo, bruja.

Jase tomó dos de la caja junto a la cama y se los dio. Bree los colocó donde tenía la mano.

—¿Puedes salir de la habitación mientras me sueno la nariz?

Él rio.

—No.

—Bien. No me culpes si te asquea. —Ella se sonó la nariz y dejó los pañuelos enrollados en una esquina de la mesa.

El detective Johnson se acercó a la cama. Una sonrisa se asomaba en la comisura de los labios.

—Gracias por responder mis preguntas.

—Por nada.

—Tal vez tenga otras más tarde. Ya estamos coordinando con el sector administrativo del hospital en Fort Bragg para hablar con las personas que trabajan con usted.

Ella suspiró. Tal vez podría convencer a Jase de huir a Aruba para no tener que lidiar con todo eso.

—Cuídese. —El detective Johnson se tocó la frente con dos dedos y se fue.

Bree bostezó y se cubrió la boca con el dorso del brazo vendado.

—Me iré —anunció Denise—. La abuela me envió un mensaje mientras hablabas con el detective. Estará aquí alrededor de las dos. Tiempo suficiente para una siesta.

—De acuerdo.

Denise volvió a apoyar la frente sobre la de Bree.

—Me alegra que estés a salvo.

—A mí también.

Denise le besó la mejilla.

—Hasta luego, Jase.

—Adiós. —No apartó la vista de Bree. Acercó los dedos de ella a sus labios, y sus ojos brillaban sobre el dorso de la mano de ella—. Te amo. Con mocos y todo.

Ella se sonrojó. Muy poco digno. No importaba que estuviera hacia tres días en la cama de un hospital.

La sonrisa de él desapareció. A ella se le cortó la respiración cuando su

mirada se volvió sombría.

—No puedes dejarme, Bree. Por ninguna razón. Tú me mantienes vivo.
Las lágrimas volvieron a asomarse. Se le cayó otro moco.

CAPÍTULO 30

—**F**eliz cumpleaños aaaaaa tiiiiiiii... —La última estrofa se apagó. Todos aplaudieron y vivaron mientras la abuela inspiraba profundo y apagaba las velitas. Las veintinueve.

Bree la apretó con fuerza.

—Feliz cumpleaños, abuela.

—Gracias, cariño. —Besó a Bree en la mejilla antes de darse vuelta para aceptar más abrazos y felicitaciones.

Bree dejó el corte de la torta al personal del catering y se dirigió al costado del salón, donde estaba Jase con sus padres y con Denise. Varios parientes y amigos la detuvieron por el camino: le tomó varios minutos llegar al pequeño grupo.

Denise se separó del grupo cuando ella se acercó.

—Voy a buscar otra. —Sacudió la copa de vino vacía—. ¿Quieres una?

—Cielos, sí. Iba a tomar una en el camino, pero mi tía Amelia está en el bar y sé que me hará preguntas incómodas sobre mi vida sexual.

Denise miró de reojo a Jase.

—En especial cuando lo vea bien.

—Me sorprende que todavía no haya intentado acorralarlo —comentó Bree.

—Le cortaré la cabeza si la veo acercarse a él.

—Gracias.

El parecido entre Jase y su padre era asombroso, aunque tenía los mismos ojos de su madre. Bree caminó hacia el brazo que él tenía extendido y le rodeó la cintura.

—Gracias por haber venido, señor y señora Larken. Me alegra que hayan

podido acomodar esto dentro de su itinerario de viaje.

—Tonterías. Nos honra que nos hayas invitado. Creo que es fantástico que tu abuela celebre el aniversario de su vigesimonoveno cumpleaños.

Bree sonrió.

—Lo viene haciendo desde que tengo memoria. Cuando era pequeña, no comprendía por qué ella siempre tenía la misma edad.

—Y, por favor, llámame “Melissa”. —Señaló con la cabeza a su marido, quien tenía una mano sobre el hombro de ella—. Puedes llamarlo por el apodo que se haya ganado en su momento.

Bree oprimió los labios para intentar suprimir una sonrisa. Jase exhaló un suspiro de exasperación.

—¿Qué hiciste esta vez, papá?

Él abrió la boca para responder.

—Estaba quejándose de cómo todos sus hijos se involucraron con gente de la Fuerza Aérea —respondió Melissa en su lugar.

—Eso está bien, Melissa —señaló Bree—. Todos cometemos errores en la vida y tenemos que aprender de estos. Algunos tienen que aprender a los golpes. —Una sonrisa se dibujó en los labios del padre de Jase, hasta que Bree continuó—: Y se unen al Ejército.

Melissa echó la cabeza hacia atrás y rio. Jase besó la sien de Bree, probablemente para ocultar la sonrisa que ella sintió. El padre de Jase miró furioso a su esposa, que reía sin parar. Estiró el brazo para estrechar la mano de Bree.

—Bill. Puedes llamarme “Bill”.

Bree sonrió y estrechó su mano.

—¿Qué tal el viaje?

—Largo —contestó Melissa—. Insistió en tomar caminos secundarios hasta aquí. El viaje duró el doble de lo que debió haber durado.

—No fue el doble, mujer.

—Tres horas y media es casi el doble.

Bree se inclinó hacia Jase.

—¿Siempre son así? —le preguntó por lo bajo.

Él acercó la boca a la oreja de ella.

—Bastante. No sé qué harían si no tuvieran algo por que discutir.

Su tono de voz le hizo sentir escalofríos por la espalda. ¿Irse inmediatamente después de haber soplado las velitas era demasiado pronto? Observó discutir a los padres de él, pero era fácil ver que no había enojo

detrás de las palabras.

—Al menos ahora sé de dónde sacaste tu autoritarismo.

Él sonrió con superioridad.

—Sí. Lo heredé de mi madre.

Ella lo miró como si estuviera loco.

—No era lo que estaba pensando.

Denise se reunió con ellos y le dio a Bree una copa de vino.

—La señora Mary está bailando shag.

—¿Alguien te dijo que la delataras?

Denise la miró, perpleja.

—No. La señora Mary me pidió que te avisara que estaba bailando shag.

—¡Bree! —Su nombre resonó desde el otro extremo del salón, y ella miró por encima del hombro hacia la pequeña pista de baile de madera. La señora Mary le hizo señas con el brazo—. Ven a bailar shag conmigo.

—Iré bailar con ella para asegurarme de que no se disloque la cadera. — Besó a Jase en la boca.

—Ah, sí. Me agrada —le oyó decir a Melissa mientras se alejaba. Su sonrisa fue instantánea. Sí, también le agradaban ellos.

La señora Mary decidió llevar la pareja. Bailaron dos temas antes de que el musicalizador cambiara a música de los sesenta, y la gente que quería sacudir el trasero y bailar invadió la pista. Abriéndose paso entre la multitud, Bree se acercó a la barra y pidió un vaso de agua. Contempló el salón hasta que encontró a Jase sentado junto a la abuela.

Manténían una intensa conversación. Jase se inclinó hacia adelante y apoyó los codos sobre las rodillas. Tenía una expresión seria, incluso feroz. El corazón de Bree le martilleaba en el pecho, y la sangre se acumuló en las orejas. Otra vez no.

—Maldición. —Apoyó el vaso sobre la barra y casi le erra al borde—. Maldición. Maldición. Recontramaldición. —Fue derecho hasta Denise, la tomó de la muñeca y la arrastró hasta el rincón más alejado del salón sin dejar de maldecir.

—Cielo santo, mujer. ¿Qué sucede?

Bree se sentía aturdida.

—Jase está hablando con la abuela.

Denise arrugó la nariz y frunció el ceño.

—De acuerdooo...

—Míralos. —Caminaba de un lado al otro en el rincón.

—¿Qué estoy mirando?

—Estoy teniendo recuerdos del año pasado. No puedo volver a verlo. —
Se llevó la mano al pecho—. Maldición. ¿Qué voy a hacer?

—Basta. —Denise la tomó de los hombros—. Él sabe lo que sucedió,
¿verdad?

—Sí.

—De acuerdo. Primero, no es un imbécil, así que no hará lo mismo.
Segundo, si estoy equivocada y es un imbécil, te sacaré de aquí y huiremos.
¿De acuerdo?

Eso tenía sentido. Estaba exagerando. Aun si él fuera a pedirle
matrimonio, no lo haría ni allí ni en ese momento.

Aunque sus padres estaban allí.

¿Tan siquiera quería estar comprometida?

¿Con Jase?

Desde luego.

—¿Estás calmada? —preguntó Denise.

Intentó tragar, a pesar del nudo en la garganta, y asintió.

—Claro. Vamos por un trago.

—Los tragos son buenos.

Denise entrelazó su brazo con el de Bree y la llevó de nuevo al bar.
Después de dos lemon drops, Bree estaba lo suficientemente relajada como
para dejar de asustarse, pero pasó el resto de la noche esperando que Jase
hiciera una gran demostración.

Melissa la encontró una hora después del ataque de nervios para avisarle
que se iban.

—No puedo explicarte lo encantada que estoy de ver a Jase tan feliz. —
Abrazó fuerte a Bree y le susurró al oído—: Gracias. Por devolvérselo.

Las lágrimas se acumularon en los ojos de Bree.

—¿Almorzamos mañana?

Melissa la sostuvo de los brazos y sonrió, sin dejarse engañar por la
desviación de la conversación.

—Llamaré a Jase por la mañana para arreglar el horario. —Besó a Bree
en la mejilla y caminó hacia Bill, que estaba junto a la puerta, con los abrigos.

Bree se sobresaltó cuando una mano se deslizó por su cadera.

—¿Estás bien? —preguntó Jase.

—Sí. —Sonrió—. Solo me sorprendiste. —Le apoyó una mano sobre la de
él.

Él besó la parte de arriba de la cabeza de Bree.

—¿Estás lista?

—Sí. Debo saludar a la abuela.

Caminaron entre el resto de los amigos y familiares hasta donde estaba la abuela sentada con varias personas.

—Nos vamos. —Se inclinó y abrazó a la abuela—. Almorzaremos con los padres de Jase mañana si quieres acompañarnos.

Su abuela le besó la mejilla y luego le frotó ese mismo lugar.

—Me encantaría. Llámame por la mañana.

—Lo haré. Te amo. —Bree le dio un beso.

—Yo también te amo. —Saludó con la mano a Jase—. Conduce con cuidado.

—Sí, señora.



SE DESPERTÓ por el roce de unos dedos en la mejilla. Bree bostezó y giró la cabeza hacia Jase. Él le apartó un mechón de pelo del hombro.

—Llegamos, cariño. —Ella asintió y se quitó el cinturón de seguridad. Jase la ayudó a bajar de la camioneta.

Ella colgó las llaves del gancho junto a la puerta de la cocina y se quitó los zapatos. Jase impidió que continuara caminando.

—¿Qué sucede? —inquirió él—. Has estado en silencio desde que fuiste a bailar con la señora Mary. ¿Sucedió algo?

Bree se encogió de hombros y desvió la mirada.

—Solo estoy cansada.

—Sé cómo te comportas cuando estás cansada. No es así.

Ella suspiró.

—Te vi hablando con la abuela.

Él le acarició la mano con el pulgar.

—De acuerdo. ¿Y?

—Pensé... —Bree sacudió la cabeza—. No es importante.

Se sentó en una banqueta y la atrajo hasta ponerla entre sus piernas.

—Pensaste que iba a proponerte matrimonio.

Ella apoyó las manos sobre los hombros de él, sin mirarlo a los ojos. Se sonrojó. Sus expectativas eran ridículas. Si bien no quería que se declarara en

la fiesta, se había sentido rechazada cuando no lo había hecho. No podía quitarse la idea de casarse con él de la cabeza. “Brianna Larken” sonaba muy bien. Podría tomar un anotador y dibujar corazones con sus iniciales en el interior.

Jase le acariciaba la cara exterior de un muslo con una mano.

—Le explicaba algunas cosas a tu abuela.

¿De verdad quería saberlo?

—¿Como qué?

—Que no te pediré que te cases conmigo.

Ella dio un grito ahogado. No. No quería saber. El alma se le cayó al piso e intentó dar un paso atrás. Él hundió los dedos debajo del trasero de ella.

—Déjame ir. —Cielos, eso dolía. ¿Por qué estaba con ella si no tenían ningún futuro?

—No. Escúchame, Bree. —Con un brazo le rodeó la cadera. Ella empujó sus anchos hombros, pero no pudo moverlo—. Dije que no te lo pediría, no que no quisiera casarme contigo.

Ella dejó de empujar.

—No entiendo.

—No quiero que dudes ni por un segundo por qué estoy contigo. Cuando nos casemos, será porque *tú* me lo pidas a *mí*.

Su cerebro luchaba por comprender.

—Ah.

Él levantó las cejas, y una sonrisa se asomaba por la comisura de la boca.

—Ah.

Ella se mordió el labio y bajó la mirada. *Bueno, esto es vergonzoso*. Tal vez había exagerado un poco.

—Pero te diré algo. —Ella volvió a mirar sus ojos castaño claro—: Si empezamos a hablar de niños o quedas embarazada, se acabó el trato: te arrastraré hasta el altar más cercano.

—Oh. —Se le cortó la respiración al imaginar un pequeño bebé Jase.

Él se puso de pie y la levantó. Ella se aferró a sus hombros y envolvió las caderas de él con las piernas. Él le mordisqueó el cuello.

—¿Adónde vamos?

Él caminó por la cocina.

—Te pondré donde quiero que estés.

ACERCA DEL AUTOR

Tarina es una autora premiada, siempre relacionada con las Fuerzas Armadas: primero, como familiar y, luego, como miembro de la Fuerza Aérea. Su primera novela, *Stitched Up Heart*, fue publicada en septiembre del 2016 y llegó al primer puesto de los Top 100 en Amazon en la categoría Romance Militar. Tarina se basa en su vida para inspirarse en muchas de sus historias, porque la verdad es más extraña (y graciosa) que la ficción.

Tarina continúa en servicio activo y es mamá soltera de mellizos de seis años. Su pasatiempo favorito es dormir. Su ilusión es retirarse de la Fuerza Aérea y ser una mamá de tiempo completo.

Conectar con Tarina en tarina.deaton@tarinadeaton.com

Regístrese para su boletín de noticias: <http://eepurl.com/b3ABd1>.



OTRAS OBRAS DE TARINA DEATON

CORAZÓN PARTIDO

CORAZÓN CERADO